

LA PROMESA
— DE —
Tristan White



—
RAÚL COTS LÓPEZ

La promesa de Tristan White

Por Raúl Cots López

*A mi hermano,
guerrero de la eternidad.*

El conocimiento del autor es finito. Gozamos de la capacidad de alterar el orden de las cosas, de combinarlo a nuestro parecer, de buscar un infinito número de palabras y composiciones ideales para plasmarlas en un papel. Pero seguimos naufragando en el mismo océano. Un océano único. Esa ramificada y única raíz del glorioso árbol llamado ser.

A lo largo de la historia, la humanidad se ha perdido en la repetición de las mismas *ideas*: la vida, la existencia y como enfrentarse a ellas. Sin

embargo, día tras día, conseguimos disfrazar esas firmes *ideas* en una sola y simple elegancia: la evolución humana.

Remarcamos que la incesante transmisión de éstas, se ha visto eternamente contagiada por la época, el lugar, y la sociedad en que se encuentran; entendiendo que toda magnífica *idea* exige de una fecha, y no de un genio que la comparta.

Como todo arte, la literatura se basa en la decoración de las palabras, en la simulación de situaciones explícitas y semejantes a la realidad. Una realidad íntima que, ante la influencia crítica, se edifica enérgica y personalmente en cada lector.

Dicho esto, debéis recordar que siempre son amados y recordados esos autores clásicos que, guiándose por esas mismas *ideas*, consiguen perdurar entre los *efímeros*. Mezclándolas y ordenándolas infinitamente, de forma original y, ante todo, íntima y diferente.

Concluyo en que, tanto el ser humano, como su imaginación, son campos confinados. Simplemente, disfrutamos de la habilidad de descomponer, y componer de nuevo, esas *ideas* inmortales, eternas y perdurables, que incansablemente son limitadas.

A quien ame las heroicas epopeyas, a quien sueñe más allá de su conciencia, al adicto de proezas y transeúnte de largas empresas, permítame contarle la oculta pero humilde crónica de Tristan White. Un relato profundo e inédito, cuyos acontecimientos se hallan hundidos en la tarde de la historia y en el crepúsculo de la tradición, esperando dulcemente a ser devorados por la espesa y eterna noche del olvido.

Concédame el honor de revelarle su odisea, de compartirla personalmente con usted, tal y como lo hizo el Sr. White en su porche, en el que, durante tres largos años, yo fui su más fiel oyente.

Capítulo primero

FIN

El primer rayo de sol cubrió con su cálido manto las frías dunas del desierto. De nuevo, conseguía que la inmortal arena se despertara de la álgida noche y deslumbrase como un océano de estrellas. Un jovial día empezaba a acariciar mi rostro. Volvía a levantarme junto a mi precaria morada durante la campaña en el norte de África. Era 14 de mayo de 1943 cuando se levantó un nuevo día. Habían pasado cuarenta y ocho horas desde la capitulación del ejército germano-italiano en territorio libio.

Me encontraba en Egipto desde finales de 1940, nos habían destinado, a mi padre y a mí, a la *Western Desert Force*, fuerza de combate que lucharía contra los italianos en la victoriosa *Operación Compass*. Después de que Benito Mussolini lanzase el ataque contra Egipto en setiembre del 40, el orgulloso y flemático imperio británico se vio obligado a responder con la unión y fuerza de su potencia colonial. Australianos, hindúes, franceses y sudafricanos asistieron al norte de Libia y Egipto tras la inesperada pero ferviente llamada.

Fueron tres largos años en el frente colmados de dolor, angustias, sangre, lágrimas, penas y, sobre todo, muerte. Como los jóvenes reptiles, había mudado de piel. Mi aliento había perdido su pasión, me sentía frágil y solo, ya no era el joven Tristan que creía en la bondad inmortal de los hombres. Pero mis flaquezas se sentían resguardadas bajo un terco techo de esperanza. Me sentía sitiado día y noche por un recuerdo que rondaba mi sombra, que clamosamente repicaba en mi interior: el inicio de todo, esa mañana veraniega de 1940 en la que mi destino tomó las manos de mi inocente futuro.

El día se levantó radiante y sereno. Me encontraba desayunando junto a mi padre en la mesa de la cocina. Mi tazón de cereales, rebosante de leche fresca, crujía y resonaba con el frágil chasquido de los copos secos de avena al ser removidos y humedecidos con mi cuchara. Mi padre estaba sentado frente a

mí. Como cada día, oculto tras su periódico matutino, leía las nuevas procedentes de Europa. Los alemanes avanzaban a paso de gigante por el territorio Europeo. Las fuerzas italianas, bajo la tutela de Benito Mussolini, más conocido como *Il Duce*, se habían unido a su causa. Europa empezaba a consumirse bajo una potente hoguera de pensamientos e ideologías que, poco a poco, iría abrasando de nuevo los antiguos restos de la Primera Gran Guerra.

El duro puño de metal repicó dos veces contra la puerta. Era siete de Julio y, como cada año, el abrasador calor del verano había resecado su madera, creando un hueco e inquietante sonido que, incontables veces, al ser golpeada, perturbaba a cualquier alma de la casa.

Justo después de tomar su amargo café e informarse sobre las noticias más recientes, mi padre solía pasear por el pueblo todas las mañanas hasta bien llegado el mediodía. Era su vuelta matutina: visitaba cada uno de los comerciantes de la zona, daba los buenos días y se preocupaba por su bienestar. Ciertas veces, le obsequiaban con una barra de pan recién hecha o alguna que otra hortaliza, fresca y jugosa. En eso consistía su trabajo. Desde su llegada a tierras sudafricanas, y como Mayor de la zona, debía preocuparse por el orden y la comodidad de los lugareños.

A la vuelta de su paseo, el olor de comida recién hecha inundaba las paredes del hogar dejando siempre un delicioso rastro procedente de la cocina. Ahí, gozosa de sabiduría, se encontraba nuestra más fiel y afecta sirvienta, Ms. Akeba. Con unas grandes aptitudes culinarias, que había adquirido de mi madre años atrás, Ms. Akeba era la encargada de preparar y cocinar la comida a lo largo y ancho del día.

Era una mujer carnosa y arrugada, de metro y medio de altura, con un peculiar modo de andar. Sus cortas piernas y los años que cargaba encima le habían encorvado la espalda obligándole a avanzar, de un lado a otro, como el balanceo de una vieja mecedora.

Una suave y cariñosa voz brotaba radiante de entre sus gruesos labios. Era de tono templado, melódico y risueño; una voz capaz de apaciguar al más recio y de animar al más apenado.

Se pasaba el día cantando y bailando, siempre cuidándonos y conquistando

nuestras sonrisas con esas perfectas notas musicales que, cálidamente, iluminaban hasta las sombras más oscuras del hogar.

Acostumbraba a lucir un vestido blanco y limpio, con un delantal azul celeste que la envolvía de cuello a pies. Su cabeza se encontraba cubierta, todos los días, por un pañuelo blanco ya gastado que, junto con su sonrisa y el resto de vestimenta, denotaba un profundo contraste con el color de su piel, negra como un zapato de colegio. En su cabeza, las canas más atrevidas se evadían ligeramente del apretado pañuelo, columpiándose por encima de sus ojos almendrados, calmados pero a la vez despiertos.

Era pura energía, la propia alegría en persona. A su lado, cada día en casa era primavera. Durante dos largas décadas, Ms. Akeba consiguió inspirar felicidad y confianza entre nosotros. El tiempo hizo de ella una segunda madre para mí.

Al volver mi padre de su habitual paseo de reconocimiento, comíamos, los tres juntos, en la mesa del gran comedor. Disfrutábamos de todos y cada uno de los platos cocinados por Ms. Akeba, mientras que, gratamente, nos honraba con su humilde presencia. Pero no siempre fue así. Durante los primeros años en Sudáfrica, siempre antes de preparar el banquete, Ms. Akeba comía asolas en la cocina. Disponía de una pequeña y acogedora caseta en el jardín trasero, donde se arreglaba, se vestía, y descansaba de sus obligaciones. Libraba nada más que los domingos, día que aprovechaba para asistir a la escuela dominical, y convertirse, poco a poco, al cristianismo. Algo que realmente valoró mi padre, ya que el folklore y la pasión que Ms. Akeba sentía por su propio hogar, eran pensamientos totalmente indomables.

Con el paso de los años y el aumento de confianza en la familia, mi padre accedió a consentir su compañía en nuestras monótonas comidas. Fue un paso importante en nuestras vidas. Ms. Akeba realmente apreció el gesto, yo agradecí de buen grado su compañía, y mi padre se centró un poco más en la familia. Sin ánimo de lucro, Ms. Akeba había logrado rejuvenecer el espíritu de mi padre con cuantiosas dosis de goleo y júbilo; había logrado encender de nuevo esa llama, familiar y hogareña, que durante los primeros años de residencia se había desvanecido.

Una vez alimentados y descansados, sobre media tarde, mi casa se

convertía en un asombroso cuartel general. El salón se transformaba en la cámara oficial del departamento de defensa, y acogía a gran parte del elenco militar.

Día tras día, esa pequeña habitación albergaba las noticias e ideas más descabelladas que llegaban desde los distintos frentes de combate. Mientras Ms. Akeba gestionaba la distribución del té y de las galletas, mi padre, juicioso y reflexivo en su majestuoso sillón de terciopelo rojo, abría el debate haciendo eco de sus propuestas más atrevidas en cuanto a estrategia y distribución de los ejércitos europeos. Yo, simplemente, me sentaba a su lado y me disponía a escuchar. Charlaban, inventaban, creían, reían, se apenaban y caían, mostraban y acogían; las opiniones volaban mezcladas con oscuras y brillantes emociones; los sentimientos brotaban salvajemente a flor de piel; transcurrían los segundos, los minutos y las horas mientras el tiempo había muerto y la eternidad peinaba canas.

Esa mañana no esperábamos ninguna visita. En una milésima de segundo, mi padre alzó su mirada entre las páginas del periódico y establecimos contacto visual. Cómplices y sorprendidos ante ese inoportuno reclamo, nos vimos obligados a descubrir qué o quién estaba esperando tras la puerta del porche.

Con su permiso y aprobación, me levanté repleto de curiosidad e intriga, y me dirigí a citarme, firmé y directo, con el desconocido prólogo de mí destino. Abrí la puerta con acto soberbio y atrevido, alcé la vista, y, pulcros como un guante, portando un hermoso uniforme digno de cualquier héroe, se plantaron ante mí, como dos altas y grandes torres, dos oficiales del ejército británico.

Tras la crisis creada por la I Gran Guerra en Sudáfrica, en 1924 el Partido Sudafricano había caído derrotado ante la aplastante victoria del Partido Nacional. En su liderazgo se encontraba el General Barry Hertzog, un político y abogado bóer que, nombrado base a los resultados Primer Ministro, reivindicaba los derechos de la población blanca más pobre. Y que, debido al sufrimiento ocasionado por los efectos contra los británicos, se había

convertido en uno de los líderes más reconocidos y confiados en el ámbito político sudafricano.

Dos años más tarde, Hertzog logró crear una fórmula conciliatoria entre las relaciones sudafricanas y británicas. Se trataba de un acuerdo que garantizaba la permanencia de Sudáfrica en la Mancomunidad Británica, con derechos de igualdad legal ante la corona. En 1931, el parlamento británico aprobó el estatuto Westminster que fue aceptado en junio del 34, logrando que se esfumara el concepto de colonia y otorgando la independencia a Sudáfrica.

Entrada la Segunda Guerra Mundial, el general Hertzog se opuso a declarar la guerra a una de sus predecesoras, la fuerte Alemania. Pero la fuerza e influencia del imperio británico se vieron reflejadas en la presencia del mariscal Jan Christiaan Smuts (Primer Ministro durante el gobierno de la Unión Sudafricana entre 1919 y 1924). Junto con la ayuda de los probritánicos se sublevó ante el Parlamento y destituyó a Barry Hertzog, proclamándose de nuevo Ministro de Justicia. Sin embargo, los afrikáners residentes y la mayoría de población proalemana resistió férreamente hasta formar un acuerdo, mediante el cual, en calidad de voluntarios, las fuerzas sudafricanas solo pelearían en defensa de Sudáfrica.

Esos dos oficiales traían malas noticias. Les hice pasar al salón, se acomodaron debidamente, y, como un rayo, me dirigí a la cocina en busca de mi padre. Debía informarle cuanto antes sobre la imprevista llegada de esos dos huéspedes.

Se saludaron, se presentaron oficialmente, y entraron, los tres juntos, en el estudio de mi padre. No tardaron mucho en cerrar las puertas. Durante dos largas horas, el habla y la discusión inundaron el aire de esas cuatro paredes. Yo, de mientras, me instalé cómodamente en el salón, e inicié el repaso de historia universal.

Durante todo el verano, siempre después de desayunar, me disponía a repasar el temario escolar que habíamos dado a lo largo de todo el año. Una hora de concentración y estudio durante las mañanas veraniegas era la

condición que había acordado con mi padre, antes de salir y divertirme al lado de mis dos fieles camaradas: Arthur McGregor y Peter O'Sullivan. Ambos, al igual que yo, procedían de familias militares británicas destinadas al sur de África, años atrás. Esa fue la clave para construir nuestra férrea amistad. Pasábamos las mañanas luchando en batallas ficticias, comandando nuestros propios ejércitos y haciendo de nuestras gestas leyendas que contar.

Mi concentración seguía sumergida en la cultura sumeria cuando el monótono sonido de las voces, procedentes del interior del estudio, cesó. Alcé la cabeza y unos segundos después, las puertas se abrieron de par en par. Mi padre acompañó a los dos oficiales hasta el pórtico del porche y los despidió con su educación militar.

Una vez sus figuras se perdieron entre las calles del vecindario, cerró la puerta y, entre murmullos y suspiros, se sentó en su majestuoso sillón de terciopelo.

Tras cinco minutos de siseos y lamentos, alzó la mirada, y como una saeta veloz y directa, clavó sus ojos en mi inquieta faz. Un manto de responsabilidad y disgusto había cubierto sus espaldas. Se acarició el bigote calmadamente y, con un aire firme y solemne, habló.

– Tristan, acércate, debo informarte sobre nuestro nuevo futuro.

Nunca había visto a mi padre tan serio y dolorido desde las navidades del 23.

Me acerqué hasta el sillón de cuero curtido, donde acostumbraba a sentarme durante las tardes de estrategia militar y, inquieto y temeroso, atendí a sus palabras. Su noble y honrada voz empezó a sonar.

– El acuerdo entre el ministerio de justicia y los afrikáners residentes, acompañado por la población proalemana, se ha roto. Las fuerzas sudafricanas no solo pelearan como voluntarios en la defensa de Sudáfrica, sino que serán trasladadas a Kenya para combatir contra las fuerzas italo-germanas. Por lo que, probablemente, nos enviarán a defender la barrera mediterránea.

>> Debemos evitar su entrada por Egipto y Oriente Medio. He de informar

a todos los oficiales del cuartel... Esta misma tarde empezaré a organizar el avance de las tropas hacia tierras norteafricanas. Sé que será duro para ti, pero como hijo mío y próspero oficial del ejército británico, debes cumplir con tu cargo. Tenemos un par de semanas para prepararnos y dejarlo todo listo. Arthur y Peter también se unirán a la causa. Prepara las cosas y despídete como es debido de Ms. Akeba. En un par de años volveremos a casa.

Durante unos segundos el silencio ocupó la inquietante escena. La inesperada noticia había despertado mi inocencia, obligándome a cuestionar todas aquellas obviedades que no eran necesarias.

– ¿Y es imprescindible que vayamos? ¿No podrías dirigir las tropas desde aquí? – interrumpí, con gran descaro.

– Ya sabes que eso no sería posible – contestó sonriente–. Debemos ir, y luchar por la causa. Nuestro nombre está en juego, y debemos acudir a su llamada.

Un nuevo sentimiento de añoranza empezó a asediar mi conciencia.

No había asimilado del todo la nueva información cuando un extraño malestar, turbio y desconocido, empezó a nublar mis futuras metas.

En apenas pocos minutos, comencé a sentir la llamada del deber, el honor a mi palabra, a nuestra palabra. Debíamos honrar nuestro apellido, alzar a los White en lo más alto. Era impensable, no podía rebajarme al ultraje ni a la traición, no podía dejar que hundieran mis propósitos, mis queridas metas. Pero el hogar, mi dulce hogar, empezaba a aferrarse en ese oculto y nuevo miedo.

La incertidumbre y la ansiedad, precedentes al ferviente cambio, oscurecieron mis pasos hacia el futuro. Los brazos del destino empezaron a rodearme sin su libre albedrío. De repente, sin haberlo esperado, mi padre, flemático y seguro, colocó su mano derecha encima de mi hombro. Levanté la mirada en busca de una esperada mentira, y manaron de su boca esas palabras que nunca se cumplirían, una esperanza quimérica, un amor paternal, cobarde y consolador.

Capítulo II

ENTRE FANTÁSTICOS PALOS Y RANCIAS VERDURAS

Habían pasado más de mil días desde ese momento, en el salón de casa, cuando mi padre empeñó las palabras: – No te preocupes Tristan, nunca nos separaremos. Ya perdí una vez a tu madre, no voy a perderte también a ti.

Después de todo ese tiempo, reconocí mi traición y cobardía. ¿Por qué me fue tan difícil desvelar y admitir las realidades a las que me enfrentaba? Un frágil parpadeo me hubiera bastado para vencer a aquel niño, feliz e inocente, emperador de su propio mundo e incapaz de aceptar que no todas las promesas saldan sus deudas, y que las palabras, a diferencia que los pensamientos, son fieles acompañantes del viento.

Llevaba tres años en territorio egipcio, rodeado de fieles amigos y valerosos soldados, siempre atentos a la llamada del apoyo y dispuestos a acompañarme en cualquier cometido. Pero seguía estando solo. Era la tercera primavera sin las risas y cantos de Ms. Akeba; llevaba tiempo sin escuchar la voz de Peter y las bromas de Arthur; y las largas esperas no vendían mis penas: cualquier conocimiento sobre el paradero de mi padre, seguía oculto en el futuro.

Había abandonado todo mi equipaje para empezar una nueva vida. El joven e inocente Tristan formaba parte de un recuerdo alegre y remoto que, lamentablemente, permanecía intacto en mi antiguo hogar.

Partimos desde Sudáfrica hacia territorio Norte africano en agosto de 1940. Las tropas germano-italianas habían avanzado considerablemente por el sur del Mediterráneo. Los ingleses, en cambio, habían logrado reunir las fuerzas y los medios necesarios para invadir a los italianos en Libia, y

proteger hábilmente las fronteras egipcias.

La *Western Desert Force* disponía de las mismas fuerzas militares que, tiempo atrás, había adquirido durante la primera Gran Guerra. Sin embargo, además de dichos refuerzos, el ejército británico contaba con la ayuda de la 7ª División Blindada Británica del general Michael O' Moore Creagh; la Coldstream Guards de soldados reales bajo las órdenes del coronel Edward Matthew; el 11º Regimiento de Húsares dirigidos por el coronel John Combe; una unidad francesa, independiente al mando británico, que simbolizaba al propio Charles De Gaulle desde la capital londinense; y la 4ª Brigada Mecanizada, comandada por el barón Michael Carver. Las nuevas fuerzas de combate, llegadas desde todas y cada una de las fronteras británicas, estaban representadas por la 6ª División Australiana del general Iven Mackay, el Royal Northumberland Fusiliers bajo la tutela del capitán James Joseph Bernard Jackman, y la 4ª División India del General Noel Berseford-Peirse.

Gracias a todos ellos, y a la participación de la Unión Sudafricana, los británicos podían empezar a saborear su primer gran éxito en el norte de África.

Por el otro lado, los italianos conservaban la frontera de Libia con la 64ª División en Buqbuq, la 1ª División de Camisas Negras en el Paso de Halfaya, y la 2ª División de Camisas negras en Sidi Omar. Por su retaguardia, en Bardia, se encontraban la 62ª División y 63ª División italiana. Además, una barrera de 32 kilómetros de perímetro defensivo, que instalaba 430 cañones y albergaba 45.000 hombres y 37 tanques, era la única molestia para el ejército británico.

Era momento de atacar. La Unión Sudafricana debía dividirse con el fin de defender y acabar con las fuerzas italianas en las tierras de Libia; y contrarrestar las inminentes ofensivas mediterráneas que aparecerían en las fronteras egipcias.

Tras un inacabable viaje en barco, ensordecido por el silencio grupal y empalagado por el pensamiento de una precaria fortuna, alcanzamos nuestra primera y efímera residencia, Kenia.

Llegamos con el atardecer brillando en nuestros ojos. Nos mostraron rápidamente las instalaciones del ejército británico, y en seguida nos acomodamos en nuestras correspondientes y anodinas literas. Nunca antes había vivido en un lugar como tal. Grandes edificios y superficies, antiguas escuelas y pabellones, habían sido reconvertidos para el descanso del ejército británico. Una desorbitada cifra de corrientes literas se acumulaba y alineaba, a lo largo, ancho y alto de esas paredes, aprovechando todos y cada uno de los espacios ahí existentes.

Se respiraba un aire colmado de horror y miedo; los colores habían perecido en una gama tenue y apagada de verdes y grises castigados; las luces, escasas y pálidas, bañaban grotescamente el ambiente; un fuerte espíritu patriótico, que emanaba de cada uno de los uniformes militares, se mezclaba con todo el terror y orgullo que mostraban las caras de sus portadores.

Un nuevo olor, desconocido en mi memoria, logró impregnar la sala. Era ridículamente concentrado y a la vez derrotado, todo el aliento de la humanidad podía marchitarse en aquel lugar. Mi ánimo empezó a caer muy bajo. Estaba envuelto en esa densa niebla que reina en los tiempos de guerra, en ese espeso velo que, poco a poco, iría corroyendo mi mísera existencia.

Al alba siguiente, el cielo se vistió con un radiante hábito rojizo, pintando las honestas nubes como intensas y profundas heridas abiertas. El sonoro bullicio de los ronquidos del recinto, semejante al de un taller de mecánica motora, me había entretenido durante la larga y calurosa noche de Kenia. A primera hora de la mañana, retumbaron las cornetas entre los muros del cuartel. Nos ataviamos con el uniforme y sus accesorios oportunos, y nos dirigimos ordenados al patio principal de la base, donde hacían formar a los nuevos llegados.

Una vez presentados y conocidos, nos dividieron por escuadrones. Peter, Arthur y yo, tuvimos la inesperada suerte de pertenecer al mismo pelotón, mientras que, mi padre, debido a su graduación militar, fue designado dirigente de otra de las compañías creadas esa misma mañana.

Nos trasladaron, por escuadrones, a las diversas aulas del recinto que,

ingeniosamente, habían sido adaptadas como salas de operaciones. Pasamos una mañana larga y monótona. Las horas se volvieron eternas, y el torpe aleteo de una mosca lograba complacer mi atención para regalarme unos minutos de gloria.

El promovido ambiente de las clases instructivas se fue apagando desde el comienzo de éstas. Una densa lluvia de información estratégica sobre el avance de las tropas y las próximas ofensivas, ahogaba nuestras jóvenes ambiciones. Aun así, de vez en cuando, fugaces destellos de historia publicitaria, acerca de los logros de nuestra nación, iluminaban de nuevo nuestras frescas esperanzas. Rondaba entre nosotros un codiciado y ansiado futuro victorioso; un sentimiento de aversión y antipatía hacia los monstruosos, inhumanos, crueles y violentos germano-italianos; un sentimiento que se vería conquistado con nuestro traslado a tierras Egipcias. Ahí, nos encargáramos de contrarrestar a las fuerzas italianas que avanzaban pretensiosamente por el norte africano.

Pasadas cinco horas en esa habitación de vaho mañanero, fuimos enviados al comedor principal y proporcionados con comida y descanso durante un par de horas. Mientras mis inexpertos compañeros aprovechaban la oportuna para quejarse y lamentarse sobre nuestro obligado futuro, salí en busca de mi padre. Abandoné el comedor con intención de empezar la búsqueda y la suerte me sonrió por un instante. Ahí estaba, a lo lejos, junto con otros dos oficiales, dirigiéndose a sus obligaciones.

– ¡Papá! – Grité satisfecho.

Se disculpó, se acercó, y, como un volcán en erupción, expulsé mi cometido.

No pude frenar la fuerza con la que las palabras querían huir de mi boca. La motivación y el anhelo eran tales; el formar parte del ejército; el corresponder al deseo de mi padre y aprobar sus empresas en su honor; todo ello me colmó de palabras e ideas que gustaba compartir con él. Por primera vez en mi vida, la fuerza de mi espíritu ganó sobradamente a la habilidad de la razón. Un sinfín de promesas eludieron, sin dificultad alguna, a mis firmes y flemáticos labios de origen británico.

– ¡Papá, nos han destinado al norte de Egipto a frenar las ofensivas del ejército italo-germánico! – exclamé – ¡Arthur y Peter también están en mi escuadrón! ¡Hemos asistido a unas complejas clases informativas sobre toda la estrategia militar del norte africano! ¡Hemos anotado, punto por punto, el avance de las tropas enemigas, y hemos intentando localizar su próximo golpe ofensivo! Estamos más que motivados. Debemos patear el trasero a esos latinos, no vamos a dejar ni uno de vivo ¡Nadie ofende al ejército Británico!

– Tristan, Tristan, cálmate – completó sonriendo –. Me alegra oír que estés ya tan implicado, y que te importe tanto aportar en esta honorable causa. Sabes que mi deseo es, y siempre fue, que algún día llegues a ocupar mi sitio. Un deseo que cada vez estás más cerca de conseguir, y que me alegra de que sea así. Tu madre estaría muy orgullosa de ti – silabeó con una dulce sonrisa.

>>Así que... ¿os destinan al norte de Egipto para contrarrestar las fuerzas italianas? – prosiguió –. No será fácil te lo advierto. Las personas a las que os enfrentareis están igual, o mejor entrenadas que vosotros. Deberás ser precavido, y estar siempre despejado. Pero no olvides que también son personas que luchan por su causa, no te conviertas en un atroz sanguinario.

– Nunca mancharé el honor de nuestra familia, Papá. Nací como soldado, no moriré como un bárbaro.

– Me alegra oír eso – contestó complacido –. Sé que te comportarás propiamente y realzarás a tu familia como es debido. Pero no debes despistarte, aunque yo no esté presente, voy a estar vigilándote todo el rato – exclamó mientras otra tímida sonrisa se asomaba por debajo de su frondoso bigote.

– ¿Es qué no vienes con nosotros?

– No, Tristan. Mi compañía ha sido destinada al norte de Libia para acabar finalmente con la expulsión de las tropas italianas.

– Pero yo pensaba... Diste tu palabra. Íbamos a estar juntos en esto – repliqué.

– Lo sé. Pero no siempre salen las cosas como uno las planea ¿Verdad? –

añadió sonriente—. Hay que saber aceptar los cambios y adaptarse a ellos. No debes preocuparte por eso, día tras día, yo seré tu sombra y tú serás mi luz. Cuando menos te lo esperes, estaremos de nuevo en el salón de casa, esperando a que Ms. Akeba saque las galletas del horno, y podamos reír y bromear sobre nuestras aventuras en el norte de África.

No sabía que decir, tenía plena confianza en sus palabras y nunca antes me había fallado, pero esa vez algo me incomodaba más de lo normal. Involuntariamente floreció una radiante sonrisa de mi boca, mis ojos se humedecieron, y de ellos brotaron dos lágrimas repletas de amor y nostalgia. Me lancé sobre él y le abracé. Un cálido fervor empezó a manar de mi pecho con ganas de ser correspondido. Sabía que iba a volver a verle, pero esta vez no sabía cuándo. Íbamos a abandonar ese gran río que hasta entonces navegamos juntos; a surcar, solos, el océano de nuestro propio futuro.

Se transformó en un abrazo digno de padre a hijo, repleto de afecto, de ternura y de una futura añoranza que, durante los siguientes tres años, crecería con delirio. Nos separamos sonriendo, ambos seguros y con nuestra esperanza volcada el uno en el otro. Me acarició la cabeza, y, con su noble y honrada voz, apuntó:

– Todo saldrá bien. Sabes que estoy orgulloso de ti. En cuanto termine mi misión, iré a buscarte. Te quiero hijo mío.

Se colocó de nuevo su gorra de plato. Sereno, como un día de verano, dio media vuelta, y se alejó al encuentro de los dos oficiales.

Partimos hacia Egipto a la mañana siguiente. El día se alzó claro y radiante. No se vislumbraba ninguna nube, y el cielo, azul y cristalino, se ensanchaba hasta el horizonte como un presumido y brillante zafiro.

Mientras observaba como, poco a poco, se desvanecía el horizonte de Kenia a través de la ventana del tren, Arthur y Peter, ambos sentados en frente de mí, competían y se enaltecían falsamente sobre el mayor número de bajas capaces de causar al enemigo.

Los tres pudimos disfrutar de una espléndida niñez juntos. Luchamos en batallas ficticias, comandamos nuestros propios ejércitos, e hicimos de nuestros nombres historias que contar. A falta de auténticos rifles y granadas de mano, gastamos horas y horas disparando con fantásticos palos, y lanzando rancias verduras. Éramos capaces de sobrevivir al disparo de un cañón antitanque, o de incluso derribar invictos a más aviones que el mismísimo *von Richthofen*.

Al acabar las clases mañaneras, nos convertíamos en apuestos oficiales del ejército británico. Dispuestos a conquistar nuevos paraísos, y de vencer a cualquier hueste enemiga, gustamos de un fascinante y extraordinario mundo a nuestros pies. No conocíamos el sabor del miedo. Las cálidas brisas aclamaban nuestros nombres a lo largo de la nación del arcoíris. La gloria y el deber llamaban impacientes a nuestras puertas, exigiéndonos un sinfín de nuevas e inagotables victorias. Podíamos sentirlo todo, incluso cuando los vientos se cruzaban al anochecer, nuestros sueños alcanzaban las estrellas.

Éramos tres mocosos educados y disciplinados rebosantes de apetito. Las ansias y las metas más atrevidas, ocuparon nuestros propósitos de cada día. Un imperio quimérico pendía de nuestras manos mientras nuestras figuras se enaltecían en el Olimpo de los sueños.

De los tres, yo era el más alto, y el de mayor edad. Nací el 27 de febrero de 1920, Arthur nació el 10 de setiembre, y, concluyendo el trio, se encontraba Peter, nacido el 15 de noviembre de ese mismo año. Ninguno de los tres gozaba de hermanos o hermanas a los que querer u odiar. Estábamos solos y requeríamos unos brazos de apoyo, compañeros con los que festejar nuestras victorias y llorar nuestras derrotas. Desde un buen inicio, un intenso vínculo de fraternidad se fraguó entre nosotros, un vínculo firme y eterno que voceamos eufóricos a los cuatro vientos.

Al nacer Peter el último, una íntima responsabilidad cayó entre Arthur y yo. Era un chiquillo apocado, de pelo moreno y constantemente repeinado. Sus bermudas azul marino, y las camisas blancas de manga corta, presidían siempre su vestimenta a lo largo de todo el año. Unos tirantes de rombos gastados se encargaban de sujetar las populares bermudas por encima de sus

rodillas, descubriendo unas blancas medias que crecían desde los zapatos escolares hasta bien disfrazada la espinilla. Con una voz aflautada y temerosa, compartía tímidamente sus sentires con nosotros, dando a lugar, ciertas veces, a la burla e imitación entre el grupo. Pero al igual que auténticos hermanos, solo nosotros podíamos burlarnos de él, cariñosa y afectivamente, en cualquier de los casos. Era nuestro hermano pequeño y, por lo tanto, debíamos protegerle de todo peligro, arriesgando incluso, si fuera necesario, nuestras joviales y preciadas vidas.

No era del todo valiente. En los momentos más alocados su joven edad le permitía cobijarse tras nuestra presencia, pero Arthur y yo no gozábamos plenamente de dicho auxilio. Nuestra función era instruirlo en el arte de la aventura y abrirle paso por las cuevas y las sendas de la inexperiencia.

En total contraste estaba Arthur. Por escasa diferencia compartíamos la misma altura. De rizos pelirrojos y ojos azul claro, resaltaba un origen celta que se avivaba con su pecosa nariz. Era regordete y tenía un andar alegre. Su voz fresca y jovial reforzaba su labor cómica, distinguiéndose, sin votación previa, como el chistoso del grupo.

Aunque seseara un poco, debido a sus dos blancas y regias paletas que se abrían paso entre la trentena de huesos restantes, siempre tenía la lengua húmeda y acomodada para propinar alguna que otra broma, ya fuera en tiempos de risas, enfados, tristezas o regaños de nuestros padres. Las camisas de cuadros y las bermudas del uniforme escolar eran, al igual que en Peter, su atuendo anual. Gozaba de unos zapatos usados y amoldados a su pie, que, ciertas veces, con una densa capa de brea, los rejuvenecía para no disgustar a sus padres y obligarles a comprarle un par nuevo.

Los tres juntos formamos un grupo de lo más peculiar. Andábamos por el vecindario con aires de grandeza y grata autoestima. Éramos invencibles. Nadie y nada podía tomar decisiones por nosotros o, al menos, esa era la majestuosa idea que rondaba por nuestras cabezas. Francamente, seguíamos siendo hijos del ejército, y la disciplina y el respeto desfilaban presumidamente por nuestras venas.

Mientras seguía observando cómo se fanfarroneaban de sus capacidades mentales y físicas en el tren, recordé una mañana de verano de 1933, en la que tumbados y aburridos en la orilla del río, nos entretuvimos con el diligente vuelo de las aves que patrullaban distraídas por encima de nuestras cabezas. Ese día rondó por mi mente la fantástica idea de construir nuestro primer y propio cuartel militar.

– Chicos, y si... – solté vagamente.

– ¿Qué pasa Tristan? ¿Otra de tus locuras ha vuelto a tu cabeza? – contestó Arthur, ambiguo.

– Yo paso de volver a robar en el granero de Mr. Thomson – discrepó Peter mientras examinaba aburridamente la corteza de un palo que había recogido del suelo—. Es un buen hombre y mis padres se llevan muy bien con él. La última vez que le robamos llegó a mi casa llorando, y me disgustó mucho verle de esa forma. Esta vez no contéis conmigo.

– No es eso, Peter – contesté riendo –. Esta vez será sano y seguro. Estaba pensando en... Llevamos mucho tiempo aplastando a todos nuestros enemigos, ganando cualquier batalla, por muy difícil que ésta sea, y la verdad es que jamás hemos podido disfrutar de un cuartel militar. Un cuartel en el que debatir nuestras futuras estrategias o planear los próximos ataques. Si queremos llegar a ser grandes soldados... quizá deberíamos plantear el tomárnoslo más en serio ¿No creéis?

– ¡Qué gran idea! – contestó Arthur entusiasmado –. Así podremos escondernos y pasar las tardes de lluvia sin mojarnos la ropa, ni resfriarnos luego. Siempre que llueve mi madre termina calentándome con un par de cachetes, y os aseguro que el resfriado se me pasa volando.

Se desató una tímida risa entre el grupo.

– ¡Me gusta! – exclamó Peter interesado –. Pero hay que encontrar el material para construirlo...

– Yo conozco un granero abandonado – contesté—. El que utilizaba la familia de Bryan Perkins antes de mudarse a la gran ciudad...¿Sabéis?

– Por mi bien – dijo Arthur –. Tampoco queda tan lejos. Pero... ¿dónde vamos a construirlo? Deberíamos buscar un lugar estratégico donde poder levantarlo.

– ¿Qué os parece detrás de mi casa? – agregó Peter–. Así podremos abastecernos de provisiones. Y si tenemos que ir al baño, podremos utilizar el mío.

Las carcajadas brotaron intensamente entre Arthur y yo.

– ¡Peter! ¡Qué gran idea! ¡Dios bendiga tu habilidad como estratega!– Dijo Arthur entre carcajada y carcajada – ¿Qué te parece si le pedimos a tu madre que nos bese antes de salir a combatir? Yo me sentiría mucho más seguro ¿Y tú, Tristan? – añadió mientras soltaba otra risotada –. También podríamos pedirle que nos hiciera las cortinas del cuartel y algún que otro tapete para la mesita del té. ¡Viviríamos como radiantes princesas! ¡Nuestros sueños por fin se cumplirían!

Las carcajadas volvieron a incrementarse en cuestión de segundos. Las lágrimas manaron como fuentes de agua, el dolor de la risa se apretujó en nuestras barrigas, y el mundo empezó a dar vueltas mientras nos revolcábamos por la arena. Esas carcajadas resonaban libres y gustosas a lo largo de la ribera.

Acostumbrado a nuestras burlas, Peter, volvió su mirada hacia el otro lado. Esperó aburrido a que cesara la broma y, en pocos minutos, el ambiente se calmó. El dolor de la risa comenzó a esfumarse, y decidimos acercarnos hasta él. Nos sentamos a su lado, Arthur le despeinó su perfecto crenchado, y tras un sincero abrazo de amigos, añadí:

– Tengo un sitio mejor en el que construir nuestro cuartel. Está cerca del pueblo, en lo alto de la colina. Ahí elevaremos el refugio y, justo detrás, un baño con todas sus necesidades, si así lo prefieres. ¿Qué te parece?

– Me parece bien –contestó Peter, satisfecho–. De todos modos, ¿podré traer provisiones mientras estemos trabajando?

– ¡Claro que si enano! – dijo Arthur mientras una modesta sonrisa nacía de

entre sus brillantes y blancas paletas –. Pero que no se te olvide traer también para nosotros.

– ¡Eso está más que hecho! – concluyó Peter, contento.

Tardamos un par de semanas en construir el refugio. Utilizamos maderas, piedras, adobe, cañas, ladrillos, y todo lo que pudimos recuperar del antiguo granero de los Perkins. Fuimos modificando y acomodando el cotarro día tras día. En un par de años, nuestro famoso cuartel se había convertido en una perfecta y equipada guarida. Disponíamos de chimenea, mesa para las comidas, un par de ventanas, y tres lechos al final de la sala donde dormir y descansar cuando más se necesitara.

El paso del tiempo irrumpió en nuestra infancia, y, de un día para otro, nuestros cuerpos crecieron y cambiaron al completo. Arthur y yo conseguimos conservar gran parte de nuestros rasgos faciales, crecimos unos cuantos centímetros, y nos ensanchamos hasta transformarnos en apuestos y galanes caballeros. Peter, además, se convirtió en uno de los chicos más apuestos y atractivos de todo el pueblo. Las chicas, de menor y mayor edad, le seguían por todas partes y le atacaban con numerosas cartas de amor que ocultaban en su pupitre. En los casos más alocados, Arthur y yo nos convertíamos en sus fieles celestinos.

El próspero futuro distinguió a Peter como el primero de los tres en besar a una chica. Cumplimos los dieciséis cuando, asustado e inocente, nos reunió en el cuartel, y compartió con nosotros su primera hazaña, primera de muchas, en el campo de las chicas.

– ¡Chicos no os lo vais a creer! – exclamó sofocado –. Tengo que contaros algo que ni yo mismo me esperaba...

– No puede ser... ¿Has logrado atarte tu solo los zapatos? ¿Sabía que llegaría el día! ¡Vámonos a celebrarlo! – contestó Arthur, al instante.

– Capullo... ¿Os acordáis de Mary Granger? ¿La Hija del capitán Granger? – Insistió tímidamente.

– ¿Por qué no íbamos a acordarnos de ella? – Contesté impasible –. ¿Te acuerdas de que llevamos desde los tres años yendo a su misma clase?

– ¿Ha vuelto a contestar a la profesora Hupkings? – interrumpió Arthur.

– No, no. A ver... resulta que llevamos un tiempo enviándonos cartas y esas cosas...

– ¡Que valiente! – molestó Arthur con aire sarcástico.

– Pues hoy, durante el recreo, me pidió que la acompañara al almacén de gimnasia, ¿sabéis? el que está justo detrás del pabellón. Pues... cuando estábamos los dos solos, empezó a piropearme lo limpio y cuidado que estaba mi uniforme, que olía muy bien, que le gustaba mi peinado, porque mi madre cada mañana se obsesiona en que a la escuela hay que ir elegante, como signo de buena educación, aunque yo no esté muy dacuerdo...

– ¡Peter, ve al grano! – repetimos, Arthur y yo, ansiosos por su noticia.

– ¡Sí! Perdón...Pues... En una de esas, se me ha lanzado, y me ha dado un beso en los labios.

– ¿Cómo? ¿Por qué? No lo entiendo. A ver. ¿Por qué? ¿Y tú que has hecho? – exclamó Arthur conmovido.

– Nada... No he hecho absolutamente nada... Justo después se ha ido, y yo no he podido decir nada.

– ¿Cómo que no le has dicho nada? ¿Es qué eres tonto? ¡Haberle dicho algo! ¿La has abrazado al menos? – replicó Arthur de nuevo.

– Nada, nada. No sabía qué hacer... Me he bloqueado. He estado la siguiente hora pensando en ella, y, justo al salir, os he llamado a vosotros para contároslo.

Los minutos pasaron y nuestros pensamientos saturaron el momento.

– Así que tú has sido el primero de los tres en besar a una mujer. ¿Qué se siente? ¿Cómo es? – pregunté curioso.

– No sé. Siempre pensé que los besos sabrían dulces, como un caramelo o como una fruta, pero esté ni se acercaba – contestó Peter, extrañado—. El único sabor que he notado ha sido el de las galletas y el del pedazo de chocolate que se estaba tomando como almuerzo.

– Ya os dije que no es bueno besar a las mujeres si no es recién levantadas. Se pierde toda la esencia – añadió Arthur, satisfecho.

– ¿Y los labios están calientes? – Pregunté interesado – ¿Son suaves? ¿Te ha gustado?

– ¡Sí! No sé. Eran calientes... Como cuando te acercas a una hoguera y no te quemas con las llamas – añadió, resultante.

– ¿Cómo? – coreamos confusos Arthur y yo.

– Sí. Como cuando andas descalzo por la arena, y pisas justo la sombra de un árbol que durante toda la mañana no estaba.

– ¿La sombra o el árbol? – Añadí más confundido.

– ¡La sombra del árbol! No sé. Pero eran húmedos y fríos también.

– Deberías acostarte – dijo Arthur riéndose.

– Aun estoy aturdido muchachos.

– Aturdido y atontado – contesté sonriendo.

– Ha sido algo tan nuevo, pero tan acogedor... Creo que me ha gustado.

– Ay... que se nos enamora el muchacho – añadió Arthur, en tono burlón.

– Pues buena suerte la tuya – completé risueño—. Aún nos quedan días de lluvia para que nos besen a nosotros dos.

– No te preocupes Tristan – contestó convencido Arthur –. El nuestro también será único. Ya verás.

Cuatro años más tarde nos encontramos juntos en ese tren, con una maravillosa y fantástica vida que se quedaba atrás. Una infancia y una juventud repletas de anécdotas, cuentos, risas y, ante todo, amistad. Pero todo eso iba a cambiar. La horrible guerra, disfrazada a nuestros ojos de épica aventura, nos esperaba en Egipto con ansias de incinerar aquellos sueños, de mostrarnos el dolor que otorga la realidad.

Capítulo III

LÁGRIMAS DE FUEGO

El 10 de setiembre de 1940 llegamos a la ciudad de Marsa Matruh, una ciudad portuaria mediterránea situada al este de Egipto. El ambiente hostil de la guerra había impregnado de mugre todos los rincones de la ciudad. Sin estar en pleno campo de batalla, la sangre y el agobio rondaban delicadamente por las calles que, a duras penas, emergían de entre las dunas del desierto. Una humilde ciudad pesquera se había transformado en una enérgica representación de la muerte.

Soldados desfigurados con falta de extremidades, y profundas heridas y huesos fracturados, se abrían paso por los pabellones, refugios y hospitales volcados al cuidado de los heridos. Un intenso color rojo empapaba con horror y brutalidad los uniformes de las enfermeras. Inacabables kilómetros de vendas cubrían las profundas grietas. Muchos de ellos yacían plácidos, bajo blancas y pulcras sabanas. Al fin, nos habíamos encontrado con la aterradora y mortífera guerra.

Nada más pisar suelo egipcio, nuestro escuadrón fue enviado al cuartel general de la ciudad. Nos montaron en un camión verde apagado, destechado, con un par de bancos interiores situados en cada lado del camión, y en los que unas viejas barandillas de madera impedían nuestra caída en la polvorienta calzada.

El silencio y la soledad danzaban fríamente por las calles. Al escuchar nuestra llegada, la gente nativa de Marsa Matruh, se escondía tras las paredes de sus pequeñas y cuadradas casas de adobe. En ciertas ocasiones, nos regalaban alguna que otra mirada apagada; una mirada repleta de odio que dirigía un total rechazo y desprecio a nuestra llegada.

Se trataba de otro mundo, muy distinto al que vivía en mis recuerdos. El ambiente de humanidad que perecía en Kenia había resurgido con valentía y

sin sentimiento alguno. Nunca antes había querido tanto a mi tierra, a mi estimada Sudáfrica. Ni la alegría, ni la felicidad, ni el amor, eran caras conocidas en aquella aldea. El sol brillaba blanco y vacío, y el viento soplaba sin ningún tipo de ánimo.

Después de un eterno pero corto viaje en camión, llegamos hasta nuestro cuartel. Las caras de mis compañeros habían dejado de irradiar entusiasmo. Un nuevo escuadrón de muñecos, pálidos e indiferentes, procedentes de Kenia, se unía a las tropas del norte de África. La valentía y el honor, que reinaba entre los oficiales veteranos, era un logro que, poco a poco, debíamos adquirir en el frente de batalla.

Nos ordenaron formar rápidamente tras nuestra llegada.

Un apuesto capitán de pelo rubio y bien crenchado, con un frondoso bigote y una gruesa cicatriz que nacía en su ojo izquierdo y que cubría gran parte de la cara hasta bien llegada la barbilla, comenzó a exponernos la situación de las tropas británicas.

– ¡Carne fresca!– Exclamó arrogante mientras lanzaba al suelo el envoltorio de la famosa goma de mascar *Adams*. Se la introdujo en la boca con su mano derecha, sucia y deteriorada, y con extremada soberbia empezó a mascarla en nuestra presencia–. Mi nombre es Alfred Hunter, y voy a ser vuestro capitán, instructor, y líder en este campamento de verano – continuó engreído y burlón–. Como ya habréis observado, de camino aquí, nadie os va a limpiar el culito ni va a arroparos en vuestra cama. Esto es la guerra. – añadió calmado–. La jodida muerte os espera detrás de esas dunas. Así que aquellas hijas de papa que hayan venido a gozar de la aventura, ya podéis dar media vuelta y volver a vuestras casitas de princesa.

Noté como la poca ilusión que nos quedaba a Arthur, a Peter y a mí, se esfumó de nuestras cabezas.

– Ahí fuera están los maricas de los alemanes y sus lameculos italianos – prosiguió–. Gente tonta, con falta de personalidad, y que necesita adueñarse de todo a su paso, necesitan importancia y superioridad. Pues bien, se han equivocado con nosotros, os lo aseguro. Esa escoria no va a vencer al ejército británico. Vuestra misión aquí es patear y machacar a esos mal nacidos.

¿Estamos?

Su tranquilidad y frialdad me inquietaban.

– ¡Sí, mi capitán! – Coreamos todos, sobrecogidos.

– Muy bien novatos. Vamos a trabajar pues – dijo orgulloso mientras empezaba a desfilar firme y pausado, de un lado a otro, frente a nosotros—. Los italianos se han concentrado en una perfilada línea costera a lo largo de Libia, bajo el mandato de Rodolfo Graziani, gobernador italiano de Libia y del África oriental italiana. Graziani, un hijo de su madre, es conocido internacionalmente por las masacres que han cometido sus tropas tanto en Libia como en Abisinia. Y el desgraciado se ha ganado el sobrenombre de *El carnicero de Etiopia*. Ayer mismo, las fuerzas italianas cruzaron la frontera egipcia. Así que vuestro entrenamiento que... Por cierto – exclamó de improviso—, todos vosotros, al ser hijos de militares, supongo que tendréis nociones o instrucción previa militar ¿Verdad?

– ¡Sí, Señor! – Asentimos todos de nuevo.

Arthur, Peter y yo, desde temprana edad, fuimos instruidos cada verano por el ejército británico. Aprendimos a disparar, a sobrevivir en mar, desierto y montaña, y a luchar cuerpo a cuerpo con armas blancas.

– Perfecto – completó –. Por dónde iba..., Ah, si! Dado que en cualquier momento podemos ser trasladados al campo de batalla, vuestro entrenamiento exprés empezará hoy mismo. Ahora os llevarán a vuestros dormitorios, y os informarán sobre la comida y el necesario aseo. A las 12:15am os quiero aquí de nuevo. ¿Estamos?

– ¡Sí, mi capitán!

Esa misma mañana dimos inicio al entrenamiento. Dominamos a la perfección gran parte de los ejercicios.

Después de nuestras instrucciones veraniegas, decidíamos aventurarnos a lo desconocido con el fin de practicar y llevar a cabo los conocimientos

adquiridos durante el entrenamiento. Sin embargo, ese día en el desierto de Marsa Matruh, tanto el cansancio físico como el mental, derrotaron nuestra jovial energía.

Nos acostamos a las 9:00pm. Arthur y Peter compartían litera, mientras que yo dormía en otra cercana a la suya. Las luces se apagaron puntualmente. El sueño y el cansancio estaban a punto de vencernos cuando unas temerosas palabras sonaron desde la cama de Arthur.

– Chicos ¿estáis despiertos?

– Sí – contestó Peter.

– Sí – completé.

– Tengo miedo... ¿Creéis que vamos a morir?

– No lo creo, Arthur –contesté impávido –. No nos pasará nada. Si somos un poco precavidos y no hacemos ninguna machada, con un tiro por aquí y algún que otro italiano muerto, en menos de lo que canta un gallo, estaremos de nuevo en casa.

– Yo estoy con Tristan – añadió Peter–. Somos soldados del ejército británico. Muy superior tendría que ser el enemigo para poder vencernos o, incluso, conseguir matarnos.

– Ya... No sé... Me lo esperaba distinto. Es que es tan...– contestó Arthur.

– Lo sé. Yo también... – añadí decepcionado.

– Se me hace raro estar tan lejos de casa... – agregó Arthur –. ¿Te despediste finalmente de Mary?

– Sí...– contestó Peter –. La echo de menos...

– Tranquilo hermano, no debes preocupes por ella. No tardará mucho en encontrar a alguien mejor que tú – contestó Arthur mientras una suave y tímida risa apaciguaba el ambiente.

– Imbécil... No tienes ni idea de lo que es el amor. A ti, por lo contrario, no te quieren ni tus padres. Vas a vivir y morir solo – replicó Peter con ganas de pelea.

– ¿Qué has dicho? ¡A qué bajo ahí y te caliento esa boca! ¡Canijo roñoso...– continuó.

– Chicos, chicos, es hora de dormir – interrumpí con una sonrisa en la boca–. Mañana toca levantarse a las 6:00am, y para eso debemos descansar.

– Te ha salvado la campana... – dijo Arthur a Peter, satisfecho. Se dio media vuelta, se acomodó con su almohada, y, antes de cerrar los ojos, añadió:

– Buenas noches chicos.

– Buenas noches – silabeó Peter.

– Buenas noches familia – concluí.

Durante los siguientes días, las tropas italianas avanzaron por el territorio egipcio hasta detenerse a la altura de Sidi Barrani, una aldea situada a 95 km de la frontera entre Egipto y Libia. Sidi Barrani pasaría a ser el punto de máxima penetración italiana en su fallida invasión en el protectorado británico.

Graziani había rechazado la posibilidad de seguir internándose en Egipto, por lo que estableció una línea defensiva, y optó por esperar la llegada de los refuerzos aliados. Los tanques italianos eran muy inferiores a los británicos, y el desierto abierto era el perfecto campo para éstos. Esa decisión dejó a las tropas del África oriental italiana muy comprometida. La espera fue aprovechada por el ejército británico que, rápidamente, enviaron refuerzos a Egipto y empezaron a coordinar el contraataque. Numéricamente la superioridad italiana era arrolladora, pero el terreno no jugaba en su contra. Disponían del 10º ejército italiano, formado por más de 250.000 hombres. En cambio, las fuerzas británicas del general Richard O'Connor que defendían Egipto, bajo el mandato de Archibald Wavell, no pasaban de los 36 mil.

Tras las nuevas noticias, el ambiente del cuartel tardó poco tiempo en encenderse. Los nervios y el sofoco hacia la cercana batalla, se extendió como la pólvora entre las tropas de Marsa Matruh. El día había llegado. Era nuestro momento. Después de esas perfectas contiendas, y de todas esas victorias soñadas, íbamos a luchar en un auténtico combate. Era nuestro turno, debíamos defender y enaltecer el honor del ejército británico.

Según los planes establecidos, el capitán Hunter sería el dirigente de nuestro grupo. La pedante insolencia que emanaba de su personalidad había causado discrepancias entre los miembros del equipo. De forma clandestina y desgraciadamente esperada, comenzó a esparcirse una espesa pestilencia sobre él. Nadie compartía sus métodos de entrenamiento, ni el trato que practicaba hacia sus propios soldados. Sin embargo, ese hedor a enorme pedantería se veía subsanado por una coraza de victorias en combate y grandes números de bajas enemigas digna de alabar. Era uno de nosotros. Luchaba con y por el ejército británico y, por lo tanto, no se merecía el trato de un enemigo. En cierto modo, su presencia calmaba y aliviaba a todo el escuadrón.

Nos levantamos esa mañana a primer toque de corneta. Los nacientes rayos de sol despuntaron brillantes y tórridos desde el confín de las arenas. Salimos rápida y ordenadamente al patio, y formamos ante su presencia. Ahí estaba, crenchado hasta la medula, y masticando su particular goma de mascar *Adams*. Permanecía firme y apuesto ante nuestra breve llegada. El capitán Hunter nos esperaba con nueva información, y nuevas misiones que ejecutar.

– ¡Buenos días novatos!– saludó entusiasmado mientras trituraba con sus blancos dientes la goma–. Hoy empieza vuestra incursión oficial en el campo de batalla. Nuestra misión será acercarnos a territorio enemigo e informar, posteriormente, sobre los avances del ejército italiano. Tenéis veinte minutos para acabar de almorzar y prepararse como es debido ¿Estamos?

– ¡Sí, Señor! – Asentimos grupalmente.

Formábamos un escuadrón de lo más particular: un joven negro keniano extremadamente cristiano; un sudafricano basto y rudo, rubio y con una larga y

despeinada barba; un holandés mofletudo, fiel amante de su amada; y tres antiguos subordinados del capitán Hunter. Nueve originales soldados bajo las ordenes de un extraño capitán.

A las 6:20am partimos del cuartel hacia tierra enemiga. Formamos parte de un convoy de dos *A12 Matilda Mk.II* de color ocre apagado. Un carro de combate británico capaz de destruir a cualquier blindado italiano, pero que, de lo contrario, no destacaba mucho por su velocidad. Con seis metros de longitud y dos y medio de anchura, albergaba una tripulación de solamente cuatro personas, obligándonos al resto a ir montados en su blindaje. Como arma principal gozaba de un cañón *Ordnance Quick-Firing* de dos libras y de 40mm; y como arma secundaria, se deleitaba con una ametralladora coaxial *Besa* refrigerada por aire, de aproximadamente 8mm. En cuanto al motor, el A12 disponía de dos motores diésel de seis cilindros en línea, ambos refrigerados por agua, y que le otorgaban una autonomía de 80km con depósitos internos; alcanzaba como máximo los 25km por hora. Al fin y al cabo, un carro de combate muy superior al del ejército italiano.

Se presentó un trayecto calmado. Durante las dos primeras horas, el entusiasmo por ir montados en una de esas perfectas máquinas de artillería nos mantuvo distraídos gran parte del camino. Pero el viaje era largo, y, en poco tiempo, el aturdidor silencio del desierto colmó nuestros pensamientos con la monotonía del desierto. Un aburrido y yermo paisaje de arena se repetía incansablemente ante el panorama. El sol relumbraba por encima de nuestras cabezas, y un ardiente calor nos obligaba a buscar cualquier sombra en la que poder cobijarnos.

A mitad de camino, la figura de un pozo nos salvó de nuestros tormentos. Incluso los hombres más fuertes hubieran hincado la rodilla ante tal descubrimiento. Paramos deseosos de placer, y descansamos nuestros traseros aplanados. Rellenamos el cubo de agua fresca y, en menos de un segundo, empapamos nuestra vestimenta. Qué gusto nos causó... ¡Eso sí que era gloria!

Repostamos el combustible de los depósitos y, bajo orden del capitán, montamos de nuevo a nuestros carros. Tras seis horas más de viaje, finalmente llegamos a territorio de Sidi Barrani, a unos 10 km a las afueras de la aldea.

Una vez ahí, nuestra misión se resumía en “ver sin ser vistos”. Era fácil,

debíamos volver al campamento con la información necesaria para prevenir posibles movimientos enemigos, sin que estos se percataran de nuestra intrusiva presencia.

Nos acomodamos en la arena, sobrepusimos un toldo por encima de nuestras cabezas, sujetado entre el blindaje de los dos carros de combate, y, en un cerrar y abrir de ojos, logramos alzar un espontáneo refugio destinado a protegernos del árido sol durante el resto del día.

Establecido el campamento, nos dividimos en dos grupos: cuatro de nosotros se acercaría hasta las puertas de la aldea, a fin de obtener la valiosa información, y el resto, iniciaríamos los turnos de guardia hasta bien llegada la noche.

El ocaso transformó las dunas en un auténtico mar en llamas; las arenas resplandecían y centelleaban con los últimos rayos de sol. En cuestión de segundos, el cielo no tardó mucho en cubrirse con su interminable manto nocturno.

La oscuridad había envuelto todo el paisaje, dejando que una nueva y cruda luz plateada comenzara a bañar ese antiguo mar en llamas. Alzamos la mirada, y el majestuoso cielo estrellado nos invitó a perdernos en el infinito, a deteriorar la mente, y empedqueñecer la efímera e imperceptible existencia humana.

Sin embargo, la fría noche del desierto nos obligó a encender una pequeña hoguera en el campamento. Nos situamos en la espalda de una gran duna que ocultaba cualquier indicio de luz o movimiento a la vista de Sidi Barrani. El turno de guardia procedió a lo largo de toda la noche en lo alto de esa colina. Eran turnos de dos horas, mientras dos vigilaban, los demás descansaban.

La clara luz de la luna iluminaba el paisaje revelándonos abiertamente una fantástica vista de la aldea y de sus alrededores. Esa primera noche me tocó guardia junto al joven keniano.

– ¿Algún movimiento? – pregunté, recién llegado.

– Nada a destacar – respondió tranquilo.

Durante treinta minutos, el silencio reinó tranquilo entre nosotros. Se podían escuchar los sonidos nocturnos que despertaban al auténtico desierto. La vida resurgía nada más llegar la oscuridad. Los animales aprovechaban el descenso de las temperaturas para salir a cazar y regalarnos algún que otro sonido, mientras que las plantas cerraban sus hojas para protegerse del gélido frío.

Sin embargo, rondaba por mi cabeza la idea de conocer a ese muchacho; de charlar con él; de pasar un turno de guardia mucho más ameno y entretenido que escuchar, durante dos largas horas, los ruidos nocturnos que el desierto nos había preparado. Inconsciente a la belleza que me esperaba tras ese chico, alcé la vista al espacio y pregunté curioso.

– ¿Tú crees que Dios estará allá arriba observando nuestros pasos?

Una breve sonrisa brotó de su rostro, y plácidamente contestó.

– No creo que Dios esté allá arriba. Creo en Dios, pero de forma distinta... Para mí no es un ser superior, para mí todos podemos ser dioses.

Me asombré gustosamente ante tal revelación. La aburrida noche podía estar cambiando. Intuí que aquel diálogo podía llegar más lejos de lo esperado. Por lo que, sin vergüenza alguna, seguí preguntando.

– ¿Todos podemos ser dioses? ¿A qué te refieres?

Respiró profundamente y procedió.

– Mi abuelo es panadero – contestó–. Mi sueño es continuar con su trabajo y heredar sus técnicas secretas ¡Hace el mejor pan de toda Kenia! –exclamó orgulloso.

No sabía por dónde iba, me había desconcertado.

>> Es un trabajo honrado y simple – prosiguió –, pero oculto a la vista de muchos. Con un poco de esfuerzo y dedicación, logras crear el alimento más básico e importante de toda la vida. Regalas parte de tu tiempo para que los

demás sigan viviendo. Regalamos vida. ¿No es algo divino eso?

– Si, quizá tengas razón. Pero no logró entenderte... –contesté confundido.

Una limpia mirada de satisfacción se clavó en mis ojos. La sorpresa al encontrar un extraño, dispuesto a escuchar su querida inocencia, le alegró por unos instantes la estancia en el ejército. De nuevo, sonrió tranquilamente, y dejó que las palabras iluminaran sus creencias.

– Dios es la fe en seguir adelante, en luchar por tus sueños y ayudar a los demás a conseguir los suyos.

Tras recitar esa preciosa frase, el silencio reinó honesto entre mis pensamientos. La tierna luz de la luna inundaba el nocturno paisaje del desierto. Instintivamente, incliné la cabeza en busca del ansiado entendimiento. El joven keniano hundió la mirada en el cielo estrellado, y siguió hablando.

>> “*Que sea lo que dios quiera...*” Es una de las frases más comunes entre todos los creyentes – agregó –. Equivale a un azar “seguro”. A un apoyo inexistente que durante muchísimos años ha sido alabado por nuestra creencia y que, muchas veces, confundimos con el propio rumbo. Mi abuelo iguala esa frase al *sueño de los idiotas*. Un ejercicio de auto superación, protegido por un apoyo divino capaz de defender nuestras más temidas decisiones... Es un escudo personal que crea sueños e ilusiones, y que ciertas veces, por pura casualidad, culminan celebrándose.

>> Nosotros dos creemos en un fruto celestial al que banalmente los fugaces denominan *Fe*. Un fruto otorgado erróneamente a ese dios supremo, externo.

Me acomodé en la arena. Dejé el rifle apoyado en mi regazo, y mi mirada se perdió calmada y serena a través de las blancas estrellas. Me había centrado simplemente en atender y escuchar al joven compañero.

>> Solo los fugaces desvían sus propósitos y problemas al cielo como forma de prescindir de esos miedos, de remediar esas molestias y expelerlas a un ajeno –prosiguió convencido –. Ignoran la astucia de asumir y asimilar esas

penas. De creer en la capacidad vital de superación. En la idea de avanzar, y de desenvainar sus propias armas: ¡La espada de la voluntad! ¡La saeta del atrevimiento! – exclamó con una dulce sonrisa.

Sus ojos brillaban bajo la luz de la luna. El poder que guardaba en su alma era más fuerte que el propósito de esa guerra. Rebosaba espíritu y bonanza. Bajó de nuevo la mirada, y volvió con su ilustre idea.

>> Pero los fugaces rehúyen de surcar sus mares más dudosos; de escalar sus picos más nevados; de cruzar sus desiertos más tórridos o de adentrarse en lo profundo de sus bosques más oscuros. Los fugaces elijen volar a lomos del ave fénix, un ave que perdió el interés por la vida y la muerte, un ave que fue maldecida eternamente.

>> Se olvidan del complejo y amado camino. Evitan pisar el polvo de la satisfacción por temor a ensuciarse, o de tropezar con las piedras del error por temor a hacerse daño. Son miedosos y molestos.

>> En cambio, mi abuelo y yo, somos eternos. Creemos en el destino. Alabamos cada momento convirtiéndolo en eterno. Somos capaces de recorrer esa fina senda marcada por nuestro acaso, repletos de fuerza y perseverancia. Creamos nuestro propio escudo de sueños, y luchamos con la espada de la esperanza!

>> No tiene sentido creer en un dios ajeno a nosotros. Cada uno es su propio dios. Los eternos tenemos la potestad de escoger. Somos osados y valientes; ambiciosos, e inventores de nuestras propias decisiones. Unas decisiones ya escritas pero ocultas en el porvenir.

>> Sé que es un manto infinito y oscuro, pero está iluminado por un sinfín de pequeños sueños capaces de luchar y vencer a nuestros miedos. Ese es nuestro tesoro, nuestro fruto divino, nuestra Fe. Mi abuelo siempre dice: *Dioses y eternos somos nosotros, sin ser supremos o superiores a otros* – concluyó orgulloso.

No supe qué o cómo contestar a sus palabras. Cuanta ilustración e intelecto mostraba aquel joven keniano. Su forma de hablar, sus metáforas. Quizá no debía decir nada.

Una nueva puerta se había abierto ante mí esa noche. La tímida disciplina, que hasta entonces me había educado, murió por unos instantes para dejar sitio a lo incierto, a lo desconocido. Quería saber más. No quería ser una oveja, no quería ser fugaz; quería ser como ellos, quería ser eterno.

Nuestro tiempo de guardia se acabó y nos suplantaron nuestros compañeros. Descendimos, silenciosos y pensativos, hasta el campamento, nos acostamos cada uno en su saco de dormir, y felizmente caímos en los brazos del ensueño. Me sentía satisfecho. De un modo u otro, la guerra se había escondido tras la luz de ese increíble muchacho.

A la mañana siguiente, retomamos nuestras posiciones hasta bien llegado el mediodía. A la 1:00pm, iniciamos el camino de vuelta a Marsa Matruh, pero, esta vez, sin ninguna información relevante que nos asegurará una posible victoria contra la hueste italiana.

A fin de observar el estado y la evolución de las tropas italianas, durante los dos siguientes meses, realizamos la misma ruta una vez por semana. Afortunadamente, gozamos del estallido de algún que otro disparo, pero nunca procedente de nuestras armas. En el corto tiempo en territorio egipcio, no habíamos disfrutado de ningún conflicto armado contra la hueste italiana. Arthur y Peter, aun y ansiosos por entrar en combate, empezaron a perder su heroico interés por aquella fastuosa guerra.

El deseo de luchar aumentaba día tras día. Nuestra mente exigía el derrame de aquella sangre enemiga. Una alocada ansia en desfogar nuestros fúsiles contra el ejército italiano fluía, de forma salvaje, entre la artillería de Marsa Matruh.

Pero finalmente, a principios de diciembre, nuestras plegarias fueron escuchadas. Un gran ataque por parte del ejército británico debía ser el encargado de eliminar y expulsar a la hueste italiana del territorio norteafricano. El momento había llegado, empezaba la batalla.

La *Operación Compass* comenzó el 7 de diciembre de 1940. El ejército británico se agrupó cerca de la localidad de *Sollum*, una pequeña población

pesquera situada a 10km de la provincia italiana de la *Cirenaica*. Del 8 al 9 de diciembre la 4ª División India y la 7ª División Acorazada Británica, al mando del general en jefe británico Archibald Wavell y del general de operaciones Richard O'Connor, embistieron los campamentos italianos situados entre Sidi Barrani y Sollum. Furiosos y épicos combates de carros blindados, entre el ejército británico y la infantería italiana, se libraron a lo largo de aquellos días.

En cuanto a nosotros, acampamos durante la noche en las afueras de Sidi Barrani. Un numeroso arsenal de carros de combate se había ocultado tras las nómadas arenas del desierto, aguardando deseosos al tocante amanecer.

En pocos minutos, los primeros rayos de sol, del día 8 de Diciembre de 1940, salpicaron ferozmente contra las paredes de la ciudad, dando comienzo a nuestro anhelado combate.

Las explosiones y fogonazos comenzaron a repicar por las casas. Nos armamos rápidamente de valor y, nuestro escuadrón, a paso fuerte y constante, fue abriéndose paso entre las polvorientas calles.

El mofletudo holandés y los tres antiguos subordinados del capitán, tripulaban el *Matilda* por delante de nosotros. Peter, Arthur y yo, el joven keniano y el vikingo sudafricano, avanzábamos a pie tras los pasos del heroico y soberbio capitán Hunter.

Ignorados anteriormente, los muros de adobe consiguieron ganarse nuestro más querido respeto. Con gran poder, nos resguardaban de los mortíferos disparos del ejército italiano. El sonido de los cañones, el derrumbe de las casas, las cargas explosivas y el silbido de las balas, nos obligaron a emborracharnos del presente y a dejar que la adrenalina invadiera nuestros cuerpos.

Dos sonrisas, satisfechas, se mostraron en los labios de Arthur y Peter. No tardé mucho en imitarlas. El avance era propicio y el ejército italiano empezaba a encontrarse a nuestra merced.

Las balas huían, fogosas y acuciosas, desde nuestras posiciones. Por fin, habíamos logrado cambiar esos fantásticos palos y esas rancias verduras por auténticas armas de combate.

La emoción había nublado nuestras puertas a la muerte, nos sentíamos invencibles. La sangre del enemigo se vertía dulcemente mientras un novato instinto, bárbaro y grotesco, se alzaba de entre las bajas de la hueste.

Paso a paso, fuimos avanzando posiciones. Los disparos no dejaron de tronar. Mientras el joven keniano, aterrorizado, hablaba con su abuelo y le suplicaba a su destino, Arthur, Peter y yo, perdonados de cualquier herida, nos regocijamos de placer hasta bien llegada la locura.

El cuartel enemigo se encontraba solo a dos calles de nuestra posición. Cruzamos corriendo la calzada con descaro y satisfacción cuando, de repente, se escucharon dos disparos mucho más finos, discretos y lejanos a todos los demás.

Nos agachamos tras un muro, y el silencio logró apagar el entusiasmo, era un francotirador. Volví la mirada, y el capitán Hunter había caído. Un tiro certero en la cabeza le había desplomado. En cuestión de un segundo habíamos perdido nuestro mayor punto de apoyo; la muerte había vencido al heroico capitán británico.

Toda la autoestima y adrenalina que cargábamos se esfumaron sin dejar rastro. Cómplice y asustado, busqué a Arthur. Nuestras miradas se cruzaron con el mismo pánico y turbación que yo había irradiado, e, instintivamente, nos giramos en busca de la misma respuesta por parte de Peter.

La sangre empezó a manar de su pecho. El segundo disparo le había alcanzado directamente a los pulmones.

Inconscientes e instintivos, nos abalanzamos sobre él. Coloqué mis manos encima de su pecho, y empecé a ejercer presión. La sangre se escabullía grotescamente entre mis dedos. Arthur le agarró la cabeza e intentó reanimarle: – ¡Peter! ¡Peter!– sollozaba a lágrima viva. Un cálido charco de sangre empezaba a formarse debajo de su cuerpo. Gorgoteaba violentamente. Había perdido el control sobre sí mismo. Mi cuerpo temblaba, pero mis manos

persistían. Ejercían presión mientras que la oscura y rojiza sangre seguía deslizándose entre mis torpes dedos. Peter berreaba dolorosamente mientras expulsaba más sangre por la boca. Necesitábamos tiempo, tiempo para sanarle, para reanimarle, para protegerle del sueño eterno.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por mi sucio y astroso rostro. En un detestado instante, su mirada se perdió en el infinito.

– ¡Peter! ¡Peter! ¡Despierta! – chillaba Arthur, horrorizado – ¡Somos Tristan y yo! ¡Venga cabrón! No te vayas por favor...

Peter había exhalado su último suspiro. Como una profunda nota musical, penetró en mi fantasía la idea del dulce reposo. Había perdido la noción del tiempo. Los disparos no cesaban a mí alrededor, y sin embargo, habían ensordecido. Vi a Arthur formar las silabas de mi nombre, y me estremecí al notar que ningún sonido llegaba hasta mis oídos. Ya no estaba en ese campo de batalla. Mi mente se había esfumado. Peter, mi amigo, mi hermano, había muerto.

Me abofetearon en la cara fuertemente pero apenas lo noté. Volvieron a sacudirme un par de veces, y, perezosamente, volví al presente. Era Arthur.

– ¡Tristan! ¡Tristan! ¡Tenemos que cubrirnos tras esos muros!

La muerte se cernía de nuevo ante nosotros. Era necesario refugiarse si queríamos sobrevivir. Minutos atrás no habría creído lo que estaba pasando.

Seguimos adelante, y finalmente tomamos la base italiana. Los italianos, desorganizados y miedosos, ante la imparable derrota, abandonaron sus puestos. La ciudad de Sidi Barrani había caído bajo el poder del imperio británico, dándonos la victoria en esa ingrata batalla.

La mañana del 12 de diciembre de 1940, los británicos obtuvieron su primer éxito militar al invadir Libia. Además, debido al abandono de las tropas italianas a lo largo de esa misma noche, el ejército británico logró

capturar, sin esfuerzo alguno, la ciudad de Buqbuq. Italia fue expulsada de Egipto y de su *Cirenaica*, perdiendo hasta 800km de su preciado territorio colonial en el Norte de África.

La fulminante destrucción del 10º ejército italiano causó un gran desastre militar en su nación. Tres mil soldados italianos perdieron su vida durante la *Operación Compass*, mientras que, como prisioneros, otros ciento quince mil, fueron trasladados a campos de concentración hindúes y kenianos. Cuatrocientos tanques, trecientas treinta aviones, y el crucero de guerra *San Giorgio*, fueron derribados y derrotados por el flemático imperio británico. La nación italiana perdió el completo control sobre sus tropas africanas, obligando a ésta a depender de la Alemania del Tercer Reich. La pérdida del norte africano destrozó ferozmente la estrategia de Adolf Hitler: conservar el flanco Sur de Europa, a fin de propiciar su futura invasión contra la Unión Soviética. Algo que, claramente, afectaría a toda la estrategia de la *Operación Barbarroja*.

El daño psicológico no solo triunfó entre las fuerzas italianas, la rapidez de la noticia causó que, rápidamente, su imagen se deteriorara ante las miradas de sus aliados. Mientras que Alemania, Japón, Eslovaquia, Bulgaria y Hungría triunfaban en sus campañas, la nación italiana había fracasado en su única gesta.

La exitosa *Operación Compass* había aturcido orgullosamente al espíritu británico proclamando un África invencible, capaz de derrotar a cualquier hueste enemiga. Pero, en poco tiempo, su brillante amanecer caería rotundamente en el ocaso, y aquella tímida sombra, que victoriosa se ocultaba tras ellos, pasaría a eclipsarles el camino.

Al día siguiente de nuestro desdeñado triunfo, volvimos a Marsa Matruh. Recuperamos los cuerpos de Peter y del capitán Hunter, y los trajimos de vuelta al cuartel a fin de celebrar un apropiado funeral.

Las lágrimas cayeron durante día y noche. Esa fuente de nostalgia logró reseca mi alma tras su muerte. Sin intención de hacerlo, la relación con Arthur calló durante unos meses. Con el paso de los días, y tras la tragedia de

Peter, una amarga pena nos invadió. Después de tanto tiempo juntos, habíamos olvidado que decirnos.

Pasamos unas estúpidas navidades y el año 1941 se cernió ante nosotros. Los alemanes no tardaron mucho en invadir Grecia, y debilitar, de nuevo, la posición británica en el norte de África. Íbamos a volver al campo de batalla. Pero esta vez, quizá, gratamente, podríamos disipar el amargo sabor de nuestra anterior cruzada.

El 12 de febrero de 1941, Adolf Hitler envió su apoyo a los italianos con la nueva fuerza militar alemana, el *Afrika Korps*, dirigida por el teniente general Erwin Rommel. A los pocos días de su llegada, el general Rommel desplegó una larga red de ofensivas, llevando a su ejército ante una constante sucesión de victorias. Consiguió derrotar a las tropas británicas en las batallas de Gazala, Tobruk y Marsa Matruh. La histórica gesta del teniente general justo acababa de comenzar.

Una clara inferioridad acompañó a las tropas germano-italianas durante todo su viaje, pero la mala organización del ejército británico permitió que la refinada experiencia en las *batallas de movimientos* del ejército alemán, cargara las manos del general Rommel de aplastantes triunfos.

En su ataque a Marsa Matruh, nuestros escuadrones consiguieron hacer frente a la ofensiva alemana tras la fortificación de *Baggush Box*, situada al este de la ciudad. A finales del 41, el *Afrika Korps* logró ocupar Libia de nuevo, situando el frente de batalla en su frontera. Sin embargo, con el fin de rehacerse con el estado libio, Inglaterra no cesó sus ataques hasta finales de ese mismo año.

A principios del 42, las tropas alemanas del general Rommel volvieron al ataque. Reconquistaron Tobruk, consiguiendo retirar a las fuerzas británicas hacia el oeste, y tras un periodo de calma de casi cuatro meses, Rommel reanudó la ofensiva el 27 de mayo del 42, abriéndose paso hasta las cercanías de El Alamein, una ciudad situada a 106km al oeste de Alejandría. Pero la puesta en marcha de la *Operación Azul* en la URSS provocó que el centro de atención abandonara África, y con ello, los suministros alemanes.

El 1 de julio, el teniente general Rommel, conocedor de que en poco tiempo un gran número de tropas estadounidenses llegaría a Egipto para apoyar a sus aliados británicos, aprovechó para vencer decisivamente a su enemigo atacando la ciudad de El Alamein.

Sin embargo, su estratégica victoria fracasó, quedando la ofensiva paralizada el 27 de julio del 42. En agosto de ese mismo año, el mando de jefes de operaciones de la *Western Desert Force* pasó a manos del General Harold Alexander y del teniente Bernard Law Montgomery. La organización de un gran ataque contra la frágil línea defensiva del Eje, siguiendo el patrón de la “guerra de desgaste”, fue lanzada atrevidamente el 23 de octubre. Daba comienzo de este modo la segunda guerra del Alamein. Ese 3 de noviembre, las tropas alemanas se agruparon bajo la orden de Rommel para retirarse hacia el este, situando finalmente el frente de batalla en Túnez.

Arthur y yo luchamos juntos contra los alemanes en Marsa Matruh, Tobruk y El Alamein. Durante incontables ocasiones conseguimos eludir a la muerte; una muerte ya gastada, abandonada, y sin apenas ningún respeto por su llegada. Aquel sueño, construido y compartido desde la infancia, se había esfumado. La muerte de Peter nos había arrebatado aquella inocente pasión por cualquier batalla. La guerra, nuestra guerra, había perdido su importancia.

Después de tres años en tierras egipcias, y dos desde la muerte de Peter. Tras la retirada del ejército alemán, el 12 de mayo de 1943, nuestro deber en el norte de África alcanzó su meta. Había llegado el momento de volver a casa.

Capítulo IV

UN DESTELLO

El primer rayo de sol cubrió con su cálido manto las frías dunas del desierto. De nuevo, conseguía que la inmortal arena se despertara de la álgida noche y deslumbrase como un océano de estrellas. Un jovial día empezaba a acariciar mi rostro. Volví a levantarme junto a mi precaria morada durante la campaña en el norte de África. Era 14 de mayo de 1943 cuando se levantó un nuevo día. La gloriosa noticia sobre la victoria del ejército británico nos permitía volver a casa y regresar con nuestras familias. Me dirigía atontado hacia el pozo para refrescarme y asearme lozanamente, cuando escuché la voz de Arthur que se aproximaba desde otra parte.

– ¡Tú! ¡Feo!

Me giré nada más captar su atención.

>>Acércate anda, que debo comentarte algo.

– Cuéntame. ¿Qué pasa? – contesté risueño.

– Ya sabes que nos han concedido el permiso para volver a casa – dijo contento –. ¿Qué vas a hacer?

– Me quedaré aquí.

– ¿Y eso? – preguntó extrañado–. ¿Qué te retiene?

– Mi padre... Me dio su palabra de que al terminar la ofensiva en el norte de África vendría a por mí. Y mi deber es esperarle.

– Llevas meses sin saber nada de él...– contestó– ¿Quién sabe si aún sigue vivo?

– No digas eso. Me lo prometió, y debo esperarle.

– Lo siento..., ya sabes a que me refiero.

– Lo sé, pero debo creer en él. Es su palabra.

– Si de verdad lo crees, entonces, quédate – contestó, impasible–. Quizá tengas razón. Tu padre era un hueso duro de roer, no creo que los italianos o los alemanes hayan podido con él.

– ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer? – pregunté curioso.

– Han sido tres largos años, muy duros, y ya es hora de volver. En tres días sale el tren hacia Kenia, y desde ahí volveré a Sudáfrica. Yo ya he cumplido con mi deber. Además, echo de menos a mi familia.

– Por supuesto – contesté complacido a sus palabras–. ¿Qué estará haciendo Ms. Akeba?

– ¡Estará cocinando sus galletas! – Exclamó, contento, mientras una dulce carcajada empapaba el ambiente–. Espero que no tardes mucho en volver – añadió.

– No te dará tiempo ni a echarme de menos – silabeé gustoso a mi promesa.

Arthur sonrió gratamente, mostrando esas dos paletas, blancas y limpias, que despuntaban desde el interior de su boca, y contestó:

– Vamos a desayunar anda, que el calor ya empieza a afectarte.

A los tres días acompañé a Arthur a la estación. Iba a despedirme de mi otro hermano. Juntos habíamos logrado resistir y combatir a la frágil y violenta guerra, pero la ansiada espera de mi padre me obligaba a esperar su llegada en territorio egipcio.

Volvía al inicio, pero esta vez solo. Sabía que siempre sería mi amigo; que

los lazos de la amistad atan con más fuerza que los del parentesco; que la fortuna nos obsequia con parientes, pero que los amigos son fruto de nuestra propia elección. Aun así, no podía faltar a mi palabra. Aunque quisiera volver a casa, la lealtad y la estima que le tenía a mi padre me aferraban con más fuerza que cualquier otra amistad.

Un impulsivo abrazo surgió de entre los dos. Mi otro gran amigo se despedía de mí, pero esta vez, gozaba de una apropiada despedida. Nos dimos un par de besos en las mejillas mientras nuestras sucias manos se agarraban intensamente en los brazos del otro. Un par de húmedas miradas se cruzaron felizmente durante unos minutos, y me abrazó de nuevo.

– Cuídate hermano – susurró suavemente en mi oído.

Tranquilo y satisfecho, se dio media vuelta, y se fue.

– ¡Por cierto! debo pedirte algo por tu propio bien – dijo sujetándose en una de las puertas del tren, antes de que éstas se cerrarán. – Ve a ver a Peter. Llevas tres años sin hablar con él. Y aunque no esté presente, no le hubiera gustado que perdierais el contacto.

Asentí con la cabeza, sonó el silbato del revisor, y las puertas se cerraron. Arthur se sentó en su camarote, y mientras se despedía, con una serena y sincera sonrisa a través del cristal de su ventana, el tren y su figura se empequeñecieron en el lejano horizonte.

A la mañana siguiente me dirigí a ver a Peter, tal y como le prometí a Arthur en el andén. A pesar de todo ese tiempo muerto, su presencia seguía viva para mí. Esa era la razón por la que me negaba a visitar su tumba.

Llevaba tiempo sin verle, sin oír su voz, eso era todo. Pero un rabioso e incansable temor había crecido desde su partida; un malestar que incluso Arthur logró percibir en mis momentos de flaqueza; un miedo que era momento de redimir, y que solamente podía aliviar si visitaba su tumba.

La mañana se levantó nublada. Una gruesa capa de nubes impedía el paso de los rayos de sol. Las tenues sombras bailaban descalzas por encima de las dunas. Sentía como si todo el universo supiera de ese anhelado encuentro con

la muerte.

Un dramático escenario se alzó ese día para mí. Llegué al cementerio militar, situado a las afueras de Marsa Matruh, y bajo una blanca y perfecta cruz, reposaba la esencia de Peter. Me senté cómodamente a su lado, y empecé a distraerme con la arena. El agónico silencio lograba vencer a todas las luces y sombras de aquel cementerio.

– ¿Qué tal Peter? – no supe cómo empezar –. ¡Ha terminado la guerra en el norte de África! Aunque seguro que ya lo sabes... ¡Arthur y yo hemos sobrevivido! Ojala hubieras estado aquí para verlo. ¡Invencibles! ¿Oyes? ¡Invencibles!

>> Una vez, cuando estábamos defendiendo Marsa Matruh contra los alemanes, ¡me alcanzaron en la pierna! En mi vida sentí tanto dolor... ¿Te están cuidando bien allá arriba? Ayer me despedí de Arthur, ha vuelto a casa. Yo también tengo ganas de volver... pero... ya sabes, debo esperar a mi padre. Llevo días sin saber nada de él... Pero confío en su palabra ¡Sé que no me fallará!

Poco a poco, el dolor y la pena que fui guardando durante esos tres años, empezaron a brotar desde lo más íntimo. Y tras un corto silencio, reventé.

– ¿Por qué te fuiste? ¡Juraste que lucharíamos juntos en esta guerra! ¡Que nos apoyaríamos mutuamente! ¿Por qué a ti? Se suponía que debía protegerte, que íbamos a dar nuestra vida por ti. Nos mentiste... ¡Te fuiste sin decir adiós!

Una pequeña pausa ayudó a desfogarme. Gemidos y lloros, repletos de nostalgia y de tristeza, repicaron fuertemente en mi interior. El afligido eco de mis penas, invencible ante cualquier problema, se abrió paso por el cementerio, mientras la elipsis del pasado, el abrumador silencio de los muertos, lograba sofocarlo.

– Mi pequeño Peter... Maldito mocoso... No te imaginas cuanto te admirábamos. Te veías débil y apocado, pero eras el más valiente de los tres. Te atrevías a cuestionar, a enfrentarte sin ningún problema a todos tus miedos. Eras la luz del grupo... ¿Por qué? ¿Por qué te fuiste? – repetí en busca de una rápida respuesta que pudiera sosegar mi pena.

Miré alrededor, y seguía estando solo. Llevaba un buen rato hablándole a una estúpida cruz y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí iluso. Me eché hacia atrás, me sequé las lágrimas de la cara con la manga de la camisa, y una pequeña sonrisa floreció desde lo más profundo. Abandoné la mirada al infinito, y mi mente se perdió entre viejos pensamientos.

De nuevo, logré perder la noción del tiempo. El mundo exterior había desaparecido y los recuerdos florecían uno detrás de otro.

Me sentía envuelto en una capa de tranquilidad y olvido cuando un fino rayo de luz se abrió paso entre las onduladas nubes, e iluminó la tumba de Peter.

Unas pequeñas motas de polvo aparecieron danzando, contentas, dentro del destello. Su escaso peso y densidad les permitía flotar en el aire, fuera de cualquier atracción de gravedad que las uniera a este mundo de felicidad y de tristeza, de amor y de odio. Bailaban y cabrioleaban repletas de vida y energía.

Maravillado ante esa mortal belleza, llegaron a mí un sequito de incontables tormentos, de nuevos y populares pensamientos: ¿Qué sentido tenía la vida? ¿Era un regalo o un castigo? ¿Éramos capaces de crear nuestro porvenir o simplemente seguíamos los pasos de un camino ya marcado?

Esas humanas dudas empezaron a nublar mi cabeza. ¿Qué importancia tenía? ¿Qué era preferible? ¿Vivir en el presente, suponer un futuro o dormir en el pasado?

Observé de nuevo la tumba de Peter. El rayo de luz seguía alumbrando su lecho mientras una suave brisa empezaba a divertirse entre las cruces del cementerio.

No tardé mucho en sentir el dulce roce del viento acariciando mi piel, el áspero olor de la arena del desierto, y el acogedor calor que propagaba aquel rayo de luz. Mis sentidos se enaltecieron al traerme de vuelta al presente y todos aquellos tormentos se disiparon al momento.

¿De verdad existía el tiempo?

No podía sentir nada más que el ahora. Cada instante, cada acción, cada segundo, cada parpadeo, cada rayo de luz, cada mota de polvo expuesta a ese penado momento.

Me sentía vivo, pero totalmente vacío. A mi alrededor, antiguos compañeros de armas, grandes camaradas, todos soñadores en llegar a lo más alto, y aun así, habían elegido dar sus vidas para proteger a un hermano...

Los tormentos volvieron a invadirme de nuevo.

Gozábamos de la capacidad de imaginar y de transmitir nuestros sueños, pero no podíamos vivirlos a nuestro mero agrado. Estaba convencido. No era más real la vida que los propios sueños. La existencia de materia no expresaba realidad. Pero, ¿qué nos impedía dejar el mundo material y centrarnos en apreciar y vivir nuestro propio sueño?

Peter nunca había muerto para mí, y lo prefería de ese modo. Al fin y al cabo era preferible vivir en un sueño, un sueño feliz y sin preocupaciones, un mundo idealizado a mi deleite y satisfacción. Además, ¿qué o quién me obligaba a vivir en ese horrible mundo? Lleno de desventajas, problemas, depresiones, enfados, violencia, tristeza, y muerte.

Al darme cuenta, el rayo de sol que iluminaba el sepulcro de Peter había desaparecido. Las motas de polvo habían dejado de existir en un abrir y cerrar de ojos.

Durante los siguientes minutos, un oscuro y arcano miedo se extendió por todo mi cuerpo. Necesitaba pruebas materiales para poder justificar su existencia, necesitaba sentir aquella vida de nuevo. ¿Era eso la muerte? ¿El final de la existencia material?

En pocos segundos, mi mente se despejó de nuevo. La mente humana funcionaba a través de la percepción de la materia, y a su vez, la materia existía gracias a dicha percepción.

Sin embargo, seguí observando la cruz de Peter en busca de una posible confesión procedente del más allá. Ni una sola palabra manó desde su lecho.

La vida era algo efímero, un regalo del universo. La unión casual de dos partículas crearon lo imposible. Una absurda magia que daba vida a toda fuente de existencia.

Poseíamos la capacidad de existir, pero no la capacidad de comprender la existencia.

Me sentía solo pero extrañamente acompañado. Mis nuevos pensamientos habían brindado dicho deseo. Sentía el tacto de la arena, el calor del desierto, el dulce roce del viento. Todo formaba parte de mí, de mi percepción, y por lo tanto, yo formaba parte de ello.

¿De dónde vino ese miedo al perder de vista las pobres motas de polvo? Por un instante compartí ese temible pánico al incierto futuro. El temor a lo oculto mostraba la capacidad de apreciar el presente, de vencer mis preocupaciones con la espada del valor y la saeta del atrevimiento.

Esa mañana logré entender como Peter, Arthur, mi padre, el resto de mortales, y yo, disfrutábamos de dos vidas, ambas paralelas y a la vez distintas: la vida material y la vida anímica.

Se trataba de una vida repleta de sueños, diferente a la de esas pequeñas motas de polvo, que, ignoradas y desconocidas, rondaban sin rumbo, sin destino, sin capacidad de imaginar.

Esa fue la respuesta de Peter esa mañana, y la confesión del joven keniano durante la noche de guardia. La vida y la muerte eran simples herramientas de medición temporal. La materia se marchitaba, pero la voluntad y los sueños guardaban siempre nuestras espaldas.

Sin darme cuenta, el cielo se había despejado. Un glorioso sol empezaba a calentar de nuevo las arenas del desierto norte africano. Me levanté, contento y sereno, del árido suelo, me sacudí el polvo y la arena de los pantalones, y me dirigí hacia el cuartel.

Capítulo V

LA JAMBIA

Durante casi un año, esperé codicioso la llegada de mi padre. La esperanza de posibles cartas o noticias tuyas, se había hundido en el profundo fango del pasado. Ese amor paternal, esa temerosa y consoladora mentira, empezaba a despuntar entre mis pensamientos. Digno de un cobarde, empecé a dudar de su retorno. Todos los días, antes de que el crepúsculo huyera borrando el paisaje, buscaba la respuesta de mi padre.

Entre tanto, Peter se había vuelto mi mejor compañero. Visitaba su tumba dos veces por semana, y aprovechaba la ocasión para ponerle al día sobre las nuevas que llegaban. Incontables atardeceres, innumerables noches e infinitas mañanas me acompañaron durante mi aborrecida estancia en Marsa Matruh.

El 20 de Mayo de 1944, varios rumores llamarón a las puertas del cuartel: La 6ª División Blindada formada por la 24ª Brigada de infantería, la 1ª Brigada Acorazada y la 12ª Brigada Motorizada, habían marchado hacia Italia con la respectiva aprobación del Parlamento. ¿Habían cambiado mis planes? Las últimas noticias que sabía de mi padre le habían designado como Mayor de la famosa 6ª División Blindada en enero de 1943, y, a causa de los espontáneos rumores, posiblemente habría sido trasladado a territorio europeo, con el resto de la división.

A lo largo del solitario y largo año en Marsa Matruh, los deseos de ese esperado encuentro y de la anhelada vuelta a casa, aumentaron hasta ocupar todas mis preocupaciones. El no tener constancia sobre la localización de mi padre, o del estado en que se encontraba, incitó a que esa añoranza no tardara mucho en silenciar su promesa. ¿Debía ir a buscarle? ¿Debía respetar mi palabra y esperarle?

A la mañana siguiente, el sol despuntó entre los confines del desierto. Pasé la noche en vela deseando encontrar una solución a mi problema, y, finalmente,

junto a esos novicios y cálidos rayos de sol, mi mente despuntó orgullosa: debía ir a buscarle.

Su reclutamiento en la 6ª División no entraba en sus planes iniciales, y, por lo tanto, al igual que él había hecho, yo debía modificar mis planes para poder encontrarle. Mi misión consistiría en ir a Libia, descubrir su actual paradero, y traerlo de vuelta a nuestra humilde morada.

En cuestión de minutos, todo ese plan se llenó de energía. El joven espíritu aventurero volvía a arder en mí interior, y, en pocas horas, ese largo viaje iniciaría su partida. No obstante, seguía en Marsa Matruh, y para poder llevar a cabo tal objetivo, necesitaba de un medio de transporte.

Tras preguntar fracasadamente en el cuartel, me adentré entre las áridas calles de la aldea. Consulté e indagué durante un buen rato, y finalmente logré cruzarme con una caravana de comerciantes procedente de El Cairo, que, a fin de reponer provisiones, cobijarse del extremo calor del mediodía y otorgarle unas horas de descanso a su ejército de camellos, habían decidido dormitar en Marsa Matruh, y evitar la mortal fuerza del temible *Khamsin*.

Llevaba un par de semanas que dicho *Khamsin* corría libremente por la zona. Se trataba de un viento tórrido y áspero, procedente del desierto. A diferencia de los vientos del norte, que mantenían la humedad alta y apetecible la mayor parte del año, cuando el *Khamsin* soplaba, la humedad bajaba repentinamente y la sequedad de las temperaturas se incrementaba, alcanzando infiernos de hasta cuarenta grados.

Las uñas se rompían, la piel se agrietaba, el cabello se endurecía y todo el cuerpo se deshidratava. Durante miles de años, la extrema sequedad del *Khamsin* había facilitado la conservación de las eternas momias del Antiguo Egipto. Esa era la principal razón por la que los nómadas comerciantes de telas elegían continuar su empresa durante las horas de menos luz solar.

Me deshice gustosamente de mi uniforme militar, y me vestí con las finas y holgadas túnicas propias del desierto africano. Un fantástico pañuelo color azul cobalto me cubría enteramente la cabeza dejando a la vista un par de ojos verdes, cansados de la guerra y pulidos por la fina arena del desierto.

Las largas prendas cubrían nuestro cuerpo de arriba abajo. Nos protegían del viento que nos refrescaba al contactar con el sudor corporal. Y es que esa suave brisa, que podía aliviarnos por momentos del infame calor, acrecentaba el peligro a la deshidratación. Por lo que, si queríamos sobrevivir a los océanos de fuego, debíamos mantener el sudor pegado a nuestro cuerpo.

Dos horas antes del atardecer, partimos desde Marsa Matruh. El paso del camello era lento, seguro y constante, pero peligroso a la vez. Durante todos esos años en el norte africano, aprendí que en el desierto era preferible viajar a lomos de un caballo. El caballo siempre mostraba el cansancio, se ralentizaba, y se paraba a descansar cuando más lo necesitaba. En cambio, el camello no mostraba signos de agotamiento. Cuando el animal estaba bien alimentado, la joroba de grasa se le alzaba rígida y firme. Mientras que, si las reservas de grasa eran escasas, la joroba se volvía blanda y floja.

Para un auténtico ambulante del desierto era fácil distinguir la diferencia, pero para mí, un forastero en tales parajes, era difícil reconocer las distintas técnicas que existían. Hubiera necesitado toda una vida para poder compartir una pequeña parte de su sabiduría milenaria.

Quedaban catorce días para llegar a nuestro anhelado destino, Trípoli. La antigua capital italiana, en el año 1943, había pasado a manos del ejército británico tras su victoria en territorio libio. Los aliados se habían asentado flemáticamente en la ciudad, logrando dominar uno de los puertos más emblemáticos del mediterráneo, un puerto que otorgaba la entrada al continente africano.

La larga travesía se volvió dura y pensativa. Un árido paisaje, que se repetía incansablemente ante nosotros, inducía a bucear en lo más profundo de nuestros pensamientos.

A lo largo del viaje descubrí que el invencible *Khamsin* vestía una doble cara. Durante el día, el cálido ambiente dificultaba la respiración, mientras que, por la noche, el abrasador viento se transformaba en una suave y fresca brisa. Además, favorecía la transparencia del paisaje: forzaba a la Luna, y a su sequito de seguidoras, las estrellas, a brillar y a resplandecer hasta el confín del horizonte.

Esa horrible corriente de aire impedía el viaje diurno, pero, por lo contrario, favorecía el avance durante la noche. Como fiel compañero desde la antigüedad, el nocturno *Khamsin* facilitaba la orientación a los comerciantes nómadas, otorgándoles la oportunidad de utilizar fácilmente la astronomía.

Dicho y hecho, tras catorce días de dura travesía por el yermo paisaje de Egipto y Libia, conseguimos llegar hasta la honrada capital. El ejército británico rodeaba completamente la ciudad; un fuerte aliento patriótico bañaba las calles del recinto mientras que el sol, glorioso y resultante, iluminaba su victoria sobre el enemigo.

Nos acercamos hasta las puertas de Trípoli, agradecí el viaje a los comerciantes, bajé del camello, y observé como, lentamente, se perdían entre las calles de la ciudad.

Volvía a estar solo. Debía encontrar la forma de llegar hasta el cuartel, pero, visto el ambiente militar, no sería muy difícil hacerlo. Una homogénea e ingesta cantidad de soldados británicos patrullaba por las calles de la capital.

Justo en aquel instante, escuché como unos tímidos pasos comenzaban a acercarse hacia mi posición. Volví la mirada, y, a mi lado, una pareja de apuestos soldados, desfilaban chulescos a ritmo militar. No dudé en acercarme a ellos y preguntar.

–Disculpen guardias, ¿les importaría ayudarme?

Se giraron al instante, y sorprendidos por mi acento, se acercaron hasta mí.

– ¿Podría repetir lo que ha dicho? – dijo el más alto de los dos.

– ¿Si les importaría ayudarme? – repetí buenamente –. Intento localizar el cuartel general de la ciudad, y no sé cómo llegar hasta él ¿Podrían indicarme el camino?

– ¿De dónde es usted? ¿De dónde viene? – preguntó el bajito, que empezaba a molestarse.

– Caballeros, solo quiero llegar hasta el cuartel. ¿Serían tan amables de mostrarme el camino? – repetí.

Ambos se miraron, y extrañados por mi acento y mi vestimenta, repitieron sus preguntas.

– ¿Es qué esta usted sordo? Le hemos preguntado. ¿De dónde es? ¿De dónde viene?

Me quité el pañuelo y tras sacudirme el sucio polvo de mi rostro, añadí con fiado:

– Mi nombre es Tristan White, y soy capitán de la *Western Desert Force*.

Al oír esas palabras emanando de mi boca, en menos de un segundo, su expresión facial cambió de la duda al respeto. Se colocaron bien sus gorras y formaron impávidamente ante mí. Aun así, el bajito de la pareja, y a la vez el más curioso de los dos, acometió con otra pregunta desconfiada.

– ¿Y dónde ha dejado usted su uniforme, capitán?

– Me deshice de él de camino aquí.

De nuevo, la duda y la desconfianza relajaron su posición.

– Acompáñenos hasta el cuartel, y ahí verificaremos si de verdad es quien dice ser.

– ¡Perfecto! ¡Ningún problema! – contesté, satisfecho.

Tras perdernos durante un rato entre las confusas calles de Trípoli, llegamos a las puertas del cuartel general. Un blanco y gran edificio se alzó majestuoso ante mis ojos.

Entré acompañado hasta el recibidor y esperé sentado hasta nuevo aviso. Me acomodé en una de las sillas de madera que se encontraban situadas al lado de la entrada, y consentí que el tiempo se malgastara con paciencia.

Tras treinta aburridos minutos contando y recontando las torpes moscas que volaban por esa habitación, vino a mi encuentro el soldado alto que inicialmente me había acompañado. Esta vez, y sin duda alguna, formó firme y flemático, y escusadamente añadió:

– Siento la confusión mi capitán. Si es tan amable de seguirme, le llevaré hasta el despacho del general.

Subimos las escaleras hasta el primer piso, y dos grandes portones de madera barnizada, se exhibieron en el panorama. Llamé a la puerta, y una alegre voz, que procedía de su interior, me invitó a entrar.

Abrí las puertas, y una resplandeciente sala, blanca y pulcra, se exhibió: Brillantes azulejos cubrían toda la superficie del salón. A mi izquierda, una flamante bandera británica se desplegaba enmarcada en lo alto de la pared; justo al fondo de la habitación, tres enormes ventanales, con arco apuntado de herradura, permitían el paso de una incontrolable cantidad de luz, encargada de iluminar el resto de la sala; y a mi derecha, se elevaba la tercera y última pared del gran salón. En ella, un imperial retrato del rey Jorge VI de Inglaterra regía orgulloso en lo alto del muro, mientras que a su lado, colgaba enmarcado el tesoro más hermoso que mis ojos habían contemplado.

La luz del sol rebotaba dichosa contra él, creando un asombroso arcoíris de tonalidades que se esparcía a lo largo y ancho de la habitación. Tras ese fino cristal que la protegía del todopoderoso polvo, se encontraba el prodigioso tesoro: una fantástica daga curvada, bañada en oro y plata, y decorada al detalle con miles y miles de pequeños zafiros, rubíes y esmeraldas, capaces de corromper al más humilde de los mortales.

Tras unos segundos petrificado por su belleza, continué con la expedición visual. Debajo de la fotografía real y de la daga, un globo terráqueo hecho de ébano y marfil, se alzaba espléndido desde el suelo. Torné la vista, y como último remache, en el centro de la sala, se encontraba el sólido y firme estudio del general, hecho de madera en su totalidad, y rematado con plata por las esquinas del tablero.

Detrás, un escocés pelirrojo de pies a cabeza, juicioso en su sillón de terciopelo, me obligaba a acercarme con gestos, mientras que, entusiasmado, terminaba su conversación por teléfono.

- ¡Adelante! ¡Adelante! – exclamó sonriente.

Me senté en la silla acolchada que se encontraba delante de su escritorio, y embobado y maravillado aún por la asombrosa sala, continué deleitándome con la belleza que ésta revelaba. Tras unos minutos de espera, colgó enérgicamente el teléfono, y orgulloso, me despertó de mi fantasía.

– ¿Y usted es?

– Mi nombre es Tristan White, Señor. Capitán de la *Western Desert Force*.

– Mmm... ¡Bienvenido pues! ¿Combatió y venció a los italianos en la victoriosa *Operación Compass*?

– Sí, Señor. Luché contra ellos en Sidi Barrani, resistí su ataque en Marsa Matruh, e hice frente a las tropas del *Afrika Korps* en El Alamein.

– ¡Bendito seas hijo mío! Me encuentro ante un auténtico héroe de guerra. Es un placer tenerle aquí. ¿Un trago?

– No, gracias. No bebo.

Se dirigió hacia el majestuoso globo terráqueo de ébano y marfil, lo abrió por la mitad levantando el hemisferio norte, y extrajo un vaso de cristal acompañado de una botella con líquido marrón en su interior.

Se rellenó el vaso y susurró tristemente: – Echo de menos el alcohol de mi país...– Se dio media vuelta, se sentó de nuevo en su gran trono de terciopelo, y, satisfecho, me preguntó:

– Bueno... ¿Y qué le trae por aquí joven capitán?

– Pues bien, vengo en busca de un oficial británico...

– ¿Sabe qué día es hoy capitán? – añadió, interrumpiendo.

– No, Señor.

– ¡Hoy es 7 de Junio! Esta última llamada me ha dado la alegría. Ayer las tropas de los aliados consiguieron desembarcar en Normandía, retirando al ejército alemán hacia las tierras del interior. ¿No es una buena noticia?

– Espléndida, Señor. Ya queda poco para la victoria – contesté amigablemente.

– Eso es hijo mío, eso es. Y bien, ¿qué le trae por aquí? – Preguntó de nuevo.

– Pues bien – repetí –, vengo en busca del Mayor Richard White. Se unió a la *Western Desert Force* de Libia en 1941, y, a finales de 1943, se unió a la 6ª División Blindada con una futura y posible incursión en tierras italianas. Esa fue mi última noticia acerca de él y de la 6ª División.

– Conozco a ese hombre – respondió halagado—. Gracias a su remarcable dirección y estrategia en el campo de batalla, muchas de las operaciones que llevamos a cabo durante la expulsión de los italianos pudieron culminarse con gran eficacia.

Mi corazón volvió a arder de nuevo. Una extrema satisfacción me abrazó intensamente. Ese era mi padre, no cabía ninguna duda.

– ¿Y está bien? ¿Se encuentra a salvo? – pregunté interesado.

– ¡Por supuesto! Es uno de los mejores militares que he conocido, dentro y fuera del campo de batalla.

– ¿Está aquí?

– No. Partió hacia Italia hará unas dos semanas, como bien le han informado – contestó.

– ¿Cómo es que cambió de opinión? Su misión... mejor dicho, nuestra misión era simplemente defender el norte de África de las tropas del Eje... No lo entiendo ¿Qué es la 6ª División? ¿Por qué mi padre se unió a ella? – pregunté alzando la mirada.

– Permítame explicárselo.

Se levantó, se acercó a los ventanales, sacó un paquete de tabaco del bolsillo, y tras colocarse un cigarro entre los labios, me preguntó si quería uno. Le agradecí el gesto, pero no quise fumar. Después de eso, se lo encendió, aspiró intensamente, mantuvo el humo en su boca durante unos segundos, y tras expulsarlo con delicadeza, empezó a hablar.

– La idea sobre la creación de una división blindada sudafricana se discutió por primera vez en 1941, entre el Primer Ministro Smuts y el comandante de la Primera División de infantería, el mayor general George Brink. Pero como ya sabrás, en ese preciso momento las tropas sudafricanas se encontraban luchando contra las fuerzas del Eje. Debían mantener los niveles de soldados en el frente, necesarios para sostener el balance de las dos divisiones de infantería.

>> No hace falta que le diga que todos los sudafricanos en servicio eran voluntarios. Pero debido a la inferioridad de soldados que ofrecieron sus servicios, se alimentó de nuevo la idea de convertir una de las dos divisiones de infantería en una división blindada, dado que una división blindada requiere un número menor de soldados para su funcionamiento.

Se dio media vuelta, y empezó a andar de derecha a izquierda de la sala mientras proseguía con su explicación.

>> Más tarde, el panorama cambió. Debido al incremento de bajas en los soldados de infantería, la idea de crear solo una división blindada se quedó obsoleta. Esta vez, era preferible establecer dos divisiones blindadas. En enero del 43 tuvo lugar la Conferencia de Casablanca, en la que los líderes aliados decidieron continuar la guerra con la invasión de Sicilia, reduciendo la necesidad de más divisiones blindadas, ya que eran necesarias en el desierto Occidental. Este hecho, junto con la falta de soldados, condujo a cancelar la creación de la 1ª División Blindada, otorgándole todo el poder y futura responsabilidad a la 6ª División Blindada. Al cabo de unos días, todas las brigadas de la 1ª División de Infantería Sudafricana regresaron a Sudáfrica para el re-entrenamiento y fusión con otras unidades, querían formar el núcleo de la nueva división.

– ¿Eso significa que mi padre volvió a casa? – Contesté extrañado.

– No. Su padre gozaba de suficiente conocimiento militar para saltarse dicho entrenamiento. Oficialmente, la división acabó de formarse en Sudáfrica el 1 de febrero del 43. Con el mayor general Evered Poole como comandante y junto con otras dos brigadas de la división, se embarcó el 30 de abril de ese mismo año en el puerto de Tewfiki en Suez, dirección a Egipto.

>> El entrenamiento militar tuvo lugar en el desierto de Khataba, al noroeste del Cairo, donde fue enviado su padre como Mayor y oficial al mando. Durante ese tiempo se formaron las unidades blindadas y se llevó a cabo la introducción de elementos rhodesianos militares como el Escuadron C Batallón de Servicios Especiales, la 17ª Batería Blindada y la 4ª Batería Anti-tanque. La escasez de soldados exigió a la división plantearse una fusión con otras unidades, aprovechando el tiempo de adiestramiento como período para realizar dichas combinaciones. La fase de entrenamiento concluyó el 21 de Enero de 1944, y ese mismo mes, el día 23, la división se movilizó a Helwan, una ciudad situada justo a las orillas del Nilo, a 25km de Memphis.

El coronel seguía andando de un lado a otro, mientras yo atendía detalladamente a sus palabras.

>> Tras los entrenamientos, la 6ª División permaneció en Egipto, estancada unos meses, a la espera en determinar su futura y auténtica función. Finalmente, tras unos meses de confusión, el 12 de marzo del 44 recibieron las instrucciones de trasladarse a Italia a fin de penetrar por el sur de Europa, y acorralar a las fuerzas del Eje. Entre el 14 y el 16 de abril embarcaron desde el puerto de Alejandría para llegar a Tarento el 20 de abril del 44.

Sacó un mapa europeo de uno de los cajones de su escritorio, lo extendió enérgicamente sobre el tablero de la mesa y, mientras me señalaba con su índice la bota peninsular, prosiguió con su discurso:

>> Las últimas noticias procedentes del frente italiano nos muestran que la 6ª División avanza despacio pero constante, por aquí y por aquí – añadía mientras me marcaba la supuesta ruta–. Están obligando a las tropas germano-italianas a retroceder hacia el interior europeo, donde en poco tiempo se encontrarán con nuestras tropas aliadas, las americanas.

Alzó la mirada del mapa y, tras ver mi indiferencia, concluyó orgulloso y satisfecho:

>> ¡La victoria ya es nuestra! – exclamó convencido—. Su padre sigue dirigiendo honorablemente esas ofensivas. También es un gran héroe de guerra, como usted – añadió mientras sonreía, comprometido y orgulloso por nuestro servicio.

– Entonces estuvo a mi lado... Estuvimos tan cerca y no me di cuenta... – murmuré indiferente a su apreciación.

– ¿Cómo dice muchacho?

– ¡Tengo que ir a Italia! – exclamé repentinamente.

– Aun no disponemos de una fecha exacta para enviar nuevos refuerzos – contestó –. Hasta entonces, deberá quedarse en este cuartel. Ayudará a dirigir y a organizar a las tropas. Disfrutar de un héroe de guerra como usted, y a nuestra disposición, motivará y enriquecerá a los jóvenes soldados ¿No está usted de acuerdo, capitán?

– Por supuesto... Debo irme... ¡Quedarme! – sonreí inocente –. Agradezco mucho su hospitalidad mi Coronel. Si me disculpa iré a dar una vuelta por la ciudad, toda esta información me ha alterado un poco.

– Por supuesto, estese tranquilo. Cualquier urgencia o duda, ya sabe dónde encontrarme.

– Muchas gracias – concluí, perdido en mis pensamientos.

Me levanté de la silla, y con una sonrisa en la cara, di media vuelta para abandonar el gran salón.

Debía encontrar el modo de viajar a las costas europeas. La espera al envío de futuras tropas a tierras italianas, podía alargarse un par de meses. Ya llevaba un año esperando la llegada de mi padre, y si no la había celebrado todavía, era momento de ir a por ella.

Salí del cuartel y pasé la barrera formada por los soldados británicos.

Como un aventurero y explorador de lo nuevo, me adentré en el interior de Trípoli en busca de una solución a mi nuevo problema.

El ambiente cambió en un par de pasos. Un colorido y asombroso mercado árabe apareció de entre las calles de la ciudad. Acababa de entrar en uno de los cuentos de las mil y una noches. Todo era posible en aquel lugar.

Olores exóticos de todo tipo sorprendían mi olfato a cada paso; una majestuosa combinación de colores y tonalidades disfrazaban bellamente los largos pasadizos del recinto; y un incansable parloteo hogareño realzaba el bullicio del ambiente. Como un oasis en el desierto, la fantástica vida se levantaba radiante y serena en el corazón de Trípoli.

Existían puestos de todo tipo. Vendían desde frutos secos de todas las variedades, hasta telas de seda de todos los colores. Cinturones de cobre, de bronce y de plata, competían contra los pendientes, collares y brazaletes que colgaban en sus escaparates; utensilios de cocina, estatuillas de marfil y de ébano, pinturas, retratos, espejos, todo decorado y adornado hasta la saciedad. Avanzaba hechizado por cada forma, luz y sombra, que se cruzaba en mi camino.

Entre tanto alboroto llegó a mis oídos una cobarde melodía que se introdujo suavemente en mi cabeza. Se acopló a mi vivencia, y me sometió al temor de la armonía.

Me acompañaba en cada reflejo y destello de luz. Una infinita variedad de rimas y amistades coreadas por el orfeón de la mezquita, dominaron por unos instantes mis sentimientos y encauzaron mis reflexiones. En cuestión de segundos, sentí como esa melodía había pasado a determinar mi estado de ánimo. Las variaciones graves y agudas de sus notas la hacían viva y eterna. Se había vuelto indispensable para mí, para la vida en el mercado, para la longeva existencia de Trípoli.

Acompañado por el impresionante y mágico éxtasis que perturbaba totalmente mis sentidos, me perdí feliz y despreocupado por las arterias del mercado.

Mis piernas me llevaron de un barrio a otro hasta terminar en la puerta de una pequeña y oscura taberna. Entré decidido. Era un lugar arcano y sombrío. Me acerqué a la barra, y un gigante arábico, con una frondosa barba y de unos cuarenta años de edad, se aproximó hasta mi posición.

– ¿Qué desea caballero?

– Un té frío por favor.

Sacó un pequeño vaso de cristal, se dio media vuelta, y, tras alcanzar con su mano una tosca tetera de bronce, situada en la barra trasera, prosiguió con sus preguntas.

– No es de por aquí ¿verdad?

– No señor, estoy de paso.

– ¿Y hacia donde se dirige? Si no es mucho preguntar.

– Para nada – conteste sonriendo-. Voy dirección a Europa.

– ¿Al frente de batalla?

– Eso es señor. Pero, esta vez, mi intención no es combatir contra el enemigo, voy en busca de algo muy preciado para mí.

– Deduzco que es usted militar.

– Así es. Soy capitán del ejército británico – respondí, orgulloso.

– ¿Y dónde ha dejado usted su uniforme?

– Se me extravió de camino a Trípoli – contesté.

Sacó un trapo y empezó a limpiar la barra. Tras unos minutos, se acercó de nuevo y continuó preguntando:

– ¿De dónde viene? –preguntó curioso.

– De Marsa Matruh. He llegado esta mañana con una caravana de comerciantes de telas.

– ¿Ha llegado esta mañana?

– Eso he dicho – contesté risueño.

– ¿No habrá llegado con Ahmed el comerciante?

– Pues creo que ese era su nombre... Sí señor, Ahmed. Un buen hombre. – completé.

– ¡Alabado sea! ¡Ahmed es mi primo! – Contestó mientras una oculta alegría comenzaba a inundar su rostro—. ¡Permítame que le invite a un trago! ¡Quien es amigo de Ahmed, también es amigo mío!

Sacó una botella de whisky de debajo la barra, junto con dos vasos de vidrio. Los rellenó y añadió.

– A ver qué le parece esto, es auténtico de su tierra.

Me incitó a un brindis, levantó su vaso con orgullo, y exclamó contento:

– *¡Fe sajatok!*

Brindamos juntos, bebimos, dejamos los vasos, y, de nuevo, sacó un trapo para limpiar la barra. Las curiosas preguntas no cesaron:

– ¿Y cuál es ese tesoro tan preciado que tiene en Europa? – insistió, curioso pero atento.

– Voy en busca de mi padre. ¿No sabrá de alguien que pueda llevarme? – añadí, interesado pero risueño por mi osadía.

Me miró contento y sereno, y respondió.

– ¿Ve a ese hombre con el turbante blanco? – Dijo mientras señalaba vulgarmente con el dedo—. ¿El gordo, bajito y con perilla, que está sentado justo al lado de la puerta?

– Sí, lo veo – completé.

– Es un comerciante privilegiado. Gracias a sus contactos puede transportar mercancías desde los territorios europeos hasta aquí. Tiene un pequeño barco y una famosa tripulación que le acompaña a todas partes, pero hoy está disfrutando de su momento de relax personal. Si le interesa puede ir y preguntarle, pero tenga cuidado y sea educado, no querrá que se molesté.

– Entiendo... Gracias, señor – respondí alegremente.

Cogí mi vaso de whisky, y me dirigí valiente hacia su mesa.

– Buenos días tenga caballero. ¿Le importa que me siente?

Me miro extrañado, con cara de asco, y prosiguió con su tarea.

– Mi nombre es Tristan White – le dije mientras le postraba mi mano buscando un digno apretón.

Volvió a mirarme extrañado, y rechazó de nuevo mi entusiasmo. De esa forma tan vulgar, había roto mi estrategia de educación y respeto hacia el ajeno.

Perdí las ganas de insistir o conversar con ese gordinflón. Pero quería ir a Europa, y si él era mi única alternativa, no podía dejar de insistir.

– He oído que viaja a Europa con frecuencia. ¿Tiene pensado ir en poco tiempo? – pregunté decidido y sin tapujos.

– Mañana por la tarde zarpo hacia Albania. ¿Por qué?

– Necesito que me lleve con usted.

Se giró tranquilamente, y me repasó de arriba abajo.

– Te ves fuerte y joven, podrías sernos útil. ¿Pero a cambio de qué? No será barato. Dudo que puedas pagarlo, además no voy a jugarme la vida por culpa de un maldito inglés.

No tenía nada. Unas pocas monedas que me habían servido para llegar hasta ahí, y que me iban a permitir sobrevivir un par de días más. Carecía de algo de tanto valor que me permitiera comprar ese billete a tierras europeas.

– Mañana por la mañana... ¿podré encontrarle de nuevo en esta mesa? – pregunté ostentoso.

– Sí. Aquí estaré, pero no voy a esperarte.

– ¡Perfecto! Seré puntual, no le fallaré. Gracias por su tiempo.

Me levanté, y me dirigí pensativo hacia la barra.

–Disculpe caballero – le dije de nuevo al gigante arábico.

– ¿Y bien? ¿Qué le ha dicho?

– Que debo pagarle en efectivo... Por cierto, ¿no le quedarán un par de botellas de ese buen whisky con el que hemos brindado?

Frunció el ceño, me miró con mala cara, y se ausentó durante unos minutos en el almacén trasero. No sabía que hacer: ¿Debía irme? ¿Debía esperar? Finalmente decidí esperar. A los pocos minutos se presentó con las dos botellas sin estrenar.

– Aquí tiene. Hace poco me las trajo su nuevo amigo y a duras penas las vendo.

– ¡Perfecto! ¿Qué le debo?

– Nada, hoy invita la casa. Además, me hace un favor si se las lleva. Que Alá le bendiga.

– Muchísimas gracias, Señor. Que Alá le bendiga a usted también.

Salí satisfecho y me dirigí directamente hacia el cuartel.

El ocaso había empezado a asomarse por el horizonte, cuando llamé a las puertas del coronel.

– ¡Adelante! – Contestó decidido desde el interior.

– Buenas tardes coronel.

– Buenas tardes capitán. Dígame ¿en qué puedo ayudarle?

– Paseando por el mercado se me ha ocurrido una idea. Así que he vuelto para proponerle algo.

– Cuénteme.

– Visto que debo cumplir con sus órdenes y quedarme en el cuartel hasta que un futuro convoy parta hacia tierras italianas, creo que deberíamos gastar más tiempo juntos. Conocernos un poco mejor, y establecer nuevas ideas acerca de la educación de estos nuevos soldados.

– ¿A qué se refiere? – respondió interesado.

– Como felizmente sabemos, ayer las tropas aliadas desembarcaron en Normandía, y tan buena es esa noticia, que deberíamos celebrarla. ¿No cree? Además, ambos gozamos de experiencia militar, tanto en el campo de batalla como en temas burocráticos, de la misma forma que yo puedo hablarle del combate cuerpo a cuerpo, usted puede enseñarme a crecer y a subir posiciones en la jerarquía militar, ¿qué le parecer.

– Me parece muy buena idea, y me gusta que haya venido a comentarlo de buen inicio – contestó sensato.

– Por eso – proseguí –, preguntando e investigando por las profundidades de Trípoli, he conseguido esto– mostré lo que ocultaba detrás de mi espalda.

– ¡Dos botellas de whisky *Vat 69* escocés! – exclamó, radiante. – ¿De dónde las ha sacado muchacho? ¡Por fin algo digno de nosotros!

Las tomó entusiasmado y se acercó a su globo terráqueo. Sacó dos vasos de vidrio de su interior, se sentó en su sillón, se desabrochó el cinturón del

uniforme mientras una recia barriga asomaba curiosa entre los botones de la camisa, y descorcho orgulloso la primera botella.

Para ser un escocés de cincuenta años lucía con mucho honor la fama de su tierra. El aguante y la tolerancia al whisky eran dos de los rasgos más famosos de todo escocés.

Entre risas y bailoteos, en menos de una hora, el viejo coronel logró tragarse la primera botella, y treinta minutos más tarde, la mitad de la segunda. Sin embargo, la falta de entrenamiento le hizo justicia, y terminaron sobrándole un par de minutos para empezar a roncar como un lirón.

Visto el panorama, abrí silenciosamente las puertas del salón, y me escabullí de la habitación evitando cualquier ruido. Justo al otro lado de las puertas, se encontraba el soldado de guardia.

– Mi capitán – saludó tranquilo.

– Buenas noches – contesté.

Sonrió, y saludó con la cabeza.

Empezaba a marchar de nuevo cuando me giré y añadí:

– Por cierto, el coronel está cansado. Me ha ordenado que nadie le moleste hasta mañana pasadas las tres de la tarde. ¿Ha escuchado bien? No dejé entrar a nadie ni le molesten, hasta mañana pasadas las tres de la tarde.

– A sus órdenes capitán. Así se hará.

– Perfecto. Buenas noches.

– Igualmente capitán.

A la mañana siguiente, me presenté resuelto y atrevido en la taberna del gigante arábico. Tras un par de ojeadas rápidas, finalmente encontré a mi amigo el contrabandista. Ahí estaba, sentado en la misma silla que el día

anterior, esperando, nervioso pero firme, a que algo o a alguien apareciese. Me acerqué hasta él, y le di solución a su espera.

– Señor le traigo mi pago, aquí tiene.

Se dio media vuelta, me miró con despecho, y rápidamente quedó cautivado por la belleza de mi tesoro.

– U...Un...Una... ¡Jambia real!

Deduje que Jambia era el nombre indicado para ese tipo de dagas. La observó, y la analizó sorprendido durante unos minutos.

– D... D... De... ¿De dónde la has sacado muchacho? ¡Es una Jambia real! ¡De la *Casa Saud* del Yemen! ¿Cómo ha ido a parar a tus manos?

– ¿Le sirve? ¿Podrá llevarme con usted a Europa?

– ¡Esta daga pertenece a la *Casa Saud* del Yemen! – continuó conmovido—. ¡Una de las familias reales con más historia de toda la península arábiga! Aun no entiendo cómo ha ido a parar a tus manos... pero... ¡Sí! Te llevaré donde tú me digas, y te proporcionaré todo lo que tú desees: comida, ropa, armas, chicas, alcohol, etc. ¡Acabas de ganarte un buen amigo para toda tu vida!

Su expresión cambió repentinamente. Sabía que esa daga era importante y que tenía mucho valor, pero mi misión era encontrar a mi padre y ningún objeto iba a entrometerse.

Se levantó entusiasmado y salimos de la taberna en dirección al puerto. Durante el camino por las estrechas calles de Trípoli, contento por su nueva adquisición, fue explicándome todos los planes del viaje: las provisiones que poseían, el armamento del que disponían, y cada uno de los miembros que componían su tripulación. El trato hacia mí había cambiado totalmente.

Tras un largo y caluroso paseo por la ciudad, llegamos al puerto marítimo. La Segunda Gran Guerra había causado grandes desperfectos en la costa de Trípoli. Tras la retirada y expulsión del ejército italiano, las fuerzas británicas, y la gente nativa del lugar, concentraron todos sus esfuerzos en la

recuperación y habilitación del recinto. En menos de un año, un nuevo puerto había emergido de entre las ruinas del pasado.

Nos entremetimos por los muelles y los depósitos del puerto, cruzamos el astillero, y, una vez superadas las escolleras, llegamos hasta un pequeño puerto pesquero donde atracaba su flamante barco.

Desde bien pequeño, la pasión por los barcos había formaba parte de mí, aunque nunca antes hubiese montado en uno de ese tamaño. Conocía sus partes y sus formas hasta el más mínimo detalle. Disfrutaba nada más verlos, y el poder subir a esa embarcación, sentir el suave olaje bajo mi cuerpo, iba a despertar al intrépido niño que llevaba dentro.

Se trataba de una goleta azul rey de dos palos, con dos franjas blancas que atravesaban ornadamente el casco de la embarcación. De pequeño tamaño, definía veintisiete metros de eslora, siete y medio de manga, y tres y medio de puntal.

Por encima de la cubierta, una pequeña y vieja caseta de navegación, color rojo vino y blanco roto, se encontraba situada en la popa del barco. A lo largo del través, un centenar de cajas de madera, cerradas y cargadas hasta rebosar, se encontraban cubiertas por una larga lona atada al mástil principal, encargado de custodiar la amura del barco y cargar con la vela mayor.

Dos obenques de madera y cuerda gastados, se alzaban desde el estribor y babor del barco hasta la verga de gavia, donde una pequeña bandera triangular de color rojo, y con la estampa de una rosa del desierto, danzaba enérgica y poderosa bajo las órdenes del viento.

Por encima del rompeolas se alzaba una tímida batayola de metal y madera, que rodeaba entera la cubierta de la proa. Finalmente, y estampadas en el casco frontal, unas bellas grafías, doradas y plateadas, lucían radiantes a los rayos del sol. Su nombre era *Sherezade*; la divina belleza de la princesa de las mil y una noches sería la encargada de guiarme hasta las tierras europeas.

Tal y como me lo había mencionado el viejo traficante de camino al puerto, cumpliendo con sus quehaceres, los miembros de la tripulación nos esperaban preparados para la súbita marcha.

Cinco hombres de diferentes nacionalidades, cada cual más peculiar que el anterior, integraban la famosa tripulación. Como piloto del barco se encontraba Aleksey: un ucraniano rubio platino, de casi dos metros de altura y dos de ancho, musculado hasta la saciedad, e instruido hábilmente en las letras y en las matemáticas, era el encargado de manejar tanto las cartas como los instrumentos de navegación náutica. A su lado, Erdogan, era el maestro de la embarcación; de origen turco y de aproximadamente cuarenta años de edad, fibroso y con una densa barba que cubría cuantiosamente su pectoral, se encargaba del estado y aspecto del motovelero. El robusto y corpulento Antoine, ex oficial de la armada francesa, era considerado el jefe de máquinas. Conocía todo acerca de motores y engranajes marinos. Con las manos continuamente aceitosas y una blanca sonrisa, conseguía mantener en marcha el humor de la tripulación. Un chino bajito y callado, con un cuchillo siempre entre manos y de nombre Shaoran, cumplía la función de un simple marinero. A ojos del traficante era imprescindible en todos sus viajes, concediéndole un denso halo de misterio y secreto que le mantenían distante del resto de la tripulación. Por último estaba Luca, de origen italiano y desertor del *Regio Esercito*, era el encargado de la radioelectrónica del barco. Gracias a sus contactos, las rutas hacia tierras italianas se habían vuelto pan comido para los negocios del contrabandista.

Como bien reflejaba su fama, se trataba de una tripulación capaz de todo y carente de miedos. El temor y el asombro iban a escoltarme durante los siguientes tres días en los que yo pasaría a ser su compañero de a bordo.

Capítulo VI

AGUA DE COBRE

Pasadas las dos de la tarde, partimos desde Trípoli hacia territorio Albanés.

El desplazamiento a bordo de una embarcación con esas dimensiones favorecería la lentitud y monotonía del viaje. Me acomodé en la proa, y, tras unos minutos de ritual personal, dedicados a la asimilación de mi nueva y desconocida estancia, empecé a contemplar como un sinfín de olas rompían poderosas contra el casco frontal de la goleta.

Después de una hora, en esa cautivante postura, el desnudo oleaje comenzó a esclavizarme. Un homogéneo y repetitivo balanceo, el olor salado y crudo del mar, y el tórrido calor del verano, fueron los mensajeros de las siguientes náuseas.

Mis tripas comenzaron a columpiarse en mis adentros. Un pujante chorro brotaba desde mi estómago en busca de una salida. Me apoyé en una de las batayolas de estribor, y finalmente compartí mi almuerzo con el resto de la fauna marina.

Como era de esperar, las risas del resto de la tripulación explotaron al oír mi segunda arcada. La fiesta continuó durante unos minutos, y, al fin, logré completar mi función apagando temporalmente mis mareos. Me repuse de nuevo en mi asiento, y me limpie los morros con el extremo de mi túnica. Respiré profundamente, y, en pocos minutos, las risas desaparecieron.

El armario ucraniano se acercó con un vaso de agua y atendió a mis molestias. Me ayudó a recostarme mientras me apoyaba en el montón de cajas de madera, y atentamente añadió:

– Debes fijarte en un punto fijo. Centra tus ojos en la línea del horizonte, y

no la pierdas de vista durante un buen rato, de esta forma, se te pasará el mareo.

Así lo hice. Si quería aliviar el vapor de mi cuerpo, debía cumplir estrictamente su consejo.

Por lo que concierne al resto de la tripulación, siguieron burlándose a mi costa durante media hora, tiempo que aproveché para activar mi corto rencor, maldiciendo y faltando en secreto a sus familias.

Desfilaron las horas y finalmente se acercó la noche. Un flamante sol expiraba sus últimos rayos de luz mientras se ahogaba, orgulloso, por el lejano occidente.

La inocencia de aquel niño que guardaba en mi interior tomó absoluto control de mi mente. Confundió los ojos de la razón y, asombrado, me mostró como la enorme bola de fuego se disponía a besar, como cualquier mortal, las tranquilas aguas del Mediterráneo.

Una explosiva y gran ilusión rondó por mi cabeza. Aquel silbido, precedente a todo estallido de vapor entre agua y materia incandescente, debía sonar cuanto antes. Esa gran roca en ascuas iba a extinguirse en cuestión de segundos, y yo, inocente, esperaré a su encuentro.

En un simple parpadeo, la noche se alzó radiante y serena. Una luna plena, y llena de sueños, testigo mudo de los amantes más dichosos, bañó el paisaje marino con unos mantos argentinos.

Maravillado ante tal belleza, me acomodé en la cubierta y empecé a disfrutar de la puesta en escena.

Se acercó el contrabandista, se sentó a mi lado y, mientras ambos observábamos la perfección de la luna, añadió:

– ¿Qué tal te encuentras muchacho?

– Mejor. No estoy acostumbrado a este tipo de viajes... – contesté, relajado.

Me acarició la cabeza amigablemente, y se asentó entre las cajas de madera. Al igual que nosotros dos, el resto de la tripulación se había acomodado en sus correspondientes puestos. Juntos, pero separados a lo largo y ancho de la cubierta, empezamos a gozar de la tranquilidad y del silencio que otorga la noche.

Tras unos minutos de auténtico disfrute, el contrabandista murmuró:

– Pobre ella... Maldecida eternamente a vagar sola por las sendas de la oscuridad...

– ¿A qué se refiere? – pregunté curioso.

– Hay una leyenda, que ronda entre los marineros de esta agua, que cuenta la historia de su causa.

Mis ojos brillaron como dos estrellas. Me encantaban las historias y los cuentos, y en ese caso, una leyenda del mar, no podía ser ignorada.

Me acosté de panza arriba por encima de la lona, y le pedí que continuara. Se acarició levemente la barba y, perdiendo la mirada en la inmensa bóveda de estrellas, empezó con su historia.

– Sucediendo a una larga época de esplendor y de riquezas, detrás del más remoto de los recuerdos, existió un pequeño país junto al mar, donde un bondadoso rey y una reina de gran belleza gobernaban sin tormentos.

>> Durante todo su reinado, desearon que la paz y el amor fueran las bases de su reino, y, fruto de eso, concibieron a una hermosa y encantadora hija.

Pasaron los años, y la belleza de la princesa creció sin control alguno. Su hermosa reputación se extendió rápidamente a lo largo y ancho del globo, convirtiéndola en un ser divino y perfecto a ojos de cualquier mortal.

Sin embargo, el don de la belleza le había envenenado su mente. Volviéndose arrogante y engreída con el resto de la gente. Muchos fueron los príncipes que se atrevieron a cortejarla, pero todos desistieron al conocer el monstruo que realmente era.

Un odioso día para la memoria del país, durante un viaje de cortesía al reino vecino, el galeón de los reyes se enfrentó a una gran tormenta, y desgraciadamente se hundió.

Las noticias fueron devastadoras para el reino, y el trono real pasó a manos de la princesa.

La felicidad y la prosperidad del reino fueron apagándose día tras día, hasta que, una oscura noche, llegó a puerto un pequeño bote, anticuado y de madera podrida. Lo pilotaba un viejo arrugado como una pasa, encorvado por la madurez, repleto de pecas y cubierto de canas.

Al tratarse de un forastero en tierras reales, los guardias del palacio lo llevaron rápidamente ante la presencia de la reina.

El viejo se descubrió como un humilde pescador nocturno que había atracado en las puertas de la ciudad, deseaba repostar provisiones y descansar en tierra firme un par de horas. La reina, inquieta y extrañada, preguntó:

– ¿Cómo un hombre feo y viejo como tú, puede pescar de noche, bajo la mirada de las dichosas y divinas estrellas?

El hombre viejo, pero sabio en su esencia, sonrió gentilmente y contestó:

– Mi reina, pesco de noche porque durante el día regalo parte de mi vida a mis fieles seguidores.

La reina impertinente y presumida soltó una grosera carcajada en presencia del humilde pescador, y contestó:

– ¿Un viejo como tú, regalando vida? Con ese aspecto no podrías avivar ni la corta vida de una mosca.

El viejo sonrió de nuevo, y amablemente solicitó volver a sus quehaceres. Pero la reina, vanidosa, se irritó y lo encarceló en el castillo.

– ¡Guardias! Lleváoslo a las mazmorras y que no salga nunca más. Veremos si desde ahí puede regalar vida a los demás.

A la mañana siguiente la reina se presentó orgullosa en el calabozo, a fin de disfrutar del lamento del pobre viejo, pero a su sorpresa, este había desaparecido. Mandó buscarlo por todo el reino, y reinos vecinos, pero nunca le encontró.

Esa misma noche, el mismo bote, rancio y viciado, atracó nuevamente en el puerto. Al igual que en la noche anterior, los guardias apresaron al humilde pescador y lo llevaron ante la presencia de la reina. Ésta, al verle, enfureció locamente.

– ¿Cómo has logrado escapar viejo malquisto? ¿Cómo osas burlarte de mí, volviendo a mi reino? – preguntó enfurecida.

El hombre viejo, pero sabio en su esencia, sonrió gentilmente y contestó:

– Mi reina, como ya sabéis, pesco de noche porque durante el día regalo parte de mi vida a mis fieles seguidores.

Al escuchar esas palabras, la reina perdió el juicio. La soberbia y la arrogancia que vivían en ella aumentaron sin control alguno, y replicó:

– ¡La única persona capaz de alegrar y dar vida con la sonrisa soy yo! ¡Soy la mujer más hermosa del mundo! ¿Cómo te atreves a faltarme al respeto en mi propio reino? ¡Esta noche será tu última noche!

Al instante, perdida en su locura, ordenó encarcelar al viejo y mandó ejecutarlo a al día siguiente. El viejo sonrió de nuevo y amablemente solicitó volver a sus quehaceres, pero la reina ya no estaba, y los guardias lo llevaron directo al calabozo.

La plaza mayor de la ciudad sería el lugar destinado a su ejecución.

Antes del alba, todo el pueblo se presentó en la plaza con sus mejores galas y perfumes. El deseo de ver verter sangre ajena, corría entusiasmado entre los instintos de la gente. La reina se engalanó con sus mejores prendas: un vestido largo hecho de lino blanco y rematado con bordes de plata; unos tacones tallados finamente en cuarzo; y un impresionante collar de perlas blancas que acompañaba a dos pendientes dorados en forma de estrella.

Quedaba menos de una hora para que el majestuoso sol naciera por el este y se cumpliera la ejecución. Mandó buscar al viejo pescador y esperó a que la primera luz del día apareciera en el horizonte.

Pasó una hora y la oscuridad seguía reinando en todo el reino. Todo el mundo permanecía en su sitio, esperando al primer rayo de sol: el pueblo extrañado, la reina aguardando y el viejo de rodillas con el verdugo a su lado.

El tiempo pasaba y el Sol no salía. Impaciente y orgullosa, la reina mandó cortarle la cabeza. El ánimo del pueblo despertó. El verdugo alzó su hacha, dispuesto a cortar el cuello de un solo golpe, bajó con todas sus fuerzas y, al chocar contra el viejo, el hacha se rompió.

El silencio del asombro ahogó la situación. El cuello del viejo empezó a brillar y a resplandecer como el oro. Se incorporó, se desvistió de sus sucios trapos, y mostró su cuerpo refulgente como el avivado fuego.

Con una luz cegadora, se alzó en lo más alto del cielo e iluminó el resto del reino, el viejo se había transformado en el esperado Sol.

El silencio continuaba gobernando en el pueblo. Con la cabeza alzada y boquiabiertos por la sorpresa, miraban al viejo pescador. Pero esta vez sin ser viejo, un joven musculado y bañado en oro había ocupado su lugar.

Fue entonces, cuando en presencia de todos, el señor Sol maldijo a la reina con estas palabras:

Después de cada ocaso,

Cuando la oscura noche cubra mi paso,

Te alzarás dulce y bella

Alumbrando como mil estrellas.

Desde aquel día, cada noche, la reina es la encargada de iluminar y acompañar a los marineros por las profundas y misteriosas aguas del océano.

Fiel a su postura, después de cada ocaso, se alza en el firmamento con su vestido de lino blanco, sus tacones tallados en cuarzo, su presumido collar de perlas y sus dos fieles pendientes en forma de estrella. Y la pobre, errante y sola, busca cada noche, entre todas las aguas, dulces y saladas, el bote del viejo y sabio Sol. Deseando locamente a que le vuelva su forma humana.

Mis ojos, humedecidos por la historia, seguían observando maravillados la belleza de la Luna llena. Me había enamorado de ella. Tan hermosa, tan bella.

De repente, una amigable colleja me golpeó en la cabeza.

– ¡Despierta muchacho! – agregó el contrabandista después de soltarme el capote.

Las risas despertaron de nuevo entre los miembros de la tripulación. Me giré violento y exaltado, y el viejo contrabandista reía plácidamente mientras se acariciaba la perilla con su mano derecha. Respiré, y me uní a las risas de la tripulación.

Tras veinte minutos de grata fiesta, el barco quedó de nuevo en completo silencio. Aleksey seguía en la cabina de mando pilotando, Antoine y Luca le acompañaban, y el resto de la tripulación había caído totalmente bajo la fuerza del sueño. El contrabandista roncaba anchamente a mi lado, y yo no tardé mucho en unirme al encuentro.

El primer destello de sol se reflejó contra las tranquilas aguas del Mediterráneo. Abrí vagamente los ojos, sacudí y aparté mis legañas y mire a mí alrededor. El resto de la tripulación ya estaba manos a la obra con sus correspondientes tareas.

Un precioso amanecer centelleaba ante nosotros: millones y millones de

escamas doradas acunaban la goleta junto a una suave brisa que soplaba desde el continente africano. El día se presentaba abierto y tranquilo. En menos de dos días íbamos a llegar a las costas de Albania y, ahí, un amigo del contrabandista, perteneciente a la resistencia contra el Eje, iba a ser mi guía en la búsqueda de mi padre.

Desayuné una rebanada de pan con cecina, acompañada de un vaso de vino que me había facilitado el amigable Antoine, y me puse a realizar mi tarea con el misterioso Shaoran, limpiar y organizar la cubierta.

Pasaron las horas y el reservado chino no había soltado ni una palabra. Estaba empezando a aburrirme cuando, la suave brisa sureña, que portaba aire caliente del continente africano, comenzó a intensificar su potencia.

Poco a poco, un fuerte viento cargado de polvo y arena se giró contra nosotros. La turbia calima empezó a ocupar la atmósfera, reduciendo la visibilidad y perdiendo las perspectivas. Extrañado y asustado, pregunté.

– ¿Qué es todo esto? ¿Qué está pasando?

– Es el *Sirocco* – respondió Luca, prudente –. Una fuerte corriente de aire que se forma en el continente Africano y que se mueve hacia el noreste, atravesando todo del desierto del Sahara. El problema se encuentra cuando llega al mar, y se topa con una masa de aire más frío y húmedo. Eso es peligroso, muchacho.

– ¿Qué sucede entonces? – pregunté alterado.

– El choque de esas dos masas de aire en pleno mar provoca fuertes lluvias y tormentas de barro, capaces de alcanzar vientos de hasta cuarenta y cincuenta nudos.

– ¿Cómo? ¿Tormentas de barro? – insistí aterrado.

Era mi primer viaje en una embarcación de ese tamaño. Nunca antes me había enfrentado a una tormenta de ese tipo. El mar no era mi casa, y yo era un auténtico novato.

– Eso es muchacho. En las aguas del Mediterráneo se las conoce como las tormentas de barro. El agua de la lluvia se mezcla con la arena marrón y rojiza que portan las nubes en suspensión desde el desierto, y, una vez descargan, enlodan, ensucian e incluso pueden hundir una embarcación de este tamaño – concluyó preocupado.

En cuestión de minutos la tormenta se nos cernió encima.

– ¡Preparaos muchachos! ¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Ya sabéis lo que tenéis que hacer! – Exclamó Aleksey desde la cabina–. ¡Tristan! ¡Átate fuerte al palo mayor, y no te sueltes!

Sin duda alguna, me dirigí corriendo hasta el palo mayor, agarré una cuerda que se encontraba bajo la lona, la pasé por mi cintura, le di dos vueltas al palo mayor, y la até fuertemente por ambos extremos. Estaba preparado.

En menos de un segundo el cielo quedó completamente encapotado y rojizo. Las olas repicaban fuertemente contra la proa de la goleta mientras que una intensa lluvia de barrocos goterones empezaba a embestirnos con fuerza por toda la cubierta. El rugir, el bramar y el tronar del mar resonaban regentes en la escena. Era el más espantoso infierno de agua que cualquier hombre podía haber imaginado. Los rayos y los truenos no tardaron mucho en unirse a nosotros.

De repente, un imponente oleaje nos alcanzó por la bovedilla y nos alzó con ella, a lo alto, hasta tocar el cielo. Nunca habría imaginado que una ola podía llegar a subir tanto. El bote se paró, y mientras las nubes seguían descargando su ira contra nosotros, empapando y manchando nuestras ropas, empezamos a descender demasiado rápido. Cerré los ojos con temor. Mis parpados se apretaron fuertemente y, conteniendo la respiración, dejé que la espuma me envolviera y me zambullera en el agua.

Saqué la cabeza en busca de aire, tomé una buena bocanada, y me incorporé de nuevo. Las náuseas y el mareo perdido habían vuelto a apoderarse de mí. El viento y la espuma de las olas ofuscaban, aturdían y extinguían todas mis posibilidades de acción o de reflexión. El constante oleaje sacudía el barco y me impedía mantenerme en pie. Las grandiosas olas realizaban sus cornudas cabezas por encima de nosotros como temibles

demonios que emergían desde las profundidades del mar.

Olas gigantescas, goterones repletos de barro y fuertes vientos que soplaban desde todas las direcciones, me dieron la oportunidad de descubrir a la auténtica tormenta marina. Conseguí mantenerme en pie durante unos segundos, me limpié el agua arenosa de la cara, abrí difícilmente los ojos y eché un vistazo alrededor. El nivel del mar se alzaba sobre nosotros como una alta y rojiza cresta montañosa. Sin embargo, ahí estaban, fuertes como rocas, toda la tripulación seguía aguantando en sus posiciones.

Un color cobre había teñido toda la cubierta de la goleta y a los miembros que la navegaban. En un simple parpadeo, una fuerte ola zambulló de nuevo la proa de la goleta y yo junto a ella. No existía parte de mi cuerpo que estuviera seca. El colosal oleaje no cesaba. El mar estaba celebrando una fiesta y nosotros éramos su huésped invitada.

Inesperadamente, la lona que mantenía cubiertas y amarradas las cajas de madera en el través, se desató del palo mayor. Tras otra sacudida, un par de cajas se separaron del montón. Era el más cercano al problema, y mi función era solucionarlo. Debía acercarme, recuperarlas, colocarlas rápidamente en su sitio, y atar de nuevo la lona.

Armado de valor, me desaté del palo mayor y me dirigí en busca de las dos cajas. Tras duros y resbaladizos esfuerzos, conseguí colocarlas de nuevo en su sitio. Otra sacudida me obligó a agacharme y a gatear hasta el extremo de la lona. En menos de un minuto, una enorme ola me abatió contra el suelo y me zambulló durante unos segundos. Me rehíce ágilmente, estiré el brazo, y logré alcanzar el extremo de la lona. A duras penas, mientras el agua arenosa de la lluvia seguía cegándome la vista, conseguí llegar hasta el palo mayor. Até la lona, me até de nuevo a él, y cuando disponía a colocarme y agarrarme al palo, otra formidable ola golpeó fuertemente mi cabeza contra el mástil, perdiendo así el conocimiento.

Al cabo de un par de horas me repuse de mi profundo sueño. El cielo se había despejado y un precioso arco iris era el único paso entre el tiempo y la eternidad.

La goleta se encontraba totalmente cubierta de barro rojizo. El mar se había calmado y el fuerte viento había cesado, todo estaba en perfectas condiciones: el barco, el cargamento y su invencible tripulación. Había entendido por fin la fama que les perseguía.

El golpe contra el mástil me equipó de un buen tajo en la cabeza: en la frente, por encima del ojo izquierdo, la herida se extendía desde el nacimiento del cuero cabelludo hasta bien alcanzada la ceja.

Gracias a la natural desinfección del agua marina y a la cuidadosa cura de Antonie, con hilo y aguja mientras yacía en la cubierta, una buena cicatriz iba a ser mi mejor recuerdo en la travesía hacia tierras europeas.

Tras rehacerme del mareo e incorporarme ligeramente en la cubierta, me dispuse a limpiar el cobrizo barro con el misterioso Shaoran. Cargué un cubo de agua limpia, agarré uno de los cepillos, y me puse a frotar con firmeza.

El silencio iba a reinar de nuevo entre nosotros dos. Sabía que no iba a soltar ni una palabra y su mudez sería la encargada de ocupar el tiempo restante de trabajo, así que, durante unos instantes, decidí evadirme del presente, recopilar los recuerdos de la espantosa tormenta, y activar el control remoto para seguir con mi tarea.

En pocos minutos los astros se juntaron y, a equivocación mía, Shaoran habló. Una fina y dulce voz brotó de sus labios:

– Menudo leñazo te has dado eh... – dijo sonriendo.

– Sí. Va a doler un par de días – contesté acariciando el turbante de vendas que protegía el hermoso tajo.

– ¿Es tu primera vez en una embarcación de este tamaño? – preguntó.

– Sí. Y más aguantado una tormenta de este nivel... – añadí perdiéndome en las risas.

– Pues, para ser tu primer viaje... la suerte no te ha acompañado – contestó chistoso.

Confirmé con una arrepentida risa, y seguimos cepillando. Al poco rato volvió a preguntar, pero esta vez, sin tapujo alguno.

– ¿Tan importante es tu padre para que vayas a por él?

No me esperaba esa pregunta. Primeramente me sentí ofendido, pero no conocía su historia, y no debía juzgarle antes de tiempo.

– Me dio su palabra. Lo esperé durante todo un año, pero no vino, y decidí ir a por él. En Trípoli me enteré de que sus planes iniciales habían cambiado y que había sido destinado a territorio europeo, así que, decidí cambiar y adaptar los míos– contesté satisfecho.

– Sigo sin entender – replicó Shaoran – ¿Tanto le quieres?

– Creo que sí. Él es mi padre, mi héroe – bajé la cabeza y revelé una tímida sonrisa de complacencia–. ¿Es que no harías lo mismo por el tuyo? – pregunté extrañado.

Agachó su mirada, dio media vuelta, y de espaldas a mí, comenzó a limpiar otra parte de la cubierta. Había metido la pata: olvidé la empatía y el respeto que se deben guardar al desconocido. Tenía que haber sido más atento y considerado en propinar esa pregunta.

Contagiado por la culpa y el error, me dispuse a seguir frotando la cubierta. Convenía dejarla limpia, y, aunque no hubiera recibido órdenes para ejecutar dicha tarea, mi deber me obligaba a cumplirla.

Llegó el mediodía, y la faena casi estaba acabada. Shaoran se sentó para descansar y comer algo, cuando desde encima de la lona añadió:

– Toma Tristan, echa un trago y descansa un poco, que te lo has ganado – me invitó a su bota de vino y sonriente exclamó: – ¡Ven! Siéntate a mi lado, que voy a contarte algo.

Extrañado pero interesado por su secreto, me senté a su lado, le eché un buen trago a la bota de vino, y suspiré debido al cansancio. Tras unos minutos observando la belleza del mar en calma, sus palabras rompieron el silencio.

– No tengo padres – añadió.

– Lo siento. Antes no quería entrometerme...

– No te preocupes – interrumpió tranquilamente. – Tampoco tenías por qué saberlo.

Sonreí, y gustosamente me deshice del peso de la culpa.

– A la edad de 9 años los perdí en un accidente, y me mudé con mi tía – prosiguió. Suspiró, echo un trago de vino, y continuó con su cometido. – Esa mujer era una maldita bruja. Me pegaba, me insultaba y apenas me cuidaba. Aguanté un par de años, pero finalmente me escapé de casa, de ella. Y la calle pasó a ser mi hogar.

>> Ahí, debido a mi carácter y a mi poco aprecio por la vida, conseguí meterme en una banda callejera. Aprendí de todo: a defenderme, a pegar, a robar, a esconderme e incluso a matar. En menos de cinco años ya era popular por mis sangrientas ideas, y mi temible reputación se había extendido por toda china. Fueron años muy duros y muy peligrosos, así que decidí cambiar, y gracias a un conocido con mucho poder, conseguí meterme en el ejército de *Beiyang*.

No entendía porque me contaba su historia ¿Quizá buscaba un desconocido con el que hablar? ¿Alguien ajeno al que contar su relato sin esperar nada a cambio? ¿Hablar simplemente para sentirse escuchado? Él sabía que mi compañía tenía las horas contadas antes de llegar a las costas albanesas, y que, una vez ahí, no volveríamos a vernos nunca más. No tendría tiempo a juzgar su aventura, aunque tampoco fuera esa mi intención. Por mi parte, el interés por un nuevo relato, diferente a los demás, me obligó a acercarme y a atender con todo mi ánimo.

>> Disponía de un techo, de comida, y la vida, siendo igualmente dura, era más simple que la de la calle – continuó –. Pero los tiempos cambiaron, y la fragmentación del ejército creció con la llegada de la República de China. Llegó un momento en que la política y el comunismo empezaron a reunir más poder, y el ejército de *Beiyang* empezó a desaparecer.

>> Ya no me sentía igual de protegido que en el inicio, así que, como de pequeño, me escapé de lo que era mi hogar, deserté del ejército y volví a la vida callejera. Llevaba tanto tiempo fuera del delito que mi reputación se había esfumado. Me iba a costar mucho trabajo recuperarla de nuevo. Pero un día, por mera casualidad, intenté robar a nuestro amigo el contrabandista que se encontraba en la ciudad por negocios. Le estuve siguiendo durante un buen rato, y, cuando me acerqué a dar el gran golpe, un grupo de hombres le bloquearon el camino y se dispusieron a darle una paliza. Por un momento me aparté e ignoré la escena, pero, tras unos segundos, mis instintos militares me obligaron a interferir y a defender a nuestro amigo. Salimos victoriosos y conseguimos escapar. Me agradeció mi intervención y me dijo que estaba en deuda conmigo. No iba a robarle, así que me di media vuelta y empecé a marchar. De repente, agarró mi hombro con su mano repleta de anillos dorados, me giró, me miró a los ojos, y simpáticamente me preguntó si quería unirme a su tripulación. No tardé mucho en contestar; no amaba la vida en la calle, por lo que acepté su invitación.

>> Eso fue a principios de los treinta, y ya llevo diez años con nuestro amigo el contrabandista. Me prometió una vida mejor que la que tenía, si me convertía en su guardaespaldas, y aquí estoy. La verdad es que no me falta de nada, él pasó a ser mi luz y yo pasé a ser su sombra.

El asombro y el respeto me conquistaron sin esfuerzo. Shaoran debía ser muy fuerte y ágil si el contrabandista lo había elegido como guardaespaldas personal.

– ¿Eres el más antiguo de la tripulación? – pregunté curioso.

– No. Cuando me uní, Aleksey y Erdogan ya formaban parte de ella.

– ¿Ellos conocen tu historia?

– Saben el por qué me fichó el contrabandista, pero más allá de eso, solo conocéis mi historia él y tú.

– ¿Y por qué yo? – pregunté de nuevo.

– Por tu honestidad y humildad ante un desconocido. Te he devuelto tu

regalo – contestó sonriente.

Un alegre *Gracias* surgió desde lo más profundo de mi alma, después de eso me quedé sin palabras. Cogió su cepillo, sonrió, y se puso a limpiar de nuevo. Yo no tardé ni dos minutos en imitarle y en un par de horas la cubierta quedó reluciente y sin rastro de barro.

Me senté encima de una de las cajas, comí un poco de pan y media tableta de chocolate, y tras apretarme el vendaje de la cabeza, me dispuse a descansar un poco. Me acomodé en la lona, me perdí en la hermosa puesta de sol, y dejé que el cansancio hiciera el resto.

Desperté al día siguiente a primera luz del alba, en menos de cuatro horas íbamos a llegar a Albania. Un nuevo país, un nuevo continente, una nueva guerra.

Capítulo VII

EL LAGO DE CRISTAL

El barco atracó en un pequeño muelle de madera de la ciudad de Shëngjin, en el norte de Albania. Mi corta pero intensa aventura a bordo del *Sherezade* había cumplido con sus objetivos: saborear el mecer de las olas, oler y sentir la brisa marina y luchar contra los temibles demonios de la tempestad.

Las puertas al inmenso y misterioso abismo de agua se habían entornado por un tiempo. Era momento de desplegar de nuevo las ideas del desconocimiento, dar un joven paso hacia una tierra forastera, pisar las arenas del nuevo continente, y aprender de otro tipo de gente, cultura, ética, y moral.

Desembarcamos en aquel pequeño puerto pesquero y, mientras el resto de la tripulación atendía a la reparación de la goleta, Aleksey, Shaoran, el contrabandista y yo, nos adentramos con cautela por las misteriosas calles de la ciudad albanesa.

Desde 1943 y bajo el mandato de Mehdi Frashëri, Albania se había convertido en el Reino de Albania, un estado administrado por el tercer Reich que, brevemente, persistiría como tal a lo largo de un solo año. El 8 de setiembre del 43, el armisticio entre Italia y las fuerzas aliadas impulsó la salida del país del reino italiano pero, tras la partida de Italia de la Segunda Gran Guerra, el ejército alemán tomó el control del país albanés e implantó sus directrices políticas.

A medida que los comunistas fueron reforzando victoriosamente su posición, y el tercer Reich perdió poder en el frente de batalla, los partisanos albaneses iniciaron los ataques a gran escala contra los forasteros alemanes y las milicias del *Balli Kombetar*.

La resistencia y los oficiales del ejército británico, destinados al nuevo reino, establecieron lugares francos y de secreto acceso a lo largo de las

ciudades albanesas. Su misión era afrontar y combatir a las tropas alemanas desde el propio corazón de Albania.

Una vez en tierra firme, debíamos ser precavidos, y pasar desapercibidos de las patrullas alemanas que desfilaban orgullosas por la frenética Shëngjin.

Tras escabullirnos entre un sinfín de oscuras y sombrías callejuelas, nos topamos con una gran puerta de metal. Sucia de arriba a abajo e iluminada por una pálida luz que caía desde una de las paredes del callejón, era la encargada de custodiar y proteger el tesoro que guardaba tras ella.

Aleksey se acercó hasta la puerta y, con su fuerte puño, tocó tres veces. A los pocos segundos, la mirilla rectangular se abrió. Dos ojos viejos y cansados aparecieron por el orificio, nos repasaron de arriba abajo, y tras identificar a nuestro amigo el contrabandista, un aclamo de alegría les despertó. Se cerró bruscamente la mirilla, y la puerta se abrió de par en par. Un hombre viejo y con una frondosa barba canosa, se acercó sonriente hasta el contrabandista propinándole un buen abrazo. Nos saludó a cada uno de nosotros, y nos invitó a entrar.

Las luces, de igual modo que en el callejón, escaseaban por los pasadizos de aquella vivienda. Nos perdimos entre largos y estrechos pasillos, descendimos, por viejas escaleras de cemento y, cuando la poca claridad comenzaba a corromperse por la oscuridad de la casa, llegamos hasta otra portezuela, esta vez de madera.

Una luz dorada se abría paso por la parte inferior de la puerta. ¿Qué secretos encontraríamos tras ella? ¿Eran las riquezas del amigo el contrabandista?

El viejo abrió la puerta, y el misterio se descubrió. Uno de los mayores tesoros de la guerra había aparecido: la flamante guarida de la resistencia.

Una preciosa taberna decorada y revestida con madera barnizada, limpia y pulcra hasta el rincón más recóndito de la sala, e iluminada con una luz atenuada, se desplegaba ante mis ojos como mi nuevo hogar. Repleta de hombres de campo, armados con sus escopetas y fusiles de combate; con un suave aroma a cerveza que brotaba desde el bien estar de la milicia, y un

alboroto que otorgaba gratas dosis de energía, aquella taberna creaba un ambiente cargado de victorias y prosperidad.

Innumerables botellas de alcohol, procedentes de todas partes de occidente, relucían y repicaban frágilmente contra los vasos de cristal que rebosaban de bebida. Cartas, domino, parchís, un par de billares, cantos a su patria perdida, poemas a la ansiada libertad y fotografías de sus mujeres amadas, pausaban durante unos minutos los objetivos de la resistencia.

Sin esperarlo, mientras la belleza hogareña seguía satisfaciendo mi seguridad, una voz, fuerte y tenaz, sonó desde lo más profundo de la sala.

– ¡Amigo! ¡Te estaba esperando! – resonó, repleta de alegría y complacencia.

Un gigante moreno, fuerte como un roble, robusto y con una tupida barba cobriza, se acercó hacia nosotros con una gran sonrisa.

En cuanto la tenue luz iluminó su rostro, un par de cicatrices se descubrieron a lo largo de su cuello. Sin embargo, no tardé mucho en desviar mi atención hacia su ojo izquierdo: ofuscado por la grotesca ceguera, blanca y opaca como la niebla, y sin rastro de una pupila ni de un iris que le pudieran otorgar alma, reinaba majestuoso sobre cualquier mirada que se atreviera a cruzarse en su camino.

A medida que se fue acercando, el tamaño de su figura aumentó. Se trataba de un gigante europeo de casi dos metros de altura, ancho como el mar y fornido como un dios griego.

Abrazó a nuestro amigo el contrabandista con sus macizos brazos, y este último, alegre e ilusionado por la sorpresa, añadió:

– ¡Egmont! Sabía que te encontraría aquí ¡Me alegra verte!

Se separaron contentos, y el gigante europeo prosiguió con la conversación.

– ¿Qué tal el viaje? ¿Os cruzasteis con el Sirocco? Este año está soplando fuerte.

– Pues sí. Nos dejó la cubierta sepultada... Pero nada; nada que no podamos resolver – contestó orgulloso.

El oso se giró hacia mí con una radiante y agradable sonrisa, y preguntó curioso.

– ¿Así que este es el muchacho del que tanto me has hablado? ¿Al que debo acompañar? – dijo mientras se justificaba con la reacción del contrabandista.

– Sí, así es. Este es Tristan, el muchacho del que te hablé.

Su atención volvió hacia mí, pero esta vez, con una sonrisa aterradora.

– ¿Y cómo un joven como tu consiguió esa Jambia real? ¿Eres un ladronzuelo? ¿Sabes que les pasa a los ladronzuelos aquí en Europa?

El temor me invadió en un abrir y cerrar de ojos. Un gigante europeo, con una cavernosa voz e intimidante como un trueno, se abalanzaba directamente hacia a mí, mientras su temible sonrisa arrinconaba mis esperanzas de vida.

Durante unos segundos, su cuerpo me envolvió con su sombra y mi ánimo quedó totalmente congelado. Necesité tres parpadeos para conseguir reaccionar. Me armé de valor, y me dispuse a contestar con la razón que me había llevado a robar aquella daga. Inspiré aire profundamente, y al decidir refutar la equívoca acusación, el amigo contrabandista interrumpió.

– ¡Egmont! – cortó rápidamente el diálogo dejando escapar una tímida sonrisa—. No es momento de asustarle, ya tendréis tiempo para hablar. Aleksey, llévate a Tristan al trastero. Haz que se cambie de atuendo y se vista con ropa más cómoda, y ante todo, europea. ¡Y deshazte de esa túnica cuanto antes mejor! – me invitó, nervioso –. Vamos a tomar algo Egmont, tenemos que ponernos al día.

El gigantesco oso se dio media vuelta, acompañado de una buena risotada,

y se dirigió, junto al amigo contrabandista y Shaoran, a sentarse en una de las mesas que se encontraban al final de la sala.

– Tristan ven conmigo – dijo Aleksey mostrándome el camino hacia el ropero.

Nos adentramos en el almacén que se ocultaba detrás del bar. Se orientó hacia una vieja estantería de madera, cogió un par de cajas que se encontraban en lo alto de ésta, las abrió y, satisfecho al ver su contenido, añadió:

– Pruébate lo que te vaya bien y te sea más cómodo. Esta va a ser tu ropa durante tu travesía.

Dicho y hecho. Tras diez minutos probando y buscando ropa de mi talla, y asegurándome de que las botas me fueran cómodas y a medida, logré cambiar mi túnica del desierto por un uniforme digno de todo montañero europeo.

– ¿Vas cómodo? – Añadió Aleksey.

– Totalmente. Además esta chaqueta de cuero abriga bastante y no es pesada de llevar.

– ¿Y las botas?

– Bien. Ya están amoldadas por dentro. No creo que me hagan roce cuando corra o ande con ellas.

– Perfecto. Solo falta un pequeño detalle, sígueme.

De nuevo, colocó las cajas en su sitio, y nos dirigimos hacia una vieja y olvidada chimenea que se encontraba oculta tras unas sillas de madera. Apartó las sillas, se agachó en frente de esta, extrajo el cenicero con escasas fuerzas, y una inesperada trampilla se abrió por el lado izquierdo del hogar.

– Ven conmigo – agregó complacido.

Me quedé totalmente maravillado. Desde bien pequeños, Arthur, Peter y yo, soñamos en construir una cámara secreta en nuestro refugio. Pero el paso del tiempo se hizo fuerte, y esa jovial ilusión se fue marchitando en un

preciado recuerdo.

Cuando se abrió la trampilla, el aliento de ese sueño perdido resopló de nuevo en mis entrañas. Me encontraba delante de una de esas cámaras secretas, estaba viviendo otro de nuestros preciados sueños, pero sin mis queridos compañeros que pudieran disfrutarlo.

Entré justo detrás de Aleksey, encendió el interruptor de la sala y un fabuloso arsenal de artillería apareció de entre las sombras de la habitación. Fusiles de combate franceses, subfusiles y ametralladoras ligeras alemanas, carabinas polacas, antitanques italianos, granadas de mano, pistolas semiautomáticas, minas, bombas mariposas, cuchillos de combate y un infinito número de munición, llenaban y atiborraban las estanterías de armamento militar. Había tropezado con un fabuloso arsenal de artillería confiscado y robado, por la propia resistencia, a las orgullosas fuerzas del Eje.

– Te aconsejo que cojas ese subfusil MP6 34, es fácil de transportar – dijo Aleksey mientras me tornaba a la realidad–. Toma unas cuantas granadas de mano. Coge esta pistola Walther P38, es de las pocas que no se encasquillan, y guárdate este cuchillo de combate, siempre va bien disponer de uno. Ten esto también – añadió mientras me facilitaba una alforja–. Rellénala de munición. El cuchillo y la pistola puedes guardarlos en este cinturón.

Me armé de arriba abajo en cuestión de segundos; volvía a ser un auténtico soldado.

Una vez listo y preparado, abandonamos la sala, y nos dirigimos al encuentro del contrabandista y del gigante europeo. Nos acercamos hasta la mesa en la que estaban sentados y la satisfacción del contrabandista, al verme con ese nuevo uniforme, se vislumbró orgullosa tras las arrugas de su rostro.

– Ahora sí que estás listo – agregó convencido.

Nos unimos a su mesa, y el contrabandista empezó con la presentación.

– Tristan, éste es Egmont, excomandante de infantería de la *Reichswehr* o Fuerzas Armadas Alemanas.

– Un placer conocerle, Señor – contesté –. Mi nombre es Tristan White, capitán del ejército británico en la *Western Desert Force*, Señor.

– Puedes tutearme muchacho – añadió sonriente–. Ahora los dos luchamos por igual.

– Aún conserva muchos de sus contactos en el ejército alemán – agregó el contrabandista –. Te será de gran ayuda para encontrar a tu padre. Como bien acordamos en Trípoli, Egmont será tu guía y protector a lo largo de tu viaje.

Después de mucho tiempo, volvía a sentirme seguro. Junto a ese oso, las probabilidades de encontrar a mi padre, sano y salvo, crecían en cada segundo.

– Dicho esto, nosotros debemos irnos – concluyó el contrabandista –. Aún tenemos algunos asuntos que saldar en la ciudad.

Se levantó de la silla y añadió:

– Ha sido un placer hacer negocios contigo Tristan. Espero vernos pronto.

Nos dimos la mano, se dio media vuelta, y se dirigió hacia la barra del bar. Egmont le siguió y, Aleksey y Shaoran comenzaron su despedida.

– Mucha suerte muchacho – prosiguió Aleksey–. Espero que finalmente encuentres a tu padre. Y ya sabes que si alguna vez necesitas transporte marítimo, estaremos encantados de readmitirte como miembro de la tripulación.

Acabó con una suave carcajada, me abrazó y se volvió al encuentro del amigo el contrabandista. Me giré en busca de Shaoran y con una sonrisa, repleta de añoranza, habló.

– Ha sido todo un placer conocerte, amigo Tristan – dijo lleno de serenidad.

– El placer ha sido todo mío, Shaoran. Espero que algún día volvamos a vernos y podamos contarnos de nuevo nuestras aventuras.

– No tengas la menor duda – contestó feliz.

Nos abrazamos firmemente, se dio media vuelta y se esfumó por la puerta junto Aleksey y el contrabandista. Al mismo tiempo, Egmont, exultante, volvía hacía mí mientras se colocaba cómodamente su ametralladora Furrer M25 en el hombro, una de las mejores ametralladoras suizas creadas hasta el momento.

Nos sentamos juntos en la misma mesa, dejó su ametralladora apoyada en una de las patas, y, amable pero intimidante por su opaco y blanco ojo, dio paso a nuestra primera de muchas conversaciones.

– Bueno... – añadió seguido de un suspiro de satisfacción–. Cuéntame Tristan, ¿Quién es tu padre?

Al igual que todas las veces que me habían planteado esa pregunta, un manto de responsabilidad y deber cubrió mis espaldas.

– Mi padre es el Mayor Richard White. Dirigió las tropas de la *Western Desert Force* de Libia en 1941, y, a finales del 43, se unió a la 6ª División Blindada. Me dio su palabra de que volvería a buscarme pero enviaron a la 6ª División Blindada a tierras italianas, y hasta donde alcanza mi información, la 6ª División sigue avanzando hacia Alemania. Mi objetivo es encontrarle y unirme a su división hasta el final de esta empresa.

– Me parece interesante. ¿Eres hijo único?

– Así es... Aunque, viví y crecí con mis dos mejores amigos. Y con el paso del tiempo, terminaron convirtiéndose en mis dos hermanos.

Sonríó, e instintivamente acompañé su sonrisa.

La conversación marchaba estupendamente. Había perdido el miedo hacia el gigant europeo. Todo iba viento en popa, aunque una curiosa y prudente pregunta no había dejado de inquietarme desde nuestra presentación. Finalmente, le pregunté.

– ¿Por qué has decidido ayudarme?

– Por dinero muchacho, dinero – contestó al instante—. Además, hay un campamento de la resistencia en el sureste de Polonia que necesita armamento. Voy a aprovechar el viaje para suministrarles el equipo necesario. Pero no debes preocuparte, de un modo u otro, nuestros caminos se han unido en uno solo, ambos tenemos que dirigirnos al norte y, gracias al tesoro que le pagaste a nuestro amigo el contrabandista, voy a ayudarte y a protegerte hasta que encuentres a tu padre – respondió reluciente.

– Te lo agradezco, debo encontrarle. Y en cuanto al dinero, lo entiendo perfectamente.

– En estos tiempos de guerra – prosiguió –, uno tiene que conseguir y guardar el dinero con su propia vida. Al fin y al cabo, el dinero es la única arma que te otorga supervivencia.

– Pero en el ejército alemán te pagaban por tus servicios ¿por qué lo dejaste?

Se acarició la barba suavemente, echó un breve trago de su copa, y tras aclararse la garganta, comenzó su exposición.

– Como ya sabrás, Alemania se encontraba sumergida en una fuerte crisis económica que arrastraba desde la Primera Gran Guerra. Todos queríamos escapar de esa densa laguna. Necesitábamos un icono que nos juntara y nos hiciera avanzar, y ese icono cayó en la figura de Adolf Hitler. Una vez en el gobierno, la Alemania nazi llevó a cabo la creación de un nuevo ejército, e incrementó la producción y el avance en el ámbito armamentístico. Apoyé esos cambios, apoyé al gobierno nacional socialista, pero el problema de las armas no son las armas, sino quien las posee. Es verdad que, en muy poco tiempo, Adolf consiguió detener la crisis alemana, devolvió a flote la economía del país y creó nuevos puestos de trabajo, pero la ambición le superó fácilmente y se olvidó del verdadero problema. Mi padre siempre decía: *“Que tus sueños no te nublen la realidad. Pero no por eso, debes dejar de soñar”*. A veces pienso que si Adolf hubiera conocido a mi padre, todo esto no habría ocurrido – añadió con una tierna carcajada.

Cerró los ojos y afirmó con la cabeza. Le dio un trago a su vaso, se secó los labios con la manga de la camisa, y prosiguió con su explicación.

– Desde bien pequeño creí en la comodidad de las mentiras. Incluso conociendo el dolor de la verdad, esas mentiras se volvían necesarias. Pero a medida que fui creciendo e intimando con el poder militar, descubrí la facilidad que tiene éste en corromper y degradar a las personas. Los primeros años que empezaron a separar a los judíos, enviándolos a sus guetos, comprendí que esa nueva Alemania ya no era mi hogar, no me sentía parte de ella. Así que decidí desertar del ejército y combatir al gobierno nazi. Ahora mismo estamos avanzando y, en cuestión de muy poco tiempo, derrotaremos a las fuerzas alemanas. Los comunistas avanzan muy rápidamente por el este, los americanos triunfan por las tierras de occidente, y la resistencia ataca desde el mismo corazón del continente. En menos de un año, les tendremos arrodillados y suplicando por sus vidas.

Durante unos instantes, el orgullo y la motivación hacia una cercana victoria inundaron el espíritu de aquel hombre. No obstante, pasaron pocos segundos hasta que la madurez y la sabiduría humana hicieron frente a esa promiscua exaltación. Se calmaron sus pensamientos y, con una sublime y majestuosa contestación, concluyó.

– A lo largo de todos estos años luchando y combatiendo contra mis propios hermanos, he descubierto que la paz es más difícil de ganar que la propia guerra.

Solo podía escuchar y aprender de la experiencia ajena. Desde bien iniciado mi viaje, saqué en claro que el mundo era la cuna del conocimiento y de la sabiduría; que cualquier persona, desde un joven keniano, un hermano fallecido, un chino desconocido o hasta un gigante europeo, podían otorgarte el preciado regalo de la experiencia. Solamente tenía que escuchar, empatizar, y aprender de ella.

Gasté unos cuantos segundos en asimilar el contenido y la belleza de sus ideas, sonreí, y agaché la cabeza. Egmont le dio un buen trago de whiskey a la copa, que descansaba encima de la mesa, y, tras echar una bocanada de aire al terminarse su bebida, plantó firmemente su vaso, y reanudó la conversación.

– ¿Te cuento nuestro plan de viaje? – dijo mientras sonreía.

– ¡Por supuesto! – contesté convencido.

– Bien. Saldremos mañana a primera hora hacia Eslovenia. Ahí tengo un amigo que nos puede proporcionar información sobre la actual posición de la 6ª División Blindada. Además, cargaremos el armamento necesario para llevarlo al campamento del sureste de Polonia. Una vez tengamos noticias de tu padre, te acompañaré hasta su posición y ahí terminará mi contrato ¿Estás de acuerdo?

– Totalmente – respondí satisfecho.

– Perfecto. Dicho esto, nos vamos de aquí.

Nos levantamos los dos de la mesa. Egmont se acercó a la barra, se despidió del camarero estrechándole las manos, se volvió hacia a mí, y salimos por la puerta de madera.

Una vez abandonada la sagrada taberna prosiguió con su cometido.

– Un buen amigo nos espera en su casa. Pasaremos ahí la noche y mañana por la mañana nos uniremos al resto del equipo. Avanzaremos en coche hacia el norte de Europa, evitando las carreteras nacionales y cruzando las fronteras por las pistas de montaña. A unos cien kilómetros de la frontera eslovena, abandonaremos el transporte y seguiremos a pie, y, con un poco de suerte, a caballo. El ejército alemán aun ronda por esas tierras, y por el momento, conociendo nuestra situación y la necesidad en socorrer a nuestros compañeros polacos, más vale evitarlo que enfrentarlo. Si todo sale como está previsto, en un par de semanas llegaremos a tierras polacas.

Partimos de Albania con la primera luz del día. Nuestro equipo de viaje estaba formado por cuatro miembros de la resistencia de mediana edad, con grandes aptitudes militares, y con un firme sentimiento por la justicia.

Una vez presentado y explicado el plan de viaje, nos pusimos en marcha, y abandonamos la agitada Albania.

Nos dirigimos hacia el noroeste del continente, en busca de las costas croatas. Tardamos dos días en dejar Montenegro a nuestras espaldas y

alcanzar el maravilloso litoral que definía los límites marinos de Croacia.

Durante una larga semana, la magia del panorama costero alumbró nuestras oscuras memorias. Las perfectas playas de piedra y de arena, la transparente y cristalina agua del Adriático, y un sinfín de majestuosos amaneceres y atardeceres, alegraron nuestro viaje prescindiéndonos del habla.

El asombro al conocer esa pluralidad de nuevos paisajes, no creció hasta superar la frontera eslovena. Ahí, un nuevo mundo, inexistente y muerto para mí, se desnudó ante mi llegada.

La frondosidad y el verdor de los bosques en pleno verano, una infinita variedad de nuevos y frescos aromas, y el interminable número de desconocidos y armoniosos sonidos que aparecían a lo largo del viaje, avivaron la ilusión de aquel niño inocente que, de vez en cuando, despertaba de entre mis memorias.

A medida que avanzamos hacia el interior del país, el eco de la vida inundó al completo el paisaje esloveno. El recatado zumbido de las abejas; las melódicas baladas de los pájaros carpinteros; el potente olor a pino calmado por la dulce fragancia de la flor de Tila; altos y enérgicos robles encargados de danzar las poesías que el viento les portaba, y miles y miles de verdosas esmeraldas confinadas a adornar las copas de los chopos, trenzando y jugando con los rayos de sol que conseguían sortearlas, formaban parte de una majestuosa ópera de sentidos y emociones que superaba, de buen grado, cualquier realidad imaginada.

Como Egmont sugirió, tardamos quince días en llegar a nuestro ansiado destino. Al igual que con el amigo el contrabandista en la ciudad albanesa de Shëngjin, y gracias a la experiencia de los miembros de la resistencia, conseguimos sortear a las fuerzas alemanas sin ningún tipo de problema.

Sin embargo, tras el golpe de Estado del 27 de marzo del 41, y tras la brutal invasión del ejército alemán con el instantáneo bombardeo de Belgrado, el 6 de mayo de ese mismo año, el Reino de Yugoslavia se encontró apresado bajo la tutela del gobierno nacional socialista.

No pecábamos de ignorancia al saber que la dificultad, y el riesgo que

corrían nuestras vidas, iba a crecer de forma incontrolable al entrar en contacto directo con el territorio alemán.

Nuestra primera parada fue la población de *Bled*, un pueblo situado en el noroeste de Eslovenia, a las orillas del Lago Bled, muy cerca de los Alpes Julianos.

En dicha localidad, Egmont iba a reunirse con el informador austriaco. Éste sería el encargado de proporcionarnos la información necesaria sobre el avance de la 6ª División Blindada. Además, cerca de nuestra posición, se encontraba uno de los polvorines de la resistencia. Nuestra misión consistiría en reunir el material solicitado, y transportarlo directamente hacia el campamento polaco.

Las armas se encontraban en el sótano de una de esas casas que constituían el callado pueblo. Una vez con el armamento a nuestro poder, Egmont y yo, nos dirigíamos al encuentro del amigo informador. Sabía de buen grado, que cualquier indicación, aunque ésta fuera mínima, sobre el posible paradero de mi padre, nos ahorraría gran parte del futuro y complicado trayecto.

Conociendo el plan, nos detuvimos a las afueras de Bled. Otros dos vehículos, también de la resistencia, esperaban nuestra llegada para unirse a la empresa y sacarnos del país con el armamento polaco.

La peligrosidad de la primera misión y el interés en evitar cualquier altercado con la hueste alemana, incitó a Egmont a evitar mi participación y mantenerme alejado del pueblo alemán, mientras ellos cargaban el susodicho material.

Desde buen inicio, me costó aceptar su propuesta. Podía ser de gran utilidad; podía pasar desapercibido aunque no tuviera nociones de alemán. Pero tardé unos minutos en darme cuenta. Si Egmont quería cobrar su dinero, debía cumplir con su parte del trato: mantenerme sano y a salvo. Acepté su mandato, y acordamos reencontrarnos pasadas dos horas en ese mismo lugar. Prepararon sus armas para la incursión y en cuestión de minutos se adentraron por las calles de la población.

La magia y la belleza de esos boscosos paisajes, repletos de gloria y de

vida, maravillaban mis sentidos en todo momento, y, como buen aventurero que era, decidí lanzarme a lo desconocido e investigar mientras corría el tiempo de espera.

Justo bordeando el pueblo, reposaba un lago cristalino, claro y tranquilo como un cielo de mañana despejado. En el centro, una pequeña isla, custodiada por una solitaria iglesia, gobernaba las aguas del lugar.

El calor veraniego del mediodía no tardó mucho en abrasar mis pensamientos y en incitarme a nadar sobre ellas. Me desvestí hasta quedarme en calzones, escondí mis armas y la ropa bajo un arbusto que crecía justo al lado de la orilla y me zambullí en las aguas de aquel lago.

Nadé, bucéé, me deslicé sobre esa lisa e inquieta sabana de agua que jugaba con los cálidos rayos de luz. Me acosté sobre ella. Un abrazo seguro me envolvió remontándome hasta el inicio de mi existencia.

Gasté gran parte de mi tiempo y energía nadando en aquellas aguas cristalinas, y tras apreciar como las yemas de mis dedos se habían convertido en pasas estriadas, decidí acercarme hasta la isla. Era momento de reposar, de secarme con el acogedor sol de la tarde.

Me tumbé en la orilla del inmenso lago de cristal, justo detrás de la iglesia, recliné mi cabeza sobre el fresco colchón de hierba y cerré los ojos. Se trataba de uno de esos momentos en el que la tranquilidad y la calma abrazan tus problemas, y los evaden durante un corto pero preciado espacio de tiempo.

No había cruzado aún la puerta hacia el ansiado mundo de los sueños cuando, de pronto, un extraño suspiro me alertó de la presencia de un desconocido. Una modesta voz se acercaba lentamente desde la orilla. Entreabrí los ojos y busqué aquel ajeno cercano a mi posición.

Nada en el paisaje había cambiado, seguía estando solo, mi imaginación me la había jugado. Intenté perderme de nuevo en mi descanso pero aquel suspiro resonó, estaba cada vez más cerca; podía notar su cálido aliento en mi oreja.

Temeroso ante aquella situación, simulé estar dormido y esperé a que el forastero perdiera el interés que le retenía a mi lado. Los minutos pasaron, y el forastero no se movió.

Empezó a recitar y relatar antiguas historias mientras que, con un suave velo, rozaba todo mi cuerpo. Incómodo ante esa situación, me armé de valor, abrí los ojos y enfrené al tozudo agresor. Para mi sorpresa, seguía estando solo. Busqué por todas partes, miré por todos sitios, pero no logré encontrar al supuesto culpable. Aun así, aquellas historias seguían resonando en mis oídos, y el suave velo permanecía rozando mi cuerpo.

Atendí curioso, y finalmente reconocí al rebelde forastero, era el propio viento.

Consciente y avergonzado ante mi error, recliné de nuevo mi cabeza sobre el blando colchón de hierba, y dediqué toda mi atención a lo que el viento relataba.

El aleteo de las hojas de los árboles, la danza de la hierba y el murmullo susurrante del tímido oleaje, escuchaban atentos, como yo, las nuevas historias que el viento les portaba. Historias lejanas, cuentos y leyendas pasadas, hazañas y gestas de tierras perdidas, trágicas derrotas y batallas vencidas, cientos y cientos de historias dispuestas a ser contadas.

El eminente sol, por otro lado, expectante e ilustrador de aquellas historias, ayudaba al viento a relatarlas con halos de luces y sombras.

La atención crecía. Nunca antes había escuchado unas historias tan bonitas. Mis sentidos lograron hipnotizarme bajo las voces de la naturaleza cuando, de repente, un grupo de turbias nubes que merodeaban por la zona, curiosas por las aventuras que el viento contaba, se entrometieron en la historia ocultando esos preciados rayos de luz y juego de sombras. En pocos segundos el ambiente se volvió frío, lleno de oscuridad y de añoranza. Las historias no tardaron mucho en cesar.

Las nubes ocuparon todo el cielo y descargaron sus lágrimas, repletas de tristeza y de penuria, por encima del paisaje esloveno. Los árboles agacharon sus cabezas, el lago empezó a quebrarse y la hierba se apelmazó contra la

tierra. Las sombras engulleron el paisaje.

Cuando todo parecía acabado, un tímido rayo de luz apareció de entre el cielo nublado. Poco a poco el sol fue triunfando en la tormenta. Logró situarse en lo más alto del cielo y comenzó a calentar el espíritu de sus espectadores. El noble viento se reanimó de nuevo, y tras soplar fuertemente, llevó a las nubes hacia otro cielo.

El repique de las campanas de la iglesia me despertó de aquel profundo sueño. El sol seguía brillando, mis calzones se habían secado y, como un reptil de sangre fría, seguía calentando mi cuerpo desnudo en la orilla del lago.

La gente del pueblo empezó a salir de la iglesia. La misa del mediodía había terminado y era momento de retomar los quehaceres de la vida campesina. Cuatro botes esperaban amarrados a las familias que, poco a poco, iban abandonando la pequeña isla.

Me coloqué de nuevo los calzones y, tumbado en el colchón de hierba, esperé a que los feligreses se marcharan del lugar. Mis ojos volvían a cerrarse cuando dos firmes y fuertes voces masculinas se dirigieron hacia a mí.

– *Und wo is der da hergekommen?* (¿Y ese de dónde ha salido?)

Supuse que era alemán. Las pisadas se fueron acercando hasta posarse justo a mi espalda.

– *Warum stehst du in Unterwäsche neben der Kirche?* (¿Por qué estás en ropa interior al lado de esta iglesia?)

Seguía sin comprender lo que decían, por lo que me levanté de mi acolchado lecho y observé a aquellos que hablaban.

Alcé la vista, y mi corazón quedó totalmente congelado. Eran dos oficiales alemanes de la *Schutzstaffel*, o más conocida como la *SS*. El primero de ellos siguió hablando, pero esta vez más agresivo.

– *Ich rede mit dir!* (¿Te estoy hablando a ti!)

Atemorizado desde la cabeza a los pies, decidí mostrar una tiritada

sonrisa. El alemán bajo el tono, me repasó de arriba abajo e, igual de serio, continuo hablando.

– *Zeig mir deine Dokumentation* (Enséñame tu documentación)

Atendí urgentemente a las palabras recitadas por el oficial alemán y conseguí entender la palabra *documentación*. Seguía estando en calzones y, aunque no tuviera documentación alemana y formara parte de la resistencia, les señalé la otra orilla y figuré el acto de nadar a crol hasta la propia isla. Sabía que no lograría ningún resultado, pero cualquier opción era buena a fin de evitar futuros problemas.

Para mi desgracia, ninguno de los dos oficiales reaccionó complaciente a mi ilustración. Prosiguieron con su lenguaje del diablo y, esta vez, incrementaron su tono de voz.

– *Bist du taub oder was?* (¿Es qué estas sordo?)

– Mmm... –añadí, desconcertado, mostrando una apocada sonrisa.

– *Mach mich nicht es wieder zu sagen! Zeig mir deine Dokumentation!* (¡No me hagas repetírtelo! ¡Enséñame tu documentación!)

Desenfundó su pistola y apuntó a mi cabeza. Menos de treinta centímetros separaban el cañón de su arma de mi entrecejo. Los latidos de mi corazón se aceleraron, mis reflejos mejoraron y los sudores se extendieron por todo mi cuerpo, era la viciosa adrenalina.

El sol seguía calentando con sus rayos, el viento había cesado y las dulces aguas del lago habían dejado de bailar. Ya no oía piar a los pájaros ni zumbar a las abejas, el mundo entero se había parado a curiosear mi incesante final.

El segundo oficial seguía sin decir ni una palabra. Firme detrás de su compañero e hinchado por lucir tal uniforme, esbozaba una soberbia sonrisa que se clavaba directamente en mi congoja. Se acercó al oído del primero, le susurró dos palabras, y el primer oficial acercó diez centímetros más su pistola.

Tragué saliva y me espabilé. Si quería sobrevivir, debía actuar rápida y ágilmente. Levanté las manos demostrando mi inofensiva intención y, cuando el primer alemán bajo la guardia, bajé mis brazos rápidamente, le atiné un buen golpe en su antebrazo e intenté quitarle la pistola de sus manos.

El arma se disparó, y un fulgente flash de luz me desorientó durante unos segundos. Me repuse, y conseguí quitarle el arma. Apunté a su cabeza y disparé. Una animada explosión de pequeñas gotas de sangre salpicó mi cara. Apunté al segundo alemán, y observé como esa soberbia sonrisa se había convertido en pura desesperación.

Sobresaltado por lo sucedido, sacó su pistola de la funda, se dispuso a apuntarme y, antes de que pudiera apretar el gatillo, conseguí encajarle una bala en su entrecejo. Los dos cayeron como moscas. Me limpié la sangre de la cara con el dorso de mi mano y me agaché hacia sus cuerpos para desvestir a los dos oficiales. Dos uniformes de la *Schutzstaffel* iban a ser de lo más útil para los miembros de la resistencia.

Una vez calmado, un extraño mareo comenzó a molestarme. Empecé a notar un suave frescor que descendía constante por mi cuello, chocaba contra mi hombro y resbalaba acuoso por toda mi espalda. El viento había dejado de soplar y ese frescor era demasiado fluido para que se tratase del sudor corporal. La adrenalina se fue calmando minuto tras minuto y un fuerte silbido empezó a molestar mi oído derecho. Solté la pistola, acerqué la mano hacia mi oreja derecha, y no conseguí encontrarla. El espanto recorrió mi cuerpo como un rayo. Miré mi mano y un riachuelo de sangre se precipitaba entre mis dedos. Ese flash, ese estruendo, ese disparo me había reventado la oreja. Pensé en el momento del suceso y el dolor apareció sin apenas esperarlo. Me había quedado sin oreja pero con la suerte de mi lado: un segundo más tarde y la bala habría acabado dentro de mi cabeza.

Tras oír los disparos, el cura salió de la iglesia y se dirigió al lugar de los hechos. Me vio de rodillas, semidesnudo, con sangre en mi cabeza y con los dos oficiales muertos en el suelo. Pensé que avisaría al resto de los guardas pero, a mi sorpresa, se acercó hasta mí y me ayudó a entrar a su iglesia.

– No es de aquí ¿verdad? – preguntó en un inglés esloveno.

– No, Padre – contesté, aturdido.

– Ahora entiendo por qué no podía contestar a esos dos oficiales.

– ¿Es qué ha visto lo ocurrido?

– Por supuesto, hijo mío – contestó –. Desde la ventana de la capilla puede verse el paisaje trasero.

– ¿Y por qué ha esperado tanto a salir?

Una sabia carcajada resonó suavemente entre las paredes de la iglesia.

– Por poco aprecio que le tenga uno a su vida, no se debe interferir en los asuntos de los alemanes – respondió sereno—. Y menos un cura como yo, que mi única arma es la palabra del señor.

– Tiene usted razón, Padre. Disculpe mi atrevimiento.

– No se preocupe joven – añadió sonriendo—. Permítame – dijo mientras me observaba delicadamente la oreja –. Voy a curarle ese oído.

– Se lo agradeceré. En cuanto a los dos cuerpos...

– En cuanto a los dos cuerpos, luego nos preocuparemos por ellos.

Se dirigió hacia la capilla, se escuchó el abrir y el cerrar de un par de cajones de madera, y, tras unos minutos, se acercó con un kit de primeros auxilios provisto de alcohol, vendas, tijeras y alguna que otra medicina.

– ¿Es muy grave? – pregunté curioso.

– Le han destrozado el pabellón auricular, hijo.

– ¿Cree que me voy a quedar sordo?

– Le será difícil escuchar por este oído, eso no se lo niego. Pero no debe

preocuparse, el sistema auditivo está formado por orejas, vista y tacto, del mismo modo que la vista y el tacto están formados por el sistema auditivo.

No me encontraba muy bien para pensar en esos momentos. Aun así, curioso por su rápido consejo, insistí en su explicación.

– ¿A qué se refiere, Padre?

– Puede escuchar a través de la vista y del tacto, y se puede ver y sentir a través de los sonidos. Solamente necesita un poco de tiempo y práctica – respondió convencido.

Tardó unos minutos en terminar de sanar y proteger mi herida, vendó mi cabeza y se retiró hacia la capilla a limpiar y ordenar sus utensilios. Durante su ausencia, un par de preguntas sitiaron mi conciencia. Tras su vuelta comencé con mi breve interrogatorio.

– ¿Por qué ha decidido ayudarme?

– En la casa de Dios todos son bienvenidos y tratados por igual – respondió.

– Si, lo sé, pero ¿por qué me ha ayudado a mí y no a esos dos oficiales?

– No me gustan los alemanes – replicó rápidamente.

– ¿El ejército alemán?

– El ejército alemán, los nazis, los alemanes, llámeles como quiera.

No me anduve con tapujos. Me acaricié la herida cubierta por el vendaje y pregunté directo.

– ¿Forma parte de la resistencia?

De nuevo una suave risa repicó entre los muros de la sala.

– Que directo es usted, hijo mío. Así es, me gusta creer que formó parte de ella.

– ¿De veras?

– Amo mi tierra y lucho por ella ¿Qué hay de malo en eso?

– Nada, por supuesto. Al contrario, me alegra y me tranquiliza oírlo—respondí—. Yo también me he unido a su causa. Nuestro equipo ha llegado esta mañana.

– ¿Has llegado con el grupo de Egmont? – preguntó tuteando como si todo el respeto se hubiera convertido en una larga amistad.

– Eso es. ¿Le conoce?

– Por supuesto que le conozco, ha hecho mucho por nosotros y por la resistencia. Es conocido por toda Europa, e incluso los propios alemanes le conocen, y le temen. Le distinguen como “El Oso Alpino” – añadió orgulloso.

Mi mirada se iluminó al escuchar sus palabras.

– Es un buen hombre... fue una lástima lo de su familia... – añadió, afligido.

– ¿Qué le pasó?

– Eso debería contártelo él mismo – contestó, tuteando –. Vamos. Aquí ya hemos terminado. Recojamos los uniformes de los alemanes, y te acerco hasta la otra orilla.

– Me haría un favor. Nos serán de gran utilidad, pero ¿y los cuerpos?

– De eso ya me encargo yo – completó satisfecho.

Desvestimos a los dos oficiales, escondimos los uniformes en un saco de tela, y subimos a bordo del último bote que quedaba en la isla. Le pedí que me llevara hasta el firme arbusto de la orilla que ocultaba mis ropas y mis armas. Cargué el saco, bajé de la embarcación y le di amablemente las gracias.

– Dale recuerdos a Egmont de mi parte – añadió.

– No le quepa la menor duda, Padre. Muchas gracias por todo – confesé encantado.

Respondió con una radiante sonrisa y se dirigió de nuevo hacia su isla.

Cuando llegué al punto de encuentro, Egmont y el resto del equipo estaban esperando mi llegada. Pasaban cinco minutos del tiempo acordado. Todo estaba en orden, el armamento cargado en los vehículos, ninguno de los resistentes había resultado herido y, Egmont, seguía firme y robusto como antes de separarnos.

Me acerqué hacia a él, me vio herido, y, preocupado por lo sucedido, se aproximó hacia mí sin tiempo a pensárselo.

– ¿Qué te ha pasado Tristan? – preguntó extrañado.

– Tuve una discusión con un par de oficiales de la SS. Me regalaron este balazo – añadí mientras señalaba mi oreja vendada–. Pero al final, tras unos segundos de pelea, conseguí callarles y robarles sus uniformes.

– ¿Están muertos? – insistió Egmont.

– No te quepa la menor duda – contesté orgulloso.

El resto del equipo, interesados por lo ocurrido, se acercaron hasta mi posición y atendieron a mi anécdota. Les conté todo lo sucedido, desde el repique de las campanas hasta como conseguí, solo y con calzones, matar a esos dos oficiales.

Descargué el saco que llevaba a mi espalda, les mostré los dos uniformes de la *Schutzstaffel*, y éstos comenzaron a reír, a felicitarme y a glorificarme por mi valerosa gesta.

Egmont ignoró los uniformes. Me apartó del grupo, y, mientras los demás disfrutaban y rebuscaban entre estos, sin disipar su preocupación, se acercó cuidadoso a mi vendaje, lo examinó con determinación y prosiguió con sus preguntas.

– ¿Es grave? ¿Cómo demonios te lo has curado? ¿De dónde has sacado este material?

– Me destrozaron el pabellón auricular, así que, lo más seguro es que sufra pérdida de audición. Y me atendió el cura de la iglesia, que por lo que me contó, sois buenos conocidos.

– El Padre Thomas. Es un buen hombre...

Un pequeño suspiro le evadió durante unos segundos.

– Veo que te lo ha dejado bastante bien – dijo mientras seguía verificando el vendaje–. A partir de ahora no vas a separarte de mí hasta que encontremos a tu padre, prefiero que mueras a mi lado a que te maten sin yo saberlo – completó seriamente.

Volvimos con el grupo, y Egmont, como dirigente de la unidad, les ordenó que fueran avanzando hacia el siguiente punto.

Era el momento de encontrarnos con nuestro amigo el informador y, para ello, debíamos ir solos.

Nos desviamos hacia las afueras del pueblo. Andamos unos treinta minutos por el bosque y finalmente llegamos ante un hermoso descampado. En lo alto de una colina, con vistas a todo el valle, se encontraba la granja del informante.

Nos acercamos, precavidos y cautelosos, hasta la casa del granjero, vigilando nuestras espaldas y evitando que ningún alemán nos hubiera seguido. Egmont llamó tres veces a la puerta y, tras unos segundos de espera, un hombre atlético, barbudo y calvo como un azulejo, con una maciza pipa encendida y fumando noblemente de ella, abrazó a Egmont y nos hizo pasar a su humilde morada.

– Adelante, sentaos. Estáis en vuestra casa – dijo satisfecho por la visita – ¿Os apetece algo para beber?

– Una cerveza – contestó Egmont.

– Para mí un vaso de agua, si es tan amable.

– Perfecto ¿Queréis algo para comer?

– No podemos tardar mucho en irnos, Joseph. Danos la información que necesitamos y luego volveremos a nuestras obligaciones– añadió Egmont.

– Por supuesto.

Nos entregó nuestras bebidas, se unió a nosotros sentándose en cabeza de mesa y, tras esperar a que Egmont y yo, sedientos por nuestras anteriores tareas, le diéramos un buen trago a nuestros refrescos, desembuchó su testimonio.

– Estuve preguntando a mis contactos en el ejército italiano y averigüé que la 6ª División ha ido ganando posiciones por toda la península. Han logrado la retirada de los alemanes desde el sur de Italia. Sin embargo, las fuerzas organizaron una línea defensiva a la altura de la ciudad de Cassino, a unos 100km al sur-este de Roma. Esta línea defensiva, o línea Gustav, consiguió detener a los aliados desde diciembre del 43 hasta mayo de este año. Pero, gracias a la potencia de los aliados, la 6ª División ha conseguido sobrepasar ese límite y entrar en la ciudad de Roma.

>> Hace poco tiempo que el ejército alemán se ha retirado de nuevo hacia el norte de Italia. Han conseguido atrincherarse en otra línea de defensa, la línea gótica o línea verde, y están consiguiendo resistir a los ataques aliados. En uno de esos ataques, el Octavo Ejército Británico tuvo algunas bajas y algunos de sus soldados fueron capturados como prisioneros, entre ellos, el hombre que estáis buscando, el Mayor Richard White.

– ¿Está muerto? – Pregunté preocupado.

– Que yo sepa, no. Lo enviaron, junto a otros oficiales, a un campo de prisioneros polonés, A los alemanes no les interesa matarlos, los retienen como prisioneros de guerra por respeto al ejército. Lo más probable es que aún siga vivo.

– Y ese campo de prisioneros... ¿sabes exactamente donde se encuentra? –

Insistí preocupado.

– Desconozco su ubicación. Está en Polonia, es todo lo que sé.

– ¡Debemos ir a Polonia Egmont! – añadí sobresaltado.

– Por supuesto. Es ahí a donde nos dirigimos – contestó Egmont, satisfecho.

Capítulo VIII

AZUL ZAFIRO

Seguía lloviendo. La fría Polonia nos había recibido cargada de lluvia, rayos y vastos truenos. Habían pasado ya dos semanas desde mi incidente auditivo en tierras eslovenas, y la cicatrización de la herida estaba progresando mejor de lo esperado; carecía de gran parte de mi capacidad auditiva, pero ésta no entorpecía en el avance hacia mi preciado objetivo.

Finalmente tras unos días de intenso viaje, logramos llegar a tierras polacas con todo el armamento requerido. Las tropas alemanas rondaban por las carreteras y caminos de la zona, pero, repitiendo y admirando sus métodos, nuestro equipo de la resistencia logró sortearlas sin ningún contratiempo de por medio.

Debido a la situación geográfica en la que se encontraba el campamento, abandonamos nuestros vehículos a unos 30km de distancia. Cargamos el arsenal a nuestras espaldas, y avanzamos a paso firme entre las densas arboledas polacas.

Inclinados bajo el peso de los equipos, sudando y jadeando por el cansancio generado, trepamos por el pinar que cubría el lado umbrío de la montaña. No se distinguía ningún camino a lo largo de la boscosa ladera. Avanzábamos zigzagueando y moldeando la pendiente que se cernía ante nosotros. Atravesamos un pequeño torrente, y seguimos montaña arriba, bordeando el lecho rocoso del arroyuelo, que, poco a poco, iba aumentando su tamaño.

El cielo estaba totalmente encapotado. La llovizna, que lo cubría todo con una fina película de cristal, se acumulaba en las ramas, en las hojas, y en las agujas de los pinos, cayendo en forma de goterones que se colaban por

nuestras ropas. Tenía el pelo chafado, empapado por la intensa lluvia. Las enormes gotas conseguían deslizarse por mi cara, entorpecían mi visión del panorama, y finalmente se precipitaban al vacío desde mi barbilla.

Estaba oscureciendo, y la poca luz de sol que podía guiarnos hasta el campamento, se ocultaba tras esa tormenta.

Avanzamos entorno a un pequeño claro que se escondía en la profundidad boscosa. No pasaron más de cinco minutos, cuando Egmont, grato conocedor del terreno y de la zona, consiguió guiar nuestro cansancio hacia una gruta natural, bien oculta entre las ramas.

Se trataba de una pequeña cámara, fresca como un amanecer en verano, y provista de solidas paredes de piedra caliza, perladas por el crudo sudor de la tierra. Era romántico y a la vez misterioso. Las oscuras y profundas tinieblas guardaban nuestras espaldas mientras nos protegían de la infame tormenta.

El frío se acercó a paso de gigante entre los agudos senderos del valle, pronto iba a anochecer, por lo que, una cálida y acogedora hoguera sería la encargada de protegernos de esos peligros sepultados en la inminente noche.

Después de depositar el equipo en lo profundo de la cueva, y estirar nuestras entumecidas espaldas por la larga jornada, algunos miembros del grupo salieron en busca de leña para la hoguera. Egmont y yo, por lo contrario, decidimos montar guardia en la generosa gruta.

– ¿Qué tal llevas el oído? – preguntó Egmont, tranquilo.

– Bien, ya casi no me duele.

Me quité las vendas que cubrían mi cabeza, y dejé que Egmont echara un vistazo a mi proeza.

– Está sanando muy bien y muy rápido. La mala noticia es que te has quedado sin oreja... – se le escapó una pequeña risa, y continuó—. ¡Pero esto te hará más temible y espantoso ante el enemigo! ¡Como a mí! – añadió contento mientras se señalaba el ofuscado ojo.

– ¿Qué te pasó? – pregunté, curioso.

Calmó la risa, y con una añorada sonrisa respondió a mi pregunta.

– Una noche, mientras dormíamos, la *Gestapo* entró en mi casa. Nos agarraron a mi mujer, a mi hija, y a mí. Creían que era un espía, que por eso me había retirado del ejército. Nos llevaron hasta otra casa e intentaron sonsacarme una información que no existía. El ojo es un recuerdo de las torturas a las que me sometieron.

Justo entonces caí en las palabras que el Padre Thomas dijo mientras sanaba mi oído: “*Egmont es un buen hombre... fue una lástima lo de su familia...*” De nuevo, la curiosidad y el descaro me obligaron a preguntar. Me armé de valor e insistí por lo ocurrido aquella noche.

– ¿Qué le pasó a tu familia?

Suspiró profundamente, me miró, sonrió, y perdió su mirada en el profundo y mojado bosque. La lluvia aún no había cesado.

– Querían una información que no tenía. Me amenazaron en matar a mi mujer y a mi hija si no declaraba, así que, para mantenerlas con vida, me inventé una posible pero falsa ofensiva británica. Para mi sorpresa, me creyeron. Las encerraron en una habitación cercana a la mía, y prometieron liberarlas si continuaba aportándoles más información. Durante varios días proseguí con la invención de posibles movimientos ofensivos y defensivos sobre el ejército aliado, pero, mis amadas, seguían encerradas.

>> Un tarde, cuatro oficiales de la SS y dos de la *Gestapo*, entraron en su habitación... En cuestión de minutos, empecé a escuchar fuertes y extraños golpes contra las paredes, me acerqué, asustado y preocupado, para agudizar el oído, y, en un instante, el pánico me congeló la sangre. Mi mujer y mi hija gritaban de dolor y sufrimiento, estaban siendo violadas y maltratadas por esos seis oficiales...

>> Empecé a berrear como un animal y, con todas mis fuerzas, intenté salir de esa mierda habitación que me impedía protegerlas. Debido a los ruidos y destrozos que ocasioné, entraron dos soldados armados en mi habitación, me

noquearon con el fusil, y me amordazaron en una de las tuberías de agua que brotaban desde el suelo. Día tras día, los sollozos y los gemidos de mis dos tesoros se repitieron cruelmente en esa sala. Una mañana, esos gritos, que se habían convertido en su esperanza de vida, callaron para siempre. Uno de los oficiales abrió mi puerta, sonrió, y me obligó a ver el panorama. Se las llevaban, agonizadas, desfiguradas, arrastrándolas por el suelo como dos sacos de arena. Me desmayé.

– Lo siento mucho Egmont...

– Han pasado ya seis años desde aquello. Dagna, mi mujer, ahora tendría cuarenta y uno; y Amara, mi princesa... diez y ocho...

El calmado velo del silencio nos cubrió durante unos segundos. La lluvia seguía cayendo mientras nos hechizaba con su húmedo olor y tierno sonido.

– ¿Cómo saliste de ahí? – pregunté indiscreto.

– Cuando recuperé el sentido, ya no me encontraba en la misma habitación. Vestido de nuevo, estaba tumbado en una cama, tapado con sucias y viejas sábanas. Una pálida luz iluminaba la sala, y un pequeño escritorio, con lápices y hojas en blanco, reposaba al lado de la puerta. Creían que había perdido, que me habían vencido, que me había transformado en un muñeco sin alma.

>> Entró un soldado con comida, y me explicó la situación: las hojas y los lápices tenían que ser rellenados con toda la información que tuviera acerca del enemigo. A cambio, ellos iban a cuidarme, y a mantenerme con vida. No tardé mucho en responder a su petición. Había perdido mi preciado tesoro, y ya no tenía razón ni sueño por el que luchar, era momento de abandonar. Acepté sus condiciones. El soldado se retiró y me dejó solo en la habitación. Pasaron cuatro días, y yo cumplí con mi cometido. Les entregué hojas y hojas de falsa información, y, ellos, satisfechos, me compensaron con comida y refresco. Pero el rencor y la pena me dominaron... decidí elaborar una soga con las viejas sábanas de mi cama. Me colgué de una de las tuberías que armaban el techo, y dejé que la gravedad hiciera el resto. Estas son las cicatrices que me quedaron – añadió mientras me mostraba las grietas de su garganta.

No entendía nada. Mi mirada confundida se centró en Egmont. Se giró, me vio, y una perturbada sonrisa se distinguió entre sus comisuras. Me mantuve atento, y prosiguió con su historia.

– Pasado un día, un par de guardias se alertaron de mi estado, cortaron mi soga, y me llevaron hasta la puerta. Antes de salir, me desperté de mi falso sueño, agarré un lápiz, y los apuñalé hasta matarles. Les robé sus pistolas y munición, salí de la habitación y empecé a buscar una salida.

La sorpresa y la felicidad iluminaron mi mirada. Esa era la parte que estaba esperando. Ese era el Egmont que conocía.

>> Estaba cruzando silenciosamente uno de los pasillos de aquella casa – prosiguió resuelto–, cuando, de repente, unas voces conocidas, que procedían del interior de otra sala, detuvieron mi huida. Entreabrí la puerta, y sentados, disfrutando de su comida, esos cuatro oficiales de la SS y esos dos de la *Gestapo*, los mismos que asesinaron mi vida, pasaron a ser mi punto de mira. Entré con la sorpresa a mi ventaja, y les disparé a sus brazos y manos para que no pudieran desenfundar sus armas. Eran míos, cerré la puerta, y comenzó mi venganza.

Dejó de hablar y se apoyó en una de las paredes de la cueva

– ¿Qué les hiciste Egmont? ¿Qué les hiciste?– pregunté, deseoso por conocer el final de aquella historia.

– No me siento orgulloso de ello... – contestó, perdido en el recuerdo.

– Egmont, por favor, no tienes por qué arrepentirte de tus actos. Y mucho menos a mi lado.

– Me alegra oír eso – sonrió.

– ¿Qué les hiciste? – insistí.

– ¿De verdad quieres saberlo?

– Por supuesto que quiero.

– Está bien, te lo contaré. ¿Por dónde iba?

– Acababas de cerrar la puerta.

– Es verdad. Cerré la puerta, y comenzó la cruda venganza. Les disparé a las piernas para que no escaparan, les desnudé a puños y patadas, y les amordacé en las tuberías del salón. Recuerdo que agarré uno de los cuchillos de plata que resplandecían elegantes en la lujosa mesa, y, desde los orificios producidos por las balas, comencé a desgarrar sus cuerpos con brutal delicadeza. Chillaban y berreaban como jabatos, pero en comparación a los gritos de mi mujer y de mi hija, me parecían ruiseñores en pleno canto. Les amputé los dedos, les arranqué los dientes, les corté, una por una, sus flácidas pollas, se las metí en la boca, y las embutí, con mis propias manos, hasta el fondo de sus gargantas. Me senté, les observé, y esperé a ver que les mataba antes: la asfixia, el dolor, o la sangrienta escabechina.

>> Cuando todo acabó, respiré tranquilo y me limpié. Me vestí con uno de sus uniformes, y conseguí salir de esa maldita cárcel. Contacte con un miembro de la resistencia, y gratamente me uní a ellos. Cuando los alemanes descubrieron los cuerpos y degustaron el sabor de mi podrida venganza, empezaron a temerme, y a llamarme *El Oso Alpino*.

No sabía que decir. Estaba asustado y a la vez satisfecho. No podía imaginarme su situación, pero seguramente hubiera hecho lo mismo... Aun así, me atreví a preguntarle algo que me inquietaba de su historia.

– ¿Cómo lograste mantenerte vivo estando colgado de la soga?

Sonrió, y tras observar mi positiva reacción, respondió orgulloso a mi pregunta.

– Hice dos sogas. Una me envolvía el cuello, apretada pero sin cortarme la respiración; y la segunda, como un arnés, me sujetaba por las axilas y se unía a la primera, escondiéndose por debajo la camisa. Una vez cortaron la principal, la otra quedó oculta a su vista.

Brillante... – pensé satisfecho—. Siento mucho lo de tu familia. Yo hubiera hecho lo mismo – sentencié dispuesto.

Agaché la cabeza, busqué contactar conmigo mismo, y un montón de pensamientos, repletos de odio y asco, empezaron a colmar mi consciencia. Alcé la mirada hacia el paisaje lluvioso, y observé como millones de lágrimas nutrían de vida el tierno lecho del bosque. Recogí un par de piedrecitas del suelo, las amontoné en mi regazo, y empecé a lanzarlas hacia la oscuridad.

– ¿Y tú? ¿Tienes pareja?– preguntó Egmont, al cabo de unos minutos, para suavizar la situación.

– No. Nunca he estado con una chica... Habré besado a alguna, pero aún no he superado esa barrera.

Una dulce risa se le escapó de entre sus labios.

– No pasa nada. Cuando menos te lo esperes, te llegará – contestó, risueño y maduro.

– Eso dicen... Tengo ganas la verdad, pero antes debo cumplir con otros objetivos.

– ¿Y tu madre? Siempre has hablado de tu padre, pero nunca la has mencionado a ella – añadió.

Estuve unos segundos sin contestar, lancé otra piedra al vacío, y respondí.

– Lo único que recuerdo de ella es su belleza. Era la mujer más hermosa de todo el planeta...

– ¿De qué murió? – preguntó discreto

– No murió.

– ¿Qué pasó entonces?

– Destinaron a mi padre a Sudáfrica, a principios de los 20, y mi madre y yo nos mudamos con él. Mi padre era un huérfano militar, por lo que se crio en el ejército y toda su vida la dedico a éste. Mi madre, en cambio, procedía de la alta sociedad inglesa, y nunca pudo adaptarse a ese cambio de vida, y menos de lugar.

>> Por aquel entonces yo tenía apenas unos meses. Solamente recuerdo algunos flashes de esos días, y la mayoría de esos recuerdos, los creé a lo largo de mi infancia. Pero, aun así, pasamos tres fantásticos años en familia. Recuerdo a mis padres reír, cogerse de la mano, jugar conmigo en el jardín... éramos una familia feliz.

>> Un día mi madre desapareció y ya no volví a verla. Desde ese día me críe bajo los cuidados de mi padre y de Ms. Akeba, nuestra sirvienta. Cuando llegué a la adolescencia, nuevas preguntas exigían nuevas respuestas, y, entre ellas, destacaba el misterio de mi madre. Así que busqué a mi padre y le pregunté. Resulta que durante la navidad de 1923, mi abuelo materno enfermó gravemente, y mi madre se vio obligada a volver a Inglaterra. Una vez ahí, mi abuelo falleció a las dos semanas, y ella no volvió. Ni una carta, ni un regalo, ni una foto. Nada. No dejó ni envió nada.

>> Después de que mi madre tomara su decisión, mi padre guardó todas sus fotos y regaló todos sus vestidos. La última noticia que tuvo de ella fue la renuncia a su matrimonio, y que, gracias a ciertos conocidos con poder en el gobierno, había podido casarse de nuevo con un conde de Inglaterra. No sé si tiene una nueva familia, si tiene hijos, o si apenas sigue viva.

– ¿Tienes interés en conocerla?

– Después de todo lo sufrido, ya no es nadie para mí. No tengo intención de volver a verla.

– Entiendo.

El silencio se propagó de nuevo entre las paredes de la cueva. Al igual que la tormenta, que lloraba sobre el paisaje, consolamos nuestras penas en pareja. El ambiente no ayudaba. Convenía cambiar de tema. Pasamos diez minutos hundidos en el denso barro del pasado, cuando la ilusión y la esperanza renacieron desde la incomodidad del silencio. Ahí estaban, los demás volvían con la leña seca y dispuestos a encender la esperada hoguera.

Nos levantamos con el primer rayo de sol levantino. La lluvia había cesado durante la noche. Un magnífico y verdoso paisaje centelleaba con esas gotas de rocío que, presumidas por su elegancia, se despertaban junto al fresco amanecer veraniego.

Recogimos los bultos, abandonamos la hospitalaria gruta, y proseguimos con la travesía. El campamento se encontraba a unas tres horas de camino pero, a paso rápido y sin pausa, podríamos llegar antes de lo previsto.

Durante un par de horas, cruzamos las lozanas y recién regadas florestas polonesas, subimos y bajamos por las resbaladizas laderas de pizarra, y sorteamos un sinfín de valerosos torrentes renacidos por la lluvia.

Al cabo de unas horas, conseguimos llegar a nuestro destino. Entre troncos, piedras y arbustos, se escondía el famoso campamento.

Se trataba de una antigua aldea abandonada que había sido repoblada por las fuerzas de la resistencia. Dos docenas de acogedoras casetas brotaban desde el musgo como parte del propio paisaje. Era un lugar totalmente estratégico. Situado en la profundidad del bosque y en lo alto de una pequeña elevación, tomaba el control absoluto de cualquier punto de acceso y salida del campamento.

Al percatarse de nuestra llegada, los miembros de la resistencia y el resto de los refugiados, se acercaron entusiasmados hasta nuestra posición. La pena y la miseria que reinaban en cada uno de sus rostros desaparecieron al instante que pisamos el suelo del recinto. Como por arte de magia, nuestra llegada había iluminado las esperanzas de vida que se habían oscurecido tras la guerra.

En pocos minutos, un numeroso corro de personas nos envolvió con euforia y optimismo. Niños, adolescentes, mujeres y hombres de mediana edad, y algún que otro anciano, aclamaron nuestra llegada entre risas y llantos. Premiaban el esfuerzo que dábamos por ellos. Querían mantenerse firmes y luchar por la causa, y nosotros éramos un valeroso ejemplo.

Entre tanto alboroto, descargamos los bultos en el suelo. Disfrutamos de sus elogios y estimadas sonrisas, y en pocos minutos, de entre la multitud,

apareció la figura de un hombre robusto, vestido con un uniforme del ejército americano y una gorra de las SS.

De rasgos pulidos y manos grandes y fuertes, con una frondosa barba dorada que apenas mostraba su sonrisa, y que ocultaba un pequeño palillo fino y largo, ya mordido, se abrió paso entre la masa, se dirigió directo hacia Egmont, y le propinó un buen abrazo de bienvenida.

– Mayor Smith – dijo Egmont orgulloso.

– Comandante von Lieven – contestó el americano.

Se separaron, y se saludaron con el sólido gesto militar original de la edad media. Levantaron con su mano derecha y en posición horizontal la imaginaria visera del yelmo, que durante el medievo protegía a los caballeros en los famosos torneos, se apreciaron mutuamente a fin de mostrar respeto al camarada, y, contentos y satisfechos, prosiguieron con su entrevista.

– Bienvenidos a nuestro campamento – dijo el Mayor, dirigiéndose al resto del equipo.

Sonreímos, y contestamos con un simple agradecimiento. Después de todo aquel trayecto, cansado por el peso del armamento y molesto por la incesante lluvia, una buena bienvenida era lo mínimo que nos merecíamos.

– Podéis dejar el armamento aquí mismo – se apresuró el mayor –. Mis compañeros se encargarán de recogerlo. Seguro que estaréis hambrientos y agotados, acompañarme al gran salón, os hemos preparado un buen recibimiento.

Nos alejamos de los aborrecibles bultos, seguimos al mayor americano, y, poco a poco, nos fuimos adentrando por las rústicas calles de la aldea.

Casetas de firme estructura y de acogedoras dimensiones, hechas de piedra y de madera, escudaban las calles que otorgaban vida a la aldea. Gracias a la seguridad y al auxilio que regalaba a los exiliados por la guerra, en cuestión de pocos años, ese temporal campamento se había transformado en un pueblo enérgico y con aires de mejora.

Los niños y niñas más pequeños jugaban felices entre las calles de la aldea; las gallinas y los perros campaban libres por el interior y el exterior de las casas; los cerdos y las cabras reposaban en sus cercos, esperando la visita de sus amos que, conocedores del frío invierno, los embutían y atiborraban con todos los restos de comida.

En una Europa oscura, gobernada por el miedo y la muerte, en lo más profundo de la floresta polaca, una pequeña aldea se alzaba valerosa, iluminando la esperanza y la ilusión de todos aquellos supervivientes de la guerra.

Tras recorrer un par de calles, llegamos hasta una pequeña plaza. Justo en frente, un edificio, más grande que todos los demás, revestido de piedra y con pequeñas ventanas de madera, con una altura de dos pisos y una preciosa chimenea que se alzaba hasta lo más alto, gobernaba la sencilla explanada.

El mayor Smith nos invitó a entrar. Un bofetón de apetitosos olores nos despertó el hambre y las ganas de comer. Cuatro robustas mesas repletas de comida rodeaban un hogar encargado de iluminar y calentar la sala.

En un par de horas, el sol iba a ponerse, y, para entonces, habría comenzado el gran festín.

Superamos el salón con molestia, subimos las escaleras hacia la habitación, y el mayor Smith nos invitó a descansar hasta la hora de la cena.

Los últimos rayos de sol entraron por las ventanas de la habitación. La silenciosa noche empezaba a estirarse por el paisaje cuando el mayor Smith entró por la puerta, y nos informó de que el banquete estaba listo.

Nada más bajar por las escaleras, un maravilloso olor a comida despertó nuestras tripas. Entramos al salón dónde todo el pueblo nos esperaba, y una cálida luz, procedente de la flamante hoguera, empezó a dibujar sus sombras por las paredes de la gran sala.

Un perfecto banquete, a la altura de los más ricos, nos clamaba desde las cuatro mesas: dos cerdos apetitosamente asados, seis succulentos pollos dorados por las brasas, hortalizas recogidas esa misma mañana, jarras rebosantes de vino y de cerveza, panes recién horneados, frutas jugosas, quesos de todo tipo; comida y más comida, dispuesta a ser devorada. Sin embargo, algo me inquietaba ¿cómo una aldea de la resistencia, escondida en la profunda floresta polaca, y alejada de toda gran urbe, disponía de tantos recursos como para vivir sin apenas preocuparse por la guerra?

La fiesta no había hecho más que empezar. La succulenta comida rulaba de un lado a otro de las mesas, las mujeres del campamento nos atiborraban a vino y a cerveza, y los miembros de la resistencia reían y disfrutaban de la fiesta. Ese toque de comedia era necesario para equilibrar los oscuros recuerdos de la guerra.

Yo, por otro lado, no podía dejar de pensar en lo que ahí me llevaba. Debía encontrar a mi padre, y como más tardase en buscar su posición, más posibilidades habría de perder su valerosa pista. De un modo u otro, la verdadera felicidad que alumbraba mi meta, había ahogado el entusiasmo por aquella fiesta.

Pasado un rato, un dulce olor se acercó a mi lado y desvió radicalmente mis promesas. Rellenó mi vaso de cerveza, sonrió, y observé como su sedosa melena se perdía por la sala.

Tras unos minutos de búsqueda, logré encontrarla. De espaldas a mí, hablaba con una mujer baja, chata, de anchas caderas, y con un par de ojos que no perdían de vista mi figura. Aquella melena, castaña y dorada por la luz de las llamas, había captado mi atención.

Egmont, sentado a mi lado, se percató de la situación, y, amigablemente, me despertó con un suave codazo en el costado.

– ¿Te gusta? – preguntó sonriente y alegre por el ambiente de la fiesta.

– No me he fijado en su cara... – contesté apenado—. Pero llevó un rato

mirándola, y aunque solo haya visto su espalda, sé que hay algo en ella que me atrae.

– ¿Así de fácil? – preguntó sobresaltado con una gozosa carcajada –. Pues espera, que voy a presentártela.

– ¡Ni se te ocurra! Llevo tiempo sin hablar con una mujer, no... no... ¡no sabré que dec...

No había terminado la frase, cuando una potente y noble voz sonó desde mi lado.

– ¡Aureeaaa! ¡Ven! ¡Acércate! – chilló Egmont, animado por la historia que se avecinaba.

Con una limpia y tierna sonrisa volvió su mirada hacia Egmont, y marcó su rumbo hacia nosotros.

A medida que se fue acercando, la flamante luz de la hoguera iluminó sus hermosos rasgos. Era perfectamente hermosa; como una paloma blanca entre un montón de oscuros cuervos, desprendía una belleza capaz de hipnotizar al más ofuscado de los ciegos.

Se acercó hasta mi lado, y agaché la cabeza por respeto y vergüenza ante tal belleza. Egmont sonrió y prosiguió con su jugarreta.

– ¿Qué tal Aurea? Cuanto has crecido... ¿Qué edad tienes ya?

Una dulce voz brotó de entre sus labios.

– Pues hace un par de meses cumplí los veintiuno – contestó, tímida.

Egmont me dio otro codazo en el costado, y me animó a que levantara la cabeza.

– ¿Conoces a Tristan? Fue capitán de la *Western Desert Force* – añadió orgulloso.

– Sí. Todo el mundo habla de él, y de cómo acabo con la vida de esos dos

oficiales de la SS, armados – recalcó intencionadamente –, y él vestido con calzones – completó divertida.

La vergüenza me invadió de nuevo. Desvié la mirada hacia la fiesta, y le di un buen trago a mi vaso de cerveza.

– Va Tristan dile algo. Ha venido hasta aquí para hablar contigo. No seas desconsiderado – añadió Egmont, resultante.

Un potente nudo me apretó la garganta, y me impidió soltar cualquier palabra. Reaccioné haciéndome el despistado, me volteé para verla y, prontamente, perdí toda expresión en mi cara.

Su divina mirada azul zafiro me había cautivado. Dos puertas de luz iluminaban la entrada a las profundidades del universo, me abrazaban y me arrastraban con extrema suavidad. Mis rasgos se habían desvanecido, mi cuerpo ya no formaba parte de mí, me había perdido en el limbo.

Unas rojas y terciopeladas mejillas, como dos pétalos de rosa, sujetaban esos dos zafiros profundos como el mar. Su nariz, pequeña y redondita, coronaba delicadamente unos labios blandos, carnosos, y guardianes de esa esplendida sonrisa.

La chica movió la cabeza y su castaña y larga melena se deslizó por su cuello hasta posarse en las hombreras del vestido.

Hechizado por el movimiento de su pelo, bordeé su delicado cuello con la mirada hasta bien llegada la clavícula. Dejé libres mis pensamientos y descubrí la forma de dos perfectos senos que sensualmente se ocultaban bajo su ropa.

Una agradable cadera custodiaba firmemente dos altas y largas piernas de valiente y refinado andar. Éstas, se ocultaban bajo una florida falda con un ansiado final, donde unos pequeños y delicados tobillos se encargaban de sujetar su figura.

No podía dejar de mirarla. Colocó su suave y fina mano en mi mejilla, la acarició con la firmeza de una pluma, y una radiante sonrisa recorrió mi

cuerpo hasta embriagar mi persona.

El apretado nudo volvió a mi garganta. Intenté hablar, pero no salían las palabras.

– Me llamo Aurea – dijo con una fresca y suave voz –. Un placer conocerte, Tristan.

Respiré profundamente y contesté.

– El... ¡El placer es todo mío!

De nuevo, un infinito número de extraños pensamientos apagaron mi voz y elevaron al incómodo silencio entre los dos. Tras unos minutos, ella volvió a manifestarse.

– Voy a ayudar a servir, nos vemos por aquí – sonrió y se perdió de nuevo entre la multitud.

Al cabo de unos segundos, reaccioné y busqué la aprobación de Egmont. Levanté las cejas insinuando un comentario necesario, y Egmont protestó.

– ¡Pues sí! Hace mucho tiempo que no hablas con una mujer – añadió con una fuerte carcajada.

– Te lo había dicho... He hecho el ridículo... Pero es tan hermosa... no sé qué me ha pasado... he perdido el oremus.

– Ay... joven amigo. Es normal, no te preocupes.

– ¿Normal? Nunca antes me había pasado. Además, soy una persona que le gusta anteponer la razón a sus sentimientos. No entiendo por qué no he actuado.

– Eso es amor – contestó complacido.

– ¿Amor? ¡Si acabo de conocerla!

– ¿Y eso que tendrá que ver?

– Pues... porqué se supone que uno se enamora al tiempo de conocer a su pareja.

– Con el tiempo se incrementa el amor hacia ella – contestó Egmont, seguro–, pero el amor es algo repentino, algo que no te esperas.

Agarró con una mano una de las servilletas de la mesa, de trapo viejo y de color blanco, ya gastado, y con la otra relleno una cuchara de grasa líquida procedente de su plato; que, minutos antes, había depositado un buen trozo de cerdo asado.

– Fíjate bien. Para que lo entiendas.

Apartó los platos, desplegó la servilleta encima de la mesa, y con la mano que sujetaba la cuchara, acercó ésta hasta situarla justo encima del viejo trapo.

>> El amor es esta gota de aceite – refirió mientras se disponía a decantar una gota de aceite sobre la blanca servilleta –. Es algo pequeño al inicio, pero cuando te toca – dejó caer la gota de aceite animal sobre el viejo trapo –, poco a poco, aumenta de tamaño, y sigue aumentando, y aumentando. Mientras, nosotros – dijo refiriéndose a la servilleta –, intentamos absorber esa esplendorosa gota de aceite, compartiendo nuestro espacio y dejando que ella lo ocupe. Y como puedes ver, es algo que te cambia, que te marca fuertemente – añadió mientras levantaba la servilleta y me mostraba la enorme y circular mancha de aceite.

El color marrón amarillento de la grasa había eclipsado del todo el blanco gastado.

Cogió la servilleta y, volviendo a su explicación, mientras soltaba una burlona risa, concluyó:

>> Y como ya sabes, para poder borrar está mancha, tendrás que limpiarlo más de tres veces. Y frotar, y frotar, hasta que consigas que desaparezca. Pues lo mismo pasa cuando conoces el amor, una vez quedas prendado, deberás frotar y frotar muy fuerte para poder deshacerse de él – resultó riendo.

– Entiendo – respondí complacido –, pero sigo sin entender una cosa.

– ¿El qué? – contestó con una gran sonrisa, mientras la fiesta seguía animando aquella sala.

– ¿Por qué me he quedado sin habla?

Suspiró, se acercó hacia a mí, y agachó la cabeza para que pudiera escucharle sin problemas.

– Eso es porque nuestras emociones las controla tanto el corazón como el cerebro.

– ¿El corazón? – pregunté extrañado –. Creo que el alcohol te está subiéndolo... – añadí contento.

– El corazón forma parte del cerebro – insistió.

– No te sigo.

– El corazón reacciona y estimula nuestros pensamientos de la misma forma que lo hace el cerebro.

– Pero el cerebro es nuestro motor – repliqué confundido –. Es decir, ahí está la mente, la razón. El corazón no piensa.

– No, no piensa. El corazón es la parte afectiva de la mente. Si este se bloquea, o se satura, todo lo demás deja de funcionar.

Ya no le escuchaba. Mi mente seguía perdida en la figura de Aurea.

Se percató de mi ignorancia, agarró su vaso con fuerza, y, tras terminarse la bebida de un solo trago, llamó a la baja y chata mujer:

– ¡Irenka! ¡Tráenos otra cerveza!

La fiesta duró hasta bien entradas las once de la noche.

Al terminar, cuando la gente volvió a sus humildes casetas, Egmont y el

resto del equipo, se retiró a sus habitaciones para descansar. Vista la tranquilidad que rápidamente se propagó por la sala, decidí quedarme y esperar a que el sueño me alcanzara.

El fuego había consumido el último tronco del hogar desvaneciéndose con la misma rapidez que anteriormente había prendido.

Un pequeño hilo de humo se alzó calmoso desde las cenizas hasta lo alto del techo. El recuerdo de la fiesta y del júbilo se habían hundido en un profundo arenal.

Finalmente, la noche llegó con esa oscura tranquilidad, y abrigó cualquier indicio de vida sometiéndolo al dulce reposo. Ni una brisa, ni un sonido.

Abrí una de las ventanas de madera que comunicaban con el exterior, me senté en el marco inferior, y apoyé la espalda y la cabeza en el costado, quería atender al poder de la oscuridad.

La dulce reina, soberana de los marineros nocturnos, se abría paso con su largo y sedoso vestido de plata. El fulgor de las estrellas hacía las sombras menos densas. Un paisaje boscoso, bañado en una fina capa nacarada, me mostraba las fantasías ocultas que durante el día se escondían en las profundidades de la floresta polaca.

Logré perderme en el firmamento y me desperté en el desierto, junto al joven keniano, atendiendo y aprendiendo sobre la fugacidad de la existencia humana. La inmortalizada Sidi Barrani quedaba ante nosotros, acunada por las plateadas dunas e iluminada por esa misma luna.

Parpadeé levemente, y la mágica reina seguía gobernando desde lo más alto. Sus fieles seguidoras, las estrellas, le ofrecían compañía, pero esta vez, a mi lado, se encontraba el amigo contrabandista. Tumbados en la lona del *Sherezade*, observábamos la blanca noche, a brazos del portentoso Mediterráneo. Las olas nos columpiaban hacia un profundo sueño del que nunca más volvería a despertar.

Capítulo IX

LA EMBOSCADA

La mañana siguiente llamó a nuestras puertas con la osadía de cualquier joven. El acogedor ambiente del lugar, bañado por las cálidas y tempranas luces del verano, había conseguido despertar nuestro temple más cordial.

Descansados y animados por la preciada bienvenida, nos dispusimos a dar los buenos días a la pequeña aldea.

A través de la ventana de la habitación, observábamos como los lugareños construían un nuevo día repleto de esperanza: las mujeres paseaban de un lado a otro de las calles conversando entre ellas; tres abuelos, sentados en un banco de piedra, disfrutaban dando migas de pan a las gallinas mientras hablaban de sus peripecias; y una pareja de perros se revolcaba jugando con la arena de la calle. Un espíritu vital se columpiaba contento entre las sonrisas de aquella aldea.

El equipo de la resistencia, encargado de custodiar y proteger el campamento, se había agrupado en el majestuoso salón. En diez minutos íbamos a reunirnos con ellos.

Nos lavamos las manos y la cara en un barreño de metal que, rebosante de agua, nos habían servido al lado de la puerta. Nos vestimos y nos ataviamos con nuestro valedor armamento y, orgullosos tras haber cumplido nuestra misión, nos sumamos al equipo dirigido por el mayor Smith.

Siete hombres de todos los tamaños, formas y edades, nos esperaban sentados en una de las mesas de aquel salón.

– ¿Os lo pasasteis bien anoche?– preguntó el mayor Smith, mientras masticaba su palillo de madera.

– Por supuesto – contestó Egmont.

Buscó la misma reacción por parte de sus compañeros, y prosiguió con sus agradecimientos.

– Gracias por esa cálida bienvenida, la necesitábamos.

– No podía ser menos – agradeció el mayor Smith—. Gracias a vosotros, y a la ayuda que nos proporcionáis, esta aldea consigue sobrevivir año tras año.

– Es nuestro deber hacerlo – apuntó Egmont, satisfecho.

– Y por esa misma razón os lo agradecemos – contestó el mayor –. Veo una cara nueva en tu equipo.

– Así es – contestó Egmont.

Nos sentamos uno al lado del otro. Desde bien iniciado mi viaje, Egmont pasó a ser mi luz y yo su sombra. En un país donde yo era un extranjero, era preferible guardarme las espaldas, y junto a Egmont, me aseguraba la retaguardia.

Me propinó una suave palmada en la espalda, para mostrarme ante el resto de los miembros del equipo, y continuó con su presentación.

– Este es Tristan White. Capitán de la *Western Desert Force* en la victoriosa *Operación Compass* – completó.

– Un placer tenerte entre nosotros – agregó el mayor Smith, regalándome una de sus sonrisas—. He oído hablar acerca de tus hazañas. Lo que pasó en Bled... fue todo un logro, enhorabuena.

Compartí su alegría, y en pocos segundos se difundió por el resto del grupo.

– Fue toda una aventura, la verdad sea dicha – contesté risueño.

– Necesitamos más gente como tú.

Bastó con una grata sonrisa para que el mayor Smith prosiguiera con su reunión.

– Bueno, para los recién llegados – agregó mientras me sonreía de nuevo –, empezaré a presentaros debidamente. A partir de ahora vais a convivir y a combatir juntos por esta causa. Debéis conoceros, saber del lado de quién y por quien lucháis.

Desde un buen inicio, la idea que acordamos Egmont y yo, se centró en la protección de la aldea, hasta que su confidente nos proporcionara la información necesaria para localizar a mi padre. Existían algunos campos de prisioneros ocultos en territorio polaco, pero encontrar justo el que estábamos buscando, iba a demorarse bastante tiempo.

El mayor Smith comenzó con las presentaciones, y, poco a poco, fue nombrando y luciendo a los miembros que formaban su unidad.

La mayoría eran exoficiales del ejército polaco, de familias humildes pero conocedoras del terreno. Gente con grandes pérdidas en el frente enemigo, pero que seguía luchando por la causa.

De entre todos ellos, un hombre de cara redonda y con la nariz achatada, de grandes orejas y calvo de testa, mantenía su mirada clavada en mí. Su presencia empezó a incomodarme, y esperé a que el mayor Smith le presentara.

– Este es Albert – sentenció el mayor refiriéndose al susodicho.

Le recibí con una amigable sonrisa, pero su mirada, fija y desconfiada, seguía chocando con la mía.

– ¿Qué le pasa a éste? – le pregunté discretamente a Egmont, mientras señalaba con la mirada al supuesto Albert.

Una fina carcajada despuntó de entre sus comisuras y contestó a mi pregunta.

– Éste es nuestro informante. Él nos descubrirá el paradero de tu padre.

– ¿Y por qué me mira con ese desprecio? – insistí – ¿No le gusta la idea de ayudar a un británico?

– No se fía de ti. No se cree tu aventura en el lago de Bled – concluyó Egmont, chistoso.

– ¿Y por qué no se lo cree?

– No se termina de fiar de los ingleses – contestó sonriente.

– ¿Seguro que está dispuesto a encontrar a mi padre?

Su sonrisa no se había disipado cuando respondió a mi falso juicio.

– Es el mejor espía que posee ahora mismo la resistencia polaca. He hecho mucho por él, y sabe que me debe algunos favores –respondió –. No te preocupes. Ahora mismo es la mejor arma que tenemos para encontrar a tu padre.

– Sabes que confío en ti – añadí inocente –. Espero que este hombre, sea bueno o no, consiga encontrar a mi padre cuanto antes.

Mostrando una indudable afirmación, Egmont asintió con un lento parpadeo y con un leve movimiento de cabeza. Volví mi vista hacia al otro equipo, y atendí como el mayor Smith continuaba con sus presentaciones.

El último integrante de su grupo, un tal Adler, capitán desertor del ejército alemán, estaba sentado en uno de los extremos de la mesa. Rubio platino, de ojos azul celeste, y con unos pómulos tan marcados que estiraban su cara hasta eliminar cualquier indicio de moflete; de aproximadamente mi edad y de cuerpo delgado pero fibroso, mostraba una mirada cansada, apagada por la guerra y sin ningún indicio de esperanza.

Egmont, secretamente y de nuevo, me propinó un tímido codazo en el costado. Me giré al instante y, con disimulo, acerqué el oído.

– Ese es el hermano mayor de Aurea – susurró satisfecho.

Al oír esas palabras, como un rayo en medio de una tormenta, lancé mi

mirada al camarada y atendí a la indicada presentación del mayor Smith. Ese chico se había ganado todos mis respetos. Necesitaba conocer y entablar amistad con él, al fin y al cabo, era mi principal apoyo para conquistar e impresionar a Aurea.

El Mayor Smith concluyó con sus presentaciones.

– Una vez todos conocidos, es hora de ponerse al día.

Sacó un enorme mapa de Europa de su macuto de cuero, lo desplegó ágilmente encima de la mesa, y, tras cambiarse el mordido palillo por uno de nuevo, comenzó a mostrarnos la evolución y la situación de las tropas, tanto enemigas como aliadas, a lo largo del continente Europeo.

– Acercaos – dijo mientras buscaba con la mirada la aproximación de todo el grupo–. Gracias a nuestros contactos en el frente aliado, sabemos que hace aproximadamente una semana, los americanos consiguieron tomar la ciudad francesa de Verdún – comentó mientras señalaba su situación con la punta del palillo–. Las fuerzas aliadas han iniciado la operación *Ratweek* para obstaculizar la retirada alemana de los Balcanes. Han conseguido entrar en Bélgica, y el 2º Ejército británico, ha liberado Bruselas – el palillo iba moviéndose de un lado a otro del mapa al compás de sus palabras–. Aquí – señaló de nuevo –, el 1º Ejército americano ha tomado la ciudad de Tournai, y, por esta zona, los franceses y americanos han entrado en Lyon.

Alzó la mirada, y se fijó en cada uno de nosotros. – Hace dos días, los rusos declararon la guerra a Bulgaria. Ahora mismo estamos esperando a que las fuerzas soviéticas lleguen a la frontera yugoslava y avancen por los Cárpatos Orientales. La guerra contra el Eje está a punto de acabar, pero aún quedan muchos problemas que debemos solucionar.

>> En cuanto a nosotros, pasadas las montañas hay un cuartel alemán oculto entre los valles polacos – se giró, hablando, agarró de nuevo su macuto de cuero curtido, y sacó de dentro otro mapa geográfico, esta vez, de la zona polaca en cuestión. Lo desplegó encima del mapa europeo, y prosiguió con su cometido–. Una vez al mes, un convoy del ejército alemán, repleto de víveres y municiones, cruza estas montañas dirección al cuartel – añadió mientras dibujaba con su palillo el supuesto recorrido–. El mes pasado, como ya

sabréis, no pudimos confiscar nada del convoy –dijo mientras alzaba de nuevo la mirada–. No disponíamos de las armas necesarias para emboscarlo, pero a finales de setiembre, principios de octubre, gracias a vuestra llegada – añadió dirigiéndose a nuestro equipo–, esa posibilidad estará de nuevo en nuestras manos. Hasta entonces, cuidaremos de la aldea y haremos guardia constante. Debemos evitar cualquier encuentro inoportuno con las fuerzas alemanas. ¿Alguna pregunta? – nos miró, uno por uno, buscando una posible duda, y, tras percibir su deseado fracaso, sentenció satisfecho:

– ¿Todo correcto pues?

El grupo entero asintió motivado con la cabeza.

Debíamos preparar, durante el siguiente mes, de forma estratégica y detallada, una emboscada para capturar las provisiones del remarcado convoy. De mientras, tal y como nos habían ordenado, cuidaríamos de la pequeña aldea.

En un mes emboscaríamos al convoy, y, en un mes, recibiría la información requerida sobre el paradero de mi padre.

La aldea nos recibió con los brazos bien abiertos. Al igual que mi padre, cada mañana al despuntar el sol, me disponía a dar la vuelta de reconocimiento. Alemanes, polacos, eslovenos, e incluso algún francés, católicos y judíos, circulaban por las calles de esa naciente aldea.

Un espíritu firme y terso reinaba entre ellos; el altruismo bañaba las mentes de los exiliados. Todo el mundo tenía los ojos expectantes hacia el futuro. Yo quería encontrar a mi padre, y los aldeanos ansiaban con dejar atrás esa odiosa guerra. Sin embargo, un nuevo sentimiento creció desde la noche del banquete... Cuando la fina mano de Aurea rozó mi cara, sentí como la tierra se movía bajo mis pies. Esa mancha de aceite crecía poderosamente en mi interior, y a diferencia del resto de las veces, no sabía cómo vencer al amor.

Tras unos cuantos intentos, las conversaciones entre Aurea y yo empezaron

a ser más fluidas y personales. Aun así, contrariamente a mis ideas, ella seguía guardando las distancias. Sabía que las cosas más bellas y valiosas no podían conquistarse sin fatiga, sabía que no cae el roble a primer golpe de hacha, pero desgraciadamente, no entendía el rechazo físico que ella me ofrecía.

Desde bien pequeño, junto a Arthur y Peter, creí que el corazón de las mujeres se asemejaba a un timón sin rumbo. Un timón que, constantemente, te sometía a nuevas y extrañas pruebas; que se atrevía a surcar todo tipo de mares, para auto convencerse de que tus aguas eran las más tranquilas y bellas. En ese aspecto, el corazón de los hombres era más sencillo. Si una corriente, por tímida que fuera, conseguía desplazar nuestros pensamientos, nos dejábamos llevar desde un buen inicio. Pero ellas siempre se resistían y, muchas veces, Arthur y yo, desistimos al no lograr entender lo que realmente querían.

Con el paso del tiempo, nuestro cuerpo fue creciendo y nuestros instintos genuinos flamearon con la juventud. Empezamos a buscar ese nuevo y cálido placer que otorgaba el sexo. Pero esa búsqueda no tenía ninguna relación con la satisfacción que deseábamos en nuestras vidas. Por mucho placer que necesitáramos, preferíamos convertirlo en un compromiso, en compartir nuestras más íntimas experiencias con alguien que estuviera dispuesta a escucharlas, a sentirlas sin ninguna queja. Quería querer y sentirme querido, pero no lograba captar la misma atención por parte de Aurea.

Durante un buen tiempo, el roce que compartimos no superó los dos simples besos en la mejilla. Quizá Aurea no sentía lo mismo, quizá yo no le correspondía.

Esas tardes en las que mi cabeza explotaba al intentar deducir sus intenciones, acudía a Egmont. Él era mi fiel compañero, sabía acerca de los sentimientos y, mucho más que yo, comprendía al sexo opuesto.

Chistosa pero seriamente, me aconsejaba en el modo de hablar y seducir a una señorita, y yo, orgulloso, y convencido por sus palabras, lo llevaba a cabo tal y como él decía. Pero Aurea, mi dulce Aurea, no era como las demás chicas. Ella vivía en su mundo y, por mucho que intentará entrar por esa puerta, era la única persona que podía darme la bienvenida.

Con el paso de los días, la estancia en aquella aldea se volvió cada vez más agradecida. El acogedor ambiente que relucía por esas calles me otorgaba momentos de paz y descanso, en los que aprovechaba para sentarme en una curiosa silla de piedra, de cantos pulidos y gastados por el roce y el uso, que, situada al lado de la puerta del salón, observaba la vida y la evolución de la boyante aldea.

Una tarde, cuando volvía de conversar con Egmont sobre la verificación y prosperidad de nuestros planes, decidí sentarme en mi gran trono pétreo. El sol estaba empezando a pintar el cielo de un color rojo fuego.

En medio de la plaza, un par de niños jugaban felices con sus tonterías. Llevaban, cada uno de ellos, un puñado de piedrecitas en las manos, y, una tras una, las hacían chocar entre ellas, logrando lanzarlas cada vez más lejos.

Sin apenas preocupaciones a las que atender, me centré en descubrir las normas de ese juego. Se colocaban seis piedrecitas en el suelo, tres delante de otras tres, es decir, tres piedras por propietario. Recitaban unas palabras en polaco, y uno de ellos iniciaba el juego. Agarraba una de esas piedrecitas entre el pulgar y el índice, y, buscando siempre la diagonal entre las piedras, la lanzaba haciendo palanca entre los dos dedos, apartando con el choque la piedra de su rival. Si conseguía apartarla, pasaba a ser de su propiedad; sino, debía colocarla de nuevo en su sitio, cediéndole el turno al contrario.

Durante media hora me quedé fascinado y motivado por el juego. Logré sumergirme en su inocente mundo hasta que un elegante movimiento me trajo de vuelta a la realidad.

A lo lejos vi, como Wind, majestuoso en su figura, comenzaba a acercarse por una de las calles de la aldea.

No tenía ningún amo. Un día apareció de entre los bosques polacos y, debido a su gran tamaño, la gente del pueblo decidió acogerle para reforzar su protección. Wind era el nombre que yo le había puesto.

Se trataba de un pastor de Tatra, una raza de mastín procedente de los Montes Tatras, situados en el sur de Polonia. Era como un león alpino, de pelo blanco y muy denso, de entre 45 y 60kg, y con unas pezuñas capaces de hacer

frente a cualquier oso pardo.

Lentamente y decidido, se acercó hasta mis pies, y esperó a que yo le acariciara. Todas las tardes que pasaba en esa cómoda silla de piedra, Wind se aproximaba como un rey entre las bestias, se acostaba a mi lado, y, a cambio de acariciarle, me protegía de cualquier peligro.

Nuestra amistad fue forjándose lentamente, y, sin quererlo pero agradándome, empezó a seguirme por todas partes. Respondía gratamente al nombre que le había puesto, e incluso terminó por acoplarse a mis paseos matutinos.

Toda la gente del pueblo amaba a ese perro. Por instinto natural o, a veces, incluso humano, se presentaba ante la casa del mayor Smith, con una presa de caza entre los dientes, ya fuese un conejo, una res herida, o un pequeño jabato. Se la dejaba delante de la puerta y, orgulloso como un rey, volvía campantemente a sus quehaceres. Era el rey de la aldea, él lo sabía, y la gente lo trataba como tal.

Como todos los hombres residentes del lugar, me acostumbré a ayudar a las mujeres en la siembra y recogida de hortalizas.

Escondidos detrás de las casas, como por arte de magia, unos huertos repletos de jugosas y tiernas verduras crecían de la nada. No contento por eso, el sabor de esa comida enloquecía mis papilas gustativas. Los tiernos tomates explotaban dentro de mi boca, y las cebollas olían frescas y lozanas. Coles, repollos, alcachofas, zanahorias, pepinos y pimientos, brillaban coloradamente en esos fértiles huertos polacos. Olores y colores de todo tipo se mezclaban detrás de cada una de esas pequeñas casetas de piedra.

Por otra parte, se encontraba el ganado. Las gallinas estaban gordas y recias, y los cerdos rebosaban de carne hasta por las pezuñas. Cada mañana, ayudaba a recoger un par de huevos frescos grandes como un puño. Los recogíamos calientes de sus nidos, y al abrirlos, una fabulosa yema dorada se precipitaba ante mis ojos, dispuesta a ser cocinada.

El olor de esas cocinas de piedra en plena marcha conseguía despertar la esperanza de la gente recién llegada. Esa aldea había resucitado de entre las

cenizas como una hermosa y dulce flor de primavera. Pasaban los días, y el sol salía de nuevo para iluminar y calentar aquel vestigio causado por la guerra. Me hubiera gustado que Arthur y Peter hubieran vivido lo que yo estaba viviendo. Esa aldea era un lugar extraordinario.

El día de la famosa emboscada se cernió sobre nosotros. El mayor Smith nos reunió por la mañana, de nuevo, en el gran salón. Poco a poco, los miembros del equipo fueron entrando y acomodándose en una de las cuatro mesas que custodiaban el hogar.

Dentro de la sala nos esperaban sentadas, Irenka, la mujer baja y chata, de anchas caderas y con ojos toscos y cansados, y mi querida Aurea. Ambas se habían presentado por orden del mayor Smith para servirnos cerveza durante el tiempo que durará la supuesta reunión.

Aurea, como siempre, estaba preciosa. Su perfecta melena ondeaba como la bandera de una patria querida, y sus ojos azules seguían hundiéndome en las profundidades del océano. Con un vestido largo y opaco, y ya gastado por el uso, y con unas zapatillas sucias y repletas de arena, llevadas en todo momento, su luz, su belleza, su sonrisa, seguían cautivándome hasta en mis sueños.

Egmont, el mayor Smith, Adler, y algunos de los miembros del equipo, en total nueve soldados de la resistencia, contándome a mí mismo, fuimos los encargados de llevar a cabo la emboscada.

El plan había sido explicado y detallado perfectamente desde el primer día. A lo largo de ese mes, un par de veces por semana, dos o tres miembros del equipo, turnándonos durante las guardias, nos acercábamos al lugar de la emboscada para estudiar nuestras posiciones, repasar el funcionamiento y estrategia de ataque, y vigilar que ningún imprevisto en el terreno pudiera dificultarnos la ofensiva.

Nos sentamos todos en la gran mesa, e Irenka y Aurea, nos sirvieron una taza de cerveza.

Albert, nuestro amigo el informante, hacía ya un par de días que había marchado en busca de mi padre. Acordamos una semana como límite de espera, si no volvía tras ese tiempo, nos aventuraríamos en su búsqueda.

El plan de la emboscada era simple y eficaz. Al anochecer nos dirigiríamos hacia nuestras posiciones, arreglaríamos los preparativos, y esperaríamos hasta el amanecer a la temprana llegada del recalcado convoy.

Llegó la noche y nos despedimos felizmente de los habitantes de la aldea. Nos desearon suerte y nos equiparon con un par de botas de vino, pan, queso, y algún que otro embutido.

Contento y preparado, empecé a marchar con el resto de la compañía cuando, tras abrazar a su hermano, Aurea se acercó hasta mí, me abrazó dulcemente, y me concedió un sutil beso en los labios deseándome toda su suerte. Me quedé congelado. Ni me lo había planteado. Se dio meda vuelta, y yo, inocente como un niño empecé a seguirla hacia la aldea. Estaba perdido. Mi mundo de fantasía me había embobado cuando un manotazo repleto de fuerza y de alegría, me atizó gratamente en la espalda. Me desperté, me giré, y era Egmont.

– Mañana volverás a verla, ahora toca trabajar – dijo contento tras la escena.

Me di media vuelta, observé como Aurea se perdía entre las rústicas calles de la aldea y, feliz y rehecho, me uní de nuevo a la compañía.

La niebla había envuelto el paisaje. Una densa bruma blanquecina entrelazaba los troncos de los arboles mientras cubría, como una sabana de seda, el lecho húmedo del bosque. Aún no habían despuntado los primeros rayos de sol, y el día empezaba a descubrirse.

Equipados con abrigos, gorros y bufandas, luchábamos contra el frío otoñal. El cálido vaho manaba de nuestros cuerpos para mezclarse con la niebla mañanera.

Llevábamos ya dos horas esperando al codiciado convoy. Según las indicaciones del mayor Smith, entre las 5:30am y las 6:00am, el convoy

pasaría por ese tramo de carretera local que, ocultamente, vigilábamos desde las profundidades de la floresta polaca. Nuestra misión consistía en interceptarlo, y apropiarnos del susodicho cargamento. Debíamos ser ágiles y certeros. No podíamos dejar a nadie con vida, por lo que actuaríamos rápido para evitar ser descubiertos.

La boyante aldea se encontraba a unos 7km al suroeste de nuestra posición. Tres caballos, un carro y dos vigías, esperaban nuestro regreso en el interior del bosque. Y, tras saquear el convoy, serían los encargados de cargar el material robado y transportarlo, cuanto antes mejor, al resto de población.

Tal y como acordamos en el gran salón, utilizaríamos el factor sorpresa como ventaja. Teníamos pensado bloquear el paso con un gran árbol caído, y una vez los vehículos hubieran frenado, nos abalanzaríamos contra el enemigo, disparando y asesinando a todos y cada uno de los soldados pertenecientes al convoy.

– Ya son las 5:35am – dijo Egmont mientras se levantaba de su acolchado y húmedo asiento de musgo–. Adalia y yo nos vamos hacia al árbol caído.

Hasta ese momento no conocía a ninguna Adalia. Nos presentamos entre todos los miembros que formábamos parte de la unidad, y Adalia no correspondía a ninguno de nosotros. Si queríamos sobrevivir, debíamos conocernos entre todos. Por lo que, confundido tras sus palabras, me vi obligado a preguntar.

– ¿Adalia? ¿Quién es Adalia?

– ¿Adalia? ¿No os he presentado? Pues es ésta. Ésta preciosa es Adalia – respondió tiernamente mientras acariciaba su *Furrer M25*.

La sonrisa se dibujó en mi rostro; solo él podía bautizar un arma.

– ¿Y por qué Adalia? ¿Qué significa? – preguntó Adler.

Poco a poco, Egmont se alejó de nuestra posición. Cuando la niebla estaba a punto de ocultar su esbelta figura, se dio media vuelta, presentó de nuevo su orgullosa sonrisa y respondió.

– Adalia significa “Refugio de Dios”.

Avanzó dos pasos, y se desvaneció entre la floresta polaca.

Me encontraba agachado en la parte superior de la carretera. Por debajo de ésta, se precipitaba un inclinado despeñadero repleto de pinos y abetos que, de forma natural, bloqueaban el paso para una posible huida hacia el valle.

Nuestra unidad estaba repartida, estratégicamente, en tres puntos clave del lugar. Debíamos rodear y sorprender al enemigo. Por encima de la carretera, Adler y yo, vigilábamos el franco norte de la encrucijada. Delante del camino, Egmont, acompañado con dos hombres más, barraría el paso a los vehículos con la ayuda del árbol caído. Por último, tres hombres dirigidos por el mayor Smith, cortarían el paso por la retaguardia, acorralando al supuesto convoy y obligándoles a mantener sus posiciones.

Si todo salía como según lo planeado, acabar con sus vidas y robarles los víveres y municiones para la supervivencia de la aldea, sería pan comido.

La ofensiva debía iniciarse tras la señal de Egmont. Al vocear las palabras: *Willkommen zum Tod* (bienvenidos a la muerte), nos abalanzaríamos por todos los flancos hacia el enemigo, bloqueándoles el paso y asegurándonos una victoria fácil y rápida. No obstante, esa espesa niebla iba a jugar un importante papel en nuestra meditada estrategia.

No se oía aún el canto de los pájaros. El sol seguía durmiendo y la oscuridad reinaba en el valle polaco. El frío y la niebla sacudían nuestros cuerpos abrigados. Las mejillas y narices empezaron a entumecerse y a sonrojarse en cuestión de minutos. Acurrucados con las rodillas pegadas a nuestro pecho intentábamos mantener el calor corporal. El tiempo corría y nuestra espera se hacía eterna.

Dos bolas de luz y un rugido ensordecido, se acercaron por la carretera. La niebla se había condensado, y el lugar de la emboscada había pasado a formar parte de la nada.

Esos dos faros fueron puliéndose poco a poco hasta vislumbrar tres

perfectos vehículos: un todoterreno armado abría el paso a un portentoso camión cubierto que, seguramente, resguardaba sus espaldas con otro todoterreno. El convoy avanzaba, pero la espesa niebla, de nuevo, nos impedía determinar el número de soldados que portaba. En pocos minutos se encontrarían con el árbol caído, dando inicio a nuestra emboscada.

Las luces se pararon, y una difuminada figura se alzó por encima del tronco, era Egmont.

Los motores se apagaron y el silencio se propagó por la naciente mañana. Todos permanecimos en nuestras posiciones esperando la ferviente llamada de Egmont. En menos de un segundo, como un trueno, resonó su voz a lo largo del sendero.

– *Willkommen zum Tod!* – gritó salvajemente.

Era la señal, empezaba el codiciado asalto.

Dos fantásticas explosiones brillaron y sonaron desde la posición del tercer vehículo. Nuestro equipo trasero, dirigido por el mayor Smith, había lanzado dos granadas de mano en el interior del todoterreno. Por el otro lado, el equipo de Egmont, comenzó a descargar su furia metálica sobre el primer vehículo.

Motivados por el espíritu del combate, Adler y yo, nos abalanzamos sobre el furgón que guardaba nuestros víveres y municiones.

Las luces y los estadios de los disparos se desataron sin control. Avanzamos rápidamente hacia una de las ruedas delanteras del furgón. Adler desgarró la rueda con su cuchillo, evitando una posible huida, y abrió la puerta del conductor. Tras cubrirse de nuevo en la copiosa rueda, descargué media docena de puro hierro hacia el interior de la cabina. La niebla me impedía observar el estado de los conductores, pero al apreciar que no hubo respuesta a mi llamada, comprobé el mortífero poder de mis balas.

Paso a paso, fuimos acercándonos hasta el depósito de víveres. Largas ráfagas de fuego silbaban descontroladas por todo el panorama. El equipo del mayor Smith avanzaba victorioso hacia nuestra posición, cuando oímos un

revuelto de voces alemanas que procedían del interior del furgón.

Armados y preparados para la contraofensiva, una veintena de soldados alemanes empezaron a salir del contenedor. Fusilaron al mayor Smith y al resto del equipo trasero. Cayeron a plomo; como un grupo de títeres al que se les corta las cuerdas. Y en pocos segundos, la niebla engulló sus cuerpos.

Tras ver tal desgracia, la batalla se pausó. Respiré profundamente, y la adrenalina se esparció por todo mi cuerpo; la venganza me había condenado. Alcé mi subfusil y, mientras la espesa bruma desvanecía las figuras del enemigo, empecé a disparar, sin un claro objetivo, hacia la hueste alemana.

Adler iba a mi lado. Nos cubríamos las espaldas mientras las balas y las luces de los disparos brillaban candentes por todos lados.

Una explosión debajo del camión; el equipo de Egmont había llegado. La metralla y la arena expulsadas nos embistieron de lleno; nuestros oídos ensordecieron y nos distrajimos, por unos segundos, del inesperado engaño. De un modo u otro, los alemanes conocían nuestros planes. Sabían como contrarrestarlos.

Disparaba a todo alemán que se cruzaba en mi camino. Desconcertado por la falta de visión, conseguí moverme a través de la grotesca escena utilizando las explosiones y las voces enemigas como blanco.

En uno de esos momentos, donde la tensión era comandada por la locura, giré la cabeza en busca de Adler: había desaparecido. Otra explosión, esta vez más cercana que la anterior, consiguió elevarme y voltearme por el suelo.

Me levanté aturdido en busca de mi arma y un fuerte golpe en la cabeza me acostó de nuevo. No sabía dónde estaba. No sabía que o quien me había atinado con tanta fuerza.

Logré incorporarme con esfuerzo. Gateé en busca de mi arma, y al alzar la mirada, vagamente, observé como la figura de un soldado alemán, recalcada por las luces del fuego y desvanecida por la espesa niebla, se erguía ante mí, dispuesta a propinarme otro golpe.

Bajó su arma con todas sus fuerzas, pero conseguí esquivarlo. A duras penas le propiné un puñetazo en el estómago. Se le cayó el fúsil de los brazos y encorvó su torso, hipando por el dolor. Me repuse rápidamente, y, confundido por el golpe, le robé el arma. Me coloqué detrás de él, e intenté romperle el cuello con su propio fúsil. Mis sentidos estaban revolucionados. Gritos, sangre, fuego, explosiones, olor a tierra y a pólvora quemada, y una fría y densa niebla, estaban grabando el mismísimo infierno en mi memoria.

El tiempo se ralentizó ante mí. Podía notar la entrecortada respiración del enemigo al ahogarle con mis propias manos. Intentó librarse, forcejeó y pataleó con todas sus fuerzas para poder deshacerse de la mortal asfixia, pero yo seguía apretando. El sonido de los disparos no callaba.

En uno de sus bruscos movimientos, consiguió apoyarse en un bulto del suelo, y, tras un imprevisto y fuerte empujón, para conseguir apartarme de él, nos despeñamos por el precipicio.

Capítulo X

EL ALIENTO DE UN NIÑO

El Sol tejía sus redes de luz entre las copas de los árboles. No quedaba rastro de la espesa niebla, y el cielo clareaba sin ninguna nube. Los disparos y las explosiones habían cesado. El cantar de los pájaros y el sonido de los bosques habían silenciado cualquier otro sonido referente al anterior asalto.

Me incorporé del suelo, y miré mis roñosas manos. La sangre y el polvo de las explosiones se habían encartonado por todo mi cuerpo. La cabeza me retumbaba por el golpe recibido, y tras la caída por el barranco, al respirar, notaba como algunas de mis costillas se habían roto.

Alcé la cabeza en busca de aquel alemán, y no conseguí avistarlo. No sabía cuánto llevaba ahí ni a que distancia me encontraba del lugar del asalto. Tenía que reponerme rápido y reencontrarme con mi equipo.

Me levanté a duras penas del suelo y, aprecié, a unos diez metros de mí, como un riachuelo corría tranquilamente montaña abajo. Me acerqué hasta él, me arrodillé para limpiarme la cara, y tras refrescarme con gracia, alcé de nuevo la mirada.

Un par de botas del ejército alemán, sucias de polvo y sangre, se plantaron ante mí sin que yo me percatara. Levanté las manos poco a poco y, lentamente, subí la mirada hasta descubrir la cara del soldado alemán.

Era un niño. Temeroso, repleto de heridas y lágrimas, sujetaba una pistola que apuntaba directamente a mi cabeza. Me incorporé despacio y, antes de que pudiera robarle el arma, se desplomó como un saco de arena. Era un niño. Un joven e inocente niño, vestido con el uniforme del ejército alemán.

Se me congeló el corazón. Debido a la niebla y a la turbada situación, mi venganza había intentado romper el cuello a ese pobre muchacho.

Corrían las noticias de que el ejército alemán, como última y mezquina opción para ganar tiempo en su inmediata derrota, utilizaba a las juventudes hitlerianas con el fin de suplir a sus soldados ya caídos. El miedo a un fracaso rotundo les llevaba a hacer cosas moral y éticamente inhumanas.

Nunca creí que fueran capaces de enviar a su futuro, a sus propios hijos, a la naciente fuerza de su país, directos a una muerte segura. ¿Cuántas bajas se podían tolerar por la causa? ¿Cuánto se podía gastar por la causa? ¿Cuántas pérdidas eran necesarias? Eso ya no era una guerra, era una auténtica pesadilla.

No lograba entender ese pensamiento dónde la muerte otorgaba victoria. Para sobrevivir no era necesario sembrar el horror y la pena. Ese falso orgullo era una de las mentiras más destructivas de la historia.

¿Cómo podía odiarse tanto a las personas? Busqué esa generalización en la que los judíos eran todos tacaños y maestros de las finanzas, embusteros y estafadores, y no la encontraba. Eran todos distintos los unos a los otros, solamente les unía el mito de una misma religión.

Y me di cuenta, junto a ese joven soldado alemán, que al igual que los judíos, todos los nazis eran generalizados por el mismo nombre y dirigidos por una misma fuerza política (religiosa para los judíos), en la que se encasillaba al complejo alemán.

Todas las generalizaciones eran erróneas. Era repugnante ver como niños de tan joven edad luchaban por una causa económica y territorial que ni apenas conocían. Un parásito procedente de una fuerza superior, ya fuese religiosa o política, no podía condenarnos de tal manera.

A mis ojos, judíos y alemanes no mostraban diferencias. Vivía en un mundo donde hombres, mujeres, niños y adultos, luchaban y morían por sueños de otros, antes que vivir por los suyos propios.

Los jefes del gobierno nazi habían envenado las mentes de los más jóvenes, introduciendo ideas ficticias y provechosas para su propio beneficio. Ya no existía diferencia entre gobiernos e iglesias.

Incorporé al niño militar en el tronco de un robusto abeto, y permanecí observando su inocente rostro durante un buen rato. No tardé mucho en verme reflejado. Vi a Arthur y a Peter, inconscientes, vestidos con ese uniforme, repletos de heridas y sangre de otros. Nuestra guerra, nuestro famoso sueño con el que tantas veces habíamos soñado, era un simple juego de estrategia económica entre los altos cargos. Discursos repletos de brillantes palabras, vidas y muertes repletas de orgullo y valor. Mentiras, todo eran mentiras.

Al fin dejaron de existir esas palabras que colmaban mi cabeza; esa propaganda política que nos inculcaron desde la pronta infancia, y nos repitieron hasta bien entrada la guerra. Dejé de creer en esas palabras, en esos hechos que engañosamente nos motivaban a asesinar a nuestra propia raza. Esas palabras lograron transformarse en interpretaciones. No veíamos el mundo tal y como era, veíamos un mundo basado en nuestras ideas, unas ideas inculcadas por nuestros superiores, profesores e incluso nuestros padres. ¿Qué educación pudo tener ese joven alemán para aceptar luchar contra un “enemigo”, arriesgando su vida sin apenas haberla vivido?.

Cargué al niño a mis hombros y me dispuse a soportarlo hasta el lugar de la emboscada.

La subida era empinada, y el cansancio y el dolor por la caída, no tardaron mucho en atormentar mis esfuerzos.

Caminé por un bosque repleto de abetos y pinos, en el que los arboles me sobrepasaban en altura. Veía los colores del bosque polaco por todas partes; el sol proyectaba las sombras de las copas que dibujaban grandes mosaicos a lo largo y ancho del bosque.

Encorvado por el peso del niño y por el dolor de las costillas rotas, trepé lentamente por esa interminable y empinada pendiente. Mis piernas comenzaron a arder, y, poco a poco, noté como el peso del muchacho se incrementaba.

Ralentiqué el paso en cuestión de segundos. Un cargante dolor empezó a trepar por mis rodillas hasta bien llegados los hombros. Intenté ayudarme con el apoyo de los troncos de los árboles, de áspera y rugosa corteza, que se encargaba de rasgar la sangre de mis manos, pero la respiración entrecortada y

el peso del muchacho lograban impedir cualquier avance.

Los pájaros piaban mientras un crujiente sonido, provocado por mis pasos, resaltaba la pinaza seca del bosque.

El sol empezó a alzarse en lo más alto, y mi mente, agotada por el cansancio y el dolor de la caída, se evadió automáticamente hacia el pasado. Aun llevaba puesto en mis labios el dulce beso de Aurea. La echaba de menos. Quería abrazarla, sentirla, acostarme en su regazo y dormirme mientras me acariciaba con sus besos.

El peso del niño se intensificó a medida que fui trepando por la empinada cuesta. Quería llegar a la aldea, limpiarme la sangre de mi cara y sentarme en mi silla de piedra. Seguro que Wind estaba esperando mi llegada.

¿Habría sobrevivido el equipo de Egmont? No entendía como la información del mayor Smith pudo ser malversada. Tantas horas, tantos días y semanas preparando la famosa emboscada, para finalmente recibirla en vez de realizarla. ¿Cómo demonios habían descubierto nuestros planes? ¿Un espía en la aldea? pero de ser así, ¿por qué no nos habían atacado antes?

Al cabo de un buen rato, subiendo y sorteando los copiosos troncos de los árboles, logré llegar al lugar de los hechos. El humo aún seguía saliendo de los vehículos chamuscados por las explosiones, y el ambiente se respiraba cargado de muerte.

Ágilmente, busqué con la mirada a los miembros de mi equipo. Una tímida mancha de sangre ocupaba el lugar donde el mayor Smith y su equipo habían caído; sus cuerpos, por lo contrario cambio, ya no estaban.

Seguí avanzando por el campo de batalla y, tras el enorme camión, justo al lado de la carretera, descansaban los cuerpos de esos doce niños, vestidos con el uniforme del ejército alemán. Su oscura sangre había encharcado la escena. El olor a goma quemada se mezclaba con el polvo de las explosiones y con el hedor de la carne recién trinchada.

Bajé de mis hombros al pequeño alemán y, tras comprobar sus constantes vitales, delicadamente, acosté su cuerpo junto al de sus compañeros. Qué

imagen tan horrible y despiadada descubrí aquella mañana: doce niños, mutilados y desgarrados por los disparos y explosiones, yacían, sin vida y sin alma, en una austera carretera de la floresta polaca.

Sus vidas valían mucho más que las de aquellos superiores, que a resguardo del enemigo, les habían ordenado ir al campo de batalla. La atrocidad de las fuerzas alemanas, de las alocadas órdenes del gobierno nazi, se veía reflejada en sus desfiguradas y manchadas caras.

Cansado y sin ánimo de éxito, dejé atrás esa infantil montaña de cuerpos, y busqué durante unos minutos la presencia de Egmont y de su equipo. A mi agrado, no logré avistarles, lo que significaba que finalmente habían sobrevivido. Conociendo al Oso alpino, tras el fracasado ataque, y al percatarse de la muerte de sus compañeros, habría recogido los cuerpos para llevarlos de vuelta a la aldea. ¿Me habrían dado por muerto?

Sé que lo más práctico hubiera sido esperar su llegada, pero ese espeluznante entorno no acompañaba mis ganas de aguardar. Pasaron pocos minutos hasta que decidí abandonar la sangrienta escena.

La aldea se encontraba a unos siete kilómetros de distancia al suroeste de mi posición. Tenía que llegar cuanto antes y decirles que había sobrevivido a la caída, que me todo estaba bien, pero que necesitaba reposar un par de días.

Desde bien pequeño, me crie en terrenos arenosos y con falta de vegetación. Conocía el idioma de las estrellas y el de las brisas marinas, el radiante movimiento del sol y el alocado vuelo de los pájaros, pero desafortunadamente, no sabía cómo orientarme entre la floresta polaca. No podía andar hacia la nada, sería perder el tiempo, tenía que encontrar una salida y llegar victorioso a mi estimada meta.

Me senté en una pequeña roca que surgía de entre la pinaza, y esperé a que las ideas iluminaran mi cabeza.

Ante mis ojos, un pequeño caracol subía por la base de un abeto. Su sucio rastro había marcado, con una babosa y delicada película, la superficie del

musgo. Fue entonces, cuando el esperado recuerdo flasheó en mis pensamientos.

Aquel día me encontraba al lado de Egmont, de trayecto a la famosa aldea. Aún llevaba puesto el nuevo vendaje que me había facilitado el Padre Thomas en el lago de Bled. Junto al resto del equipo, paramos a reponer fuerzas en un pequeño claro del bosque. Me asenté en el musgo que crecía en la base de un abeto, y le pregunté a Egmont, interesado:

– ¿A cuánto se encuentra el campamento?

– Aún nos quedan un par de días – contestó –. Pero se avecina tormenta, y si nos alcanza en pleno bosque, quizá nos ralentiza el paso.

– Entiendo. ¿Son muy espesos estos bosques? – pregunté mientras perdía la mirada en la profundidad de la floresta.

– Bastante. Gracias a la humedad que ronda por estos valles, la vegetación crece por todas partes.

– ¿Y cómo conseguís orientaros? – pregunté curioso.

– Pues hay varios trucos. Por ejemplo, fíjate donde estas sentado.

– Musgo, ¿verdad?

– Correcto. El musgo crece en las bases de los árboles que se encuentran encaradas hacia el norte – contestó señalando varios ejemplos del lugar–. Si alguna vez te pierdes, fíjate hacia donde crece el musgo y podrás orientarte.

Incluso en los momentos que no estaba, Egmont seguía sirviéndome de gran ayuda. Gracias a aquel recuerdo, no me costó mucho orientar el suroeste en el camino hacia la aldea.

Empecé a avanzar a paso lento y dolorido. Mi cabeza retumbaba, y el dolor de las costillas había vuelto a molestarme. Necesitaba descansar, pero debía seguir adelante, ya que la oscura y fría noche no iba a tardar mucho en

coronarse.

Pasaron las horas, y el cansancio dominó mis intenciones.

No sabía cuánto había andado ni cuanto me faltaba por llegar; a diferencia que en el desierto, era muy difícil calcular las distancias a través de esa frondosa vegetación. Así que, aturdido por el agotamiento, decidí acostarme en la base de un grueso abeto, y esperé a que el frío y el miedo se hicieran cargo de mi estado.

No disponía de ningún elemento para crear fuego. Durante la emboscada, había perdido mi gorro y mi bufanda, por lo que solo disponía de una chaqueta desgastada y agujereada por la caída, que me proporcionaba el suficiente calor como para mantenerme con vida.

El denso manto de la noche empezó a cubrir el paisaje polaco. Mi cuerpo seguía bañado en esa roñosa capa de sangre que me convertía en una presa fácil para los depredadores. Agarré un palo débilmente, y, con un mínimo de valor y esperanza, deseé que nadie o nada pudiera atacarme.

Pasaron los minutos, y mi cuerpo se fue relajando hasta desistir de la oportuna guardia; por muy despierto y atento que pudiera estar, no disponía de la suficiente energía como para enfrentarme o protegerme de los peligros que se ocultaban por la noche.

El frío se incrementó, y los temblores se propagaron por todo mi cuerpo. Como era de esperar, la fatiga llamó a las puertas de mi ánimo, nubló mi mente, y caí redondo en el profundo mundo de los sueños.

Había vuelto a casa. Ms. Akeba se encontraba horneando sus famosas galletas. Mi padre, juicioso en su majestuoso sillón de terciopelo, me sonreía mientras leía las noticias del periódico. A mi lado estaban Arthur y Peter; jugábamos a ese juego de las piedras, que, días antes, había visto jugar en la aldea polaca. La guerra había acabado, y todo había vuelto a la normalidad.

Llamaron a la puerta, y tras golpear victoriosamente una de las piedras de Peter, me levanté para recibir al nuevo invitado. Giré el pomo con delicadeza, y una enorme bestia blanca se lanzó hacia mí, lamiéndome la nariz y la boca

con demasiado entusiasmo. Era Wind, nos había encontrado. Sus babas comenzaron a empapar mi rostro. Intentaba sacármelo de encima, pero no conseguía apartarlo. El seguía lamiendo y lamiendo. Cada vez me costaba más respirar. El agobio convirtió ese dulce sueño en una vasta ansiedad. Luchaba incansablemente contra la fuerza de Wind, pero su peso seguía negándome la libertad.

Sus babas empezaron a inundar la sala. En un instante me encontré nadando en medio de un lago de saliva; la densidad del fluido impedía que me mantuviera a flote. No tardé mucho en empezar a ahogarme; a engullir esa espesa baba; a que la profunda y viscosa oscuridad del lago comenzara a tragarme. Agobiado e histérico por mis ganas de sobrevivir, di inconscientemente una pequeña sacudida, y desperté de la pesadilla.

De nuevo, noté el acolchado musgo debajo de mi cuerpo. Volvía a estar en ese oscuro bosque, con las manos agarradas al palo, y con el gélido frío helando mis brazos. Sin embargo, seguía sintiendo como esa tibia y densa baba mojaba mi cara.

Abrí los ojos, y vi la figura de Wind. Me costó asimilar la escena ¿Seguía soñando? ¡Era él de verdad! Lo abracé con todas mis fuerzas, y tras notar su cálido y suave pelaje, mi corazón se llenó de alegría. ¡El glorioso chucho había encontrado mi rastro!

No paraba de lamerme y de mover su cola hacia todos los lados. Entre tanto bote y regodeo, escuché una potente voz que venía desde la oscuridad del bosque. Una pequeña luz fue acercándose de entre los árboles.

– ¡Tristan! ¡Tristan! ¿Me oyes?

Era Egmont, había vuelto a buscarme; estaba a salvo. Un par de lágrimas se confundieron entre las babas de aquel perro...

– ¡Aquí Egmont! ¡Aquí! – respondí feliz y esperanzado.

Siguió mi voz, y finalmente me encontró, moribundo, en la base de ese ancho abeto.

– ¡Por fin te encuentro muchacho! Me tenías preocupado ¿Estás bien?

– Me duele la cabeza, y tengo un par de costillas rotas – contesté temblando–. Necesito descansar...

– Me alegro de que estés vivo. Me temía lo peor. – dijo, satisfecho por el encuentro–. Estamos cerca de la aldea, ¡casi lo logras! ¿Puedes andar?

– Apenas me mantengo en pie...

– No te preocupes, yo te llevo. Con este perro a nuestro lado, no hay de que temer.

– Gracias por haberme encontrado – añadí cansado.

– Es mi trabajo, muchacho. Es mi trabajo. – contestó risueño.

Me cargó a su hombro, y de camino a la aldea, caí de nuevo en la oscuridad de los sueños.

Desperté a los dos días. Los cálidos rayos de sol se precipitaban como flechas por la ventana. Unas sábanas limpias y claras, y una manta de lana, a cuadros rojos y negros, cubrían mi cuerpo con una nueva fragancia, antigua pero hogareña.

El dolor de cabeza despertó conmigo. Acaricié levemente el golpe que me había propinado ese joven alemán, y descubrí un nuevo vendaje que cubría gran parte de mi cabeza. Curioso, levanté las sabanas y, vestido solamente con los calzones, distinguí otro vendaje que cubría mi torso. Por debajo de éste, se asomaba un moratón de color azul-morado, con pequeños puntos rojos y amarillos, que se volvía sensible a cualquier contacto.

Intenté levantarme, pero el dolor de las costillas me obligó a estirarme de nuevo. Con gran esfuerzo, conseguí alcanzar una de las almohadas que se encontraban en los pies de la cama, y, tras colocármela detrás de la espalda, recliné el torso a fin de enderezar mi cuerpo.

Al escuchar mis movimientos, como un rayo, Wind se levantó del suelo, plantó sus dos pezuñas encima de la cama, y empezó a lamirme la cara. Entre un ladrido y otro, se abrió la puerta, y Egmont apareció tras ella. Una brillante mirada de satisfacción se dibujó complacida en su rostro. Nada más entrar, se volteó hacia la salida, y, sonriente, esperó a que algo, o alguien, se acercara.

Unos pequeños y tímidos pasos se aproximaron hasta la habitación. El silencio se propagó, y la divina belleza de Aurea apareció.

Tenía los ojos cristalinos, rebosantes de felicidad. Se abalanzó sobre mí y me abrazó con todas sus fuerzas. El quejido al lamentarme por el presente dolor de mis costillas la apartó por sorpresa, por lo que se disculpó, y al recibir mi suave sonrisa, volvió a abrazarme de nuevo.

– ¡Eres un idiota! – gritó mientras me propinaba un pequeño bofetón en la cara.

Ambos nos quedamos sorprendidos. Recapacitó, se abalanzó de nuevo hacia a mí, y me regalo un apasionado beso en la boca.

La tensión y el cálido ambiente lograron colapsarse.

– Creo que me llaman por abajo... – dijo Egmont con una sonrisa de oreja a oreja—. Tristan, luego pasó a verte.

Levanté el pulgar mostrándole mi opinión, y, tras salir, cerró la puerta de la habitación. Aurea terminó de besarme, me secó los labios con una de las mangas de su vestido, y añadió:

– ¿Te importa si me acuesto a tu lado?

– Por supuesto que no – respondí nervioso—. Ven arrímate, voy a hacerte un hueco.

Se colocó por debajo de las sábanas, abrazó mi cuerpo, y, evitando tocar de nuevo las costillas rotas, colocó su cabeza sobre mi pecho.

– Estás calentito – añadió risueña.

– Sí... – contesté nervioso—. La verdad es que esta manta abriga mucho.

Un suave suspiro propagó el silencio por la habitación. Dos minutos más tarde, Aurea confesó.

– Te he echado de menos...

– Y yo también a ti. – contesté tras acariciarle su frente con un beso.

– ¿De verdad?

– Sí, de verdad – añadí feliz—. Llevo días dándole vueltas, y me gustaste des del momento en que te vi.

– Tu también me gustaste... – añadió sonrojada—. Pero no estaba segura de que te gustase yo a ti.

– ¿Por qué dices eso?

– En esta aldea, y a causa de la guerra, todo el mundo es muy simpático. No sabía si tú eras igual, o si realmente te gustaba. Por eso me atreví a darte ese beso antes de la emboscada, quería saber si sentías lo mismo por mí.

– Por supuesto que lo siento, lo sentí, y lo sentiré. Desde el primer día que nos vimos— confesé animado—. Como diría un poeta español, aquella noche te transformaste en mi rayo de luna.

– ¿Un rayo de luna? No conozco a ese poeta. Pero me han gustado sus palabras.

Aquel rayo de luna significaba amor platónico. El gran poeta lo había definido como un amor imposible, absurdo de alcanzar, efímero y a la vez eterno.

– ¿Te gusta la poesía? – añadió.

– Si... Cuando era niño mi padre me recitaba poesías antes de acostarme. Domina el español sin ningún problema, y durante las noches de verano, se sentaba en el porche a leer, y a traducir las poesías de Bécquer.

– ¿Bécquer? ¿Ese es el poeta español? ¿El del rayo de luna? – preguntó fascinada.

– El mismo. No hay nadie como él... Aunque existe uno que es superior al resto.

– ¿Sí? ¿Mejor aún? ¿Cómo se llama?

Al parecer, al igual que a mí, le interesaba la poesía.

– Walt Whitman – contesté orgulloso– . Un día entré en el estudio de mi padre, y detrás de muchos libros encontré la poesía de Walt... Mientras mi padre describía los románticos paisajes de Bécquer, yo me escondía para leer la simplicidad de Whitman.

La sonrisa brotó de entre sus labios. Suspiró, y bajo la guarda de sus ojos, azules como el océano, continuó con su cuestionario.

– ¿Tuviste miedo? – preguntó mientras se acurrucaba a mi lado.

– ¿Cuándo?

– Durante la emboscada.

– No. Ya estoy acostumbrado a este tipo de batallas. Tuve miedo la noche en la que me encontró Egmont.

– ¿Por qué? ¿Ya no había alemanes, verdad?

Perdí la mirada al techo y confesé mis pavuras.

– Sí, ya no quedaba ningún alemán, aunque no era eso lo que me preocupaba. La noche en el desierto es tranquila, se puede avistar cualquier peligro desde la lejanía. Pero en el bosque, la noche es otro mundo. La oscuridad lo oculta todo, y las sombras de los árboles te pueden engañar. Además, aquella noche me sentía muy débil, y si algún peligro se hubiese acercado, no hubiera tenido la fuerza suficiente para enfrentarme a él.

– Por un momento pensé que habías muerto... – agregó asustada.

– ¿Muerto? – contesté acompañado de una risa.

– Cuando llegó el equipo de Egmont con los cuerpos del mayor Smith y del resto de su unidad, al no verte con ellos, me temí lo peor...

– ¡Por supuesto! Sabía que Egmont iba a traer esos cuerpos de vuelta – pensé en voz alta–. Admiro a ese hombre.

– La verdad es que sí – contestó agradecida–. Gracias a él, esta aldea, y muchas otras de toda Europa, están aguantando la guerra.

– ¿Y el resto del equipo? ¿Y tú hermano? – comenté interesado.

– A Adler le alcanzaron...

– ¿Está muerto?

– ¡No! Por favor... Le dispararon en la pierna, por lo que durante unos días estará cojo. Pero es un chico fuerte, se recuperará rápido.

– Tienes razón, es un tipo fuerte y bastante valiente –añadí alegrado–. En plena emboscada nos lanzamos los dos, repletos de valor, a por los supuestos víveres. Por cierto, ¿no habrás oído algo acerca de cómo los alemanes se hicieron con nuestros planes?

– No... no sé nada, lo siento. Sé que Egmont ha estado hablando con los miembros de la resistencia que se quedaron en la aldea, pero aparte de eso...

– ¿Hablando sobre qué? – interrumpí.

– Pues... lleva unos días preguntando sobre la continuidad de las emboscadas, y los lugares donde estas se realizaban.

– ¿Se lo ha preguntado a Adler?

– No, aun no. Me lo ha contado Irenka. En una aldea como esta, las paredes ven y escuchan.

– Entiendo. Luego hablaré con él, y le preguntaré.

– Será lo más acertado. Desde la muerte del mayor Smith, se respira un aire distinto entre la gente de la aldea.

–Era un hombre respetable, seguramente se deba a su inesperada pérdida. No debes preocuparte.

– Eso espero. ¿Cómo te hiciste estos moratones? – preguntó mientras observaba las costillas rotas.

Bajé la mirada hacia mis costillas, y, recordando lo ocurrido, respondí.

– Me caí por un precipicio, mientras intentaba asfixiar a uno de esos alemanes.

– ¡Por Dios! – respondió sobresaltada –. Esa gente es basura... ¿Conseguiste matarle?

La imagen de esos niños muertos volvió rápidamente a mi cabeza. Esas inocentes caras, ensangrentadas y desfiguradas, abatían mi alma y la perdían tristemente entre las sombras.

Tragué aire y, antes de contestar a su pregunta, intenté cambiar de tema.

– ¿Qué hora es a todo esto? – pregunté.

Miró su reloj de muñeca por debajo de las sabanas, y respondió:

– Son las once y veintisiete. ¿Por qué? ¿Molesto? – preguntó rápidamente sintiéndose afligida.

– Para nada, tú nunca molestas –contesté con una tímida sonrisa–.¿Te importa quedarte a mi lado mientras duermo un poco?

– Por supuesto. Me encantaría... –reveló sonrojada.

Llamaron a la puerta. El repique contra la madera me despertó mientras Aurea seguía durmiendo a mi lado. Dormía como los ángeles. Tenía las

mejillas suaves y sonrojadas como la piel del melocotón. Su larga melena se deslizaba por su cuello. Me acerqué cariñosamente a olerla de nuevo. Olía a margaritas, un aroma que me apaciguaba nada más olerlo. Mi vista se fijó en sus carnosos y delicados labios. Quería volver a besarlos. Tan suaves, tan ricos, tan suyos. Me acerqué lentamente hacia ellos, pero el repique de la puerta sonó de nuevo.

– Adelante...– invité en voz baja para evitar despertarla.

Egmont entró por la puerta.

– Ya decía yo que hacíais poco ruido – dijo Egmont, con su gracia que le caracterizaba–. ¿Qué tal te encuentras?

Aurea se dio media vuelta, y siguió durmiendo.

– Vámonos a otro sitio – contesté mientras empezaba a levantarme.

– ¿Puedes andar? – preguntó Egmont.

– El dolor molesta, pero ya se me pasará. Deja que me ponga algo de ropa, y bajamos al salón.

– Me parece bien.

Abandoné la habitación mientras Aurea seguía descansando y bajé al gran salón, con Egmont y Wind a mi lado. Las cuatro mesas seguían escudando el majestuoso hogar. Me senté en una de ellas, justo en frente de Egmont, y mientras Wind se acomodaba en el suelo, empezamos a hablar.

– Menuda aventura la emboscada – comencé risueño.

– Te perdí la pista en una de esas explosiones. ¿Dónde te metiste? – preguntó.

– Empecé a pelear contra uno de esos niños alemanes, y ambos nos caímos por el precipicio.

Egmont suspiró y bajo la mirada.

– ¿Te das cuenta que matamos a un ejército de niños? – insistí conmovido.

Alzó la mirada bruscamente, y contestó al instante.

– Sí. Sé que eran niños, y yo les maté. Pero no tenía otra opción. O les mataba yo, o me mataban ellos.

Agité la cabeza, y desvié la mirada otorgando razón y verdad a sus palabras.

– ¿Te parece bien si vamos a dar una vuelta? – añadió inseguro.

– ¿No estás bien aquí? – pregunté.

– Prefiero que estemos totalmente solos.

Miré alrededor, y después de haber oído las palabras de Aurea, entendí que debíamos compartir nuestros pensamientos en un lugar más seguro.

– Me parece bien – contesté.

– Perfecto.

Nos levantamos de las sillas que protegían las copiosas mesas, y nos dirigimos hacia la puerta de la sala. Wind no tardó mucho en seguirnos el paso.

Salimos los tres de la casa y el sol del mediodía picaba fuerte contra el suelo de la plaza. Nos adentramos tranquilamente entre las calles de la aldea y, poco a poco, nos fuimos desviando hacia la floresta polaca.

– ¿Y bien? ¿Qué querías decirme? – pregunté interesado.

– Espera a que salgamos de la aldea – respondió Egmont.

Superamos la última calle, y cuando empezábamos a dejar la aldea atrás, David, uno de los fieles seguidores del mayor Smith, que durante la emboscada permaneció en la aldea como protección, se cruzó a nuestro paso.

– ¡Buenos días chicos! – dijo animado.

– Buenos días – contestó Egmont.

– Veo que has mejorado muy rápido Tristan, ¿qué tal te encuentras? – añadió.

– Buenos días David – contesté sonriente–. Bien. Algo de dolor por las costillas, pero, poco a poco, me voy espabilando.

– ¡Me alegra oír eso! ¿Dónde vais? – preguntó indiscreto.

– Necesita un poco de aire – contestó Egmont muy sensato–. Así que le acompaño a dar un paseo.

– ¡Buena idea! Yo vengo de buscar leña para el fuego. Hay que preparar la comida.

Contestamos los dos con una radiante sonrisa, y él no tardó mucho en imitarla.

– Me ha alegrado verte – añadió David–. Fue una gran pérdida la del mayor Smith... con lo mucho que hizo por esta aldea, y así ha terminado... ¡Bueno! debemos agradecer el poder seguir con vida– se contestó a sí mismo–. ¡Mejórate rápido Tristan!

– Eso haré – contesté agradecido.

– ¡Nos vemos luego! – completó David mientras daba media vuelta y proseguía con su camino hacia la aldea.

– ¡Hasta luego! – nos despedimos Egmont y yo.

Finalmente conseguimos adentrarnos hasta las profundidades del bosque, con la presencia de Wind como fiel protector. Al cabo de un buen rato andando, pregunté cansado.

– Aquí ya estamos seguros, ¿no crees?

– Sí. Tienes razón. Siento haberte hecho andar en este estado, pero la aldea ya no es segura.

– ¿Por qué dices eso?

– Alguien nos delató y avisó de nuestros planes a los alemanes – respondió–. Alguien de los nuestros.

– Estoy de acuerdo – contesté convencido–. Me ha comentado Aurea que has estado preguntando a la gente del pueblo. ¿Has encontrado algo?

– Nada. Nadie sabe nada. Pero tengo un mal presentimiento... Algo que me ronda por la cabeza desde hace ya un tiempo.

– ¿Qué es? Cuéntame.

– Es algo que sospecho desde hace años. Decidí guardármelo durante un tiempo, pero este incidente me ha hecho abrir los ojos.

– ¿Qué es Egmont? Puedes contármelo. Ya sabes que mi relación con la aldea es solamente por interés – la imagen de Aurea me vino rápidamente a la cabeza. Me gustaba, la quería, pero no era momento para ella.

– Acércate – dijo Egmont mientras se sentaba en una portentosa roca y vigilaba nuestra posición–. Ten, toma asiento.

Wind se acercó tranquilo, se tumbó a nuestro lado, y empezó a montar guardia atendiendo a cualquier ruido o movimiento. Me senté al lado de Egmont, y escuché con atención.

– ¿Te habrás dado cuenta de que esta aldea no parece sufrir los efectos de la guerra? – comentó Egmont con ciertas sospechas.

– Sí. Desde el día nuestra llegada, observé que algo raro pasaba. No entendía cómo un campamento de la resistencia, podía funcionar tan bien en estos tiempos de hambre y penuria.

– Exacto – contestó Egmont complacido al compartir sus inquietudes.

– ¿Por qué? ¿Qué pasa? – sugerí intrigado

– Hay algo que no me cuadra.

– ¿A qué te refieres?

– Esta aldea siempre dispone de comida para todos; materiales para reconstruir sus casas; los niños juegan tranquilos por las calles; y los alemanes nunca les han molestado...– respiró profundamente y tras unos segundos prosiguió –. Necesito preguntarte algo.

– Por supuesto, adelante. Intentaré responderte – silabeé confundido.

– ¿Tú crees que una aldea de este tamaño podría pasar desapercibida del ejército alemán?

– Imposible – contesté—. Hay demasiada vida en ella.

Egmont me miró con ojos concluyentes y esperó a que mis ideas se juntaran en una de sola.

– Y entonces, ¿a qué o quién se debe su supervivencia? – insistió por su parte.

Una chistosa respuesta fulminó mi mente, y contesté para amenizar tanta incertidumbre.

– Habrá algún trato con los alemanes para que no esta sea atacada– respondí vacilante.

– Sigue – dijo convencido.

– ¿Cómo?

– Sigue – repitió de nuevo,

– De verdad crees... – negué con la cabeza y giré la mirada—. No puede ser. Es imposible.

– Estamos en plena guerra. – añadió convencido—. Simplemente suponlo ¿con qué fin habrán pactado ese acuerdo?

Volví la mirada y, mientras observaba el blanco y largo pelo de Wind ondeando al son de la brisa, acepté su alocada propuesta.

– Está bien. Supongamos que existe un posible pacto – respondí—. En ese caso... se habría acordado para proteger dicha aldea, ¿verdad?

– Exacto.

– Pero...

– ¿Pero qué?

– Todo pacto tiene un precio – insinué.

– Lo sé, y me perturba no saber cuál es – contestó resultante –. Pero necesito que sigas pensando. ¿Quién protegía esta aldea? ¿Quién tenía control sobre ella?

– El mayor Smith

– ¿Y quién tenía los planes de la emboscada, el lugar y la hora de ésta?

– El mayor Smith. Espera... Espera, estás diciendo que... ¿El mayor Smith pactaba con los alemanes?

– Eso es.

– Pero entonces... ¿Por qué le mataron durante la emboscada?

– Supongo que no cumplió la parte de su trato.

– ¿Tenía una deuda con los alemanes?

– No lo sé. Él mismo lo dijo, la emboscada era algo mensual pero, este último mes, no la hicieron por falta de armamento. Eso me extrañó... En Albania, nadie nos advirtió de la desaparición armas en un campamento de la

resistencia. ¿Cómo entonces pasan de tener armas cada mes, a ese mes no tenerlas?

La suave brisa seguía agitando el largo pelo de Wind.

– ¿Quizá se extraviaron? o... ¿Quizá se las robaron? – contesté confuso.

– Solo los alemanes podrían haber robado esas armas. Sin embargo, si tenían un acuerdo, ¿para qué iban a robárselas?

Mi mente comenzó a trabajar. Desde bien pequeño disfrutaba con las historias de misterio. El toparme con un robo o un muerto, y encontrar posibles respuestas para resolver el caso, despertaba el niño que llevaba dentro. Ideas, problemas y pensamientos se mezclaban entre ellos creando soluciones de todo tipo: desde el puro raciocinio hasta la grotesca imaginación.

– Espera... –contesté tras trajarinar posibles soluciones –. Nunca desaparecieron esas armas por qué... ¡nunca fueron robadas!

– ¡Exacto! – contestó Egmont satisfecho–. Tenían un acuerdo con los alemanes a cambio de algo que no sabemos. Ese último mes no quisieron pagarles, y llamaron a los refuerzos de la resistencia para robar por primera vez el convoy, sin pagar nada a cambio. Pero los alemanes nunca fueron tontos, y se adelantaron a sus planes.

– ¿Pero el mayor Smith estaba solo en esto? – pregunté confundido e intentando amplificar el misterio.

– No creo – contestó–. Alguien de esta aldea debe saberlo. Pero no quiero preguntar mucho, no me gustaría terminar como esos pobres niños. De momento, esperaremos a que Albert llegue con nuestra información. Una vez dispongamos de ella, abandonaremos esta aldea. Después de lo ocurrido, los alemanes no tardarán mucho en encontrar este sitio.

– Tienes razón, lo mejor será retirarse una vez tengamos la información. Pero... ¿Y la gente de la aldea? ¿Y las familias que viven en ella? ¿Aurea?

– Debemos avisarles con tiempo. Después de encontrar a tu padre, me

gustaría llevarles hacia otro campamento, más cerca de Eslovenia, ahí estarán a salvo. En cuanto a Aurea... ¿la quieres mucho?

– Lo suficiente para salvar su vida.

– Entonces tendrás que convencerla para que se venga con nosotros. Habla con ella, y explícale lo sucedido. Una vez volvamos con tu padre, nos iremos hacia el otro campamento.

– ¡Perfecto! – contesté complacido—. Por cierto, ¿Albert tardará mucho en volver?

– Dale un par de días. Es muy bueno en su trabajo, cuando vuelva tendrá la información que necesitamos.

Una grata sonrisa compensó sus explicaciones. Nos levantamos, decididos y motivados, de la portentosa roca, y nos dirigimos de nuevo hacia la aldea.

Nuestra misión consistiría en esperar la llegada de Albert, modificar los planes para la liberación de mi padre, y, una vez de vuelta, conseguir que la aldea, o gran parte de ella, abandonara sus casas para dirigirse a otro campamento, más alejado de las fuerzas alemanas.

Capítulo XI

BLANCO GASTADO

Una tropa de opulentas nubes, negras como el carbón, se acercó lentamente por el norte de las montañas. Eran las tres de la tarde y me encontraba sentado en mi silla de piedra, observando como esa brillante gama de ocres, marrones y rojos, vestían el inicio del otoño en los bosques de Europa.

A mi lado se encontraban Aurea y Adler. Tranquilos ante el temporal que se aproximaba, sacaron un par de sillas de la gran sala para sentarse a mi lado, y disfrutar de esa calma que precede a toda tempestad. Esa gran masa, oscura y densa como la nada, no iba a tardar mucho en descargar sus penas sobre la joven aldea.

Pasaron ocho días desde la reunión secreta en el bosque. Nada había cambiado desde entonces. La aldea permanecía feliz, la gente empezaba a olvidar el desastre de la emboscada, y no se percibía ningún indicio sobre la ofensiva alemana. Sin embargo, el equipo de Albert, seguía sin aparecer.

– Eso es nieve – dijo Aurea mientras contemplaba el movimiento de las nubes.

– ¿Nieve en octubre? – pregunté extrañado.

– Sí – contestó Adler –. Por estas fechas, acostumbran a caer las primeras nevadas.

– Que envidia... – repliqué con un aire de celosía.

– ¿Envidia por qué? – Preguntó Adler mientras Aurea dejaba de seguir el movimiento de las nubes y centraba su atención en mi respuesta–. ¿Es qué no nieva en tu país?

– No, donde yo vivo – contesté—. La verdad es que nunca he visto nevar.

– ¿Nunca has visto nevar? – intervino Aurea sorprendida.

Una gustosa risotada consumó la confusión de Adler.

– No.

– Pues te va a encantar – confesó Aurea con esa dulce sonrisa que cautivaba todas mis emociones.

– Tampoco es para tanto – interrumpió Adler vacilante.

– Por qué tú lo ves cada año, y ya estás más que acostumbrado. No le hagas caso Tristan, es precioso – añadió mientras dirigía de nuevo su mirada hacia las copiosas nubes.

– Bah. Solo es nieve – contestó Adler, vacilante de nuevo.

– ¿Es qué no te gusta? – pregunté.

– Por supuesto que me gusta. Pero en una aldea como esta, oculta entre los bosques de las altas montañas, el frío no es bienvenido.

– En eso tiene razón – añadió Aurea—. El invierno pasado fue muy duro. Y tras el fracaso de la emboscada, pintan bastos para este año.

– Pero tenéis provisiones de sobra – añadí optimista—. Lo único que hay que hacer es organizarse y repartirlas en su justa medida.

– No nos preocupan las provisiones. Nos preocupa el frío – contestó Adler, arrogante de nuevo.

– Se ven bastantes robustas las paredes – añadí mientras me giraba y palpaba la pared de la gran casa—. Son de piedra y madera. Aguantan muy bien el calor.

– Eso es verdad – confirmó Aurea—. Suerte tenemos de ellas. Pero no nos preocupa el frío en sí mismo... Tememos a las enfermedades que éste porta

consigo. Ese convoy, el famoso convoy, aparte de víveres, nos proporcionaba medicamentos. Y en una aldea como ésta, donde la mayoría de sus habitantes son viejos y niños, los medicamentos son más que necesarios.

Aurea estaba en lo cierto. Los únicos jóvenes que residían en la aldea formaban parte de la resistencia, una minoría comparada con el porcentaje de gente mayor que vivía en ella.

Cuanto antes mejor, debíamos ponernos manos a la obra y evacuar a esa gente hacia otro campamento. Si el frío no les mataba, lo haría el ejército alemán. Pero esta vez dependíamos de Albert, su llegada sería nuestra señal.

– Voy a encender el hogar. Esta noche lo necesitaremos – dijo Adler escapándose del tema.

Se levantó de su asiento con mero cuidado, alcanzó las dos muletas que minutos atrás había apoyado en la fachada de la casa, y tomó rumbo hacia el interior de la sala.

– Aurea, ¿me entras luego la silla? – preguntó éste parándose a medio camino y esperando su respuesta.

– Sí, no te preocupes. Yo la entro – completó Aurea con su dulce sonrisa.

Adler desapareció tras la puerta de la casa y, Aurea y yo, nos quedamos en la plaza. Volvió su mirada hacia mí, y, tras acariciarme el pelo dulcemente y besarme la mejilla con esos carnosos y delicados labios, preguntó:

– ¿Qué tal te encuentras Tristan? ¿Aun te duelen las heridas?

– Aún tengo el moratón en las costillas – respondí acariciando el vendaje que cubría mi torso—. Pero apenas notó el dolor de éstas y el del golpe en la cabeza. – Mi cuerpo sana bastante rápido – completé satisfecho.

– Me alegra oír eso ¿Te apetece entrar dentro?

– No, gracias. Aquí estoy bien. Además, me gustaría quedarme un rato, y ver como nieva.

Aurea levantó de nuevo la cabeza y volvió su mirada hacia el cielo.

– No creo que tarde mucho en empezar. Esas nubes van muy cargadas, y no hace ni pizca de viento. Va a caer una buena.

Se levantó de su asiento, cargó con las dos sillas, y añadió contenta:

– Me voy dentro. Si necesitas cualquier cosa, me avisas.

– ¡Perfecto! – contesté sonriente.

Se dio media vuelta y, como Adler, desapareció entre las puertas de la entrada.

Las nubes se acercaron ocultando los rayos de sol que nutrían el paisaje. En menos de treinta minutos empezó a nevar.

Una lluvia, más lenta que todas las demás, vistió sus gotas de agua con un limpio y blanco algodón. Éstas se precipitaban sobre el suelo de la plaza. Miles y miles de copos de nieve descendían en vertical, como el vuelo de una pluma, desglosándose y acomodándose entre las agujas de los pinos y las casas de la aldea.

Una fina sábana blanca comenzó a cubrir el paisaje. La nieve seguía cayendo, danzando al ritmo de su propio peso, y no tardó mucho en aumentar su intensidad.

Los copos de nieve crecieron de tamaño, y su caída se aceleró debido al aumento de su peso. Aquella fina sábana se había transformado en un copioso colchón de nieve.

Mis inocentes ojos brillaron ante tal belleza. Quería sentir el tacto de la nieve; quería sentir su gélido frescor con mis propias manos. Así que, como un niño, me lancé a los brazos de ese enorme colchón blanco, me tumbé, panza arriba, y observé el espectáculo.

Era frío pero muy cómodo. Empecé a moverme como un niño, agitando los

brazos de arriba abajo mientras me revolcaba con gran entusiasmo. Podía escuchar el crujir de los copos al ser aplastados por mi cuerpo. Miraba al cielo, y veía como éstos, todos de distintos tamaños, descendían, lentamente, surcando los aires, hasta acomodarse en ese holgado y virgen plumón blanco.

Durante un buen rato, estuve disfrutando de la nieve cómo lo hace un cerdo en el barro. En medio de la plaza, tumbado panza arriba, observaba como la majestuosa nevada caía y caía mientras yo me perdía en su caída.

No tardó mucho en cubrirme con su gélido manto. La nieve más cercana a mí se fundía y empapaba mis ropas al completo, por lo que empecé a sentirme mojado y a tener mucho frío. El temblor me acompañó en cuestión de segundos y, antes de enfermar, decidí volver dentro y calentarme junto al fuego.

– ¿Te lo has pasado bien? – dijo Adler mofándose mientras arreglaba y disponía el fuego del hogar.

– Déjale... – contestó Aurea molesta – ¡Estás empapado! ¿Qué has hecho?

– Me he tumbado en la plaza mientras nevaba. La nieve me ha empapado, y ahora estoy helado – contesté mientras me desvestía rápidamente.

– ¡Normal! – Contestó Aurea preocupada – ¿Dónde tenías la cabeza? ¡La nieve es agua!

– Lo sé, lo sé... Pero es que era tal su belleza, que por unos minutos me he olvidado de dónde estaba.

Una nueva carcajada, procedente de Adler, resonó entre las cuatro paredes de la sala.

– Ay Tristan... – añadió Aurea risueña – las cosas más bellas son a su vez las más peligrosas.

Achiné los ojos buscando el doble sentido a su respuesta ¿Cómo debía encajar esa frase? Siempre me sorprendía cuando menos me lo esperaba. La miré confundido, y, tras propinarme otra de sus maravillosas sonrisas, cambió

rápido de tema.

– Te he preparado un baño caliente. La bañera está en esa habitación – dijo mientras señalaba la puerta siguiente a nuestro dormitorio–. Ve a bañarte, y luego, cuando hayas terminado, avísame y te ayudaré con el vendaje.

Volví a sus palabras, confundido por su anterior respuesta, y conseguí asimilar su gesto.

– Muchas gracias. ¿Qué haría yo sin ti? – respondí risueño y agradecido.

Me quité el vendaje empapado por la humedad de la nieve, descubriendo mi moratón de color azul amarillento que cubría mi costado y, vestido solamente en calzones, me dirigí rápidamente hacia mi deseado baño.

Abrí la puerta de la habitación, y una bañera de cobre, cóncava y alargada, respaldada por cuatro pequeñas patas en forma de garra de león, se erigía majestuosa en medio de la sala.

La cálida nube de vapor había cubierto totalmente el aposento; el olor a pino mojado se había realzado.

Me acerqué hacia mi esperada bañera, y, tras comprobar la temperatura del agua con la yema de los dedos, me zambullí en ella, notando como toda mi piel se rizaba y se calmaba en cuestión de segundos. Ese baño duró, placenteramente, unos veinte minutos.

Aurea había dejado una toalla al lado de la bañera; y para evitar caer de nuevo entre los brazos del frío, convenía secarme con ella. Me levanté totalmente rehecho y, tras sacudirme y apartar con las manos gran parte del agua que cubría mi cuerpo, me sequé con la toalla de Aurea; olía a ella.

Agarré los calzones, mojados por la nieve, y, desnudo, descalzo, y con extremo sigilo, salí de la habitación logrando entrar en el dormitorio de al lado.

Cerré la puerta, me quité la toalla que cubría mi sexo, y junto a los calzones, la dejé apoyada encima de una de las sillas de la sala. No tenía ropa

de repuesto. Debía esperar a que éstos se secaran para poder volver a la gran sala, y calentarme junto al fuego. Eran unos calzones blancos ya gastados. Los vestía desde el inicio de mi aventura, y aun no había tenido ocasión de cambiarlos. De vez en cuando los lavaba a mano, junto a la orilla de los ríos. Pero la tela ya estaba gastada, y, una vez mojados, transparentaban y marcaban todo mi miembro.

Debido a la necesaria espera, desnudo y repuesto por el baño, me tumbé, como un rey, en la cama. La calmada situación me obligó a cerrar los ojos. El sueño empezó a expandirse por todo mi cuerpo cuando Aurea abrió la puerta y me vio en mi pacífico estado.

La sorpresa al verme desnudo, al verme tal y como había llegado al mundo, ruborizó sus mejillas petrificándola durante unos minutos. Bajó la mirada y sonrojada de arriba abajo, tartamudeó al responder por lo ocurrido:

– Lo... lo... lo siento. Creía que... perdón. Lo siento. Ahora vuelvo.

– No, no. Tranquila. No pasa nada... – respondí avergonzado pero sereno—. Deja que me tape un poco.

– Lo siento Tristan – repitió sofocada—. Solo venía a ayudarte con las vendas... No quería... de verdad... Lo siento.

– Lo sé. Por eso no me ha molestado – respondí cordialmente por el malentendido.

Me levanté de la cama, y me vestí con los calzones mojados. Seguían transparentando todo mi sexo. Sin embargo, ya no me importaba. Me había visto desnudo y, aunque pareciera estúpido, llevaba puestos los calzones para que ella se calmara.

– Ya está. Ya puedes acercarte – dije en tono cariñoso.

Se acercó a mi lado y, con la mirada baja, y aun sonrojada, se sentó en la cama.

– He traído... He traído las vendas – añadió.

El corazón le latía a cien por hora. Podía notar su respiración entrecortada. Los nervios la dominaban. Era muy hermosa. Incluso en sus peores momentos, seguía siendo la criatura más bella de todas.

Acerqué mi mano hasta su pequeño mentón y, dulcemente, levanté su rostro hasta encontrarnos cara a cara. Esos dos ojos, de color azul zafiro, congelaron de nuevo mi alma.

Nos perdimos en nuestras miradas. Empecé a notar ese incómodo aleteo en el estómago. La tenía a mi lado, posada como una flor de primavera, mientras ese cosquilleo deseaba locamente unirme a ella. Arrimé mi mano hacia su rostro, tembloroso como la tormenta que caía fuera, y empecé a acariciar levemente su suave mejilla aterciopelada.

Poseído por mi deseo, le besé sus labios, carnosos, húmedos, viciosos nada más tocarlos. El tiempo se paró. Nuestras lenguas comenzaron a jugar y a resbalar entre ellas. Rodeé su cálido cuerpo con mis brazos, y lentamente fui acostándola en la dichosa cama. La intensidad del abrazo fue creciendo poco a poco. Mi corazón era suyo, estaba cómodo a su lado.

Entreabrió los ojos, se separó de mi cuerpo, y, dulcemente, empezó a quitarse la ropa. No tardé mucho en imitarla. Mi cuerpo desnudo terminó postrándose encima del suyo, piel contra piel, compartiendo esos mismos latidos que nos abrazaban.

Sus firmes manos se agarraron a mi espalda, y comenzamos a compartir ese fuego interior que silenciaba las palabras. Incliné levemente la cabeza, y el aroma de su cuello me incitó a lanzarme sobre él. Mis besos se deslizaron ardientemente hacia esa zona. Le besé la clavícula con la misma pasión que se construyen los sueños; busqué ese calor, ese roce divino capaz de otorgar vida a cualquier sentimiento.

Mis manos comenzaron a abrazarla y a mimarla por todo su cuerpo. Dos blandos senos empezaron a acariciar mi cuello, y decidí devolverles el deseo. Su corazón empezó a latir con mucha más fuerza, su piel se estiró, y, poco a poco, mi lengua se acercó hacia uno de ellos.

Un botón, erecto y firme como un soldado del ejército, despuntaba en lo

alto de aquella duna del desierto. Esperaba impávido mi llegada, pero tembloroso por los nervios. Mis labios lo rodearon al completo, y empecé a jugar con ellos. Mi lengua y mi boca se divertían mientras yo sentía todo su cuerpo.

Una de sus manos agarró mi miembro. Empezó a acariciarlo de arriba abajo, mientras yo seguía con mi juego. La excitación me había condenado. Bajé recorriendo todo su torso con la punta de la lengua, regalando tímidos besos por su abdomen, cadera y cintura. Lentamente me acerqué hacia su sexo, húmedo como el furor de nuestras lenguas, y noté como su corazón se aceleraba de nuevo.

Contorneé su figura con mi mano, desde su cuello hasta su sexo. Con la yema de los dedos empecé a acariciarlo, rodeándolo con modestos besos. Círculos, de arriba abajo y de un lado a otro, mi lengua danzó y bailó entre sus apocados labios.

Su espalda empezó a curvarse, y el placer brotó fogosamente de su interior en forma de susurros y secretos. Me cogió la cabeza y apretó con fuerza para que ejerciera más presión. Aumenté la velocidad y su cosquilleo fue creciendo. El calor de su cuerpo ardía como el verano en Marsa Matruh, había perdido la noción del tiempo.

Se agarró fuertemente a las sábanas. Los muslos le temblaban. Su espalda se había curvado y las voces no cesaban. Persistí unos segundos más, y los fuegos artificiales resonaron al completo. La calma había invadido su cuerpo. Sonrió, feliz y risueña, y suavemente acercó mi cara hasta la suya.

– ¿Dónde has aprendido a hacer eso? – preguntó gozosa y satisfecha.

– No sé... – contesté contento por haberla complacido—. Con Arthur y Peter, siempre nos habíamos imaginado...

Tocó con su dedo índice mis labios, y me pidió silencio.

– Ahora me toca a mí – contestó valerosa.

Me dio la vuelta bruscamente, se situó encima de mi cuerpo, y no tardó

mucho en empezar a besar mi miembro. Nunca antes me habían hecho eso. Lo chupaba de arriba abajo mientras se lo metía entero dentro. Salivaba y, gustosamente, lo lubricaba.

Estaba caliente y duro, como una barra de metal en la fragua de un herrero. Durante unos minutos disfruté con su boca más de lo que esperaba. Se levantó de rodillas, me clavó su fogosa mirada, y, tras sonreír diabólicamente, se montó encima de mi sexo ayudándose a que éste entrara. Era mi primera vez, y de momento todo funcionaba.

Me sentía muy cómodo con ella, no tenía miedo a nada. Mi cuerpo era suyo, y mi mente lo apreciaba.

Noté como entraba lento y mojado. Me abrazaba desde dentro y yo le dejaba hacerlo. Empezó a aumentar la velocidad. Se movía como si montara a los lomos de un caballo. Apoyó sus manos en mi abdomen, y empezó a frotarse con mi cuerpo. Estaba en el séptimo cielo, era lo mejor que me había pasado.

La veía encima de mí, disfrutando a mi fortuna, y mi deseo hacia ella crecía descontrolado. Me miraba con esos ojos azul zafiro, rebosantes de un ardiente hielo.

El cosquilleo se concentró en mi sexo. Siguió frotando su sexo contra el mío, moviendo mi miembro desde dentro. La velocidad aumentó y, finalmente, todos mis músculos se tensaron. Los fuegos artificiales habían explotado.

Todos mis sentidos, mis emociones, mis sufrimientos, se apagaron. Una suave calma, parecida a las aguas del mediterráneo después de esa gran tormenta roja, había inundado mis pensamientos. Se acercó, me besó, y se tumbó a mi lado. Yo seguía perdido en el cielo estrellado.

Me abrazó desnuda y sentí de nuevo su cuerpo. No era necesario decir nada, ambos sabíamos lo que estábamos sintiendo. Pasaron los minutos, y nuestros cuerpos cayeron complacidos en el mundo de los sueños.

Al cabo de un rato, llamaron a la puerta. El repique contra la madera me

despertó mientras Aurea seguía durmiendo a mi lado. Dormía como los ángeles. Tenía las mejillas suaves y sonrojadas como la piel de un melocotón. Su larga melena se deslizaba por su cuello. Me acerqué cariñosamente a olerla de nuevo. Olía a margaritas, un aroma que me apaciguaba nada más olerlo. Mi vista se fijó en sus carnosos y delicados labios. Quería volver a besarlos. Tan suaves, tan ricos, tan suyos. Me acerqué lentamente hacia ellos, pero el repique de la puerta sonó de nuevo.

– ¡Adelante! – invité en voz baja para evitar despertarla.

Egmont entró por la puerta. Había vivido ese momento. Ese hombre tenía el don de la oportunidad.

– Hoy sí ¿eh? – comentó risueño y con voz baja, para no despertarla.

– Como siempre, oportuno – añadí contento—. ¿Va todo bien?

– Tenemos que hablar sobre lo nuestro –contestó—. He encontrado lo que estaba buscando.

– ¿De veras? – apunté motivado.

– De veras. Anda, vístete y nos vemos abajo.

– ¿Vamos a dar un paseo?

– Así es.

– ¿Y la tormenta? ¿No está nevando?

– Hace un rato que ha parado.

– Perfecto.

Me puse los calzones, ya secos, y bajamos los dos hacia el salón. Ahí, junto a Adler, dormido por el calor de la hoguera, me esperaba mi ropa seca y la presencia de Wind. Ese perro tenía algo de humano, siempre sabía dónde y cuándo encontrarnos. Me vestí, nos abrigamos de la cabeza a los pies, y salimos los tres juntos por la gran puerta.

Un paisaje blanco y limpio había abrigado la floresta polaca. Los montes a lo lejos, el bosque otoñal, los tejados de las casas, y la propia vida en la aldea, habían desaparecido para dejar sitio a un desierto nevado.

Nos alejamos lentamente hacia las afueras del recinto. La nieve crujía en cada pisada; en menos de tres horas, un colchón de treinta centímetros había tapado completamente el panorama.

– Sígueme – dijo Egmont, desviándose por una de las calles de la aldea, y adentrándose posteriormente hacia la oscuridad del bosque nevado.

– ¿Dónde vamos? – pregunté intrigado

– Donde está la respuesta – contestó.

Tras unos minutos cruzando las profundidades del bosque, ayudándonos con los troncos de los árboles para poder avanzar, llegamos hasta una pequeña caseta de piedra, oculta entre el bosque, y con una simple chimenea que calentaba su interior.

Nos acercamos lentamente, mientras Wind se adelantaba, y llamamos tres veces a la puerta.

No tardó mucho en abrirse. Al otro lado apareció Irenka, esperando nuestra llegada con una carabina sujeta a la espalda.

– ¿Os han seguido? – preguntó preocupada.

– No. Estamos solos – respondió Egmont convencido.

Sacó la cabeza, vigiló a ambos lados de la caseta buscando a un posible enemigo, y, tras corroborar nuestras palabras, se echó a un lado permitiéndonos la entrada.

Dentro, sentado en una silla junto a la puerta, se encontraba David con un fusil entre los brazos. Su función: vigilar a un par de mujeres, una mayor que la otra, posiblemente madre e hija, que se acurrucaban delante del fuego protegiéndose del frío.

– ¿Qué es todo esto? – pregunté extrañado—. ¿Quiénes son ellas?

– Son la mujer y la hija del coronel que está a cargo del cuartel del valle. El mismo que nos proporcionaba los víveres y las provisiones – respondió David desde su silla.

– Este es el pacto entre el mayor Smith y el ejército alemán – añadió Egmont satisfecho.

– ¿Cuánto llevan secuestradas? – pregunté.

– Más de un año – respondió David.

– Buen trabajo – añadí satisfecho.

– Pero todo esto se ha acabado – contestó Irenka con una voz grave y enronquecida—. Gracias al trabajo de Albert, descubrimos que el coronel había perdido su paciencia.

>> Durante todo un año estuvimos moviendo a estas dos mujeres, con el fin de que no fueran rescatadas. Además, cambiamos, una y otra vez, el lugar de la emboscada. Ante todo debíamos mantener la aldea alejada de todo este embrollo. Pero el coronel se cansó, y prefirió deshacerse de su familia, antes de que perder su guerra.

– ¿Pero él sabe que siguen vivas? – pregunté intrigado.

– Eso creíamos – respondió David decepcionado—. Cada mes, durante todo este año, obligamos a este par de arpías a llamar a su coronel. Debían decirle que estaban bien, y que a cambio de sus vidas, se continuase con el envío mensual de provisiones. Esta última vez, el coronel no contestó personalmente a nuestra llamada. En su puesto, un suboficial del cuartel, comandante por lo que creemos, nos amenazó mostrando el poco interés hacia las vidas de estas dos malparidas. Su deseo ya no era el mismo, querían vernos muertos.

Seguí atento a sus palabras mientras Egmont tomaba asiento e Irenka acomodaba el fuego para que la leña prendiera con más fuerza.

– Desconocíamos la veracidad de sus palabras – prosiguió David—. Quizá se trataba de un motín. ¿Y si nos atacaban? Finalmente pedimos nuevas armas e insistimos en aumentar la compañía. El ataque a la supuesta emboscada podía convertirse en una gran tragedia. Y así fue. El mayor Smith cayó bajo el engaño del enemigo. Uno nunca puede fiarse de estos alemanes... Hay que matar a este par de zorras. Ya no son de nuestra incumbencia, y no creo que el ejército alemán tardé mucho en encontrar la aldea.

– ¡Aun no! – contestó Irenka enfurecida—. Debemos esperar a Albert; que sea él quien decida.

– No sé... – replicó David—. El tiempo es oro. Y supuestamente, Albert tendría que haber llegado hace ya un par de días – agarró el arma con más fuerza y, disgustadamente, negó con la cabeza. Fijó su mirada en nosotros dos y añadió: – Yo votó por que les cortemos la cabeza. O las fusilemos. Ahora mismo, aquí fuera.

– Cállate David – contestó Irenka—. El mayor Smith, que en paz descanse, nos ordenó que esperásemos la llegada de Albert, y así lo haremos.

– ¿Qué tiene que ver Albert con todo esto? ¿Cuál es su papel? – pregunté extrañado.

– A parte de hacerse con la información, – contestó Egmont – se ha infiltrado en el cuartel del valle. Hay que descubrir si de verdad es un motín o son órdenes directas del coronel. De ser así, cambiarían bastante las cosas.

– ¿Y por qué no se nos avisó desde un buen principio? – pregunté molesto—. ¡Hemos arriesgado nuestras vidas sin conocer la misión por la que luchábamos!

– Nadie de la Aldea lo sabe – contestó Irenka—. Es un secreto que solo nosotros cuatro conocemos.

– ¿Qué cuatro? – exclamé.

– El mayor Smith, Albert, Irenka y yo – contestó David, tranquilo—. No podíamos permitir que, si los alemanes capturaban a alguien de la resistencia,

o más fácilmente a alguien de la aldea, nuestros planes fuesen contados. Arriesgarse no tenía ningún sentido. El escondite de estas dos malparidas debía mantenerse en secreto.

Egmont se levantó de la silla, y se acercó a una pequeña ventana que, tímidamente, mostraba el exterior de la cabaña.

– ¿Qué pasa? – preguntó Irenka mientras se colocaba la carabina entre las manos.

– Silencio. He escuchado algo– contestó Egmont.

Podía oírse el rasgado de la nieve resbalando entre las ramas de los árboles, y el bruto golpe de su caída.

En ese instante, escuchamos el trote de varios caballos que se acercaban hacia la caseta. El ruido de los cascos se mitigaba por la nieve. Gracias a la tranquilidad que reinaba en el bosque, el golpeteo de la fundas de sus carabinas y el crujido del cuero de la sillas, resonaban sin problemas a lo largo y ancho del lugar.

Empuñé rápidamente mi Walter, David apuntó con su fusil, e Irenka se postró delante de las dos mujeres, evitando que estas se escaparan.

En un momento, tres jinetes aparecieron trotando entre los árboles. Sus rostros se ocultaban bajo varias capas de ropa. Se abrigaban y resguardaban del frío polaco.

El ritmo de los caballos fue disminuyendo, y, poco a poco, fueron acercándose hasta la caseta. La tensión aumentó en cuestión de segundos. Un silencio ensordecedor colmó el espacio nevado.

El primer jinete de todos, montaba un gran caballo tordo y llevaba un gorra de color verde musgo, una chaqueta ruda y gruesa, y unas botas altas y negras, todo parte del uniforme ejército alemán. A la derecha de la montura, brotando desde la funda, se mostraba la culata y el gastado cerrojo de un pequeño fusil automático. Sus dos compañeros, cada uno con su fusil automático, le seguían

el ritmo mientras vigilaban los distintos flancos.

Éste se detuvo justo delante de la puerta, y sus compañeros no tardaron mucho en imitarle. David empezó a sudar; Irenka seguía en su puesto, firme y dispuesta; y, Egmont y yo, acostumbrados al miedo que regala la muerte cuando está cerca, esperamos al mejor momento para convertir ese silencio en una exitosa ofensiva.

Podía escucharse como los latidos de nuestros corazones repicaban fuerte entre esas cuatro paredes. El silencio era muy importante. En caso de abalanzarnos sobre ellos, disfrutaríamos del factor sorpresa.

El primer jinete bajó de su montura y, tras caer pesadamente sobre el colchón de nieve, se apartó la bufanda de la cara. Era Albert.

David no tardó mucho en aclamar su nombre. Como por arte de magia, repleto de alegría, olvidó esas palabras que anteriormente había compartido. Abrió la puerta, salió corriendo, y, repleto de euforia, le abrazó con mucho ánimo.

La tensión se había calmado. Invitó a entrar a los tres jinetes, que ya amarraban sus caballos en los troncos de los árboles, e Irenka, al igual que David, se lanzó sobre ellos regalando besos y abrazos.

– ¿Y el mayor Smith? – preguntó Albert extrañado. Se dio media vuelta y nos vio sonrientes por su llegada – ¿Egmont? ¿El inglés? ¿Qué está pasando aquí? – preguntó en voz alta.

– Esperábamos tu llegada, Albert – dijo Egmont mientras se adelantaba y le otorgaba un buen apretón de manos –. El mayor Smith cayó luchando en la emboscada.

– Mierda... Me lo olía.

– Traje los cuerpos de vuelta – apuntó Egmont –. Los enterramos justo al lado de la plaza.

– Gracias Egmont – contestó mientras regalaba una tímida sonrisa por su

gesto. – Mierda... mierda... – repitió –. Esto no va a acabar bien.

– ¿Qué has encontrado? ¿Qué has descubierto? – preguntó Irenka preocupada.

– Es mejor que nos sentemos, y que te contemos lo ocurrido – añadió Egmont.

Nos sentamos los siete en una mesa de madera que reinaba en medio de la sala. Mientras Irenka vigilaba de reojo a las dos mujeres, Egmont y yo, empezamos a compartir, con el más mínimo detalle, lo sucedido durante la emboscada. Al terminar de contar nuestra desgraciada aventura, Albert empezó con la suya.

– No quería creérmelo. Pero tras lo sucedido, os puedo confirmar que todo esto ha formado parte de un motín – confesó Albert.

Levantó la mirada y pidió a Irenka que nos sirviera algo de bebida. Ésta sacó siete vasos repletos de polvo, abrió una botella de whiskey que guardaba en otro estante, y tras frotar los vasos con su vestido y rellenarlos con el alcohol, Albert prosiguió con su historia.

– La gente es muy osada en su ignorancia – reanudó –. Después de un año de haber secuestrado a este par de golfas, el comandante del cuartel decidió ignorar las órdenes del coronel, y montar su propia ofensiva. Gracias a mis contactos, sé que el comandante ha recibido su castigo, y no debemos temer por la contraofensiva alemana. De momento, el pacto con el coronel, sigue en pie.

– ¡Te lo dije! – chilló Irenka a David –. Gracias a Dios que no hemos hecho nada... Si te hubiéramos hecho caso, estas dos mujeres estarían muertas y tendríamos a los nazis sobre nosotros.

David, avergonzado, bajó la cabeza, se levantó de la mesa, y se quedó observando el paisaje nevado a través de la pequeña ventana.

– Me alegro que todo siga como antes – añadió Irenka –. Temía lo peor para esta aldea.

– Si mantenemos en vida a estas dos señoras, esta aldea estará a salvo hasta el final de la guerra. Pero la falta del mayor nos costará mantener la confianza con los alemanes – replicó Albert.

– Es cuestión de tiempo y prioridad – completó Egmont –. En cuanto a lo nuestro, ¿qué has encontrado?

Albert me miró seriamente a los ojos, dio un trago de whiskey y, antes de que los nervios me pudieran vencer, contestó fríamente:

– Lo hemos encontrado. Vivo. En un campo de prisioneros, al suroeste de Polonia.

¡Mi corazón estalló de alegría! Por fin había llegado el famoso día. Después de ese largo y duró viaje, iba a encontrarme con mi padre. Al fin conocía su posición. Lo tenía cerca; vivo; esperando mi llegada. No faltaba nada. Cuatro largos años de paciencia pero repletos de perseverancia.

– ¿Cuándo iremos a por él? – preguntó Egmont satisfecho.

– He estado maquinando un plan de rescate. Mañana os contaré su puesta en marcha. Será fácil, no hay porque preocuparse.

Capítulo XII

LA FRENTE DORMIDA

Albert nos esperaba sentado en una de las cuatro mesas del gran salón.

El sol de la mañana empezaba a derretir las placas de nieve y de hielo que, durante la noche, se habían endurecido por el frío. Podía escucharse el rumor del agua resbalando por el tejado y precipitándose al vacío como una tímida cascada.

Antes de que el amanecer despertara el paisaje, Aurea había vuelto a sus quehaceres. Tras regalarme un beso en los labios, se levantó de la cama despidiéndose con una cálida caricia, se atavió rápidamente con sus vestidos, y tras recogerse el pelo con un improvisado moño, salió por la puerta mostrándome, una vez más, su dulce sonrisa.

La reunión en la caseta concluyó casi sonadas las ocho de la tarde. David, Albert y sus secuaces, montaron guardia a las dos alemanas; Irenka, cargada con su carabina a la espalda, volvió a su humilde morada; y, Egmont y yo, regresamos paseando por la oscura y nevada campiña polaca.

La felicidad y la satisfacción que portaban tales noticias nos pintaron dos gratas sonrisas. Resuelto el misterio de la emboscada y premiada la futura protección de la aldea, empezamos a saborear el esperado reencuentro con mi padre. En menos de cuatro días, iba a reunirme con él. Tenía mucho que contarle: mi estancia en el desierto, la triste pérdida de Peter, las invencibles victorias al lado de Arthur, el inicio de mi viaje, Trípoli, el contrabandista, la tripulación del *Sherezade*, la tormenta de barro, el lago de cristal, la historia de Egmont, la emboscada, mi querida Aurea; aventuras, peligros, y nuevas experiencias dispuestas a ser contadas, y deseosas por ser escuchadas.

– Buenos días camaradas – dijo Albert.

– Buenos días Albert – contestó Egmont con su grave y potente voz –. Cuéntanos que tienes.

– ¡Buenos días! – añadió motivado.

– Por supuesto – silabeó el espía.

En un abrir y cerrar de ojos, desplegó un mapa topográfico de la zona en cuestión. Un mapa hecho a mano que nos mostraba la profundidad del paisaje. Todos y cada uno de los desniveles que podrían sernos útiles para facilitar la huida tras el rescate de mi padre, se encontraban definidos al más mínimo detalle.

– El campo de prisioneros está situado en esta planicie – comentó mientras señalaba con el dedo el lugar sugerido en el mapa –. Es un campo destinado únicamente a prisioneros del ejército. Altos rangos y oficiales pertenecientes a los ejércitos aliados están atrapados bajo el poder alemán, y obligados a realizar trabajos forzosos bajo su vigilancia.

– Malnacidos... – agregó Egmont afligido mientras fruncía el ceño y apretaba los puños con fuerza.

– Es ahí donde entramos nosotros – continuó Albert –. Cada mañana, tocadas las seis en punto, salen del campo escoltados por los alemanes y se adentran en el bosque, encadenados en grupos de cinco, para tronchar y talar árboles. Durante doce horas al día proporcionan madera a la Alemania nazi. Solamente disponen de un pequeño descanso, de poco más de una hora, que utilizan para comer, y resguardarse del calor del mediodía.

Nuestras inquietudes atendían a sus palabras. Egmont escuchaba las instrucciones de Albert mientras que yo esperaba la fórmula para rescatar a mi padre.

– Estuvimos calculando la longitud de las cadenas que atan a los prisioneros en grupos de cinco – prosiguió Albert –, y, aproximadamente, hay una distancia de quince metros entre cada uno de ellos. Durante el tiempo de

trabajo, los soldados alemanes pasean vagamente por los alrededores. Por cada grupo de cinco prisioneros, hay un soldado vigilando. Los grupos están separados entre ellos, a unos cien metros de distancia, más o menos. Nuestro plan es, esperar la llegada del descanso, liberar a tu padre, y huir rápidamente hacia una de estas oquedades – completó Albert, señalando un par de desniveles en el terreno.

– ¿A cuánto tiempo está el campo de prisioneros? – pregunté.

– A un par de días a caballo. Mientras Bazyli, uno de mis fieles camaradas, se queda vigilando los caballos y preparado para la inminente huida – prosiguió –, Egmont, tu y yo, iremos a por tu padre. Ya hemos localizado su posición, y sabemos en qué grupo de trabajo se encuentra. Sin embargo, necesitamos de tu ayuda para poder reconocerle. ¿Estás de acuerdo en eso?

– Totalmente de acuerdo – contesté orgulloso.

– ¿Cuántos oficiales tienen retenidos? – añadió Egmont.

– Unos cincuenta... aproximadamente – contestó Albert mientras aleaba con la mano –. Es un campo pequeño, apartado, y muy diferente a los ya conocidos.

>> Por lo que pudimos distinguir en la distribución de las casetas, y en su localización, ese campo fue creado para ocultar y mantener a los oficiales enemigos lejos de la guerra. Como veis en el mapa – añadió mientras señalaba de nuevo con su dedo índice –, esta planicie se encuentra situada en el interior de este valle tan estrecho, y, desde el aire, es casi imposible de percibir.

– ¿Cuándo nos iremos? – pregunté inquieto.

– Mañana a primera hora. Preparaos las cosas esta noche, antes de que salga el sol me gustaría estar de camino.

– Pues que así sea – completó Egmont.

Albert se levantó de la mesa, plegó su mapa topográfico, y no tardó mucho

en desaparecer por la puerta.

– ¿Estas contento muchacho? – añadió Egmont tras quedarnos los dos solos—. En tres días te reencontraras con tu padre. Después de eso, nuestro contrato habrá terminado – sonrió, plantó su mano en busca de un buen apretón y añadió: – Ha sido un placer trabajar contigo.

– Muchas gracias por todo Egmont – contesté complacido mientras le devolvía el gesto.

Ambos sabíamos que nuestra historia no había acabado, que el contrato seguía vigente entre nosotros, pero que aquel apretón de manos valía mucho más que un simple acuerdo por dinero

– Te estaré eternamente agradecido – añadí.

– Eres un buen chico...

Despeinó amigablemente mi cabeza, sonrió gustosamente, y continuó con su cometido.

– Ve, busca a Aurea, y pasa el resto del día con ella. Mañana saldremos muy temprano, y ya sabes cómo funciona esto de la guerra, quizá sea la última vez que vuelvas a verla.

– Tienes razón Egmont, esto aún no ha terminado.

Sonrió, subió las escaleras, y desapareció por uno de los pasillos de la casa. Yo no tardé mucho en abrigarme, abandonar el salón, e ir en busca de Aurea.

No le iban a gustar las noticias. Desde mi breve desaparición tras la emboscada, el miedo a perderme había oscurecido una pequeña parte de su vida, o eso decía. Aun así, ella comprendía que mi lugar no estaba en esa aldea. De un modo u otro, la figura de mi padre me trajo hasta ahí, y sería esa misma la que finalmente me echaría.

Salí felizmente de la gran casa y observé como Wind, sentado al lado de la silla de piedra, esperaba con ansias mi llegada. Su nítido color blanco

brillaba por encima de la sucia y terrosa nieve fundida.

No tardó mucho en olfatear mi presencia. Se abalanzó hacia mí y, moviendo la cola con de un lado a otro, buscó ese momento de ocio y diversión que todo perro suplica a cualquier hora del día. Durante unos minutos, con mucho gusto, logré complacer sus inquietudes, pero el tiempo pasaba, y a sabiendas de que la diversión y la energía de los perros es y será eterna, decidí encaminarme en busca de mi querida.

A pocos metros de la plaza, limpiando la entrada de su casa con una pala de hierro oxidado, Aurea apartaba la nieve que encharcaba el camino.

Llevaba puesto el mismo vestido de flores que la noche en que la conocí, pero esta vez más sucio, manchado por el barro. El sudor del trabajo empezaba a deslizarse por su frente y su moño se había desligado. Sin embargo, para mí, seguía siendo la criatura más hermosa que jamás habría imaginado.

Me acerqué a ella, y su belleza aumentó sin intención de disculparse. Me coloqué detrás de ella, le acaricié la cintura, y dulcemente susurré a su oído:

– Te fuiste muy temprano esta mañana.

Suspiró, sonrió, y, complacida por mi llegada, contestó a mi pregunta.

– Lo sé, es que tenía que...

Le di media vuelta, callé sus palabras con un beso, y, dulcemente, rodeé su cadera con mis brazos.

– Buenos días pequeña – añadí satisfecho.

– Buenos días grandullón – contestó sonrojada.

– ¿Me decías? – silabeé.

– Te decía... ¡Si me dejaras hablar antes de tanto cariño, no tendría por qué repetirte las cosas! Te decía, que me he levantado temprano para ayudar con los estragos de la nevada.

– Bien hecho – contesté sonriente –. Déjame que te ayude.

Agarré otra de las palas que se apoyaban en el muro de la casa y, contento por acompañarla, empecé a imitar su tarea.

– ¿Qué tal has dormido? – preguntó ella

– Feliz y a tu lado.

– No digas tonterías... – contestó avergonzada.

Coincidió con una dulce sonrisa, y nos pusimos manos a la obra. En cuestión de minutos logramos avanzar con la faena.

El sol no tardó mucho en empezar a calentar nuestras cabezas. Dejamos las palas apoyadas en el muro, y, tras imponer una pequeña pausa, decidimos descansar a la mañanera.

– ¿Quieres un poco de agua? – preguntó cansada.

– Te lo agradecería – contesté mientras me acomodaba sobre un montón de leña cortada.

Me acercó una de las botellas que se ocultaban bajo la nieve, saqué gustosamente el tapón de corcho que evitaba el derrame, y, por gusto y deber, le entregué la bebida para que propinara un buen trago de agua fresca. Terminó, me la pasó, bebí gustosamente, y, una vez los dos aliviados, interrumpí el silencio para contarle las nuevas noticias.

– Tengo buenas noticias – comenté tranquilo y acomodado en ese montón de leña –. Albert ha encontrado a mi padre.

– ¿Sí? ¡Qué bien! Ya era hora... ¡Me alegro muchísimo! De veras... Y... ¿Dónde se encuentra? – preguntó inquieta.

– En uno de esos campo de prisioneros. A dos días a caballo de la aldea.

– Entiendo... Me alegro mucho de que por fin le hayas encontrado.

Algo iba mal; podía sentirlo. Su tono de voz había cambiado.

– ¿Estás bien? – pregunté con miedo a lo esperado.

– ¡Por supuesto que estoy bien!

Apartó repentinamente la mirada, y empezó a buscar cualquier otra cosa que ocupara su atención. Una fina lágrima se deslizó por su mejilla.

– ¿Campo de prisioneros? – agregó vacilante.

Intenté seguirle el juego, y contesté con la misma explicación que, horas atrás, Albert nos había revelado.

– Es un campo destinado únicamente a prisioneros del ejército. Altos rangos y oficiales pertenecientes a los ejércitos aliados están atrapados bajo el poder alemán y obligados a realizar todo tipo de tareas.

– No sabía que existiera tal cosa... – comentó entristecida.

– Cuéntame qué pasa – insistí –. Sabes que debo ir.

La nieve seguía derritiéndose y precipitándose por los tejados de las casas.

– ¿Y cuándo vais a liberarle? – preguntó, evitando de nuevo la amenaza que procuraban sus pensamientos.

– Mañana iremos a por él.

– ¿Mañana? ¿Por qué mañana? Pero... pero eso es muy peligroso Tristan. Estará repleto de alemanes, y... y... por favor Tristan, no te vayas.

– Aurea, escucha – interrumpí con seguridad –. Debo ir a por mi padre. Todo este viaje lo he hecho por y gracias a él. Su presencia me regaló el conocerte, el conocer a Egmont, a la aldea, a todo este mundo más allá del desierto. Se lo debo todo a él. Nos dimos la palabra que nos volveríamos a ver, y así debe ser.

Bajó la cabeza, se limpió otra lágrima con el dorso de su mano, y me abrazó con todas sus fuerzas.

– No quiero perderte Tristan... No otra vez... – susurró mientras lagrimeaba.

– No lo harás – contesté –. Te doy mi palabra.

Levantó de nuevo su mirada, y decidió besarme como nunca antes lo había hecho. La fuerza y la pasión de sus sentimientos tomaron el control.

Era hermosa; el calor de mi corazón se descontrolaba cada vez que sentía su presencia. Era amor, puro y ardiente amor, lo que sentía por ella.

– ¡Dejemos la nieve por hoy! – exclamé convencido –. ¡Quiero pasar el resto del día a tu lado! ¡Bañémonos! ¡Hagamos el amor! Y si no te importa, me gustaría abrazarte hasta que el deber venga a por mí.

Me miró fijamente a los ojos, me besó de nuevo, y sonrojada pero segura de sí misma, silabeó las dos palabras más poderosas de este mundo:

– Te amo, Tristan White.

– Y yo a ti, rayo de luna.

En el interior de aquella habitación, y al lado de Aurea, la noción del tiempo logró marchitarse en el pasado. Un eterno presente abrazaba su cuerpo desnudo, y me hacía totalmente suyo. Logré olvidarme de mi auténtico propósito. La promesa de mi padre se había escondido entre los recuerdos más profundos de Tristan White.

Me sentía extraño; totalmente distinto y ajeno a mis recuerdos. Estaba muerto pero a la vez vivo. Una nueva energía cubría mi cuerpo, apartando esos miedos que reinaban en el desconocimiento. A su lado, mi alma se desvanecía libre por su figura. El mundo real seguía fluyendo más allá de esas cuatro paredes repleto de emociones y de sentimientos tóxicos para el amor.

Egmont llamó a la puerta, y tardé unos minutos en asentarme. El sol aún no había salido, y, Albert, nos esperaba en la puerta del gran salón.

– Adelante – respondí silencioso mientras Aurea dormía a mi lado.

La escena se repetía siempre del mismo modo: Egmont llamaba, yo respondía, y, como ya tradición, Aurea dormía plácidamente a mi lado.

El famoso día había llegado: iba a abandonar la aldea, a seguir por mi camino y encontrar, después de tanto tiempo, a ese hombre que entregó mi vida al injusto destino.

¿Debía despertarla? No quería volver a preocuparla, no más de lo que ya estaba. Me estremecía al verla llorar. No quería despedirme de ella. Dormía tan plácidamente... Vestía esa sonrisa que la juventud otorga a sus embajadores.

Finalmente, decidí no molestarla. Me despedí con un simple beso en su frente dormida, me vestí, me armé, y abandoné la habitación cerrando dulcemente la puerta. Una extraña sensación me bloqueó durante unos instantes, algo me decía que ya no volvería a verla, que mis ojos no volverían a apreciar su belleza. Respiré, y concluí en que no era momento de hacer caso a mis intuiciones; mi corazón le pertenecía, y esa era mi única razón para volver a verla.

Al otro lado de la gran puerta, iluminados por las linternas que portaban en sus manos, Albert y Bazily, esperaban montados en sus caballos, preparados para partir hacia el supuesto campo de prisioneros.

La noche era oscura y cerrada, las estrellas se habían apagado, y, su reina, la lechosa luna, empezaba a ocultarse al oeste del horizonte montañoso.

A lomo de nuestros monturas, iniciamos la aventura, y, en cuestión de minutos, abandonamos la aldea a su precaria fortuna.

Albert capitaneaba la fila; a su espalda, Bazily, ocupaba el segundo puesto; yo seguía el rastro de éste; y Egmont, resultante, vigilaba y cerraba nuestra retaguardia. El bosque era oscuro, y la vieja, y ya usada linterna de

Albert, era el único gran faro que creaba camino entre las profundidades del bosque polaco.

En cuestión de pocas horas, despuntó el sol en la lejanía. La flamante esfera de luz comenzó a iluminar el panorama nocturno.

Debido a las ansias y a los nervios que imperaban mis pensamientos, esos dos días, se transformaron en un trayecto mucho más largo que aquel, que en 1940, inicié en el desierto. Aun así, aquella corta travesía logró rozar la excelencia: la mayor parte de la nieve había caído de los árboles; un sinfín de pequeños y nuevos riachuelos corrían entre los desniveles de la campiña; la verdura resoplaba pureza, y el cálido sol del otoño se abría paso entre la naturaleza.

La segunda noche acampamos en lo alto del valle.

– Acercaos – dijo Albert mientras se asomaba por un peñasco –. Ahí está nuestro tesoro.

Nos acercamos con gran curiosidad, observamos barranco abajo, y cuatro luces, desde lo alto de cuatro torres, merodeaban y vigilaban los cuatro ángulos del campo.

– Hemos llegado – añadió Egmont satisfecho.

Al fin, a menos de tres kilómetros, la figura de mi padre me estaba esperando.

– Una vez localizado, vamos a repasar nuestras posiciones – dijo Albert mientras volvía de nuevo a nuestro improvisado campamento.

Nos sentamos cerca la pequeña hoguera, Albert sacó de nuevo el fabuloso mapa, y, estratégicamente, comprobó nuestras posiciones.

– Bazily.

– Sí – contestó.

– Nos esperarás en esta oquedad, con el resto de caballos. Está a unos 400m de su área de trabajo. Una vez localizado y puesto a salvo el paquete, iremos directos a tu posición. Oculta los caballos en esta arboleda – señaló Albert en el mapa –, y escóndete entre las rocas – completó mientras dibujaba con su dedo la zona explicada–. Ante todo, y como obligación, debes evitar el encuentro con cualquier desconocido. ¿Ha quedado claro?

– Como el agua – contestó Bazily.

La noche ocultó el ambiente, y la luz del fuego comenzó a proyectar nuestras sombras en la frondosidad del bosque.

– Egmont y Tristan – continuó Albert.

– Sí– coreamos los dos al mismo tiempo.

– Vosotros vendréis conmigo. Nuestra misión será esperar en este punto de aquí hasta la salida de los oficiales – señaló de nuevo otra parte del mapa, ésta vez más cerca del campo de prisioneros –. El grupo de tu padre acostumbra a frecuentar esta zona de tala, si todo va según lo previsto, mañana deberíamos encontrarles en el mismo sitio.

Alzó la mirada, buscó convencido nuestro entendimiento hacia su propuesta, y continuó con su idea.

– Una vez lo reconozcas, uno de nosotros se acercará hasta él. Mientras el resto vigilamos la posición del guardia, éste liberará al paquete, y nos retiraremos hasta la posición de Bazily. ¿Estáis de acuerdo?

– Sí – contestó Egmont.

– Lo mismo digo – añadí.

– Perfecto. Ahora toca descansar. Mañana nos levantaremos pronto para llegar antes de que empiecen a talar.

Volvió a plegar su mapa, se acostó, y Bazily y Egmont siguieron satisfechos su consejo. Me tumbé encima de mi saco, perdí la mirada en el cielo estrellado, y esperé a que el sueño invadiera mis pensamientos.

Escondidos tras unos arbustos, y a la espera de los prisioneros, nos perdimos en la belleza del amanecer. Eran las seis de la mañana, y el grupo de mi padre aún no había llegado.

Los árboles más grandes de la zona, como señal para ser talados, disfrutaban de una marca amarilla en la base del tronco; el suelo del bosque estaba acolchado por ese montón de ramas rotas y astilladas, que desechaban tras la tala; y un fuerte olor a resina se había desplegado por el ambiente tras los primeros rayos de sol.

La situación se estaba volviendo más tensa. El corazón me latía a cien por hora y los nervios podían palpase a flor de piel.

En un segundo inesperado, las voces de los oficiales encadenados aparecieron entre la arboleda. Mi deseo creció y, rápido como un rayo, empecé a buscar la figura de mi padre.

Estaban demasiado lejos, y sus rostros, cabizbajos, me impedían reconocer su apariencia. Eran cinco hombres rapados, cada uno más delgado que el anterior.

– ¡Ese es! – exclamó Albert, satisfecho.

– ¿Cuál? – contesté nervioso, y evitando alzar el tono de voz –. ¡No consigo verle!

– El de la izquierda de todos. Ese es el mayor White.

Siguiendo rápidamente sus instrucciones, busqué con la mirada al susodicho. Era un hombre carcomido, delgado como un alambre, sin apenas pelo en la cabeza, y con el espíritu caído.

– Ese no es mi padre – contesté confuso.

– ¿Cómo qué no? – preguntó Egmont extrañado—. ¿Seguro que ese es el hombre que buscamos, Albert?

– ¡Por supuesto que es él! Estoy convencido. Ese es el mayor White.

¿El mayor White? pensé confundido. El grupo fue acercándose poco a poco, y la figura de mi padre seguía oculta ante mis ojos. Aquel hombre no era mi padre, no se parecía en nada a mi recuerdo. Albert estaba equivocado. Todo ese camino... Me giré, y contesté furioso:

– ¡Ese no es mi padre!

– Tristan – añadió Egmont resultante –, fijate bien. Es posible que la guerra le haya cambiado. Tiene que ser él. Albert siempre cumple con sus misiones.

Ese hombre era muy distinto al emblemático y flemático oficial que yo conocía. Era un hombre vencido, con un color de piel apagado y gastado, delgado hasta los huesos, y abatido por el esfuerzo de seguir viviendo.

No quería caer en su idea conformista, ni acoger la terrible sensación de su inesperado y horrible cambio. Empezaron a nublarse mis pensamientos. Perdí de vista a mi ansiada meta, y una espesa niebla, formada por el aliento de los perdedores, logró oscurecer mis sentimientos.

– ¡Nos retrasas White! – exclamó el guardia alemán, empujándole bruscamente con su fusil.

¿White? ¿Había oído bien? ¿Estaba Albert en lo cierto?

– Tristan, has hecho todo este camino para encontrar a tu padre – insistió Egmont al oír las palabras del alemán –. ¿Estás seguro de que no es él? Debes tomar una decisión.

¿White? ¿Todo este camino? Miré alrededor y mis pensamientos fluyeron libremente. ¿Qué hacía en Polonia? Arthur y Peter ya no estaban, Ms. Akeba seguía en Sudáfrica, y mi padre... ¿Era aquel hombre mi padre?

Capítulo XIII

ROJA LIBERTAD

Tras atravesar los fuegos del desierto, vencer a la tormenta marina, tras perder mi oreja en combate, y conocer al amor de mi vida, me encontraba en Polonia, siguiendo la ansiada pista de mi padre.

Albert y Egmont esperaban impacientes mi respuesta. El sol seguía subiendo, y el bosque despertaba del plácido y templado sueño de la noche.

Unas manos gastadas, pulidas, llenas de cayos y heridas, agarraban mi fusil de combate. Cuánto habían cambiado en ese tiempo... ya no eran las mismas manos con las que había iniciado mi viaje; todo había cambiado desde entonces: mi cuerpo, mi alma y mi espíritu, habían mudado de piel. El joven Tristán White había dejado de existir para siempre. Ese constante cambio le habían transformado en un recuerdo del pasado.

¿Podía mi padre haber cambiado tanto? ¿Tanto como yo lo había hecho? De ser así, su presencia habría muerto; el paso del tiempo habría consumido nuestros preciados cuerpos...

¡White! Llegó de nuevo a mi cabeza. Ese era mi nombre, nuestro nombre, la única etiqueta que siempre nos acompañaba. Toda nuestra esencia residía en nuestro nombre. *¡White! ¡White!* resonó de nuevo en mi cabeza. Ese ancla, una fórmula que nos permitía reconocer nuestro ser, y clasificarlo a lo largo de nuestras impuestas vidas; sin importar los cambios y las transformaciones que podían vencer a la mente y apariencia.

Pasaron los minutos, y mis compañeros seguían esperando una respuesta. El recuerdo de aquel hombre, al que habían llamado White, se hacía fuerte en mis memorias.

– ¡Ánimo White! Hoy es un buen día para talar árboles – repitió el alemán

entre carcajada y carcajada.

White... Dos veces fueron suficientes para remediar mi amargura. Ese nombre, esa etiqueta, una marca que nos ponía sombra. Era distinto a mi recuerdo, había cambiado su figura. Pero su esencia, mi padre, permanecía vivo en el nombre, y no en su persona.

Volteé la cabeza, miré fijamente a los ojos de Egmont, y con la mente aclarada, di respuesta a su espera.

– Es mi padre. Es él.

– ¿Seguro? – inquirió Egmont.

– Completamente – respondí convencido.

– Perfecto – añadió Albert–. Hagámonos con el paquete.

El grupo de oficiales fue acercándose hacia nuestras posiciones. A unos diez metros, y en la línea de aquellos arboles que se iban a talar, Egmont, Albert, y yo, aguardábamos, armados y preparados, su llegada.

El soldado alemán les obligó a coger sus hachas y, bajo la mirada de un subfusil MP 40, comenzaron a cortar los troncos siguiendo las marcas amarillas. El sonido de la tala comenzó a repicar en la floresta.

Pasados solo cinco minutos desde el inicio de sus tareas, el soldado alemán se sentó en un tocón de la zona ya talada, sacó un pequeño libro de bolsillo, y empezó a leer bajo la presencia de sus prisioneros. Todo marchaba según lo previsto; era el momento de empezar.

A fin de rescatar a mi padre, que se encontraba situado a unos cinco metros del guardia, Egmont se adelantaría entre la maleza, Albert vigilaría nuestra huida, y yo sorprendería al soldado por la retaguardia. Debía noquearle durante unos minutos y conceder a Egmont el tiempo necesario para liberar al paquete. Una vez liberado, nos perderíamos a sabiendas por el bosque, orientándonos hasta la posición de Bazily. Marcadas y comprendidas nuestras

pautas, nos dirigimos, cada uno, a nuestras posiciones.

Con gran sigilo, di la vuelta por los árboles y arbustos que rodeaban el escenario, hasta situarme a las espaldas del guardia alemán.

El soldado seguía atento a su libro. Leía calmado bajo los rayos mañaneros, y, de vez en cuando, a medida que tornaba la página, levantaba la mirada para comprobar que todo avanzaba según lo esperado. Mientras tanto, los oficiales seguían descargando sus hachazos contra los firmes troncos de los árboles marcados.

El fuerte olor a bosque resurgía de la tierra. La resina de los pinos comenzaba a gotear. El cantar de los pájaros y la luz matinal disfrazaban aquella horrible escena con una grotesca armonía: cinco oficiales del ejército aliado, delgados hasta los huesos, y carcomidos por el pavor que les obligaban a conllevar, se balanceaban con el propio peso de sus hachas, muriendo a servicios del ejército alemán.

Oculto tras el espeso bosque, esperaba la señal de Egmont para abordar nuestro plan. Los minutos se alargaron, y la figura de aquel hombre, que, minutos atrás, había respondido como White ante el soldado, seguía atormentando mis futuras decisiones.

La enorme figura de Egmont comenzó a deslizarse entre la maleza del bosque. Alcanzó la posición de mi padre, y, tras unos discretos y prudentes silvidos, éste último se percató de su presencia.

La sorpresa le bloqueó durante unos instantes; la duda se dibujó en su cara, pero no tardó mucho en reaccionar. Egmont no podía ser un soldado alemán, y, por lo tanto, cualquier oportunidad, fuera del nazismo, debía ser aprovechada. Abandonó su tarea, y permaneció atento a posibles y nuevas instrucciones a seguir.

Al percibir su reacción, Egmont, evitando ser avistado por el guardia, le indicó silencio y cautela obligando a mi padre a que siguiera con su tarea, y que esperara atento a su siguiente indicación. No pasaron ni dos minutos, cuando Egmont silbó, parecido al cantar de un gorrión, dando inicio a la emboscada.

Comencé a acercarme por la retaguardia del enemigo, hasta situarme a unos cinco metros de distancia. El ambiente se había congelado; la adrenalina ensordecía cualquier ruido que pudiera distraerme de mi objetivo.

Paso a paso, me aproximé hasta el ostentoso tocón. Faltaban cinco metros para noquear su figura. En un espacio de veinte segundos, un millón de distintas opciones de se presentaron en mi cabeza: podía abalanzarme sobre él; atinarle un golpe de culata por la espalda; llamar su atención para propinarle un porrazo en la cara; asfixiarle por sorpresa con mi propia arma; estamparle un roca en la cabeza; asestarle con una de esas gruesas y firmes ramas cortadas... Mi respiración se ralentizó, y mi cuerpo se preparó.

De pronto, sin previo aviso, el guardia alemán decidió levantarse de su asiento, y comenzar con su paseo habitual.

Alzó la mirada, y la esbelta figura de Egmont se reveló ante sus ojos: nos había descubierto.

Salí rápidamente de mi guarida y me abalancé sobre el soldado. Éste, al percatarse de mi presencia, se giró prontamente para lidiar con mi inesperada llegada. Levantó su subfusil, me apuntó con espanto, y, antes de que pudiera disparar, la figura de aquel héroe que durante tanto tiempo había buscado, apareció a sus espaldas: mi padre se lanzó sobre él, estrangulándole con su propia arma.

Entre tanta sorpresa, conseguí establecer contacto visual con mi padre, y observé, como su mirada cambiaba en aquel instante; sus ojos brillaron al poder reconocerme. Una pura y amada sonrisa había iluminado aquel rostro que, con el paso de los días, empezaba a marchitarse.

Con mucho esfuerzo y rebeldía, el soldado alemán alcanzó su puñal y forcejeó con mi padre, propinándole algún que otro golpe en el costado. Batallaba con todas sus fuerzas, e intentaba incorporarse para contrarrestar la ofensiva. Aun así, cuando parecía que podía hacer frente al esfuerzo del prisionero, alcé mi fusil, y, repleto de odio, descargué el ardiente metal contra su pecho.

Cayó de rodillas al suelo, sin alma, vaciándose sobre un grotesco y

caliente charco sangriento. Ágilmente, superé el cuerpo del soldado muerto, y me acerqué hasta la posición de mi padre.

– Tristan... – dijo satisfecho, mientras se apretaba con las manos su costado, esta vez ensangrentado.

– ¡Hola papá! – contesté emocionado.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mi rostro. Le abracé con todas mis fuerzas, y me perdí, seguro y arropado, en sus delgados brazos. ¡Por fin le había encontrado! ¡Había logrado mi objetivo!

– ¡Chicos! ¡Aprisa! – Añadió Albert tras revelar su escondite–. ¡Debemos irnos cuanto antes! ¡Seguro que han oído el disparo!

Rápido como un rayo, Egmont liberó a mi padre y al resto de oficiales.

En cuestión de minutos, abandonamos la escena del crimen, y nos dirigimos hacia el encuentro con Bazily. El tiempo aún no había parado.

Tras perdernos por el bosque, llegamos hasta su posición. Éste nos esperaba preparado en su guarida, tal y como Albert le había ordenado. Montamos a lomos de esas fantásticas bestias y, sin perder el tiempo, nos alejamos fuera del alcance enemigo.

No podía dejar de mirar a mi padre, por fin le había encontrado. Esos ojos verdes turquesa, su nariz puntiaguda, las orejas pequeñas, y esas cejas pobladas, que días atrás habían armonizado con su majestuoso bigote, se mostraban de nuevo, ante mí, como un recuerdo vivo, como una bella flor que florece desde las profundidades del mugriento fango.

Tardamos unos treinta minutos en llegar a nuestra improvisada base. Los restos de nuestra antigua hoguera aún no se habían carbonizado, y el campo de prisioneros seguía oculto en las profundidades del valle.

Bajamos de nuestros caballos, ayudé a mi padre a acostarse y a apoyarse sobre el acolchado musgo, y, rápidamente, Egmont se acercó y procuró curar su herida.

– Se pondrá bien mayor – le dijo Egmont, tras analizar el estado de sus puñaladas.

– Muchas gracias, señor...

– Egmont von Lieven, excomandante de infantería de la *Reichswehr*.

– ¿Miembro de la resistencia?

– Así es, mayor.

– Muchas gracias, Egmont. Gracias por salvarme.

– Déselas a su hijo. Ha sido él quien ha organizado este viaje.

Nos miramos fijamente y un fuerte impulso procedente de mis adentros me obligó a abrazarle. No tuve palabras para explicar lo que sufrí aquel día. Las lágrimas brotaron descontroladas... mi alma se sentía libre. Aquel peso repleto de preocupaciones, presiones, y más contradicciones, cargado a mis espaldas desde el inicio de mi viaje, desapareció tras abrazar a mi padre.

Me sentía orgulloso. ¡Había ganado al miedo, triunfado ante la duda del desconocimiento! El afán, la firmeza, y la constancia, hicieron que la victoria fuera clara, que mi último suspiro se colmatara de gloria al terminar con tal cruzada.

Le abracé feliz, y mi mente se aclaró; mis latidos, al fin, reposaban tranquilos. Me sentía a salvo, a brazos de mi humilde morada.

– Gracias por venir, hijo mío – dijo mi padre, flemático, como yo le recordaba.

Le abracé con mucha más fuerza, y durante unos minutos, dejé que mis sentimientos tomaran el control sobre mis palabras. Respiré, me acomodé a su lado, y gocé de su compañía.

– Ha sido un largo viaje... – silabeé satisfecho –. Estoy tan contento, he vivido de todo, tengo tanto que contarte... Pero sin ti; sin ti esto no hubiera funcionado. Me has dado fuerzas para seguir con mi sueño. Día tras día, me he

levantado con el deseo de volver a verte, de estar a tu lado.

– Te has convertido en un hombre – contestó, orgulloso por mi cometido–, ojala tu madre pudiera verte...

Ambos suspiramos.

– Por lo que veo – añadió mientras acariciaba mi media oreja –, no te ha sido fácil llegar hasta aquí.

– No, no lo ha sido – contesté –. Pero estoy orgulloso de mi resultado.

Sonrió feliz, y me acarició dulcemente la cabeza.

– Aun así– añadí–, odio esta guerra... Nos ha arrebatado nuestras vidas, tanto a los vivos como a los ya muertos.

– No hay sentido en ella – respondió –. La ambición material siempre ha sido y será la perdición del ser humano, y, en estas guerras, puedes encontrarla por cualquier lado. ¿Qué tal están Arthur y Peter? – interrumpió sonriendo.

– Arthur volvió a casa tras terminar la misión en el norte de África. Peter... a Peter le perdimos en nuestra primera batalla.

– Pobre Peter, era un buen muchacho.

– Después de eso – agregué, esquivando aquella pena que me había regalado su muerte –, te esperé durante todo un año en Marsa Matruh, y al ver que no volvías decidí ir a buscarte.

– Pues agradezco que tomaras tal decisión. ¿Has visto? A veces uno tiene que improvisar y cambiar sus planes. Si no hubiera sido por ti, formaría parte del pasado.

Observé de arriba abajo su delgada figura, y estallé.

– ¿Cómo pueden haberte hecho esto? ¿Es que no se dan cuenta de lo que están haciendo? No entiendo como el ser humano puede convertirse en un monstruo tan atroz y sanguinario.

>> Muchas veces, durante mi viaje, al no recibir noticias tuyas, temí a la oscuridad y a los monstruos que se esconden en ella.

– No Tristan... – replicó –. Esta guerra ha sido oscura y sombría, no lo niego, pero los monstruos, los verdaderos monstruos no se esconden en la oscuridad.

Se enderezó en una de las piedras hasta conseguir sentarse.

– En la oscuridad no hay monstruos – continuó –, hay descubrimientos, posibilidades, libertad; siempre que alguien la alumbre. El ser humano se convierte en un monstruo cuando pasa de ser un individuo a formar parte de un grupo, a repeler todas sus acciones y encomendarlas al ajeno. Los alemanes no se han escondido en ningún momento, son monstruos presentes y hay que vencerlos, ya que luchan bajo un mismo uniforme y utilizan la voz de su líder para excusarse de sus acciones.

>> Aun así, viviendo un año bajo sus órdenes, empezaba a acostumbrarme a sus peculiaridades – concluyó sonriendo.

¿Con cuanta frecuencia se ocultaba la tristeza tras la payasada? – pensé.

– Gracias por venir a buscarme hijo mío, ahora nos toca volver a casa – agregó contento.

– ¡Era mi deber, papá! Vayámonos a casa, y dejemos atrás este infierno.

– Aún sigues sorprendiendo Tristan – añadió chistoso–. Esta guerra nunca ha sido un infierno; al menos para mí.

– Pero papá... ¿Es qué no lo has pasado mal? ¿Y las muertes? ¿Y la sangre?

Sonrió de nuevo, y su sabiduría contestó a mis cuestiones.

– El infierno y el paraíso, no son un lugar Tristan, son una decisión – respondió –. Yo decidí vivir feliz hasta mi último suspiro, y finalmente el destino te trajo a mí.

Las lágrimas cayeron de mis ojos. Incluso después de tanto tiempo, de tanto vivido, ese hombre seguía nutriendo mi ignorante conocimiento.

– Siento estar llorando... – añadí lagrimoso.

– No lo sientas Tristan, no todas las lágrimas son amargas – contestó repleto de orgullo –. Voy a descansar un rato. Cuando me despierte, seguiremos hablando. Sé que tienes mucho que contarme, pero ahora necesito descansar.

– Por supuesto papá, descansa, te lo mereces.

Cerró los ojos y, con una dulce sonrisa, se perdió en el mundo de los sueños.

– Tristan, descansa tú también – añadió Egmont tras observar que mi padre se había dormido–. En un par de horas volveremos a la aldea, pero, de mientras, échate un rato.

– Tienes razón Egmont. Gracias por todo, de verdad, te lo agradezco.

Ambos sonreímos, y feliz por mi logro, me acosté junto a mi padre. Esta vez, tranquilo y sin ningún tormento de por medio.

Capítulo XIV

LÁGRIMAS DE FUEGO

– Tristan. Tristan, despierta.

– ¿Qué pasa? – contesté mientras entreabría la mirada –. ¿Nos han descubierto?

– No...– prosiguió Egmont.

Me incorporé lentamente en mi asiento, bostecé como quien despierta de un largo y tendido y sueño, y tras acariciarme los ojos, pregunté de nuevo por su inesperada llamada.

– ¿Entonces qué pasa?

– Tu padre...

– ¿Mi padre? ¿Qué ha ocurrido?

Volteé la mirada para verificar su presencia, y ahí estaba, tumbado a mi lado, con una sonrisa dibujada en la cara, pero más blanco y frío que un paisaje nevado. Rápidamente me abalancé sobre él, y empecé a sacudirle para que reaccionara.

– ¿Papá?... ¿Papá?...

La nula respuesta empezó a alterar mi consciencia.

– ¡Papá! ¡Papá! ¡Despierta!

Le agarré por los hombros y lo zarandeeé de un lado a otro.

Estuve agitando su cuerpo durante varios minutos, sin ninguna pausa de por

medio. La sonrisa seguía intacta en su rostro, pero mi esfuerzo seguía siendo en vano.

– Tristan... es inútil – añadió Egmont, afligido—. Tu padre ha muerto.

Un extraño frío me congeló el corazón. El calor de mis sueños desapareció. Aquel fantástico paraíso con el que me había dormido, se presentó como un desierto de hielo. Mi meta, mi mayor éxito, se había transformado en un auténtico fracaso.

– Las heridas podían sanarse, pero la condición física en que se encontraba no ha podido superar el daño de las puñaladas – prosiguió Egmont.

La lágrimas caían por mi turbado rostro. Tanto viaje realizado, tantos problemas superados, para ver morir a mi padre en mis propias manos. Mis emociones se habían desbancado. El corazón helado, aquel me paralizó al verle muerto, se convirtió en un órgano de fuego.

Lloraba como nunca antes lo había hecho. El peso de la fragilidad y de la carga habían regresado, pero esta vez, convertidos en derrota, pena, y sufrimiento. Me equivoqué al pensar que esta guerra iba a adaptarse a mis propósitos, a mis ideas, a mis propios sueños.

El rechazo hacia mi padre creció con la misma fuerza que lo hace el amor. La enemistad hacia la guerra, hacia el enemigo, hacia toda razón que hubiera contribuido con la muerte de mi padre, se desbancó sin control. Sentí como la sucia muerte cogía mi mano, la agarraba con grosería y me mostraba el asqueroso precio del fracaso.

Comenzaron a sonar un sinfín de horrendas voces en mi cabeza: hablaban del odio, del rencor, de lo bueno y de lo malo, de que la justicia es mejor tomarla con tus propias manos. El vacío llenó de horror mis pensamientos, y por orden biológico, mis instintos más sangrientos emergieron desde dentro.

Mi rostro ya no mostraba más que miedo y desprecio. Necesitaba llenar aquella sed con las vidas que arrebataron mi anhelado premio.

Tras quince minutos, me levanté de su lado, me despedí con un fuerte

abrazo, y me dispuse a cavar su lugar de reposo. Egmont, Albert, y Bazily, se unieron a la contienda.

Perdida mi mirada en la oscuridad, acosté a mi padre en su lecho, y con lágrimas de fuego enterré su cuerpo. Mi pasado, mi presente y mi futuro, estaban siendo sepultados en las profundidades de un bosque polaco.

Ni una palabra fue recitada durante el réquiem. Monté a lomos de mi caballo, y empecé a alejarme del grupo.

– ¿Dónde vas Tristan? – preguntó Egmont confundido.

– Debo terminar con algo – contesté.

– No seas idiota, no vas a poder tu solo.

– Nuestro contrato ha acabado Egmont. Gracias por todo.

El silencio le bloqueó durante unos segundos.

– Deja que te acompañe, no puedes hacer esto solo – contestó.

– Me da igual morir.

– Vete, escápate, déjalo todo, pero no cometas un suicidio.

– Ahora mismo ya no me importa nada.

– No seas estúpido Tristan – replicó enfadado –. Fácilmente hallaras otra tierra en este mundo, pero no hallaras otra vida si pierdes la que tienes.

– No estoy para sermones, Egmont. No voy a permitir que otros oficiales mueran a manos de esos cerdos.

– Pues deja que te acompañe – contestó Egmont–, esta guerra es de todos.

– Haz lo que quieras, no te voy a esperar.

– ¿Albert? – preguntó Egmont, rápidamente.

– Sí. Iré con vosotros – contestó orgulloso–. Bazily, vuélvete a la aldea, y dile a Irenka que, en caso de que no volvamos, tome el control de las cosas.

– ¡Así lo haré! – contestó.

Montaron a lomos de sus caballos, y, guiados por el odio, nos dirigimos directamente hacia el campo de prisioneros.

Durante nuestro último encuentro en Kenia, mi padre recitó las palabras que mantuvieron mi juicio a lo largo de esa guerra.

– No olvides que tu enemigo también lucha por su causa, no te conviertas en un atroz sanguinario.

Tras su muerte, aquella promesa perdió su valor. El héroe de mi infancia, la luz en mi oscuridad, todas y cada una de aquellas ilusiones con las que él me había educado, fueron eliminadas por el ejército alemán. Debía acabar con esa estupidez humana, y arrebatar la vida a la escoria que la practicaba.

Esperamos hasta al anochecer. Un grupo de soldados alemanes, armados y respaldados por dos autos de combate, abandonaron el campo de prisioneros en nuestra búsqueda y en la del grupo de oficiales. La vigilancia logró reducirse, y la posible entrada al recinto no mostraba mayor dificultad.

El plan consistía en, llegada la media noche, aprovechar la falta de soldados para sobrepasar las verjas del vallado, dirigirnos hacia las casetas de los oficiales prisioneros, liberarlos, y con el uso de nuestras armas, alzar un motín desde el interior del campamento.

Mi intención, en cambio, no seguía dicho plan. La venganza era mía, e iba a ser yo quien decidiera como atacar.

Cuando Egmont y Albert se dirigieron a las casetas de los prisioneros para infundirles valor y armar el inesperado motín, me encaminé directamente hacia la caseta de los alemanes. Sin mucha dificultad, logré colarme por una de las

ventanas del lugar. Inspeccioné la zona y descubrí la habitación del primer oficial. Me acerqué hasta su cama, desenvainé mi puñal, y tras acariciar su frágil cuello, lentamente, observé como su garganta se empezaba a desgarrar. Mutilé su cuerpo y tronché sus huesos, dejando que la sangre pintara mi rostro con el olor a carne.

La escena sobrepasó los límites de la cordura: un oscuro rojo carmesí había manchado las cuatro paredes de la habitación.

Sin haberlo esperado, por una de las ventanas que daban al exterior, entraron los rayos de mi querida luna. Aquella fiel amiga, diosa del drama y de las tristezas, y compañera de mi largo viaje, comenzó a aclarar con sus rayos el color rojo de la sala.

¿Había cumplido con mi venganza? ¿Debía retirarme y volver a casa?

Las imágenes de Peter, de mi tronchada oreja, de la familia de Egmont, de los niños alemanes, y la de mi querido padre, volvieron como un rayo a mi cabeza. Fueron muchas mis desgracias para consolarlas con tan poca sangre.

Repetí la misma escena de habitación en habitación. El odio y la locura guiaban mi avance. Embadurné mi cuerpo con su sangre, les robé las armas, y me dirigí a terminar con mi asqueroso viaje.

Cuando Egmont y Albert, liberaron a los oficiales, y salieron a mi encuentro con el motín armado y preparado, contemplaron la horrenda escena que había dirigido. Un gélido sentimiento les congeló al verme embadurnado. Miré a Egmont, me miró, y tras conectar y transmitir mi más puro agradecimiento, monté a lomos de mi caballo desapareciendo entre el bosque polaco.

Esa noche logré superar los límites que Egmont había marcado. Esa noche dejé que el diablo tomara mis manos, e hiciera de mis actos una obra digna de cualquier monstruo.

Capítulo XV

CAMINO AL OLVIDO

Esa noche la pasé solo, alejado de todo el mundo, y con un vacío tan profundo que creí olvidarme de quien era.

El espacio creció mientras el tiempo se había parado; no dejé de cabalgar hasta bien llegada la madrugada. Advertí un pueblo en la lejanía, y decidí acercarme para refrescar mis pesadillas.

Las calles estaban vacías, eran las cuatro de la mañana, y los habitantes del lugar reposaban abrigados en sus casas. Las chimeneas escupían sus últimas bocanadas de humo, y el gélido rocío empezaba a emblanquecer los tejados y las calles de la aldea.

Llegué hasta la plaza mayor, y observé como el ejército alemán gobernaba la zona: unas flamantes y rojas banderas ondeaban en las puertas del ayuntamiento.

¿Cuánto trayecto había recorrido? y ¿hacia dónde había avanzado? Ese oscuro sentimiento, fundado por el odio y el rencor, me había encadenado en el pasado.

Tras abandonar a Egmont, a Albert y al resto de prisioneros, cabalgué durante horas y horas a través de la sombría floresta; agotado, rendido, y sin un destino al que llegar. El paisaje nocturno pasó por mi lado como el recuerdo de un lejano sueño. Nada nuevo podía permanecer en mi memoria, ningún pensamiento, distracción o sentimiento que no estuvieran relacionados con el cruel asesinato. Sin embargo, al observar el humo de aquellas chimeneas, que se alzaba hacia lo alto para perderse entre el rumor de las estrellas, mi cuerpo me ordenó descansar.

Y ahí seguían ellas, colgadas de las puertas del ayuntamiento; esas dos

banderas del ejército alemán, custodiaban y gobernaban imperantes cualquier movimiento que sucediera en su propiedad.

Gracias al avance de las tropas soviéticas por el este de Europa, el ejército alemán se encerró en su propia ratonera. Por lo que la vigencia de esas dos banderas permanecía gracias a su cercanía con la frontera.

Me desvié por una de las callejuelas del lugar, y llegué hasta una pequeña placeta, donde un banco de madera custodiaba un pequeño abrevadero. Até a mi caballo en un muro de piedra, y tras darle de beber, decidí limpiar la sangre que revestía mi cuerpo.

El constante chorro de agua fría, encargado de mantener el nivel del abrevadero, fue a su vez, el apoderado en reanimar mi ánimo y despertarme de aquella oscura fantasía.

Limpio y aseado ante los ojos de la aldea, decidí acostarme en el banco y descansar. No tenía sueño, la adrenalina de aquel asesinato seguía bombeando en mi corazón. Apoyé la cabeza en uno de los reposabrazos de madera, y perdí la mirada hacia el cercano amanecer.

Los tejados de las casas, cubiertos por finas capas de hielo, empezaron a centellear con los primeros rayos de luz. La victoria de las fuerzas aliadas se advertía en el panorama; la horrible y sangrienta guerra iba a llegar a su fin. Todo iba a salir tal y como los aliados lo habían imaginado: el gobierno nazi iba a caer, y la paz y la victoria iban a ponerse de nuestro lado.

Pasaron las horas, y apenas pude dormir. La emoción que había creado esa horrible escena me mantenía despierto, sin preocupación por el futuro. No me importaba ser hallado por alguno de esos estúpidos soldados. Ese pueblo, de un modo u otro, se había transformado en mi lugar de reposo. Prefería morir a manos de un alemán incompetente que volver derrotado, con el alma vacía, a nuestra famosa aldea; rodeado por mis antiguos compañeros, y avergonzado suciamente ante mi rayo de luna. No quería volver a verla, después de mi insultante derrota, y la falta a mi promesa, no la merecía.

El oscuro cielo comenzó a aclararse y a pintar sus finas nubes con el rojizo amanecer. Sin haberlo esperado, un par de lágrimas se deslizaron por mis

mejillas.

¿Para qué? ¿Cuál era el propósito de mi cometido? ¿Había servido de algo ese viaje?

Ya no quedaba nada más por lo que luchar: mi padre, mi héroe, había muerto; mis amigos se habían ido; había sufrido todo tipo de heridas; y arrebatado, por puro orgullo, centenares de vidas.

¿Qué debía hacer? Definitivamente había perdido la batalla.

¿Y todo eso por qué? ¿Tanto peligro vivido, tanto esfuerzo requerido, para perder, en un simple segundo, el sueño de esos largos cuatro años?

Arriesgué mi vida por los aliados, luché duramente contra el enemigo, y maté, con mis propias manos, a decenas de soldados. Viajé por medio mundo y sobreviví a todo tipo de tempestades. Incluso, desde un buen inicio, olvidé que mi meta, mi fin, había dejado de justificar los medios. Tantas vidas arrebatadas a cambio de una sola...

¿Quién era yo para marcar y elegir la vida de otros? ¿Qué sentido tenía seguir luchando? ¿Qué sentido tenía seguir viviendo? ¿En qué me había convertido? Me sentía solo, como un solitario transeúnte que, poco a poco, se alejaba hacia el olvido.

El frío del repentino amanecer empezó a abrirse paso, y una dulce y fina niebla comenzó a cubrir la oscuridad del pasado.

Durante unos minutos, me evadí de todo ese mundo que me rodeaba. Era un hombre tumbado en un banco, un árbol perdido en un bosque, un grano de arena en medio del desierto. Durante un buen rato estuve buscando el sentido a mi universo; la inocente conclusión de mis hazañas. Mi asquerosa y mísera existencia podía completarse con el todo. Por primera vez en muchos años, tenía miedo: temía a la vida, y a su oculto progreso. Necesitaba encontrar la capacidad de cambiar, de elegir una nueva actitud ante ese nuevo sufrimiento. Después de tanto tiempo, debía asumir el precio del silencio.

De pronto, observé como la oscura sombra de las casas perdía fuerza ante

el naciente amanecer. Los primeros rayos de sol se abrían paso entre las calles de la aldea. Creaban su propio reino desde la nada: luz, colores, y nuevas formas se descubrían en el panorama.

Solamente una barrera. Una barrera que no se encontraba en el cerebro, sino en el corazón. No iba a superar ese miedo con el pensamiento. Debía aprender a superarlo con las emociones, con los propios sentimientos; aprender de aquellos rayos de sol, cambiar el modo de ver las cosas, para que estas cambiaran su auténtica forma.

Mi podrida venganza había terminado. La violencia era el único recurso del incompetente, y gracias a mi padre y a mi logrado objetivo, debía dejar atrás ese oscuro horizonte.

Entendí que mi padre no tenía la culpa. Que el amor hacia un ser querido se construye con deseo y bondad, y no con provecho y usura. Debía perdonarle y recordarle sin dolor. Olvidarme del perdón como culpa, y aceptarlo como un gesto de afecto; como un gesto de amor.

Incluso después de su muerte, seguía aprendiendo de él. Sus últimas palabras, marcaron en mí una nueva pauta:

“El infierno y el paraíso, no son un lugar, son una decisión. Y yo decidí vivir feliz hasta mi último suspiro.”

Iba a llevarme varios años entender y alcanzar su sabiduría, pero no podía caer de nuevo en la tentación que me brindaba el rencor; ni en las consecuencias que éste acarreaba.

Coloqué mi brazo bajo mi cabeza, apoyando en éste todo el peso de ésta, y observé como la mañana incendiaba con su luz los tejados de las casas.

Tras unos minutos, cautivado por la simple belleza que se mostraba, caí rendido y agotado. Olvidé cuanto tiempo estuve durmiendo, ni cuanta gente me vio en ese estado; pero desperté otra vez con la noche pintando el firmamento.

A mi lado, una dulce niña descansaba sentada en el replano. Había alimentado a mi caballo con un cesto de heno seco y un par de manzanas. A mi,

en cambio, me abrigó con una manta de lana y apoyó mi cabeza en una suave almohada.

Las calles seguían igual de vacías que a mi llegada. Las casas emanaban luz desde su interior, y la ostentosa noche danzaba de nuevo sobre el panorama.

Al percibirme despierto, la niña se despertó y corrió rápidamente hacia una de las casas que resguardaban la placeta. Una de las luces de la casa se encendió, y su dulce e inocente figura se asomó por la ventana. Sonrió, levantó la mano, y, con un amable gesto, se despidió.

Aquella simpleza prendió de nuevo mi esperanza; no iba a volver a la famosa aldea, pero tampoco iba a quedarme en esa plaza. Mi destino seguía vigente en mis pensamientos, y en honor a las pérdidas sufridas, debía armarme de valor, inspirar mi último anhelo de gallardía, y ayudar a poner fin a esa oscura y repugnante guerra.

Alcé la mirada en busca de la niña, agradecí su gesto con pura cortesía, y tras arreglar las prendas que me había prestado, monté a lomos de mi caballo dejando atrás a la oportuna aldea.

A finales de 1944, las fuerzas Aliadas tomaron ventaja sobre los ejércitos del Eje en los frentes de combate. Tras las victorias en las batallas del Alamein, Stalingrado y Ardenas, más el triunfante desembarco de Normandía, y el avance de la Unión Soviética por el este del continente, las tropas aliadas consiguieron tomar el control ofensivo en gran parte de Europa. Además, la conquista de Italia y la pérdida del dominio en el Mediterráneo, provocaron que el ejército alemán tuviera abiertos múltiples frentes de combate a lo largo y ancho de su frontera.

Aun y siendo atacados por EEUU y Reino Unido por la parte occidental, y por la Unión Soviética por la parte oriental, Hitler, en contra de la opinión de sus propios generales, ordenó ejecutar una retirada progresiva, y a su vez combativa, hacia el mismo corazón de Alemania.

Los ejércitos alemanes rindieron sus armas, uno por uno, ante la dura imposibilidad de vencer a las tropas aliadas, que disponían de un mayor número de soldados y de un mejor abastecimiento militar.

Por si fuera poco, el ejército soviético, tras su avance por territorio europeo, inició su unión con las tropas de la resistencia, ayudando a éstas a liberar sus ciudades, prisioneros de guerra, y campos de concentración más cercanos a las zonas de incursión.

La cruda situación obligó a las potencias del Eje a cambiar su estrategia militar, disponiendo sus últimas ofensivas cómo batallas de desgaste, (defensivas y de resistencia). ¿Su función? Dificultar el avance enemigo, tanto por los francos europeos como por las zonas del Pacífico.

Sin embargo, tras el fuerte ímpetu de las fuerzas nacionales en mantener sus posiciones, el 8 de Mayo de 1945, los soviéticos entraron en el corazón de Alemania, vencieron a las tropas alemanas, y les obligaron a declarar su rendición ante las fuerzas aliadas.

Cinco meses antes de la esperada victoria, me uní de nuevo a las fuerzas de la resistencia. Sin pausas de por medio, avanzamos terreno con la ayuda del Ejército Rojo hasta arrebatarnos, de la mano alemana, un gran número de ciudades polacas.

Alemania estaba cayendo, y su inevitable derrota se veía reflejada en los campos de batalla. Muchos soldados elegían desertar, dejar sus armas, y vivir, antes que morir por un país que ya formaba parte de la historia.

A finales del 44, gracias a mi rango y a mi realizada reputación, conseguí reincorporarme como oficial en el avance de las tropas soviéticas. Me convertí en su preciada avanzadilla.

Dirigía una unidad ágil y rápida; nos movíamos con facilidad entre los montes y planicies polacas. Debíamos adelantarnos al paso de los rusos, estudiar los posibles frentes de batalla, y facilitar su entrada hacia tierras alemanas. No eran misiones complicadas: descomponíamos el puesto de

guardia alemán y dábamos paso al Ejército Rojo.

Una de esas tardes, de misión rutinaria, me escondía a la sombra de un viejo puente de piedra. Este era la entrada a una pequeña población que permanecía, aún, bajo tutela alemana.

A mi lado se encontraban Kaspar y Luboslaw, dos jóvenes judíos, fibrosos y repletos de energía, que tras la muerte de sus familias se habían unido a la resistencia. Llevaban un tiempo trabajando a mi lado, cubriéndome las espaldas. Eran fieles, y ambos luchaban con el mismo interés y la misma pasión que les otorgaban sus causas.

Eran altos y morenos, con la nariz aguileña, y un poco de vello que les ensombrecía el bozo y la barbilla. No les faltaba entusiasmo en arrebatar más vidas. Yo, por lo contrario, prefería no hacerlo. Gracias a esa falta de estima que regalaban al ajeno, el avance de las tropas soviéticas fue más que provechoso.

Sin romper nuestra rutina, mientras el Ejército Rojo nos cubría las espaldas, tomábamos el control de los puestos de guardia enemigos; eliminábamos a los alemanes que lo custodiaban, y, posteriormente, permitíamos el paso a las tropas soviéticas, quienes esperaban atentas tras la frondosidad de la arboleda.

Esa tarde, nos adelantamos por la orilla de un pequeño riachuelo hasta situarnos bajo el puente que daba acceso al pueblo. Por encima de nosotros, patrullando y defendiendo la pasarela, cuatro alemanes soportaban el frío invernal al calor de sus cigarrillos. El reloj marcó las seis cuando decidimos iniciar el asalto.

Subimos con extremo sigilo por la orilla del río, ganamos las espaldas de los cuatro soldados, y al no percibir ningún cambio, nos escondimos tras unas cajas de madera que custodiaban la caseta de vigilancia.

El cielo estaba encapotado y el blanco paisaje dibujaba frío y soledad.

Me coloqué entre los labios mi nuevo vicio, adquirido tras la muerte de mi padre, prendí el cigarrillo con el fuego de mi Zippo, y tras pegar una dulce y serena calada, ordené cargar contra el enemigo.

A paso lento y discreto, se acercaron hasta una distancia de cinco metros, y en vez de captar su atención con un pobre silbido, descargaron el ardiente metal sobre sus espaldas. La sangre pintó la nieve como un cuadro del renacimiento.

Me acerqué hasta ellos, calé mi cigarrillo y añadí:

– Kaspar o Luboslaw, ya podéis dar la señal.

– Hoy te toca a ti – contestó mientras propinaba una amigable palmada en la espalda de Kaspar.

Éste no tardó mucho en alzar el brazo. Colocó sus dedos entre los labios y silbó tres veces en dirección al escondrijo. Las tropas soviéticas encendieron sus motores y en cuestión de minutos, un ejército rojo, cargado con armamento pesado, salió del bosque, cruzó el puente y se internó hacia el interior del pueblo.

Nos sentamos los tres en uno de los pedruscos que escudaban el puente, echamos un trago a nuestras viejas petacas, y, serenos tras nuestro nuevo éxito, esperamos a que los rusos completaran la misión.

Al cabo de veinte minutos, el ruido de los disparos y de las explosiones cesó. Me levanté de mi puesto, prendiendo de nuevo otro cigarrillo, y completé diciendo:

– Chicos, voy a dar una vuelta por el pueblo. Avisadme si ocurre algo.

– ¡Perfecto Tristan! –contestaron los dos.

Algo familiar en esa aldea me infundía preocupación y miedo. Aun así, todos los pueblos eran parecidos, y desde la muerte de mi padre, apenas tenía

control sobre mis sentimientos.

Las calles yacían vacías, el polvo de las explosiones aún rondaba por las casas, y un olor a tierra mojada, removida por el anterior estruendo, bañaba el panorama.

Llegué hasta la plaza mayor, y observé como un enorme edificio había sido sepultado por el fuego de los cañonazos. Solo un trozo de una de esas flamantes y rojas banderas alemanas, que en su día ondearon por un imperio, resurgía desde los escombros, abatido y destronado por las fuerzas comunistas.

Seguí andando hasta desviarme por una de esas callejuelas, y sin dejar de calar mi fabuloso cigarrillo, llegué hasta una pequeña placeta, donde un banco de madera custodiaba un pequeño abrevadero.

De un modo u otro, conocía aquel lugar. Giré curiosamente la vista, y observé como una pequeña y bronceada arandela brotaba desde la pared de la plaza.

De pronto, el oscuro recuerdo se vio alterado por la presencia de una luz. Miré hacia arriba, y busqué la ventana por la que, aquella mañana, se asomó la niña.

No logré localizarla; el edificio en que se encontraba se había desvanecido con la misma fuerza que el ayuntamiento. Solo quedaban sus restos y un recuerdo.

Respiré, eché la última calada al cigarrillo, y mientras notaba como el humo se expandía por mis pulmones, lancé la colilla a ese montón de escombros. Espiré el humo restante, di la media vuelta y, con la memoria muerta de aquella niña, sentencí el final de mi inocencia.

Volví al encuentro de mis dos camaradas, que seguían elogiando y glorificando sus actos de guerra, y esperé a que la armada comunista ordenara la marcha hacia tierras alemanas.

El 12 de Enero de 1945, entramos en territorio alemán y avanzamos rápidamente hasta detenernos a unos sesenta kilómetros al este de Berlín, en una línea defensiva alemana que se resguardaba a las orillas del río Oder.

Nuestra misión era seguir avanzando, pero esta vez, la cercanía con el enemigo nos obligó a plantear nuevos planes ofensivos:

Las tropas soviéticas se encargarían de abrir dos nuevos frentes de batalla: se atacaría Berlín desde el este y desde el sur de la ciudad, mientras que un tercero, ya establecido con anterioridad, atacaría las posiciones alemanas desde el norte.

El 20 de abril se inició la implacable ofensiva. El primer frente bielorruso bombardeó el centro de Berlín. A su vez, el primer frente ucraniano empujó hacia al sur a las tropas alemanas que sostenían la ciudad. Éstas últimas se encontraban en plena decadencia; estaban acabadas, mal equipadas y totalmente desconcertadas. Subsistían divisiones tanto de las *Waffen-SS* como de la *Wehrmacht*, a las que se les sumaban voluntarios de las *SS*, y soldados mal entrenados de las juventudes hitlerianas.

Durante los siguientes días de batalla, fueron tomadas varias posiciones alemanas. Tras una fuerte lucha, finalmente, fue alcanzado el centro de la ciudad. Ahí los combates dejaron de ser a distancia, y pasaron a librarse cuerpo a cuerpo, casa por casa.

Debido a la fuerte presión que sufría la inmediata derrota del Alemania Nazi, Adolf Hitler, *Führer* de Alemania, apretó el gatillo de su pistola, y marcó el punto y final a su historia imperial.

El 8 de mayo de 1945, los defensores cedieron la ciudad a las fuerzas soviéticas provocando que numerosas unidades alemanas marcharan hacia el oeste. Querían entregarse a los aliados occidentales antes de ser capturados por las tropas comunistas.

Ese día se alzó la bandera roja en lo alto del *Reishtag*. Alemania había caído, y, con ella, todo su imperio nacionalsocialista.

Tras terminar la guerra y proclamarse nuestra victoria, mi principal y único objetivo había llegado a su fin. Había alcanzado mi última meta y ya no sabía como seguir.

Volvía a estar solo; a ser un soldado entrenado con despecho, con un espíritu competitivo, pero sin nada por lo que seguir luchando.

Pero mi momento de volver a casa, a Sudáfrica, aún no había llegado. Necesitaba olvidarme de todo eso; empezar una nueva vida, pero totalmente distinta a la que me habían educado.

Capítulo XVI

FRAGANCIA CELESTE

Abandoné la derruida ciudad de Berlín y marché hacia occidente. Las tropas aliadas habían reconquistado todo vestigio alemán convirtiéndolo en su propiedad, y utilizándolo como lugar de cura y recuperación de sus tropas.

Las banderas británicas y americanas ondeaban victoriosas por encima de aquellas ruinas que una vez ostentaron la gloria alemana.

La celebrada victoria podía apreciarse incluso en el color del paisaje: el sol brillaba con más fuerza, las nubes danzaban tranquilas, y el olor de la tierra obsequiaba armonía. La paz había vuelto a sus patrias y la vida brotaba de nuevo, sin miedo a ser destruida.

Tras mi partida de Berlín, logré unirme a un pelotón de artillería del ejército británico que se dirigía, a paso firme, hacia las costas atlánticas. Para ellos, la victoria se celebraba con su vuelta a casa. No obstante, esa guerra les había destrozado, volvían vivos pero a la vez muertos. Una profunda y vacía mirada destellaba bajo las boinas de aquellos soldados.

A su marcha, y sobrepasada ya la frontera con Francia, anduvimos cerca de un pequeño campamento del ejército del aire. Estaba situado en un formidable campo verde, bordeado por frondosos robles, y oculto tras los fuertes vientos del este. Era sede de las RAF, la real fuerza aérea británica.

Una docena de pequeños *Hawker Typhoon* dormían a cielo descubierto sin preocupación de ser despertados. Nunca antes había visto esos ejemplares reposando en el suelo. Cuando surcaban los aires durante la guerra, y pasaban justo por encima de nuestras cabezas, el ruido de sus motores y el aire cortado por sus alas, procuraban que la valentía de mis hombres se apagara como el soplido de una vela. Esas armas, esos pájaros de hierro, eran auténticas máquinas de batalla.

La curiosidad me inundó al completo, y me desvié de la marcha que seguía el regimiento.

Unas pequeñas casetas, situadas en el desnivel más alto de la planicie, formaban el campamento. Me adelanté, sin permiso alguno, hasta los aviones de combate que reposaban en el suelo, y durante diez largos minutos observé asombrado sus peculiaridades.

– ¿Le puedo ayudar en algo? – escuché a mis espaldas.

Torné la cabeza, y durante unos instantes creí reconocer la figura de Egmont. Era alto, moreno, con una frondosa barba, y con unas espaldas más anchas que el mar. Vestido con un uniforme de la RAF, ese oficial del ejército del aire, se dirigía hacia mí con una radiante y espléndida sonrisa.

Tras reconocer mi ingrato error, contesté a sus palabras:

– No sé preocupe teniente. La curiosidad al ver uno de éstos, quieto y callado – indiqué mientras apreciaba el avión de arriba abajo–, me ha obligado a volcarle mi atención.

– Preséntese soldado – insistió el teniente.

– Mi nombre es Tristan White. Capitán de la *Western Desert Force*, y ex miembro de las fuerzas de la resistencia.

Formó rápidamente, y contestó con aire disciplinado.

– Disculpe mi osadía capitán, al no llevar usted el uniforme, creía...

– No se disculpe teniente – interrumpí con una dulce sonrisa–. Descanse, y si no le importa, explíqueme la espléndida ingeniería de estas armas.

– Por supuesto mi capitán.

Nos acercamos hasta la punta de una de esas enormes alas, y confiado por la pasión que sentía hacia el trabajo que realizaba, dejó que las palabras fluyeran por su boca.

– Esta preciosidad es un *Hawker Typhoon*, “Tiffy” para los amigos – completó mientras acariciaba felizmente parte de su fuselaje—. Tiene una longitud de 31,9 pies, una envergadura de 41,6, y una altura de 15,3; Vacío pesa 8838Ib, y con armamento 11394,7Ib. Aun así, su peso máximo de despegue es de 13246 Ib. ¿No le parece increíble capitán?

Conocía al detalle ese avión. Sus ojos brillaban cada vez que hablaba de él. Le apasionaba su trabajo, y la seguridad que mostraba al ejercerlo le ayudaba a seducir cualquier oyente que quisiera estar atento. Nos acercamos hasta la gran hélice delantera, la agarró con orgullo y devoción, y prosiguió con su empresa.

>> Dispone de una hélice tripala. Fíjese que curvatura tienen sus palas ¿Lo ve? Es para crear sustentación, succión en el avance. Y detrás de ellas – prosiguió–, justo detrás, está el motor. Éste motor es uno de los mejores motores inventados hasta ahora, mi capitán.

– Hábleme de él, pues – interrumpí de nuevo.

Sus ojos no dejaban de brillar.

– Es un motor en H, un auténtico motor en H. Dispone de 24 cilindros, y está refrigerado por líquido *Napier Sabre*, IIA, IIB o IIC, dependiendo del modelo; en este caso es IIB.

>> Permita que le repita, mi capitán –insistió–, que este avión es una bestia alada. Puede alcanzar hasta las 412 millas por hora, con un techo de vuelo de 35200 pies. Es un auténtico demonio en el aire – añadió, presumido, como cualquier inglés—. Y por último, si se aproxima un poquito – incitó mientras nos acercamos hasta la parte del armamento–, dispone de cuatro cañones *Hispano MkII* de 20mm; dos bombas de 500Ib, y 8 cohetes RP-3, aire-tierra. Con este animal... ¿Entiende ahora porqué derrotamos a los alemanes? No podían superar esta genialidad, no podían. ¿Qué le parece, mi capitán? Asombroso, ¿verdad?

– Una autentica obra de arte – contesté sorprendido—. Aunque hay algo que aun no comprendo.

– Diga, mi capitán. ¿Qué duda puedo aclararle?

– ¿Qué se siente al surcar los aires? – pregunté afanoso.

Sonrió, miró hacia el cielo que empezaba a atardecer, y contestó:

– Libertad, mi capitán. Dulce y divina libertad.

Suspiré tras su transparente respuesta, y sentí que eso era lo que yo buscaba: *libertad, dulce y divina libertad*. Quería sentirme libre, olvidarme de todo aquel pasado que cargaba a mis espaldas.

– ¿Podría montar en uno de estos? – pregunté tranquilo e ilusionado.

Frunció el ceño, se rascó la cabeza tímidamente, y respondió.

– Espere aquí un momento, mi capitán. En seguida vuelvo.

El oficial se dirigió hacia una de esas casetas, y yo me quedé observando la brutalidad y la destreza que se mezclaban en ese avión.

La luz de la tarde tintaba de amarillo y rojo el paisaje. Ese avión de combate brillaba ante mis ojos como una fuerte llamarada. El color verde oscuro de su pintura, los tornillos remachados de sus alas, la pequeña bóveda de su cabina, la punta plateada de su hélice tripala, el robusto tren de aterrizaje, y la aerodinámica de su fuselaje... Ese avión era una perfecta obra de arte.

A los cinco minutos volvió el teniente de vuelo, junto a otro oficial, éste de mayor grado que el primero.

– Buenas tardes, capitán. Mi nombre es Oscar Jones y soy el líder de la Escuadrilla – se presentó.

Era bajito, rechoncho en sus carnes, de cara aplanada y nariz robusta. De expresión valiente; parecía no temerle ni a la guerra ni a la propia muerte.

>> El Teniente Goldstone me ha contado su interés por surcar los aires. ¿Es eso cierto?

– Así es, comandante Jones – contesté tranquilo.

– Perfecto. No obstante, me gustaría saber qué le ha traído a estos parajes.

– Voy de camino a Inglaterra. Esta tarde, al percatarme de su presencia, he decidido desviar mi camino para atender y observar estas bellezas – contesté mientras admiraba, de nuevo, la elegancia de los Tiffy.

– ¿De camino a Inglaterra?

– Así es.

– ¿Iba usted solo?

– No. Me uní a un regimiento que volvía de Alemania, tras la batalla de Berlín.

– ¿Luchó en la famosa batalla? – preguntó insistente.

– Así es. Pero bajo el mandato de las tropas soviéticas.

– White... White...de que me suena a mí ese nombre... – inquirió.

– También formé parte de la resistencia polaca – añadí intrigado.

– Resistencia polaca... White... Espere... ¡White! ¡Por supuesto! ¡Usted es el degollador africano!

El degollador africano... Tras mi cruel asesinato en el campo de prisioneros, y tras las anécdotas que me perseguían desde el fortuito encuentro en el lago de Bled, en mi contra, me había ganado ese asqueroso sobrenombre. Mi reputación como sanguinario había conseguido igualar a la de Egmont en sus peores años.

– Si, desafortunadamente, así me llaman – contesté.

La sorpresa bloqueó el rostro del teniente. Por lo contrario, el rostro del comandante se colmó de alegría.

– Un placer poder conocerle, capitán White – añadió mientras me mostraba un digno apretón de manos.

– El placer es todo mío – respondí cortésmente a su gesto.

– Admiro su trabajo y sus acciones. Se lo tenían más que merecido. Y en cuanto a su padre... siento mucho su pérdida.

– Gracias comandante – respondí.

Por lo visto, mi historia, en menos de ocho meses, había recorrido toda Europa.

– Así que se dirige a Inglaterra, capitán – continuó interesado.

– Así es.

– Mmm... Hoy podría estar de suerte, mi capitán.

– ¿De suerte? ¿A qué se refiere?

– Esta misma noche, el teniente Goldstone viajará a Londres por motivos confidenciales. Iba a hacerlo solo, pero visto su inesperada y preciada compañía, creo que le gustará acompañarle y disfrutar del vuelo. Utilizaremos el *Westland Lysander*, teniente – añadió dirigiéndose a éste.

– Buena elección, mi comandante – contestó.

– ¿Le apetece, mi capitán? – preguntó Jones, encantado.

– Me parece bien – sentencié firme, pero secretamente ilusionado.

– Perfecto, capitán. En una hora aproximadamente saldrán de camino a Londres. La *meteo* se previene buena, y el tiempo de vuelo, con el viento de cola, acostumbra a ser de unas cuatro horas, aproximadamente. El teniente es uno de nuestros mejores pilotos, no tendrá de que preocuparse. Ahora mismo le mostraré el *Lysander*.

– Muchas gracias, comandante Jones. No olvidaré su nombre.

– Me alegra oír eso. Ha sido un placer conocerle – dijo mientras se disponía a entrecruzar, de nuevo, nuestras manos–. Que tengan un buen vuelo, y un buen retorno a nuestra querida Inglaterra. ¡Dios salve al Rey! Y gracias por su servicio, esta guerra la hemos ganado gracias a gente como usted.

Se dio media vuelta, y se dirigió hacia el interior de una de esas casetas.

– Capitán, si me acompaña, le mostraré el avión con el que viajaremos esta tarde– agregó el teniente, asombrado por mi inesperada identidad.

– Por supuesto, muéstreme otra de sus joyas – contesté complacido.

Nos dirigimos hacia la parte trasera de las casetas, donde otro enorme campo verde arrojaba otra docena de aviones.

Tras sortear algunas de esas naves, llegamos hasta *Westland Lysander*; otra fantástica aeronave que infundía respeto nada más acercarse.

– Capitán, esta preciosidad es la *Westland Lysander*. – añadió, orgulloso de nuevo.

El asombro había vuelto a colmar mis sentidos.

– Cuénteme teniente, ¿Qué tenemos aquí?

– Este aeroplano, a diferencia del Tiffy, es biplaza. Nos ha sido muy útil para la realización de misiones clandestinas tras las líneas enemigas, incluso ha servido de ayuda a las fuerzas de la resistencia francesas y belgas.

– ¿Le importaría si...? – insinué, gozoso.

– Por descontado, utilice esta escalera – contestó señalando una pequeña escalera, muy simple y ligera, que permitía el paso hacia la cabina del segundo.

No tardé mucho en trepar por ella y plantarme en mi cabina. Los asientos estaban dispuestos espalda contra espalda. Justo delante de mí, la ametralladora Lewis apuntaba hacia la cola; y por detrás de mí, se encontraba la cabina del piloto. Me alcé de rodillas en mi asiento, y observé, entretenido,

el puesto de pilotaje. Relojes, sistemas electromagnéticos de navegación, pedales, cuernos, y un pequeño volante para dirigir la nave a pie de suelo, completaban la cabina del piloto. A ojos de cualquier novato, parecía imposible deducir y utilizar esos controles de mando, pero todas y cada una de esas complicaciones, lograban que ese trasto de metal alzara el vuelo como un ligero y simple pájaro.

El teniente Goldstone fue rápido en prepararse y subir al avión. El motor comenzó a rugir y a resonar entre los árboles que escudaban el campo. Nos deslizamos entre las naves que seguían reposando, y antes de que el sol se escapara a lo lejos de occidente, alzamos el vuelo.

La primera sensación fue de mareo. Noté como todos mis músculos perdían su peso tras el despegue; como si flotaran dulcemente por el aire. Luego sentí la fuerza de la gravedad. El miedo a la inminente caída no tardó mucho en despertar. La tensión recorrió mi cuerpo durante unos minutos. Me sentía libre pero a la vez atrapado. La extraña y nueva sensación me mantenía alerta, pero impotente ante cualquier peligro.

Tras unos minutos de vuelo, me percaté de las vistas que se expandían a lo largo del paisaje. Su belleza consiguió evadir al completo mis preocupaciones. Este se había transformado en una hermosa y detallada maqueta. Primero los árboles, luego los ríos, los bosques, los valles y los montes, empequeñecieron sus siluetas hasta volverse frágiles y delicados. Desde ahí arriba, nuestro mundo parecía un juguete hecho para dioses.

Podía observarse la costa, los frondosos bosques franceses, y la verdura de sus paisajes. Los ríos reptaban por los valles como largas y finas serpientes. Anchos campos de lavanda, de trigo y de girasoles, resaltaban por sus colores, e incluso los montes más altos podían alcanzar las nubes.

El horizonte empezó a curvarse, mostrando la rotunda forma del planeta. Ascendimos, lentamente, hasta atrapar las nubes. Éstas eran bolas de algodón, puestas y apiladas unas sobre otras, de un suave color blanco, limpio y claro por el agua que portaban.

Cuando empecé a creer que la oscura noche cubría el horizonte, sobrepasamos la fina línea de la incertidumbre. El majestuoso sol esperaba nuestra llegada mientras propagaba sus últimos rayos de luz hacia su esfera. Era nuestro faro, nuestro punto guía que mostraba el camino a la orgullosa Inglaterra.

Poco a poco me fui alejando de aquella Europa vieja, gastada, y destrozada por la guerra. Al fin, dejaba atrás esa oscura parte de mi vida. Nunca más volvería a ver las caras de Egmont, Albert, y de mi querida Aurea. Ese aprecio que una vez sentí por ellos empezó a convertirse en un amargo y lejano recuerdo. Sin embargo, nunca podría olvidar quienes fueron; sus presencias seguirían firmes en mi memoria, protegiéndome al seguir avanzando, y escoltándome ante mi inesperado futuro. De eso trataban los recuerdos, un número indefinido de sensaciones y sentimientos que mantenían y avivaban la llama de la vida. Pero cómo bien sabía, toda cura podía derivar en enfermedad. Diariamente me apenaba y me ocultaba tras ellos, con el fin de evadirme del presente, de volar hacia tierras ya conocidas, de degustar, de nuevo, la seguridad y la complacencia que me transmitía mi antiguo hogar. Gratificaba su presencia aunque me devolvieran al oscuro pozo de la soledad.

Al cabo de unas horas, la oscuridad inundó completamente el panorama. Mi amiga, la nívea luna, no se presentó aquella noche. Lo entendí como un cambio, como un adiós, como un nuevo inicio más allá de mis acciones.

Capítulo XVII

HONOR Y PODER

Aterrizamos bien llegada la medianoche, con una baja y densa niebla que cubría al completo el paisaje londinense. El clima era frío y húmedo. Las finas nubes habían ocultado la luz de las estrellas, y una pesada oscuridad se cernía sobre el panorama.

Sentí la flemática Inglaterra bajo mis pies, y, rápidamente, busqué aquel sentimiento que rindiera homenaje a mi pasado; que devolviera la nostalgia a mis ocultos pensamientos. Indagué en lo más profundo de mí mismo, y busqué cualquier sensación o emoción que otorgara sentido a mi regreso. Tras unos minutos de temida introspección, sin poder entenderlo, la nada me venció. Nada. No sentí nada. Pisaba aquella tierra como podía pisar cualquier otra. La querida Inglaterra me había recibido con los brazos bien abiertos, pero tristemente olvidados por el paso del tiempo.

Los focos de dos coches iluminaron la pista de aterrizaje, y el teniente Goldstone no tardó mucho en deslizar el aeroplano por encima de aquel campo. Las ruedas del tren se agarraron fríamente en el césped del terreno, resbalamos, y cuando el avión finalizó su rodaje, Goldstone apagó los motores. Las aspas dejaron de girar, y, una vez quietos y seguros, abandonamos el aparato.

Era un buen piloto, con las bajas condiciones visuales a las que nos habíamos enfrentado, aterrizar con tal elegancia y delicadeza solo se encontraba en las manos de los más experimentados.

Dos hombres, de metro ochenta cada uno, altos como cualquier inglés, salieron airoosamente de sus vehículos. Iban tapados con una gabardina, y con dos sombreros que les cubrían gran parte de la cara.

Se dirigieron hacia nosotros, a paso firme y seguro, y sin reaccionar ante mi inesperada presencia, nos incitaron a entrelazar nuestras manos.

– Teniente Goldstone, capitán White, les estábamos esperando. Bienvenidos a Inglaterra. Síganos por favor.

Apenas intercambiamos más palabras. Nos invitaron a subir en uno de los dos vehículos, y en pocos minutos, pusimos rumbo a nuestro nuevo destino. Por lo contrario, el otro automóvil, impasible a nuestra marcha, apagó las luces y permaneció en su sitio, vigilando y protegiendo el avión militar.

¿Qué necesidad había, una vez ganada la guerra, de ocultar del mundo civil, e incluso militar, misiones de tal simpleza como esa?

El ambiente se saturó con el misterioso y singular recibimiento. No podía dejar de mirar el tranquilo rostro del teniente. Sin embargo, nuestro coche se alejaba de la escena en cuestión perdiéndose por los ocultos caminos londinenses.

Demasiado misterio para un vuelo tan vulgar y simpático, y en el que un desconocido había sido invitado con tanta naturalidad. Podía ser un espía, podía serlo sin ningún problema: un espía soviético, enviado por el ejército rojo, en busca de información confidencial del imperio británico.

No comprendía su despreocupación por mi llegada. ¿Podían tener constancia de ella? Sin embargo, no era mi problema. No iba entrometerme en su modus operandi ni preocuparme por el secreto que guardaban; mi misión no era aquella. Al fin había llegado a Inglaterra, mi aspirada y natal Inglaterra.

Al cabo de unas horas de paseo nocturno, llegamos ante las puertas de un pequeño palacio, propiedad del gobierno británico. Grandes y lujosos automóviles custodiaban con sus focos las puertas de aquel edificio. Justo enfrente, dos banderas británicas ondeaban en la oscura noche, proclamando la sombra de su imperio por encima del paisaje. La ambición y el poder inglés podían verse retratados en aquella imagen.

Abrieron las puertas de nuestro coche, y nos invitaron a entrar en el lujoso palacio. El arte clásico renacentista, y más que cargado al detalle, se expandía a lo largo, alto y ancho de esas paredes. Puertas de más de tres metros bloqueaban el paso a fabulosas salas; finos y anchos corredores se exhibían ante mis ojos, con la belleza y el poderío de la suma autoridad.

Nos pararon delante de una gran puerta de roble macizo, el teniente Goldstone vaciló unos segundos y decidió despedirse por su trabajo.

No pudimos disfrutar de mucho trato desde el inicio de nuestro viaje. Antes de que cayera dormido en el avión, me incitó a observar parte de la costa francesa, que se veía definida al final del horizonte; y llegados a tierras londinenses, captó mi atención al ver que esos dos coches marcaban nuestra pista de aterrizaje. Dichas dos veces, y su explícita presentación de las dos aeronaves, fueron las únicas palabras que intercambiamos desde territorio francés.

– Capitán White, me despido aquí – dijo en un tono firme y grave.

– Muy bien – respondí orgulloso.

– Ha sido todo un honor poder disfrutar de su presencia, mi capitán. Es usted un auténtico héroe de guerra.

– Todos lo somos teniente, todos lo somos.

– Tiene usted razón, mi capitán. Espero que encuentre lo que está buscando. El comandante informó de su llegada antes de partir. Debe dirigirse hacia esa sala – añadió mientras señalaba otra gran puerta –. Ahí le ayudarán a encontrar lo que está buscando.

– Gracias, teniente. Gracias por su servicio.

– Es mi deber como buen soldado.

Sonrió, saludó con el gesto militar, pidió permiso, y tras recibir la esperada respuesta, entró en la sala. Las puertas se cerraron a su espalda, y el teniente Goldstone pasó a formar parte de la memoria.

Respiré tranquilo y me dirigí hacia la puerta indicada. Llamé tres veces, pasaron diez segundos de confusa espera, y permitieron mi entrada.

Dentro de la sala, un inglés, delgado y medio calvo, vestido con un elegante traje y sentado tras un pequeño escritorio, esperaba mi llegada.

Su afilada nariz se veía adornada por unas finas y doradas gafas. Un montón de informes reposaban ordenadamente en la mesa, mientras que, dos largas plumas, y un tintero rebosante de tinta azulada, completaban la escena.

Respondió a mi entrada con una aguda y vacilante voz:

– Adelante capitán White, adelante. Tome asiento. En unos segundos estaré por usted.

Tardó cinco minutos en volver a prestarme atención. Parecía no tener prisa en hacerlo. Se quitó las gafas y, con una elegante sonrisa, clavó su cansada pero astuta mirada en mí.

– Bienvenido Sr. White – comenzó vacilante–. Bienvenido al cuartel y base de operaciones del MI6. Espero que el trato de mis compañeros haya sido de su agrado.

¿MI6? Si de verdad me encontraba en el cuartel del MI6, tenía que ser muy precavido. La reputación que les rodeaba y su inesperado recibimiento no me agradaban ni entraban dentro de lo planeado.

Respondí con una sonrisa y prosiguió con la bienvenida.

>> Esta misma tarde nos informaron de su llegada a Inglaterra. Estamos al corriente de su trayectoria en el ejército británico, de sus peripecias en la resistencia, y de su compañerismo con las fuerzas comunistas; pero aun así, nos sorprende y a la vez nos inquieta su llegada a territorio británico. ¿No será usted un espía, verdad? – preguntó educadamente.

Toda esa información me sobrecogió al instante.

– Por supuesto que no. No soy un espía Sr...

– Reynolds, Sr. Reynolds – contestó sonriente.

– Sr. Reynolds. No, no soy un espía.

– Perfecto, perfecto. Me alegra oír eso. ¿Me permitirá entonces que le haga algunas preguntas? Serán simples preguntas; rápidas y concisas, no tiene usted de que preocuparse.

– Por supuesto. Adelante – respondí.

Empecé a comprender mi cálida y despreocupada bienvenida. No temían mi llegada. Y antes de dejarme ir, debían cuestionar mi regreso a tierras británicas.

– Muy bien. Acompáñeme por favor. Vamos a cambiar de sala – dijo coreado de esa blanca sonrisa.

Nos dirigimos hacia una pequeña habitación donde dos maromos ingleses me esperaban sentados en dos sillas de madera, fumando sus cigarrillos, y con una pequeña maquina a su lado.

– Siéntese por favor – prosiguió el inglés—. Esto es un detector de mentiras. Le haremos unas cuantas preguntas y usted deberá contestar a ellas. No se olvide de contestar la verdad – añadió sonriendo—. ¿Empezamos?

Respiré profundamente con ganas de borrar esa sonrisa de su cara, y me dispuse a dar inicio a su interrogatorio.

– Empecemos, Sr. Reynolds – contesté.

– ¿Desea un cigarrillo? – añadió, espontáneo, sonriendo de nuevo.

La verdad es que me apetecía, no hubiera dicho que no. Pero ante esa nueva situación, no quería parecer inquieto ni caer en sus posibles artimañas.

– No, gracias.

– Los dejaré encima de la mesa por si cambia de opinión. Siéntese cómodo – completó.

Esos dos hombres, impasibles y fríos como el hielo, clavaron sus vacías miradas en mi figura. El inglés colocó una especie de corona en mi cabeza y un amuleto en el brazo que iban conectados directamente a la máquina en cuestión.

Encendieron el aparato, y, seguidamente, empezaron las preguntas.

– ¿Cómo se llama?

– Tristan White – respondí.

– ¿Dónde nació?

– En Inglaterra

– ¿Hoy es Jueves?

– Sí.

– ¿Qué opina de la *Operación Compass*?

– Fue todo un éxito.

– ¿Un éxito? Dejar que su amigo muera en sus brazos, no lo veo un éxito...

– ¿Perdone? – respondí confuso.

– ¿Se ha sentido alguna vez solo durante todo este tiempo?

Olvidé su inapropiada conclusión y seguí respondiendo a sus preguntas.

– Muchas veces, es el precio de la guerra supongo.

– ¿Lo enterraron debidamente?

– ¿A quién? – pregunté de nuevo confundido.

– A Peter – aclaró sonriendo.

– Se está usted excediendo Sr. Reynolds.

– Yo pongo los límites Sr. White – contestó sonriendo de nuevo—. Solo son simples preguntas, no tiene de que preocuparse. Sigamos, le salió bastante caro el viaje a Europa ¿Verdad?

– Lo necesario en aquella situación. – respondí, impertinente y caldeado.

– ¿Sabe usted que robar al ejercito es motivo de juicio?

Me abstuve de responder. El educado ambiente había cambiado.

– ¿Hábleme de Egron? – prosiguió.

– ¿Egron? No conozco a ningún Egron.

– Por supuesto que le conoce. Su amigo, el espía alemán que trabajaba para la resistencia – completó con una educada sonrisa.

– ¿Espía alemán?

– Por supuesto. ¿Lo dudaba?

– ¡Egmont no era ningún espía! – sentencié desafiante.

– ¡Eso es! ¡Egmont! – contestó falsamente alegrado. ¿Le contó algo sobre los alemanes? ¿O se interesaba por los planes de la resistencia?

– Se está usted equivocando, Sr. Reynolds.

– ¿De verdad cree usted que el comandante no tenía constancia de esas dos mujeres secuestradas?

– ¿Cómo? – la situación me estaba confundiendo –. Necesito un cigarro – agregué.

– Por supuesto. Aquí tiene – completó sonriendo.

Me ofreció un encendedor y un cigarro de la cajetilla que descansaba

encima de la mesa, lo encendí, y tras echar una buena calada, el Sr. Reynolds siguió con sus preguntas.

– ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Esto es. Al final pudo encontrarse con su padre, ¿tuvieron tiempo para hablar?

– No mucho. Lo apuñalaron mientras lo salvábamos. No pasó de aquella noche.

– Una pena, tanto viaje para nada. ¿Verdad?

Sus preguntas empezaron a enfurecerme. Eché fuertemente otra calada, e intenté controlar mis ánimos. Aun así, el pedante inglés continuó con su juego.

– ¿Cree usted...

– Creo que sus preguntas han terminado Sr. Reynolds – interrumpí bruscamente.

– ¿Cree usted que su venganza fue saldada? – prosiguió, ignorándome, coreado de nuevo por su educada sonrisa.

El ánimo me pudo en aquel momento. Me levanté violentamente de mi silla, di un fuerte golpe contra la mesa, y los dos hombres, rápidamente, se pusieron en pie.

– ¡Le podría borrar la sonrisa de la cara! – dije alzando la voz, irritado y con ganas de que se comiera su querida máquina.

– Cállese Sr. White. Cállese. No creo que hacerlo sea su mejor opción en estos momentos, ¿verdad? – Replicó, sonriente de nuevo, mientras señalaba visualmente a sus dos maromos.

Resoplé fuertemente, e, impulsivo, apagué el cigarro en su asquerosa máquina. Él sonrió y me invitó de nuevo a mi asiento:

– Siéntese, y deje la violencia para estos dos muchachos que le acompañan. Prosigamos. ¿A qué debemos su visita?

Tardé un poco en contestar.

– Se la debemos a mi madre. He vuelto para estar con ella.

– Mmm... Por supuesto – murmuró—. La condesa. Muy bien. Perfecto. Mi última pregunta, y espero que acierte en esta. ¿Dios salve a...?

– Al rey – completé.

– Perfecto. Muy bien. Perfecto. Eso ha sido todo – concluyó sonriendo—. Espere aquí unos minutos, ahora vuelvo.

Abandonó la sala con un trozo de papel que había impreso la misma máquina, y dejó que los dos hombres, robustos y cayados, me vigilaran. Seguían fumando sus cigarros, impávidos y confiados ante la situación.

A las dos horas de su partida, conviviendo y aguantando la aburrida presencia de esas dos pinturas, apareció de nuevo el Sr. Reynolds, esta vez acompañado de otro señor perfectamente vestido y arreglado.

– Sr. White, he informado a su familia de su llegada a Inglaterra. Sir Barlow le acompañará hasta su mansión. Muchísimas gracias por su visita, y espero que disfrute de su estancia en estas tierras. Puede irse – completó de nuevo con su educada sonrisa.

Me levanté de la silla, y me acerqué hasta Sir Barlow.

– Por aquí por favor – dijo con una educada voz.

El Sr. Reynolds mantuvo su sonrisa hasta que la puerta de la sala se cerró a mis espaldas.

¿Eso era todo? ¿Había pasado la prueba? No podía fiarme de nada. No tenía control sobre mis pasos y eso me inquietaba. Debía estar atento a cualquier sospecha, y no perder ojo a mi retaguardia.

Sir Barlow me acompañó hasta la salida. En ella, un lujoso coche esperaba mi llegada. Me invitó a subir y tomó el lugar de mi chofer.

- ¿Dónde vamos? – pregunté inquieto, una vez encendidos los motores.
- A su casa, Señor – contestó Sir Barlow.
- ¿Mi casa?
- Así es. La de su familia, Señor.
- Entiendo... ¿Está muy lejos?
- Nos queda un buen trayecto, Señor. Puede usted descansar si así lo desea, en unas horas amanecerá.

No podía fiarme de sus palabras, no sabía quién era ni a dónde me llevaba. Pero mi consciencia estaba tranquila, demasiado había vivido para preocuparme por un final. Apoyé mi cabeza en una de las ventanas de aquel automóvil, centré mi vista en la intensa oscuridad, y dejé que el sueño me invadiera de nuevo.

Desperté con el sol despuntando casi en lo más alto. Sir Barlow seguía conduciendo, y vista la luz que iluminaba el paisaje, deduje que había dormido durante todo el trayecto.

- ¿Qué hora es? – pregunté, curioso.
- Buenos días, Señor. ¿Ha podido descansar? Ahora mismo son las 10:30 de la mañana – contestó mientras consultaba su plateado reloj de bolsillo.
- ¿Falta mucho por llegar?
- No, Señor. En menos de una hora estaremos en su casa. Le están esperando.

El paisaje inglés había cambiado. El color verde resplandecía con los potentes rayos de sol. La calmada temperatura y las constantes lluvias habían creado un frondoso, brillante y carnoso paisaje de vegetación: ríos, lagos y estanques rodeados por arbustos y gruesos árboles; montes de baja altura que encuadraban los valles cubiertos por pastos naturales. La fauna campaba tranquilamente por esos verdes y extensos parajes. Un fabuloso horizonte para

gente tan educadamente pedante.

Nos adentramos por un pequeño bosque que ocultaba su final. Recorrimos un par de kilómetros por una ancha calzada de tierra, y, finalmente, llegamos hasta una pequeña colina coronada por una enorme mansión que custodiaba el lugar.

Su belleza y tamaño eran tales que mi impresión crecía a medida que me acercaba a ella. Grandes y numerosos ventanales blancos brotaban de la pared de piedra. A primera vista, esa fabulosa mansión gozaba de cuatro plantas de altura, y unos trescientos metros de envergadura. Era una casa donde reinaba la nobleza; dispuesta a ser habitada por altos cargos políticos o por la misma realeza.

A sus puertas, una figura, engalanada con un largo vestido azul turquesa, esperaba mi llegada en lo alto de la escalera que daba acceso al lugar.

Mi corazón empezó a bombear con más fuerza. Las manos comenzaron a temblar, y la respiración pasó a ser entrecortada. Aun no sabía quién era, no lograba verle la cara, pero su presencia me intimidaba.

Barlow aparcó justo delante de la puerta, me invitó a bajar del automóvil y mis piernas dejaron de funcionar. El tiempo transcurría y mi cuerpo no reaccionaba. No me atrevía a desvelar su cara. La tensión crecía en mi cabeza, pero, finalmente, la espera pudo vencerla.

– ¿Tristan? – sonó su dulce voz desde lo alto de la escalera.

Era ella. Aquella voz despertó el sentimiento que busqué al llegar a Inglaterra.

Salí del automóvil, y reclamé su presencia. Nada más alzar la vista, vi a mi madre, cubierta con ese largo vestido azul turquesa, con el pelo recogido en una pulcra y adornada coleta, y un colgante de perlas que realzaba su belleza.

Los años también habían pasado para ella. Las arrugas se abrían paso por su rostro, mientras que, su mirada, de color verde esmeralda, cansada, pero

repleta de lozanía, seguía despertando aquella pasión que sentí, una vez, en mi infancia.

A medida que fui subiendo los peldaños de la escalera, un par de lágrimas, repletas de rencor y de nostalgia, resbalaron por mis mejillas.

Me acerqué cabizbajo hasta donde ella estaba, levantó mi cara con su fina mano, y tras entrecruzar nuestras miradas, me abrazó sin apenas pensarlo. Me costó asimilar lo que estaba pasando. Olí su pelo, noté el calor de su cuerpo, e instantáneamente la envolví con mis brazos.

Aquel abrazo duró más de cinco minutos. La abracé con todo mi ánimo e intenté sentir todo aquello que ella mostraba. Cerré los ojos y esperé a que mis recuerdos la devolvieran al ahora. Lo intenté con todas mis fuerzas. Pero la frialdad de aquel rencor que le guardaba fue apagando la llama, e, inconscientemente, me aparté de ella. Volvió a mirarme a los ojos, y tras revelar una dulce sonrisa, me invitó a entrar a su casa.

Me sentía desubicado, no sabía dónde estaba. Reconocía a mi madre, pero sentía como si todo eso fuera un sueño molesto, del que no debía esperar nada. Me mostró mi habitación, con un baño propio, y el armario repleto de ropa nueva. Aún no había soltado ni una sola palabra.

– Esta será tu cámara. Lo tienes todo a tu disposición, puedes echarte un baño si lo deseas, incluso descansar un poco... Sé que todo esto es confuso y nuevo para ti, por eso no quiero molestarte de momento. Ya tendremos tiempo para hablar. A las 6:00pm será el banquete. Será tu presentación a la familia, y a los amigos de la casa, así que puedes, y debes, ponerte guapo – completó risueña con su blanda voz—. Me alegra de que estés de nuevo a mi lado, te echado mucho de menos.

Sonrió, y dulcemente cerró la puerta. El tiempo logró pararse. No me sentía a gusto en aquel sitio, quería irme y olvidar lo sucedido. ¿Pero dónde iba a ir? ¿Iba a volver a mi casa? ¿Volver a Sudáfrica? A mi padre le habría encantado que estuviera con ella, que viviera todo aquello que él no pudo darme, aunque le hubiera suplantado y ayudado mi querida Ms. Akeba.

Me acosté en aquella cama y perdí la vista en el techo decorado. Iba a

quedarme ahí, a esperar; a esperar hasta que realmente sintiera la necesidad de volver a casa.

Descansé un ratito, disfruté de un buen baño, y tras engalanarme con esas nuevas ropas, llamé al servicio para que trajeran algo de comida; llevaba sin comer desde hacía ya dos días.

A las tres de la tarde, tres horas antes del gran festín y de la dichosa presentación familiar, decidí dar un paseo por los bosques y jardines del lugar.

Dos jardineros, impecables en sus monos de trabajo, cuidaban de los jardines que rodeaban la mansión. Todas sus flores tenían que ser perfectas: color, simetría, tamaño, etc., y para ello, cortaban, podaban y arrancaban cualquier planta que no siguiera su patrón de belleza.

A lo largo del paseo encontré una hermosa caballeriza que se escondía detrás del palacio. Los rayos de sol entraban por las ventanas del recinto, y un olor a heno y heces, pero armoniosamente limpio, se alzaba del suelo para cautivar a los cinco sentidos. En su interior, doce caballos, fuertes y sanos, descansaban en sus compartimentos. Todo el material estaba dispuesto en la puerta de cada habitación.

Me aproximé al que parecía el más nervudo y potente de todos. Notó mi inesperada presencia, se acercó a olerme y, mansamente, dejó que le acariciara su frente. No tardé ni dos minutos en decidir montarlo. Sin ningún problema, le coloqué sus atuendos, monté a su lomo, y lo dirigí hasta las puertas del establo. Incluso los caballos eran sumisos, fieles, y educados.

La frondosidad del bosque se expandía por todo el lugar, y más allá de éste, un sinfín de asombrosos campos lograban ocultar el horizonte.

Era mi momento, debía disfrutar, olvidarme de todas mis preocupaciones, evadirme, galopar y solamente galopar a lomos de aquel fantástico jamelgo. Crucé campos enteros, paseé por las profundidades del bosque, superando montes y riachuelos, y respiré el aire que regalaban mis ancestros.

La felicidad del bienestar se había esparcido por todo el paisaje. Al fin me sentía libre, libre como el viento, gustoso, y sin temer al paso del tiempo.

Durante una hora estuve saboreando la feliz soledad como nunca antes lo había hecho.

Llegué a la mansión contento por mi largo y libre paseo. Cepillé y ordené al fantástico caballo, subí a mi habitación y me aseeé de nuevo.

Eran las 5:45pm cuando me encontraba esperando en el gran salón. Vestido, arreglado, y dispuesto a ser el nuevo.

Esos treinta minutos de espera descubrieron la puntualidad inglesa como un fantástico mito ante mis ojos; un mito que solo se respetaba fuera de la propia Inglaterra. La gente empezó a llegar pasadas las seis, y el gran barón, esposo de mi madre, no se presentó hasta bien tocadas las seis y media.

Mucha gente acudió a la gran cena: duques y duquesas, condes y condesas, militares de la primera gran guerra, doncellas de todas partes de Inglaterra, e incluso algún que otro miembro de la realeza. En cuestión de minutos el educado alboroto comenzó a resonar por los muros de aquella gran mansión.

Ante tanto bullicio, preferí quedarme sentado, desapercibido, y observar a la multitud que hipócritamente se sonreían unos a otros. La falsedad en sus sonrisas y el educado tono de voz que utilizaban, revelaba una apariencia totalmente distinta a su realidad. Besos sin afecto, saludos sin pasión, miradas por encima del hombro, y cuchicheos a espaldas de otros, rebajaba la nobleza de aquel banquete a cualquier suburbio de egoístas y envidiosos.

Como era de esperar la precaria fortuna llamó a mi puerta, y la mano de mi madre rompió con mis fantásticas historietas.

– ¿Qué haces aquí sentado? – preguntó con su dulce y simpática voz.

– Esperando, y descansando un poco.

– Anda, ven conmigo. Voy a presentarte a mis hijos – añadió mientras me agarraba fuertemente del brazo.

>> ¿Qué tal has pasado el día? ¿Has descansado? – preguntó mientras nos abríamos paso entre la multitud.

Los invitados le sonreían y le daban las gracias por haberles convidado. Era la mujer de la casa y debía responder a sus tareas.

– Sí, he podido descansar – respondí—. Y por la tarde me he atrevido a dar una vuelta a caballo. ¿No os importa, verdad?

– Por supuesto que no, ahora eres parte de la familia – concluyó sonriente—. ¿Qué caballo has elegido?

– Un semental marrón, con una mancha blanca en la frente.

– Ese es King Arthur, el caballo de Joseph. Es un buen ejemplar.

– ¿Le habrá molestado?

– Por supuesto que no, no te preocupes – contestó de nuevo, sonriendo—. No creo que le importe.

Nos acercamos hasta la esquina del gran salón, dónde dos jovencitas maquilladas, y tres muchachos perfectamente arreglados, se divertían entre ellos.

– Niños, estar atentos – dijo mi madre, captando su atención—. Este es vuestro hermano mayor, Tristan. ¿Cómo le saludamos?

– Bienvenido Tristan – dijo el mayor de los tres muchachos—. Mi nombre es Joseph, soy el mayor de los hermanos. Es un placer tenerte entre nosotros – completó mientras me otorgaba un buen apretón de manos.

– El placer es todo mío – respondí.

– Estas son Margaret y Elizabeth, nuestras hermanas – prosiguió.

Contestaron con una dulce sonrisa.

– Y mis dos hermanos pequeños, Athelstan y Patrick.

– Bienvenido Tristán – corearon los dos educadamente..

–Un placer chicos – contesté.

De repente, las puertas del gran salón se abrieron, y el bullicio enmudeció durante unos segundos. Era el Conde de Somerset, esposo de mi madre, y padre de aquellos muchachos.

Poco a poco, fue acercándose hacia nosotros, saludando educada y cordialmente a todos y cada uno de los invitados.

Toda su familia le esperaba a mi lado. Sus sonrisas se habían transformado; una enorme devoción por su persona se había apoderado de sus rostros. A sus ojos, el Conde de Somerset, se había convertido en un héroe, en un rey, o incluso en un dios para los presentes .

– Querida – dijo dulcemente mientras le regalaba un beso en la mejilla.

Era muy atractivo. Un hombre alto, de buena planta, moreno y con un fino y pulido bigote. De nariz fina y pómulos marcados, con unos labios carnosos pero muy bien detallados. Su rostro era simétrico, y sus ojos azulados se ocultaban de forma exótica bajo sus parpados. Iba peinado hasta la nuca y vestido con un traje negro que encuadraba su figura. Alcanzaba los cincuenta, pero el paso del tiempo le otorgaba más respeto y señorío.

– Hijos míos – continuó mientras acariciaba la cabeza y besaba sutilmente a mis nuevos hermanos.

Tornó su vista hacia mí, y, con una profunda y melódica voz, añadió:

– Bienvenido a mi casa, Tristan.

– Gracias, Conde de Somerset.

– Joseph, llámame Joseph. Eres parte de mí familia. ¿Qué tal lo estás pasando?

– Es entretenido. Conociendo gente nueva.

– Perfecto. Eso te irá bien. ¿Hasta cuándo te quedas?

– Por el momento no tengo fecha.

– Me alegra oír eso. Como ya te he dicho, esta tu casa.

– Se lo agradezco – respondí contento.

– Margaret – dijo refiriéndose a mi madre–. ¿Has presentado a Tristan a mis amigos?

– No Joseph. En cuanto a tus amigos, prefiero que seas tú quien lo presente.

– Perfecto Margaret. Tristan, es hora de que conozcas a los miembros de mí círculo. Ven conmigo, acompáñame – añadió sonriendo.

– Por supuesto.

Nos dirigimos hacia un pequeño grupo de ilustres hombres, todos de avanzada edad, y con una colección de medallas colgando de la solapa de sus trajes. Eran veteranos de guerra, veteranos del ejército británico. Todos participantes en política y excombatientes de la Primera Guerra Mundial.

– Aquí están. No dejes impresionarte por ellos – añadió risueño–. Señores, ¿están disfrutando?

– ¡Joseph! ahora mismo hablábamos de ti y de este joven tan valiente – dijo el más gordo de todos y a la vez el más calvo.

– Espero que estuvieran hablando bien del muchacho – contestó sonriente–. Por lo que a mí me incumbe, no espero que nada agradable salga de sus podridos labios – completo chistoso mientras, amigablemente, me agarraba del hombro.

Todos disfrutaron de su broma y me invitaron al grupo.

– Seguro que ya estás harto de tanta hipocresía – dijo otro, este más viejo, y con una frondosa barba que ocupaba parte de su cara.

Sonreí al compartir sus pensamientos, y prosiguió con sus reniegos.

>> Está gente no tiene ni idea de lo que es la guerra. Viven en este mundo de fachadas, y dejan que el sentido común y la comodidad se conviertan en su único medio de vida. Hablan de leyes, de lo que es legal e ilegal, y no se dan cuenta de que la verdad y la mentira tienen poco que ver con la ley. Si les hablas de guerra o de muertes te darán sus soluciones, porque todo el mundo sabe de todo y puede opinar sin tener conocimiento de ello.

>> Tu y yo, y todos estos abuelos – añadió contento mientras miraba a sus compañeros –, sabemos lo que es perder a un amigo, a un ser querido. En cambio, esta gente, de familias nobles y sin propósito alguno, prefieren deleitar la vista de los ignorantes con sus poderíos y fiestas, a complacer su propio entendimiento sobre lo que realmente pasa en el mundo.

– Siempre igual de optimista, Marcus – interrumpió Joseph desatando la risa del grupo.

– Lo soy, lo soy. A mí me encanta que exista tal ganado. Los necios, rodeados de sabios como nosotros, no solo dan mayor belleza y esplendor a nuestras palabras, sino que, además, nos sirven de recreo. ¿A que sí compañeros? – concluyó con una ronca carcajada, que en cuestión de segundos fue compartida e intimada por el resto.

– No te preocupes muchacho. Lo superarás – dijo otro dispuesto a dar un sorbo a su copa de cristal.

– ¿Tienes pareja? – preguntó el más alto de todos.

– No, Sir. No tengo – respondí.

– Pues prepárate para ser el soltero de oro. Por qué siendo ahora parte de la familia de Joseph, muchas querrán casarse contigo – añadió con otra gozosa carcajada.

Las horas al lado de aquel grupo de divertidos abuelos, porque lo eran, se hicieron más amenas. El banquete cerró sus puertas a las diez y media de la noche. Disfrute de la fiesta pero me mantuve distante al presentarme a nueva gente. Una parte de mi buscaba el cambio inminente, pero la otra seguía en Europa, preguntándose por la aldea, por Egmont, y por mi querida Aurea.

Mi estancia en Inglaterra pasó lenta y vacía. Durante seis largos años probé de olvidar a mi verdadera familia; empezar de nuevo y dejar atrás esa antigua vida. Incluso logré convertirme en un elegante y educado inglés, atento con todo el mundo y extremadamente cortés. Pasé seis años portando aquella careta; una careta que ni yo mismo me creía. Pero como en todas las historias dramáticas, el amor rompió las cadenas.

Una tarde de octubre de 1951, paseando con mi madre por las orillas de un pequeño río, hablamos de todo y de lo importante: de los próximos banquetes, de la hija del conde vecino, de los nuevos amores de mis dos “hermanas”, de los estudios de Athelstan y Patrick, de los viajes por conveniencia, del crecimiento de las flores, etc.

Involuntariamente y sin razón alguna, la imagen de mi padre pasó por mi cabeza. Después de tanto tiempo, me vi obligado a preguntar:

– Madre...

– Dime – contestó risueña.

– ¿Amabas a Papá?

Tardó uno minutos en reaccionar. Nunca antes habíamos hablado de él. Asimiló la situación y se dispuso a contestar.

– Le quería, y una parte de mí le sigue queriendo.

– ¿Y por qué le abandonaste? ¿Por qué nos dejaste?

– Porque no me sentía parte de aquel sitio. Intenté adaptarme y me esforcé, pero en el fondo sabía que no pertenecía a ese mundo.

Me sentí identificado con aquellas palabras. Pero rencoroso por su abandono, me vi obligado a replicar.

– Entonces no le amabas... – contesté.

– Claro que le amaba, Tristan. Yo quería a tu padre, lo quería con toda mi alma.

– Lo siento Madre, no puedo tomar eso como verdad... Después de todo aquello, sé diferenciar entre querer y amar. Y tu querías a Papá, no le amabas.

– ¿Cómo puedes decir eso, Tristan?

– Puedo Madre. No es lo mismo amar a una persona, que quererla a tu lado...

– Espero que te expliques y arregles lo que has dicho – contestó lagrimsosa por mi osadía.

Respiré profundamente y, con la imagen de Papá, Egmont y de Aurea en mi cabeza, dejé que las palabras fluyeran por mi boca.

– Cuando quieres a una persona, la deseas. Es igual a estar enamorado, a estar perdidamente enamorado. La gente se enamora por apetito y placer, por las diferencias y la exclusividad. Pero el deseo y el querer son posesivos, egoístas, y muchas veces están llenos de celos y envidias... En el querer y el deseo, se busca que el otro dé lo que tú quieres tener.

La imagen de Aurea empezó a apodarse de mis pensamientos.

>> El amor no es así. No lo es. El amor te lleva a llenarte de lo que el otro necesita; sea en pequeños momentos, risas, lágrimas o simples caricias. El querer te llama porque te necesita, el amor, en cambio, está ahí por si tú le necesitas. Por eso el amor es escuchar, comprender, entender que si la otra persona falla, tú también fallas.

Echaba de menos a Aurea... quería abrazarla, sentirla, amarla de nuevo.

– ¿Qué haces aquí Tristan? ¿Por qué no estás con ella? – interrumpió mi madre al percibir mi desgracia.

– La dejé escapar por vergüenza, Mamá. Fui un auténtico egoísta.

– ¿Cuánto hace de eso?

– Siete años...

– ¿Siete años? Tristan... ¿Por qué la dejaste?

– ¿Por qué nos dejaste tu? – repliqué avergonzado.

La vergüenza y el arrepentimiento nos callaron durante unos segundos. Inspiró con osadía y, regalándome una gran sonrisa con los ojos repletos de lágrimas, agregó:

– Ya lo decía bien tu padre...“*El que ha conocido el amor, es insensible al olvido.*”

El suspiro rompió la conversación. La inocencia de aquel niño que una vez se perdió en Kenia finalmente logró despertar.

– Le echo de menos Mamá... A los dos...– añadí dejando que mis ojos lubricaran mis pupilas.

– Y yo también, Tristan. Echo de menos aquellos tiempos, pero forman parte del pasado, y mi vida, mi familia, están aquí.

– Lo entiendo... Alcé la cabeza, miré al horizonte y busqué mi querida Sudáfrica.

Mi madre me envolvió con un abrazo, y dulcemente añadió:

– Es hora de que vuelvas a casa. Éste no es tu hogar.

Capítulo XVIII

COMIENZO

El Solitario White era un hombre mayor, de pelo canoso y bien afeitado, con un cuerpo dejado, pero admirablemente fibroso. Descubría una cara gastada y repleta de arrugas, le faltaba media oreja y las cicatrices campaban felices por su figura. Su andar era firme y recto, e imponía respeto en cualquier momento. En cuanto a su voz, era grave y profunda, melódica, pero rudamente rasgada por el tabaco y la bebida.

Disfrutaba de la soledad y de la poca convivencia. No tenía mascotas y su única familia la formaban sus preciadas rosas blancas. Pasaba la mayor parte del día pegado a ellas; regándolas, podándolas y cuidándolas hasta dejarlas perfectas. Las trataba como un padre trata a sus hijas, con pasión e inocente dulzura. Les hablaba, les cantaba, e incluso algunas veces les lloraba esperando a que éstas le consolaran.

Todas las noches, cuando la luna empezaba a iluminar el panorama, se sentaba en su vieja mecedora y esperaba a que alguien, o algo, entrara por las puertas de su casa. Podía pasarse horas ahí sentado, quedarse despierto hasta bien llegada la madrugada, meciéndose en su silla, y murmurando extrañas poesías.

Esa rara forma de vida provocó que la gente maliciara en su persona. Le tacharon de loco y trastornado; como un peligro para el vecindario. Decían que la guerra le había desquiciado, que toda su familia estaba muerta, y que había perdido el respeto y el amor hacia el resto de personas.

Una mañana de 1960 decidió vallar su parcela; levantó un muro de dos metros de altura, y restringió el paso a toda persona que fuera ajena a sus tareas. Solo una muchacha podía entrar al recinto sin ningún problema: una

jovenzuela negra de treinta años de edad, de anchas caderas, y a la que el Solitario White llamaba por el nombre de Akeba.

Al igual que a mi padre, le quedaban pocos días para alcanzar los cincuenta. White era un ex oficial de la Segunda Guerra Mundial, y por extraño que pareciese, era un verdadero héroe de guerra. Pero tras su vuelta a tierras sudafricanas, rompió su relación con el ejército y dedicó su vida a la soledad, y al cultivo de la tierra.

En mi casa siempre se le tuvo mucho aprecio. De pequeño, mi padre me contaba historias acerca de sus logros de guerra, de sus aventuras por Europa y de su desdeñado final en Inglaterra. La figura de aquel hombre consiguió convertirse en la de un ídolo. Los jóvenes del lugar llegamos a admirar su soledad. Lo imaginábamos como un espía del gobierno, uno de los mejores de su tiempo, capaz de matar a un hombre con un solo dedo. El enigma que eclipsaba su figura y las fabulosas historias que mi padre relataba, incrementaban la pasión que sentíamos por su persona.

Cuando tenía doce años, mi padre cayó en brazos de una dura enfermedad. Sus historias acerca del Solitario White se perdieron en el tiempo, al igual que su memoria y su libre pensamiento. Le diagnosticaron aneurisma traumático: pesadillas, ataques de locura y de violencia, seguidos por infinitos llores que le mantenían fuera de este mundo; todos causados por la temible guerra.

En sus años de buena salud, recuerdo que mi padre invitaba a cenar cada noche al Solitario White. Eran muy buenos amigos. Siempre visitaba su casa, se sentaban los dos en sus mecedoras, y pasaban las horas hablando bajo el porche. Pero cuando mi padre cayó enfermo, las visitas se retrasaron y terminaron por perder el contacto.

Por aquel entonces corría el año 1967, era una tarde de agosto cuando mi madre reclamó mi ayuda. Bajé las escaleras hacia el salón, en busca de mis zapatillas, y con una dulce voz escuché a mi madre que decía:

– Peter, tienes q hacerme un favor.

– Por supuesto Madre, ¿Qué necesitas?

– Hoy es el cumpleaños de Tristan, y le he preparado una tarta. Pero me han llamado del hospital, por qué tu padre vuelve a tener ataques de ansiedad, así que en cinco minutos voy para allá. ¿Te importaría llevársela tú?

– Tenía pensado ir a casa de Mike...

– Serán solo cinco minutos, Peter. Vas, le das la tarta, le felicitas de nuestra parte, y te vas.

– Pero es que Mike...

– Volveré esta noche. Acuérdate de hacer tus deberes. Te he dejado la tarta sobre la mesa de la cocina. No tardes mucho en llevársela. Hasta luego cariño.

Cerró la puerta de la entrada y vi cómo se alejaba en busca del autobús.

Me dirigí a la cocina, me calcé los zapatos, recogí la tarta y me dirigí hacia la casa del Solitario White.

Llegué hasta la verja que vallaba el jardín. El lugar estaba vacío y la puerta de la entrada medio abierta.

Me acerqué lentamente hasta el porche de su casa, y vista la soledad que impregnaba el lugar, llamé tres veces a la puerta.

– ¿Hola? ¿Sr. White? ¿Sra. Akeba?

Nadie contestaba. Volví a llamar, pero esta vez con más fuerza.

– ¿Sr. White? ¿Está usted en casa? ... ¿Hola?

Giré el pomo de la puerta y ésta estaba abierta. No tardé mucho en pasar. Quería dejar la tarta encima de la mesa y abandonar aquel lugar.

– Estoy entrando – dije fuertemente, asegurándome el paso—. Le he traído una tarta de cumpleaños. Es de parte de mi madre, Mary Granger. La dejaré encima de la mesa y me iré.

La casa estaba perfectamente ordenada. Había libros a doquier y objetos peculiares que procedían de todo el mundo. La pulcritud y la limpieza reinaban en aquel lugar. Sin embargo, hubo algo que realmente me cautivó: un gran número de cuadros, fotografías y objetos en referencia a la luna.

Me acerqué lentamente hasta al salón, dejé la tarta encima de la mesa, y cuando creí estar totalmente solo, la voz del Solitario White sonó a mis espaldas.

– ¿Qué haces aquí? – dijo sentado en un fantástico sillón de terciopelo.

No pude esconder mi sorpresa.

– Pensaba que... que estaba... – respondí temeroso.

– ¿Qué haces aquí? – repitió con su profunda y gastada voz.

– Mi nombre es Peter McGregor. Soy el hijo de Arthur y Mary.

El ánimo de su cara cambió.

– No te había reconocido, has crecido mucho muchacho – dijo risueño—. ¿Qué edad tienes ya?

– Diecisiete años, Señor.

– Cuanto tiempo ha pasado ya... – agregó calmado –. ¿Qué me has traído? Espero que sea una de esas tartas que hace tu madre.

Me sorprendí al esperar tan buen trato. Su tono de voz había cambiado y su tranquilidad logró calmar mi ánimo.

– Mi madre le ha preparado una tarta.

– ¡Lo sabía! Tu madre es una de las mejores reposteras que conozco. ¡Esta tarta estará deliciosa, ya la puedo oler!

Se levantó de su sillón de terciopelo y se dirigió hacia la cocina.

– ¿Te apetece una Coca cola? – agregó cordialmente.

Tardé unos segundo en reaccionar.

– Si, por favor. Muchas gracias.

Me trajo una fría y gustosa Coca cola, pegué un buen sorbo de ella, y cautivado aún por las bellezas que revestían aquella casa, empecé a investigar los objetos, figuras, estatuas y pinturas que decoraban las paredes del salón.

– ¿Qué tal está tu padre? – preguntó preocupado, mientras se sentaba de nuevo en su sillón.

– Bien, luchando... – dije centrando mi atención en la forma y color de aquellas figuras.

– Pobre... Con lo que fue tu padre... Era un gran hombre de bandera.

– ¿Lucharon juntos? – pregunté mostrando de nuevo mi interés.

– Por supuesto. Luchamos juntos por Inglaterra durante tres largos años.

– ¿En el norte de África verdad? Me contó varias historias acerca de aquellas aventuras.

Sonrió gratamente a mi respuesta, y replicó.

– ¿Aventuras? Al principio pensábamos lo mismo que tú, pero la guerra terminó por arrebatarnos la ilusión. La muerte, el dolor y la tristeza eran lo único que se abrían paso.

– ¿De verdad? Mi padre no contaba eso – contesté confundido.

– Tu padre es un gran hombre, y siempre lo será. Pero este mundo es la mansión de lo perecedero, y todos y cada uno de nosotros estamos obligados a beber de la copa del destino. A Peter le tocó la muerte, a tu padre le tocó la enfermedad, y a mí la soledad...

>> ¿Te gustan? – preguntó al observar que mi atención seguía inmersa en

aquellas figuras.

– Son fascinantes – respondí admirado—. Mi padre me contaba historias sobre usted. Historias de la guerra, y de sus viajes.

– Este Arthur... – contestó con una tímida sonrisa.

– ¿Son de verdad? Todas aquellas historias... ¿de verdad pasaron?

– ¿Contadas por Arthur? Pues la mayoría de ellas lo serán – completó risueño.

– ¿Podría usted contármelas? ¿Contarme lo que realmente pasó?

Sonrió gratamente y no tardó en contestar.

– Tómate la Coca cola, muchacho. Dale las gracias a tu madre por la tarta; y también recuerdos a tu padre.

Me acompañó hasta la puerta, y se despidió amablemente.

Aquel día anulé mi visita a casa de Mike. Quería conocer el origen de aquellas figuras, de aquellas pinturas que colgaban en sus paredes. Me acosté temprano, y al día siguiente me presenté de nuevo a casa del Solitario White.

– ¿Sr. White, está ahí?

Tardó unos minutos en contestar.

– ¿Otra vez aquí McGregor? ¿Es qué traes más tarta? Aun no me he terminado la de ayer.

– No, Señor. Para nada. He vuelto por voluntad propia.

– ¿Voluntad propia? Acércate anda – sonrió y me invitó a entrar –. Adelante, ya que estás aquí me ayudarás con unos muebles.

Y así fue, pasamos la mañana trajinando muebles de un lado a otro de la casa.

Cuando llegó el mediodía, paramos a descansar, y me invitó a sentarme en la mecedora de mi padre.

Me senté en ella, y a los pocos minutos salió con dos cervezas abiertas.

– Hoy te has ganado ser un hombre. Disfrútala – añadió sonriente.

– Muchas gracias, Sr. White.

Estuvimos un buen rato sin decir nada, observando el cielo nublado y escuchando al vecindario con sus problemas rutinarios.

– Un intenso mundo nublado puede romperse con un tímido rayo de sol... – dijo, espontáneo, posando su vista en el cielo—. Una luz blanca que se abre paso entre un bosque de problemas, que rompe la monotonía y te inspira a avanzar entre la maleza. ¿No es así McGregor?

Algunas veces llegué a pensar que realmente estaba loco, que se trataba de un peligro para la vecindad, pero la forma en la que hablaba y mostraba sus palabras, la forma en la que miraba las cosas cuando se expresaba, me obligaban a pensar todo lo contrario y buscarle un sentido a lo que realmente estaba diciendo; me cautivaba para seguir escuchando.

>> Mientras – prosiguió después de echar un buen trago a su cerveza–, te ilumina un pequeño sendero que te lleva a un descampado, al encuentro con el remedio, a una gloria efímera que solamente tú puedes transformar en eterna; la sorpresa de lo nuevo, de lo inesperado; la evasión de los dilemas cotidianos. Y cuando menos te lo esperas aparece el miedo. Un miedo que no todos conocen, el miedo del presente, del Ahora, de esas estúpidas preocupaciones... Escucha McGregor, escucha como los vecinos se quejan por tonterías, sin otorgarle valor a sus vidas.

Dejó de hablar, y los problemas de los vecinos se expandieron a viva voz por todo el vecindario.

>> Nos preocupamos demasiado por el futuro y habitualmente perdemos el respeto y el aprecio al tiempo que vivimos. Hay que preocuparse por lo que realmente importa: mantenerte con vida y disfrutar de ésta. Eso es la felicidad, y no la propaganda del dinero.

Ese hombre estaba loco. Loco pero repleto de conocimiento.

>> Pero a veces el destino nos pone a prueba, su astucia nos supera y nosotros nos dejamos vencer por ella, evitando cualquier problema, en vez de combatirlo y seguir con vida. Y a veces aquellas glorias que en el presente parecen eternas, terminan siendo efímeras.

Pegó un trago a su cerveza y continuó meciéndose con el son de la brisa. No podía dejar de escuchar lo que decía.

>> Vivimos dentro de un mundo cansado y perezoso, donde es preferible cambiar de camino a enfrentarse a un pequeño muro. Uno prefiere estar gordo y ser lento, y vivir falsamente contento, a ser fuerte y rápido, y esforzarse cada día por ello. Hay que marcarse objetivos y luchar por estos; dar sentido a la vida para poder vivirla al completo... Estás muy callado McGregor, ¿ocurre algo?

Sus palabras me estaban inspirando. Era muy fácil vivir la vida, pero no siempre teníamos tiempo.

– No siempre hay tiempo –contesté.

– Siempre lo hay, muchacho. Solo es necesario invertirlo en lo que de verdad deseas hacer.

– Pero usted mismo ayer lo dijo, poco a poco nos hacemos viejos.

– Cierto. Pero no deberías creértelo.

– ¿Creer en lo que ha dicho?

– Creer en el paso del tiempo... ¿Quieres otra cerveza?

Ya se había terminado la suya, y a mi aún me quedaba la mitad.

– No, gracias. Aún me queda.

– Mmm... vas muy lento. Tendré que enseñarte a beber. Ahora vuelvo.

Se levantó de su mecedora y se internó hacia la cocina. Yo me quedé sentado en su porche, observando como los rayos de sol se abrían paso entre las nubes.

– ¿Por dónde íbamos? – dijo al volver.

– No existe el tiempo, decía.

– Eso es. No existe – completó, y echó un buen trago a su fresca y nueva cerveza.

– ¿Y el pasado? ¿Y el presente? ¿Y el futuro? Todo eso existe ¿verdad? – pregunté confundido.

– Son frutos de tu imaginación – contestó muy serio.

– No estoy de acuerdo en eso.

– Levanta el brazo y échale un trago a tu cerveza.

– ¿Por qué?

– Hazlo – respondió con su profunda y rasgada voz –. Vuelve a hacerlo – repitió–. Muy bien, ahora dime, para ti, que es el pasado el presente y el futuro de esta acción.

Repetí la acción con intención de explicarme.

– Durante todo el rato es presente –señalé–. El pasado fue cuando levanté la botella, y ahora el trago será en futuro.

– Aclárate muchacho. ¿Ahora, en pasado, o en futuro?

– No sé cómo explicarlo... – respondí confundido–. Ahora esto es pasado, y a la vez futuro.

– Yo te lo explicó – interrumpió–.Escúchame.

Echó un trago de su cerveza, y perdió de nuevo la vista al horizonte.

– El tiempo es una consecución infinita de cambios físicos –añadió resultante–. Nosotros percibimos dichos cambios y los almacenamos en nuestro cerebro como recuerdos, creando así el Pasado. Esta sucesión de cambios, al ser constante y continua, nos permite establecer y predecir distintos patrones imaginativos, que nos ayudan a inventar y suponer el Futuro. Si te pierdes, me paras – agregó.

– No se preocupé – contesté–, hasta ahora entiendo todo lo que está diciendo.

– Perfecto. ¿Por dónde iba? Ah, sí. El Presente es esa consecución. La línea temporal la creamos en nuestra mente, por lo que esa consecución de cambios, material y física, es eterna e infinita; gracias a la expansión del universo, podemos interpretarla como un movimiento constante y presente.

Aquel hombre había cambiado. Había dejado de ser un triste poeta, a un científico muy entendido en el tema.

>> La percepción de esos cambios materiales – prosiguió – es lo que crea las ideas del pasado y del futuro. Por eso, en el mundo material percibimos el paso del tiempo, y mentalmente, como en los sueños o en la imaginación, no existe ni hay percepción de esa línea temporal.

>> ¿Qué opinas muchacho? ¿Lo has entendido? – dijo al percatarse que me había perdido.

– ¿Por qué me cuenta todo esto? – pregunté inocente y confundido.

– ¿Te aburre?

– En absoluto – contesté –. Pero no lo entiendo.

– ¿Te gustaría conocer mis historias?

– Por supuesto.

– Pues todo esto te lo cuento porque debes saber que en mi cabeza aún sigo viviendo esas historias. Gracias por tu ayuda – añadió inesperadamente–. Si quieres conocer mis historias, aún tengo muchos muebles por mover – concluyó.

Definitivamente estaba loco. No podía imaginarme la cantidad de cosas que le podían pasar por la cabeza en menos de un segundo.

Esa misma escena se repitió día tras día, durante dos largas semanas. Le ayudé a mover los muebles, a reformar toda su casa, y no logré sonsacarle ninguna de sus historias. Siempre terminaba hablando de la vida, de la existencia, y de cómo enfrentarnos a ellas.

Un día, después de pintar la enorme valla que cubría al completo su parcela, nos sentamos, como de costumbre, en lo que ya eran “nuestras mecedoras”. El sol empezaba a ponerse, y vista la hora que era, el Sr. White me invitó a cenar con él y con la señorita Akeba. Terminadas nuestras merecidas cervezas, entramos al salón y nos sentamos en la mesa. Un sabroso y fabuloso olor, a comida recién hecha, se escapaba de la cocina cautivando nuestros estómagos de la forma más severa.

– ¡Akeba! ¿Dónde estás? ¡Akeba! ¡Huele deliciosamente bien! – Clamó el Sr. White gozoso de placer– ¡Tu madre estaría orgullosa! ¿Dónde estás? ¡Akeba!

– ¡Ya voy, ya voy! – Respondió dulcemente, mientras salía de la cocina con un buen plato de comida–. Aquí tenéis. Receta directa del libro de Mamá.

Que bien olía aquel plato. El Sr White se levantó de su sitio y fue directamente hacia ella.

– ¿Pero cómo no te voy a querer? – clamó mientras le abrazaba y le concedía un cariñoso beso en la mejilla.

– No seas empalagoso Tristan, que tenemos invitados – agregó, chistosa y a la vez un poco avergonzada.

Comimos deliciosamente bien y nos hartamos hasta la saciedad. Durante aquella cena descubrí un Sr. White que apenas conocía, muy distinto a lo que la gente contaba a sus espaldas. Me agradaba su persona, y por fin entendía el respeto y el aprecio que siempre se le había otorgado en mi familia.

Terminamos de cenar y volvimos de vuelta a nuestras mecedoras. La brisa del verano se presentó con el final del atardecer. La luna comenzó a alzarse hacia lo más alto, y el silencio se hizo grande con la oscuridad. Estuvimos diez minutos callados, digiriendo el banquete y observando la tranquilidad que acompañaba a la noche. De pronto, el Sr. White suspiró:

– Ojalá los tres estuviéramos juntos...

Torné la mirada, y vi como sus ojos seguían perdidos en el oscuro horizonte, como si algún buen recuerdo les atrapara en él.

– ¿Los tres? ¿Quiénes? – pregunté intrigado

– Los tres... Arthur, Peter y Yo.

Conocía a mi padre, y al Sr. White, pero nunca había escuchado hablar de ese tal Peter.

– ¿Quién es Peter? – pregunté interesado.

– ¿Peter? Tu tío. De ahí tu nombre.

– ¿Mi tío? – inquirí, totalmente confundido.

– Así es. ¿Es que nunca te hablaron de él?

– No – respondí.

– ¿Ni tu madre?

– No...

– Entiendo.

Suspiró de nuevo y prosiguió con su recuerdo.

– Peter era como nuestro hermano pequeño... ¡Era el más atractivo de los tres! Maldito... – añadió contento—. Se llevaba a todas las chicas del pueblo, incluso fue el primero a besar a Mary...

– ¿Mary? ¿Mi madre?

– Así es. La guapísima Mary Granger... – suspiró sonriendo.

– ¿Y dónde está Peter ahora?

– Murió. Murió luchando en el norte de África; luchando por su patria. Recuerdo aquel como si fuera ayer.

– ¿Qué le pasó?

– Íbamos los tres por las calles de Sidi Barrani cuando... Espera. Espera, mejor empecemos desde el principio.

Mis ojos brillaron como dos estrellas. Era el momento. Iba a conocer la fabulosa e increíble historia de Tristan White.

Perdió de nuevo su mirada en la vieja luna, y repletas de pasión y aventura, comenzaron a brotar las palabras de su boca.

– El primer rayo de sol cubrió con su cálido manto las frías dunas del desierto. De nuevo, conseguía que...